

Ponte  
en mi  
piel



CHUS NEVADO

Edición en e-book: julio 2018

©Texto: Chus Nevado, 2016

©Diseño de la cubierta: Big Castle Design, 2018

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Índice

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

## Sinopsis

El cielo es un lugar muy aburrido si no se sabe qué hacer. Anael y Zachriel, dos querubines con mucho tiempo libre, hacen una apuesta a espaldas de El Gran Jefe. Zachriel opina que cuanto más se conoce a una persona más difícil es enamorarse de ella; Anael, por el contrario, cree que el amor lo puede todo. Así que deciden buscar a dos humanos con gustos dispares, propiciar un encuentro fortuito y despertar en ellos una atracción mutua basada en suposiciones. Pasado un tiempo, les harán descubrir lo opuestos que son en realidad.

Zoe, abogada medioambiental, vive dedicada al trabajo, aunque aún no se ha hecho valer en un mundo donde los hombres tienen el poder de decisión. Algo insegura y de gustos tranquilos, hace mucho que asumió que el amor no llamaría de nuevo a su puerta.

Josh es un reputado arquitecto que sabe separar a la perfección su vida laboral de la personal. Extrovertido y un tanto mujeriego, dedica su ocio a aficiones que entrañen altas dosis de adrenalina, pero en cuestión de relaciones nunca va más allá del sexo.

A pesar de que el flechazo es instantáneo, ¿podrán superar sus diferencias? ¿Y quién ganará la apuesta?

Ponte en mi piel

Chus Nevado

*A mi hermano José Luis,  
que se convirtió en ángel  
para cuidarnos desde su nube*

# Prólogo

## *Cinco nubes a la izquierda, nada más atravesar las puertas del cielo*

—Me aburro.

—Pues anda que yo...

—Esto está muerto, aunque suene mal decirlo.

—¡Calla, Zachriel<sup>[1]</sup>! —le amonestó Anael<sup>[2]</sup> con un dedo acusador—. Como *El Gran Jefe* te oiga, nos va a mandar a ambos a limpiar las cuerdas de *Haizum*<sup>[3]</sup>. Y te aviso que está un poco sueltecillo... Ayer por la tarde dio un paseo fuera de los celestiales establos, y debió de comer algo en mal estado porque... ¡uf!

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Esta mañana, saltando de nube en nube, mis alas se encontraron con un regalito. ¡Puag!

—¡Ja, ja, ja! Eso te pasa por no estarte quieto ni un instante.

—¡Es que no tengo nada que hacer! Bueno, ¿y qué me propones para pasar el rato?

—No sé qué decirte. Hace mucho que las altas esferas no nos encomiendan una misión especial, tanto que empiezo a olvidar para qué nos destinaron en su momento. —Anael miró con melancolía a través de su esponjoso asiento y echó un vistazo a los millones de personas que vivían bajo ellos, ajenos a la inmensidad y magnificencia que se extendía más allá de su limitada comprensión humana—. Me cuesta creer que nuestro destino se haya reducido a convertirnos en meros espectadores de la Gran Creación. Antes no era así. Con lo que me gustaba influir en las emociones de los mortales...

—No te quejes tanto. Al menos, a ti te dejan hacer algo cada vez que llega la primavera, con la excusa de que en esa estación se exaltan los sentimientos. No como a mí, que solo se me permite intervenir en los recuerdos de los humanos cuando están dormidos. ¿Y para qué? Para nada. La mayoría no se acuerda ni de la mitad de lo que ha soñado.

—Pues ya ves tú el trabajo que tengo... Desde aquella ocasión en la que me encargaron lo de Sodoma y Gomorra, me tienen totalmente prohibido excederme en mis atribuciones. Pero claro, creo que me pasé un poquito...

—¿Solo un poco? Armaste tal escándalo que todavía se habla de ello en algunas nubes. Aunque tienes razón —agregó Zachriel—: hubo un tiempo en el que nuestro trabajo estaba valorado como se merecía,

pero ahora... míralos. Desde que *El Gran Jefe* estipuló el libre albedrío como norma a seguir, los humanos hacen lo que les da la gana sin importarles las consecuencias de sus actos. Así les va, muy pocos llegan a conseguir la felicidad. De cualquier modo, no me extraña nada, con tanta diversidad de caracteres... Sin ir más lejos, fíjate en las relaciones de pareja. Hoy en día, rara es la relación que se mantiene intacta con el paso de los años. Cuando dos personas llegan a conocerse en profundidad y se dan cuenta de todo lo que les separa, de lo diferentes que son entre ellos, enseguida le ponen punto final a una historia que jamás debió comenzar.

—Zachriel, no estoy de acuerdo contigo —le rebatió el otro ángel—. El amor puede superar cualquier obstáculo que se interponga en el camino entre dos personas, solo hay que hacer más caso al corazón y menos a la cabeza. El problema es que, últimamente, los humanos se dejan llevar por otros instintos menos..., más..., esto... —Anael enrojeció hasta las raíces de sus alas—. Bueno, ya sabes a qué me refiero. Y te lo digo con conocimiento de causa, que de eso yo sé mucho.

—Tonterías. El amor está sobrevalorado. Lo que en realidad importa es la afinidad de caracteres, que dos personas piensen y actúen de igual modo. Esa es la única llave que les llevará a entenderse.

—Te equivocas... Cómo se nota que desconoces el verdadero significado de ese gran sentimiento. *El Gran Jefe* se esmeró contigo al dotarte de una mente demasiado racional.

—Anael, solo tienes que mirar abajo y ver lo que sucede. El comienzo del conocimiento significa el fin de los sentimientos. Es así de simple. Cuanto más se conoce a una persona, más difícil resulta enamorarse de ella.

—¿Me estás diciendo que si, a priori, una persona se supiera al dedillo el pasado de otra, sus gustos y manías, sus debilidades, sus temores y sus anhelos, jamás llegaría a enamorarse de ella?

—Efectivamente, has captado la idea.

—¡No me lo puedo creer! Se me han puesto las plumas de punta al oírte decir tal cantidad de sandeces. Mira, mira... —Tras descruzar las piernas, Anael se incorporó y batió las alas frente al rostro de querubín de su compañero para que viera el efecto por sí mismo. Este, molesto por la demostración, lo apartó con un certero alazo, haciéndole perder el equilibrio—. ¡Zachriel, no seas crío! Vas a conseguir que la nube se desintegre y me caiga.

—A ver si es verdad y te caes, pero hasta tierra firme. Ojalá el golpe te haga volver a la realidad y así dejes de pensar en sensiblerías absurdas.

—Te repito que el amor es capaz de vencer cualquier dificultad que se le presente. ¡El amor lo puede todo!

—¿Estás dispuesta a comprobarlo por ti misma? Si quieres, te demostraré que tus afirmaciones carecen de fundamento. Además, así venceremos esta eterna monotonía y podremos divertirnos un rato.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo harás? —interpeló, con cierto aire altanero.

—Hagamos una apuesta.

—¿Una apuesta? —Anael bajó el tono de voz y saltó hasta la nube de Zachriel, cubriendo a ambos con

sus alas para que nadie más los oyera—. ¿Qué me propones?

—Es fácil. Cada uno de nosotros elegirá un humano, que en circunstancias normales no tendría mucho en común con el otro, y propiciaremos un encuentro fortuito entre ellos. A partir de ahí, los dos comenzarán a apreciar ciertos gustos y cualidades, característicos de la otra persona, con los que antes no se identificaban. Por supuesto, volverán a encontrarse, y entonces veremos cómo se desarrolla la relación entre dos personas «supuestamente» afines. Estoy seguro de que sentirán una inmediata atracción hacia el otro, pero después de un tiempo les mostraremos cómo son en realidad. Cuando esas semejanzas que les han llevado a conectar se conviertan en disparidades, la armonía se romperá para siempre. El amor que pueda surgir entre ellos no será tan fuerte como para superar tales diferencias. Tú dices que es posible, pero yo me inclino a afirmar lo contrario.

—¡Zachriel, no podemos hacer eso! —Anael, escandalizada, se llevó las manos a la cara. Sus alas tomaron vida propia y empezaron a agitarse inconscientemente, revelando así su nerviosismo—. Te olvidas de que tenemos vedado inmiscuirnos en la vida de los humanos sin su consentimiento. Como *El Gran Jefe* nos pille...

—Actuaremos con cuidado para que no se entere. ¿O es que prefieres aburrirte toda la Eternidad? —la provocó—. Sabes que eso es mucho tiempo...

—Pero... ¿no te das cuenta de lo que podría hacernos? *El Gran Jefe* suele ser muy indulgente, pero en algunas ocasiones hemos sido testigos del alcance de su ira.

—Tampoco creo que sea para tanto.

—¿Ah, no? Mira, te voy a hacer un listado con los posibles castigos. Y esto es solo lo que se me ocurre a mí, así que no quiero ni imaginarme qué otras venganzas podrían ocurrírsele a *Él*. Para empezar, nos arrancaría las alas de cuajo, y te recuerdo que tardan lustros en volver a crecer. También es capaz de mandarnos durante una temporadita a los suburbios, a adecentar un poco el cuarto de calderas del primo *Luzbel*<sup>[4]</sup>. Eres consciente de que lo tiene todo hecho un asco, ¿verdad? No aguantaríamos limpios ni lo que dura un aleteo. Además, allí hace demasiado calor. Por último, pero no por ello menos importante: ¿y si nos arrebatara nuestros dones? Entonces, ¿qué haríamos? Eso sería lo peor.

—Anael, te repito que dudo mucho que *El Gran Jefe* se entere. Ten presente que estamos hablando de dos humanos. Solo dos. ¿Cuántos crees que hay ahí abajo? ¡Miles de millones! En concreto, más de siete mil millones de personas, y aumentando —puntualizó—. Las probabilidades de que nos pille son muy remotas, por no decir inexistentes.

—Sí, ya... —respondió, no muy convencida. Aun así, aquel reto la tentaba muchísimo. Cuanto más lo pensaba, mayor era la atracción que la guiaba a cometer aquella pequeña travesura—. ¿Y qué nos jugaríamos? —preguntó suspicaz.

—No es necesario que nos juguemos nada. —Zachriel desvió la mirada para evitar que le viera sonreír. ¡Qué fácil había resultado engatusarla!—. Me bastará con que reconozcas que estabas equivocada.

Anael lo pensó durante un momento, o quizá fueron días dado el estado atemporal que les rodeaba, pero al fin tomó una decisión.

—Está bien. Que no se diga que este ángel tiene miedo a una apuesta. Acepto.

Entrechocaron las alas para sellar el pacto, cada uno con la oculta seguridad de que ganaría ese desafío. Después, fue Zachriel quien rompió el silencio, incitándola a poner en práctica la primera parte del plan.

—No perdamos más tiempo. Comencemos a buscar a los humanos...

# Capítulo 1

Una tenue luz se filtraba entre las rendijas de las lamas de madera, incidiendo sobre el rostro dormido de Zoe. La noche anterior se había acostado muy tarde; a pesar de que había estado trabajando sin descanso durante todo el día, se negó a ponerle punto final a su jornada laboral hasta que no terminó de leer los antecedentes del último caso que le habían asignado. Por esa razón, cuando cayó rendida en la cama lo último que se le pasó por la cabeza fue verificar que las persianas venecianas estuvieran bien cerradas.

Aun así, no se despertó. Su respiración regular indicaba que se hallaba inmersa en un sueño reparador y nada conseguiría sacarla de su plácido descanso, ni siquiera el estridente sonido del despertador. De hecho, hizo caso omiso a los insistentes pitidos tapándose la cabeza con la almohada al tiempo que se hundía un poco más entre las sábanas.

Media hora más tarde, el silencio reinaba en la habitación. Hacía rato que la alarma había dejado de sonar sin que Zoe hubiera hecho nada para apagarla. En realidad, fue la ausencia de ruido lo que la despertó. Bostezó con pereza y estiró lánguidamente los brazos, pero cuando su vista se fijó en los dígitos de color verde que parpadeaban en la pantalla del despertador se incorporó de la cama como un resorte.

—¡Mierda! Otra vez no...

Tardó menos de cinco segundos en llegar al baño. Abrió hasta los topes el grifo de agua caliente y después de cubrir su cabello con un gorro de ducha se metió a toda prisa en la bañera.

—¡Arggg! —El impacto que le causó el agua helada no solo terminó de

desperezarla, además le hizo proferir una potente imprecación contra su casero —. Voy a tener con el señor Pattinson un par de palabras... ¡Ya es hora de que sustituya esa antigualla de caldera! Este mes no pienso pagarle el alquiler.

Las pocas veces que no se dormía por las mañanas, Zoe se demoraba un buen rato bajo la ducha, pero ahora no podía permitirse el lujo de perder ni un minuto. Aquella carrera constituyó todo un récord incluso para ella. Ni siquiera dio tiempo a que el agua saliera tibia cuando ya estaba cerrando el grifo y se envolvía en una esponjosa toalla.

—Creo que voy a dedicar la mañana a actualizar mi currículum... Después de esto, seguro que lo necesitaré.

Se arrancó el gorro de plástico de un tirón y comenzó a cepillar su melena castaña con energía. Entonces, se fijó en la imagen que le devolvía el espejo del lavabo. Al contemplar su tez macilenta y esas horribles ojeras que rivalizaban en color con sus ojos azules compuso una mueca de fastidio.

—Uf, vaya careto... A ver si luego puedo hacer algo para arreglar esto — farfulló con resignación mientras procedía a lavarse los dientes.

Aunque siempre intentaba ser muy cuidadosa con su aspecto, por una vez pilló lo primero que encontró en el armario. Sin embargo, la combinación del traje de chaqueta gris marengo con una blusa blanca le resultó demasiado sobria, así que buscó en la cómoda algún pañuelo que le pudiera servir. Se decantó por uno de seda muy colorido, estampado en tonos azules y verdes, y lo anudó con estilo a su cuello.

Ya preparada, abandonó el dormitorio con la intención de coger su bolso y salir corriendo. Al ver el estado en el que se encontraba el salón, detuvo sus pasos y soltó un taco.

—¡Joder! Lo que me faltaba.

Los papeles del caso que había estado estudiando la noche anterior estaban

desperdigados por todas partes: en el sofá, encima de la mesita de café, sobre las sillas... El día no podía presentarse peor. ¿Cómo había sido capaz de dejarlo todo así, con lo puntillosa que ella era con el orden? Daba igual, ya tendría tiempo de recriminarse ese desliz. En concreto, cuando estuviera en su despacho, despotricando mientras se devanaba los sesos intentando averiguar cómo iban colocados originalmente en el expediente. Los metió a toda prisa en su maletín, se echó el bolso al hombro y caminó con paso resuelto hacia la puerta.

—Y ahora, a correr.

Bajó los dos tramos de escalera a una velocidad vertiginosa, a pesar de que los peldaños de madera se encontraban en un estado precario y podían provocarle un fatídico traspie. Vivía en el segundo piso de un edificio de tres plantas sin ascensor en Perry Street, muy cerca del río Hudson. El inmueble no era nada del otro mundo; en realidad, necesitaba una reforma integral, aunque estaba en una zona inmejorable, en pleno corazón de Greenwich Village, en el lado oeste del bajo Manhattan. Había conseguido el apartamento a base de tirar de contactos en el bufete, algo de lo que no se sentía muy orgullosa pero a lo que tampoco prestó mucha atención cuando firmó el contrato de alquiler. Si hubiera hecho caso a sus principios, jamás habría logrado un alojamiento medianamente accesible para su limitada economía en uno de los barrios más antiguos y emblemáticos de Nueva York. El Village se caracterizaba por sus edificios bajos, sus calles arboladas y su ambiente bohemio. Era todo un bastión de la cultura, y ella adoraba vivir allí.

Cuando llegó al portal, se dio de bruces con su casero. El señor Pattinson era un encantador anciano de sonrisa ancha y sincera, gesto que se extendía hasta sus ojos de color chocolate, diminutos pero vivarachos, rodeados por numerosas arrugas. De pequeña estatura y complexión gruesa, todo lo que le sobraba de peso le faltaba de pelo, aunque él intentaba ocultar al mundo su calvicie encasquetándose una vieja gorra de beisbol de los *Yankees*. El hombre se paró frente a ella, obstaculizándole la salida.

—Buenos días, señorita Williams —la saludó afablemente. Zoe buscó una escapatoria mirando a ambos lados con desesperación. Él, con su inmenso corpachón, le bloqueaba por completo el paso y, al parecer, no tenía intención de retirarse—. Hoy hace una mañana espléndida, ¿no es así?

Aunque no iba a detenerse para sostener una de las tantas conversaciones insustanciales a las que le tenía acostumbrada, tampoco dejaría escapar la oportunidad de formularle una seria advertencia por su dejadez como arrendador.

—Ya hablaremos esta noche de las condiciones en las que mantiene la propiedad. Esto no puede seguir así. Si me permite...

El señor Pattinson compuso una expresión de asombro, extrañado porque su inquilina predilecta, la encantadora señorita Williams, le hubiera contestado de tan malos modos. Ella no era así, al menos nunca lo había tratado de esa forma en los dos años que llevaba viviendo allí. No obstante, se apartó a un lado y la dejó pasar.

Zoe se arrepintió al instante de su grosero comportamiento, aunque bajó los seis escalones que la separaban de la acera sin mirar atrás. Más tarde se disculparía con él, cuando no tuviera tanta prisa por llegar a su destino.

Aunque la idea de coger un taxi la tentó, a esas horas el tráfico estaría imposible, así que enfiló calle arriba en dirección al metro. Al menos, el señor Pattinson no se equivocaba: hacía una mañana espléndida. El cielo se veía despejado y las ramas de los árboles, cuyas hojas aún no habían comenzado a adquirir los tonos ocres y dorados previos al otoño, permanecían inmóviles debido a la ausencia de viento. Menos mal que los meteorólogos se habían equivocado en sus predicciones, porque había olvidado el paraguas en casa y, si hubiera estado lloviendo, tendría que haber vuelto sobre sus pasos, perdiendo parte del valioso tiempo ganado con su precipitado aseo matutino.

Sin llegar a correr, iba todo lo rápido que sus piernas le permitían; sorteaba

con fluidez transeúntes y vallas de alcorques mientras dejaba tras de sí la estela del repiquetear de sus tacones al pisar con ímpetu el pavimento. Cuando llegó al cruce con la Cuarta, echó un rápido vistazo a la entrada del Saint Ambroeus y se lamentó por su mala fortuna. Otra mañana que no podría degustar el que, según los entendidos, se consideraba el mejor café de Nueva York. Al menos ella, como adicta que era a esa bebida, podía dar fe de tal afirmación. Su estómago eligió aquel preciso momento para protestar, recordándole que no había desayunado, pero tuvo el acierto de desviar la mirada al frente a fin de evitar la tentación.

La Séptima estaba tan congestionada que le costó varios minutos atravesarla para llegar a la plaza de Washington. De allí a la estación de metro solo le separaba una manzana de distancia, pero no redujo el paso hasta que se internó en las profundidades del suburbano y cogió el tren de la línea E con dirección a Parsons-Archer. Entonces, a pesar de que no había ni un asiento libre en todo el vagón, pudo tomarse un pequeño respiro apoyando la espalda en una de las barras verticales mientras hurgaba en el interior de su bolso. Sacó un pequeño neceser de Pierre Cardin y lo abrió para hacer uso de su «kit de emergencia».

Con ambas manos ocupadas, una agarrando con fuerza el pequeño espejo y la otra sosteniendo el lápiz de ojos, apeló a su buen equilibrio y a un mejor pulso para no acabar pareciendo un mapache. Sin embargo, hasta cuatro veces tuvo que borrar los trazos irregulares y volver a empezar debido al incesante vaivén del metropolitano pero, sobre todo, a los codazos que recibía del pasajero que tenía al lado. Como intuía que lo estaba haciendo adrede, se sintió más que tentada de clavarle el lapicero en el brazo. Aquel indeseable se apeó en la parada siguiente, lo que la salvó de cometer un disparate.

Tras aplicar la máscara de pestañas, un leve brochazo de colorete en los pómulos y una capa de *gloss* en los labios, cerró el espejo y lo guardó. Después de echarse un poco de perfume, dio por concluida la operación «restauración de urgencia». Ahora solo le quedaba rezar para que no ocurriera ningún percance

que la retrasara más, aunque aquello era Nueva York, así que podía esperarse cualquier cosa.

Cuando llegó a su destino, ya estaba colocada frente a las puertas mecánicas, aguardando impaciente a que se abrieran. Gracias a Dios, esa estación disponía de acceso directo al edificio donde trabajaba, por lo que no tendría que salir a la calle ni esquivar más peatones.

El bufete de abogados Percy&Bones se encontraba ubicado en la vigésimo quinta planta del 599 de la avenida Lexington, un edificio de oficinas de cincuenta pisos construido con estructura de acero y fachada de cristal. Zoe recordaba con claridad meridiana la primera vez que entró allí, hacía ya más de cuatro años, con unas cuantas copias de su currículum bajo el brazo, muchas expectativas y toda la ilusión del mundo. Lo que más le sorprendió fue el maravilloso vestíbulo, con paredes revestidas de mármol blanco y franjas azul y verde, y las enormes vidrieras de la entrada principal, que permitían a los transeúntes contemplar el interior como si se tratara de una obra de arte. Pero es que era una obra de arte: al fondo, un fantástico lienzo del renombrado artista Frank Stella, compuesto por varios motivos geométricos y arquitectónicos, transmitía al *lobby* una fabulosa expresión dinámica de colores.

Zoe pasó como una exhalación junto al mostrador de conserjería de seguridad, discretamente colocado a un lado, y levantó la mano.

—Hola, Bob.

—Buenos días, señorita Williams —contestó el guardia con una sonrisa de oreja a oreja.

En otras circunstancias se habría detenido para charlar un rato con él, pero este no era el día más idóneo.

—Luego te veo. ¡No, espere! —gritó al hombre trajeado que acababa de entrar en uno de los ascensores, al tiempo que iniciaba una loca carrera para

evitar que las puertas se cerraran delante de sus narices.

—¡Cuidado, señorita Williams! —la avisó el vigilante.

Demasiado tarde. En su afán por no perder aquella oportunidad, se le pasó por alto la señal que indicaba que el piso estaba húmedo. Gracias a los buenos reflejos del ocupante de la cabina, que alargó los brazos para sujetarla por los codos, no llegó a caer. De cualquier modo, con la potencia del impacto ambos se golpearon contra el fondo panelado en madera. El maletín de Zoe voló por los aires y se estrelló contra la pared, haciendo que el portafolios se abriera y los papeles se desparramaran por el suelo, a los pies del hombre. En ese momento se cerraron las puertas y el ascensor comenzó a elevarse.

—Lo siento. Yo..., disculpe mi torpeza —se excusó ella—. ¿Le he hecho daño?

—No se preocupe, señorita. No ha sido nada. ¿Y usted? ¿Está bien?

—Sí, gracias. ¡Oh, no! Mi maletín... —murmuró consternada al darse cuenta de lo que había provocado.

Zoe se agachó al mismo tiempo que él. Sus cabezas chocaron y ella, incapaz de agarrarse a ningún sitio, acabó dando con sus posaderas contra el suelo.

—¡Arggg! —bufó con una expresión muy poco femenina—. Esto ya es el colmo...

—Tranquila. Yo lo recogeré, no se agobie. Ahora, permítame que le ayude a levantarse.

El hombre la incorporó, tomándola de la cintura, y luego empezó a amontonar los papeles, con cuidado de no acercarse demasiado a ella por si volvían a tener otro desafortunado encontronazo. Zoe, mientras tanto, recompuso su aspecto: estiró los bajos de su chaqueta, recolocó el nudo de su pañuelo, que se le había dado la vuelta, y apartó varios mechones que caían en desorden sobre su rostro. Después, se acuclilló para echarle una mano, pero él le indicó que se

estuviera quieta con un conciso ademán que no admitía dudas. Ella se arrinconó en un extremo del ascensor y, como no podía hacer nada más, se dedicó a observarlo por el rabillo del ojo. Era más joven de lo que pensó en un principio; no aparentaba más de treinta años e iba vestido de forma impecable, como un reputado hombre de negocios. Si su ojo clínico no la engañaba, aquel traje era de firma. Con todo el jaleo no había podido verle bien la cara pero así, de perfil, tenía unos rasgos muy agraciados que le resultaban vagamente familiares. Moreno y de piel bronceada, le recordaba mucho a alguien, aunque no sabía a quién.

El ascensor subió sin efectuar paradas intermedias. Un par de plantas antes de llegar, él le entregó los papeles y Zoe los guardó en el maletín, sujetándolo después como si su vida dependiera de ello. Sin levantar la vista de sus zapatos, rogó para que no le ocurrieran más desgracias a lo largo del día. Ya había tenido más que suficiente.

Unos segundos más tarde, la cabina se detuvo y una voz metálica anunció que habían llegado a la planta veinticinco. Zoe elevó la vista hacia el hombre y le regaló una sincera sonrisa de agradecimiento.

—Muchísimas gracias por todo. Buenos días.

No esperó a que las puertas se terminaran de abrir. En cuanto hubo espacio suficiente, se coló por la abertura y salió de allí como alma que lleva el diablo. Saludó brevemente a la chica de recepción y enfiló el pasillo todo lo rápido que le permitieron las piernas. Ojalá no se cruzara con ninguno de los socios del bufete, porque entonces estaría perdida.

Pudo respirar tranquila tras entrar en su despacho y cerciorarse de que nadie, aparte de la recepcionista, la había visto llegar. Dejó sus pertenencias en la silla de confidente y apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose hacia delante al tiempo que soltaba un profundo suspiro de alivio.

—Llegas tarde.

Ese comentario tan categórico la hizo tensarse de nuevo, aunque solo durante un breve instante. En cuanto reconoció la voz supo que no tenía de qué preocuparse.

—¿Es una pregunta o una afirmación? —inquirió sin alzar la mirada.

—¿Tú qué crees? Tendría mis dudas si no te hubiera visto correr hasta aquí como si te persiguiera el mismo demonio. Al paso que ibas, he sido incapaz de alcanzarte. Llegas tarde —repitió—. Otra vez.

—Me has pillado. Buenos días, Luke —dijo ella, apartando las manos de su cara para mirarlo.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué te ha pasado esta vez? ¡Madre mía! —exclamó al ver su rostro—. ¿Y esto? —Se acercó a ella y le levantó el mentón—. Si quieres que te diga la verdad, ese tono violáceo no pega para nada con tus maravillosos ojos azules. Te recomiendo que cambies de maquillaje o tendremos que demandar a la marca por publicidad engañosa.

—Vamos, Luke, deja de burlarte de mí —le increpó, dándole un cariñoso manotazo en el hombro—. Anoche me acosté muy tarde y esta mañana, con las prisas, no me ha dado tiempo a maquillarme en condiciones. Además, tú ya me has visto antes con peores pintas. ¿Acaso no te acuerdas?

—A duras penas. Ha pasado demasiado tiempo.

Luke Goldsmith era su mejor amigo, pero antes había sido su novio. Zoe lo conoció doce años atrás, al poco de ingresar en la universidad de Columbia para cursar los estudios de Derecho. Él era un estudiante de leyes de último año y ella, una novata a la que asignaron un mentor para su adaptación durante los primeros meses. Cuando lo tuvo delante y la miró con esos impresionantes ojos verdes, supo que sería muy difícil resistirse a él.

Y así fue.

No solo le enseñó los entresijos del campus y la ayudó con los estudios, también se convirtió en su sombra fuera del entorno académico. Su personalidad arrolladora la cautivó y terminaron teniendo un lío que duró la friolera de un año, hasta que descubrió que ese hombre encantador del que creía haberse enamorado hasta el tuétano era en realidad un empedernido mujeriego. Al principio se sintió engañada, pero acabó por entender que la amistad que se había forjado entre ellos era más fuerte que cualquier lazo sentimental.

—¿A duras penas? —Zoe fingió ofenderse.

—Sí. Y, francamente, si llego a saber que iba a tener que hacer de niñera, me lo habría pensado dos veces antes de recomendarte para el puesto de abogado medioambiental.

Luke formaba parte de la plantilla fija como socio junior especializado en temas penales. Tenía mucho carisma y eso le había llevado a crecer como la espuma, creándose un nombre propio dentro del bufete. Al contrario que ella, quien todavía luchaba por abrirse camino en aquel mundillo tan complicado. Hacía sus pinitos en procesos de pequeña envergadura, pero aún esperaba el día en el que finalmente confiaran en ella y le dieran un caso de relevancia. Luke lo sabía, por eso la ayudaba en lo que podía y la cubría cuando llegaba tarde, ya que era consciente de que su amiga no tenía otra vida aparte del trabajo. Aunque tampoco era impedimento para bromear a su costa de vez en cuando.

—No lo estás diciendo en serio...

—Puede ser. No hay semana que no se te peguen las sábanas. —Un brillo pícaro apareció en sus ojos antes de afirmar—: Te marcaste una buena juerguecita anoche, ¿eh? Dime, ¿quién es él?

—¡No seas bobo! —rio ella—. Sabes perfectamente qué, y no quién, me mantuvo en vela hasta altas horas.

—Vaya desperdicio de tiempo... Yo lo hubiera dedicado a otros menesteres

más agradables.

—De eso estoy convencida. Nunca pierdes ocasión de flirtear con cualquier falda que revolotee a tu lado. Pero yo no soy como tú, a Dios gracias.

—Es cierto. Un buen plan para ti implica algo de comida vegetariana en tu casa y la única compañía de un caso tan aburrido e intrascendente que haría renunciar de su profesión hasta al mismísimo Adam Percy. Zoe, ¿cuándo dejarás de aceptar todos los casos *pro bono*<sup>[5]</sup> que te ofrecen?

—Luke, te recuerdo que las reglas éticas de la ABA<sup>[6]</sup> recomiendan a sus abogados brindar, al menos, cincuenta horas de servicio *pro bono* por año.

—Y te has propuesto seguir esa norma a rajatabla, pero tan al pie de la letra que, en lo que llevamos de año, ya has superado con creces la previsión. ¿Pretendes acaso cumplir tú sola la cifra total que correspondería a todo el bufete? Venga, confiesa, quieres ganar puntos con el resto de los socios, ¿verdad?

—No digas sandeces. Prefiero hacer eso que aburrirme como una ostra, esperando que llegue algo importante. Además, todos los abogados de más prestigio estáis muy ocupados con vuestros casos, así que yo, simplemente, estoy echando una mano para el mejor funcionamiento de la empresa.

—Ese día llegará, cariño, no te preocupes, pero tienes que hacerte valer. Ya es hora de que empieces a entender el significado de la palabra «no». Espera... ¿No eras tú la que me había dado unas cuantas lecciones sobre eso? Sí, ya lo recuerdo: *Cuando una mujer dice «no», precisamente significa eso, no un «tal vez»*. Y esta también me viene que ni pintada: *Las mujeres tenemos que luchar más duro y con más ahínco que los hombres para hacernos un hueco en este mundo tan difícil*. Pues guapa, aplícate el cuento. De tan buena que eres, pecas de tonta.

—No te metas conmigo que aún no me he tomado ni un triste café. Sabes de

sobra que soy incapaz de rebatir nada con el estómago vacío, y mucho menos mis propias palabras.

—¡No me lo puedo creer! ¿Son las ocho y media de la mañana y Zoe Williams todavía no se ha metido su primera dosis de cafeína en el cuerpo? ¡Esto hay que solucionarlo ahora mismo! Venga, vayamos a la cocina y te haré uno de esos brebajes que tanto te gustan, incluso con esa asquerosidad de preparado de soja que tú llamas «leche». Por cierto, ¿cómo eres capaz de beber semejante cosa? ¡Si sabe a rayos!

—No seas quisquilloso. Tampoco está tan mal, y es muy buena para la salud.

—Por mucho que ensalces sus maravillosas cualidades, no me vas a convencer. Empiezo a pensar que todas esas porquerías que consumes, mal denominadas «comida sana», son las que te están licuando poco a poco el cerebro. ¡Mírame a mí! Paso por completo de dietas y mi cuerpo se mantiene en una forma excelente.

—Yo también te quiero... —gruñó ella—. Vamos, *Adonis*. —Zoe le dio un ligero empujón y movió la cabeza, simulando resignación—. A ver si mi día mejora después de tomarme ese café. Solo espero no encontrarme allí con ninguno de los jefes.

—Ahora que lo dices, ¿sabes con quién has coincidido en el ascensor? —Ella negó con un gesto—. Con Dylan Percy. Ha salido detrás de ti.

—¿Dylan Percy? ¿Ese no es...?

—El hijo de Adam Percy —terminó la frase por ella.

—¡Ay, no!

—¿Qué pasa? Te has puesto pálida... Bueno, más pálida de lo que ya estabas.

—¿Crees que me ha visto? —preguntó con un hilo de voz. Luke la miró sin

comprender—. Me refiero a... ¿crees que me ha visto entrar en este despacho?

—¿Verte? ¡Si casi no te he visto ni yo de lo rápido que has pasado por recepción! Además, no te conoce, así que no tienes de qué preocuparte.

«No, claro que no tengo por qué preocuparme», pensó con consternación. «Solo me he chocado con él no una, sino dos veces, y he dado la impresión de ser una estúpida integral que, aparte de no saber comportarse, llega tarde al trabajo».

Betsy Jones, la secretaria de dirección, aprovechó ese preciso momento para aparecer por la puerta. El asunto que la había llevado hasta allí debía de ser urgente porque no se molestó en llamar antes. Sin embargo, el rictus severo que mostraba su rostro se dulcificó en cuanto vio a Luke, esbozando una leve pero sugerente sonrisa dirigida en exclusiva a él.

Zoe ocultó una mueca divertida al ver el cambio orquestado en ella. Luke causaba estragos entre todas las mujeres del bufete, sin excepción: ni la seria y estirada Betsy se había podido mantener inmune a sus encantos. Durante un instante, olvidó el motivo de su nerviosismo y emitió una inaudible risita, que se le atragantó en cuanto escuchó a la secretaria.

—Zoe, el señor Percy te ha mandado llamar. Quiere que vayas a su despacho de inmediato.

¿El señor Percy solicitaba su presencia? Aquello era muy extraño. ¡Pero si ni siquiera creía que ese hombre supiera quién era ella!

«Ya está, ya la he cagado del todo. Este es el momento en el que me dan la patada. Si es que soy tonta, tonta, tonta...».

Aunque estaba a punto de sufrir un ataque de ansiedad, no se hizo esperar. Caminó con paso resuelto hasta el despacho del gran jefe, pero sus piernas comenzaron a temblar de modo incontrolado al detenerse frente a la puerta, en la que podía leerse con letras elegantes: «Adam Percy. Socio Fundador de

Percy&Bones». Respiró hondo, se armó de valor y golpeó el cristal con los nudillos.

—Adelante —se oyó decir al otro lado.

Zoe abrió despacio y entró. La figura del señor Percy siempre le había impuesto mucho respeto, pero verlo allí, sentado tras su enorme mesa de caoba, presidiendo la habitación con esa aura de poder que destilaba por todos los poros de su piel, le provocó un repentino acceso de pánico. Además, tal y como se temía, no estaba solo. Junto a él, de pie y con la vista clavada en ella, se encontraba el hombre del ascensor: su hijo Dylan, quien seguramente ya le habría puesto al tanto de su pequeño encontronazo.

—No se quede ahí como una estatua. Pase y siéntese —la apremió con voz grave—. Nos ha surgido un asunto de vital importancia y requerimos de sus servicios...

—¡Me la pido, me la pido, me la pido! —exclamó Anael, rebosante de emoción. No podía disimular su alegría, así que batió palmas al tiempo que sobrevolaba en círculos alrededor del otro ángel—. ¡Es perfecta! ¿Tú qué piensas, Zachriel?

—No está mal. Puede servir —comentó con desgana.

—Mira que eres desabrido. ¿Y él? ¿Ya has pensado en alguien? ¿Su amigo Luke, quizás? —conjeturó con una sonrisilla traviesa.

—No. Ellos dos ya tuvieron una historia pero terminó. Además, son muy buenos amigos, algo incompatible para nuestros fines. Necesitamos un hombre desconocido, al que ella nunca haya visto antes.

—Bueno, y... ¿qué te parece el chico del ascensor? ¿El hijo de su jefe? Es muy guapo...

—Tampoco. Reconozco que harían buena pareja, pero son demasiado parecidos. Te recuerdo que esta apuesta consiste en encontrar a dos humanos con gustos diferentes, tan opuestos que choquen entre sí.

—Entonces, ¿qué me propones? No podemos buscar a ese hombre durante toda la eternidad... Vale, sí podemos —rectificó—, pero ten en cuenta que Zoe es mortal y YO LA QUIERO A ELLA —recalcó—. Si te demoras mucho en tu elección, al final la pobre se va a quedar arrugada como una pasa.

—Déjame que eche una visual. No puede ser tan difícil encontrar al humano idóneo. A ver ese... No,

ese no, que le acaba de dar un beso a la chica de al lado y parece muy enamorado de ella. Ese... No, demasiado viejo. Y aquel... No, aquel tampoco, que es gay. ¡Jo, pues sí que es complicado! A ver este otro...

## Capítulo 2

El móvil no dejaba de sonar. Josh estuvo a punto de lanzarlo al fondo de una zanja pero, en vez de hacerlo, pulsó el botón de «aceptar llamada» con cara de circunstancia.

—Josh Carter al habla... Sí, efectivamente... Me temo que, por el momento, no es posible. Ahora mismo estoy hasta arriba... No, no creo que pueda aceptar algo más hasta dentro de unos meses... Sí, lo entiendo... Ya, claro... No sé, quizá podríamos hablarlo con más detenimiento en mi estudio... ¿Desplazarme hasta allí? Tendría que consultar mi agenda. ¿Y tenía en mente alguna idea en concreto?... Mmm... Perfecto, me gusta... Pues, si le parece bien, la llamaré dentro de una hora... Gracias a usted. Buenos días.

Josh cerró el móvil y lo guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Meditó unos segundos las repercusiones de aquella llamada. Ese trabajo le costaría el poco tiempo libre que le quedaba, pero no pudo evitar mostrar una sonrisa de satisfacción. El encargo de un proyecto así siempre era bienvenido.

Se giró hacia el encargado, quien durante todo el tiempo que duró la conversación se había mantenido apartado a fin de no molestar. Le indicó con la mano que se acercara y comenzó a enrollar los planos.

—Bueno, Pete, la visita de hoy ha terminado. Di a los muchachos que apuntalen esa zona, además de entibar las zanjas que acaban de abrir. El parte meteorológico ha previsto lluvias y no quiero correr ningún riesgo de desmoronamiento de tierras. ¿Entendido?

—Sí, señor Carter. ¿Le veo mañana?

—Por supuesto. Me gustaría revisar el armado antes de que se hormigone.

—Una última cosa... —El encargado parecía azorado—. Todas las cuadrillas me han pedido salir hoy un poco más temprano de lo habitual.

Josh frunció el ceño.

—¿Por alguna razón en especial? Sabes que no podemos permitirnos retrasos. El cliente ha sido inflexible en ese sentido.

—Esta tarde los Giants juegan contra los Patriots, y retransmiten el partido en el canal 4 de la WNBC. Los chicos quieren llegar a casa antes de que empiece, así que ahora mismo están trabajando a destajo para dejarlo todo terminado. Incluso se han saltado la hora del almuerzo.

—¡Así que es eso! —Josh rompió a reír a carcajadas. Al verlo, el rostro de Pete se relajó—. Está bien, me hago cargo. Si se han comprometido a terminar el trabajo, no hay problema. Además, los entiendo perfectamente. Yo tengo entradas para ese encuentro y no me lo perdería por nada del mundo.

—¿Es aficionado al fútbol americano?

—¿Aficionado? —Josh, estupefacto por aquella pregunta, extendió los brazos—. ¡Soy un acérrimo fan de los Giants! ¿Y tú? ¿A ti también te gusta el fútbol?

—Por supuesto. —Cuadró hombros, orgulloso—. Tiene delante a otro seguidor incondicional de los Giants. Espero que este año se aseguren el pase a los *playoffs*, no como el año pasado.

—Dios te oiga, Pete, Dios te oiga. Mañana, después de la visita, comentaremos el partido largo y tendido mientras nos tomamos unas birras. Yo invito. Ahora tengo que irme. —Se despidió de él con un afectuoso apretón en el hombro, gesto que sorprendió al encargado—. ¡*Dee-fense!*<sup>[7]</sup>

Josh se quitó el casco y pasó los dedos entre el pelo. Algunos mechones rubios estaban húmedos, así que dejó que el sol del mediodía y la suave brisa

que soplaban se los secaran. Mientras tanto, echó un último vistazo desde lejos al curso de las obras. Afirmó complacido con la cabeza: todo marchaba según las previsiones.

Se sentía muy orgulloso de lo que había conseguido a lo largo de los años gracias a su esfuerzo. A sus treinta y siete años, era ya uno de los más afamados arquitectos de la costa este del país. Aunque había cosechado buena parte de su éxito gracias a encargos de gran magnitud, rascacielos y centros comerciales en la Gran Manzana, lo que realmente le gustaba era diseñar viviendas unifamiliares con encanto, aportándoles un estilo propio. No solo plasmaba en los planos las ideas de sus clientes, entremezclándolas sutilmente con las suyas, sino que además participaba en el proceso de ejecución hasta la entrega del edificio. Como en el caso de aquella obra que había ido a visitar. Se trataba de una gran mansión de estilo colonial en la que le dieron carta blanca en todo lo referente al diseño, una tentación demasiado importante como para poder resistirse. Quedaba un poco más lejos de lo que le habría gustado, en New Vernon, Nueva Jersey, en una zona residencial rodeada de bosques, pero en realidad la distancia no le importaba mucho cuando tenía entre manos un proyecto que le emocionaba.

Miró su reloj. Se le había hecho un poco tarde y aún le quedaba casi una hora de trayecto hasta Nueva York, así que caminó con paso resuelto hacia su jeep, un Grand Cherokee gris metalizado que estaba aparcado bajo la sombra de un roble rojo de considerable tamaño.

Abrió las puertas con el mando a distancia y dejó los planos en los asientos traseros. Antes de poner el todoterreno en marcha se subió las mangas de la camisa a la altura del codo, mostrando unos duros y bronceados antebrazos que destacaban frente al blanco impoluto de la prenda. Después, giró la llave de contacto hasta que el potente motor rugió. El ruido de la máquina se fundió al instante con la estridente melodía que surgió de los altavoces a un volumen imposible. Durante un momento, Josh miró su imagen reflejada en el retrovisor

interior y soltó un grito de euforia. Tal mezcla de sonidos siempre le provocaba una importante subida de adrenalina: le apasionaba la música rock, al igual que adoraba conducir aquel monstruo.

Mientras enfilaba el camino pedregoso que le separaba de la I-78 E, buscó en la guantera sus *Ray-Ban aviator*, aunque no se las puso hasta que el vehículo tocó el asfalto. Cuando se incorporó a la carretera, ocultó sus ojos azules tras los cristales oscuros de las gafas, pisó a fondo el acelerador y, con un brazo apoyado en la ventanilla y la otra mano sujetando firmemente el volante, comenzó a cantar a pleno pulmón:

—*I'm on the highway to hell... highway to hell...*<sup>[8]</sup>

Su estudio ocupaba gran parte de la planta treinta de un edificio de oficinas situado en Water Street, en pleno centro del distrito financiero de Nueva York. Entre arquitectos junior, delineantes, calculistas, ingenieros y personal administrativo, Josh tenía a su cargo a más de cuarenta personas, aunque él era el último responsable y supervisaba personalmente cada uno de los proyectos que se llevaban a cabo. Hacía ya ocho años que había alquilado una pequeña parte de esas instalaciones, cuando ganó su primer concurso con el diseño de un innovador rascacielos; tras obtener el suficiente dinero y reconocimientos, se desvinculó por completo de la empresa donde trabajaba y abrió su propio negocio. Un reto arriesgado, habida cuenta de que se encontraba en una gran ciudad como Nueva York, donde muy pocos llegaban a lograr su ansiada meta. De hecho, los comienzos fueron bastante difíciles; todo el volumen de trabajo técnico recaía sobre sus hombros, ya que solo podía permitirse una secretaria. Aunque eso no le echó atrás. Era un emprendedor, así que, a fuerza de trabajar de sol a sol, con el tiempo fue labrándose un nombre hasta que el estudio empezó a generar beneficios. Contrató más personal, amplió el espacio

alquilando las oficinas aledañas a la suya y las reformó a su gusto, dándoles ese toque de estilo con el que siempre deseó dotar a su negocio.

Antes de dirigirse a su despacho, saludó amablemente a Daisy, la recepcionista, y se dio una vuelta por todos los puestos de trabajo con la intención de preguntar a su gente qué tal les estaba yendo la mañana. Era una rutina que jamás dejaba de hacer, no solo para resolver las posibles dudas o problemas laborales que pudieran haber surgido en su ausencia, sino también para interesarse por la situación personal de los empleados. De este modo, sentaba las bases para crear un buen ambiente de trabajo entre la plantilla. Gracias a esa actitud había logrado alcanzar su objetivo con creces, y aquello se notaba en los resultados de la empresa.

Cuando terminó el recorrido, se acercó a la mesa de su secretaria y, apoyando las manos sobre el escritorio, se echó hacia delante al tiempo que componía una encantadora sonrisa.

—Buenos días, Cindy. Hoy estás especialmente guapa. ¿Te has cambiado de peinado? —Ella fue a la primera persona que contrató hacía ya varios años, así que le tenía un cariño especial y no dudaba en demostrárselo en cuanto surgía la ocasión.

—Buenos días, señor Carter. No, no me he hecho nada —inconscientemente, Cindy llevó una mano hacia su cabello y se lo peinó con coquetería—, pero muchas gracias por el cumplido.

Josh era un adulator nato, aunque sabía en qué punto exacto debía establecer el límite para evitar malentendidos entre el personal femenino de la oficina. No obstante, fuera del ambiente laboral... esas barreras desaparecían por completo.

—Pues se te ve radiante. Debe de ser porque ya estamos a jueves y queda poco para el fin de semana. Y bien, ¿te han dado mucho la lata con el teléfono?

—No demasiado. Ha sido una mañana relativamente tranquila. —Cindy le

tendió unas notas donde aparecían reflejadas las llamadas recibidas en su ausencia. Tras un rápido vistazo, Josh alzó una ceja y la miró con escepticismo—. La mayoría son del señor McAllister —añadió, confirmando lo que él ya sabía.

—Ya veo, ya... ¿Te ha dicho qué quería?

—No, solo que necesitaba ponerse en contacto con usted de inmediato. Ha sido muy insistente.

—Bien. Gracias, Cindy. Si vuelve a llamar, pásamelo, pero antes hazle esperar un buen rato. —El rostro de la mujer denotó incredulidad, así que él agregó—: Si fuera algo importante ya me habría llamado al móvil unas cuantas veces. Y como no lo ha hecho, deduzco que se trata de cualquier tontería suya.

Josh entró en el despacho y se desplomó sobre su sillón de cuero negro, girándolo después hacia el gran ventanal situado a espaldas del escritorio. Siempre dedicaba unos minutos a contemplar las vistas antes de sumergirse en el duro trabajo. Desde allí tenía una buena panorámica de la isla de Brooklyn, donde había fijado hacía poco tiempo su residencia. También podía vislumbrar, a su derecha, la isla de Grovenors, lugar emblemático en el que se levantaban dos fortificaciones históricas, Fort Jay y Castle Williams, antaño utilizadas como sendas prisiones. Pero, sobre todo, lo que más le gustaba era admirar desde lejos el velero Peking, amarrado en el puerto junto a los antiguos embarcaderos y depósitos de la ribera del East River de Manhattan. Se trataba de una antigua nave de cuatro mástiles que, en sus orígenes, había sido usada para realizar travesías comerciales por la ruta de Cabo de Hornos, aunque en la actualidad se encontraba retirada de cualquier función mercantil y simplemente se exhibía al público como museo. Josh se maravillaba del contraste que suponía conjugar una parte del pasado con el presente y buena parte del futuro. La imagen de aquel viejo barco rodeado por multitud de innovadores e impresionantes rascacielos era, como poco, digna de asombro.

Al levantar la vista de la bahía, se percató de que un buen número de densas nubes comenzaban a oscurecer el cielo. Tal y como habían augurado los pronósticos, esa tarde llovería. Menuda fatalidad. Esperaba que solo fuera un chubasco sin importancia y no descargase mucha lluvia, porque entonces el encuentro de fútbol podría ser cancelado. Y él tenía muchas ganas de acudir al partido, ya que era el último de la pretemporada y aún no conocía el nuevo estadio, el New Meadowlands Stadium, inaugurado hacía unos meses en East Rutherford, en Nueva Jersey.

Después de ese pequeño receso, se dio la vuelta para cumplir con sus obligaciones. Echó una ojeada a su agenda, cotejó varios datos y sacó el móvil del bolsillo para efectuar la llamada que tenía pendiente. Estuvo hablando durante varios minutos, concretando unos cuantos aspectos de aquel nuevo encargo, hasta que ambas partes quedaron satisfechas. No bien acababa de colgar y se estaba tumbando en el respaldo del sillón con las manos entrelazadas en la nuca cuando sonó el interfono que le comunicaba con su secretaria.

—Señor Carter, tiene una visita.

—¿De quién se trata?

—Esto... Es el señor McAllister.

—¿Está aquí, en el estudio?

—Sí, señor. Y, como siempre, ha intentado colarse en su despacho sin esperar autorización.

Josh suspiró, resignado.

—De acuerdo, dile que pase.

Cinco segundos después, la puerta se abrió y por ella entró, haciendo aspavientos con los brazos, un tornado en forma de hombre. Tendría más o menos la misma edad que Josh, aunque su cabello oscuro y su perilla, perfectamente recortada, mostraban ya unas cuantas canas prematuras. Delgado

y con una peculiar forma de vestir, más propia de un muchacho de veinte años que de alguien cercano a la cuarentena, parecía el icono de una generación que no está dispuesta a sucumbir al inexorable paso del tiempo.

—¡No me lo puedo creer! Ya te vale, tío. Siempre me haces lo mismo.

—Buenos días, Andy. No te entiendo —comentó con falsa ingenuidad—. ¿A qué te refieres?

—¡A hacerme esperar antes de entrar! Parece mentira... ¡Como si tu secretaria no me conociera después de tantos años!

—Precisamente por eso: te conoce demasiado.

—¡Venga ya! Sabe de sobra que soy tu mejor amigo y que siempre estás dispuesto a recibirme, por muy ocupado que estés.

—Cindy cumple al pie de la letra todas mis órdenes, y una de ellas consiste en no permitirle el paso a nadie sin avisarme previamente. A nadie —recalcó—, en concreto y de forma expresa, a ti.

—¡Ehhh! ¿Y por qué razón? —protestó.

—Para hacerme a la idea de lo que se me viene encima contigo —contestó a las claras.

—¡Eso me ha dolido! —Andy se llevó la mano al pecho de forma melodramática, fingiendo una desazón que realmente no sentía—. ¿Y qué va a ser lo próximo? ¿Lanzármela a la yugular? Esa mujer parece un perro de presa. Solo le falta enseñar los dientes.

—Andy, no te pases... —Josh le reconvino, señalándole con el dedo.

—A tu secretaria no le caigo bien.

—Eso no hace falta que lo jures.

—Es porque soy gay —apuntilló.

—No, es porque eres un pesado.

—Te digo que ella tiene aversión a la gente que no es hetero...

—Andy, te repito que Cindy no tiene nada en contra de los gais. De hecho, uno de sus hijos lo es.

—¿Ah, sí? —Sus ojos se abrieron como platos—. ¿Y no podría presentármelo? Soy un buen tipo, muy limpio y bastante estiloso, que no me conservo nada mal... —Mientras hablaba, compuso una pose provocativa y pestañeó de modo ostentoso.

—Joder, Andy, ya estamos... Sabes que odio cuando te comportas como una loca.

—Es una de mis cualidades —cacareó con regodeo.

—Más bien es un defecto que te gusta explotar hasta límites insospechados, pedazo de maricón —le dijo con un cariño mal disimulado.

—Yo también te quiero, bruto arrogante.

Desde que Josh conoció a Andy, y de eso hacía ya muchos años, no había dejado de pincharle a la primera oportunidad que se le presentaba. No le importaba en absoluto que fuera homosexual, nunca le había importado, pero disfrutaba enormemente haciendo bromas a su costa, las cuales el susodicho le reía encantado. Eso sí: él podía hostigarlo todo lo que quisiera, pero que nadie se atreviera a meterse con Andy o con sus inclinaciones sexuales porque entonces ya podía ir acostumbrándose a tener una cara nueva. Como sucedió el segundo año de instituto, cuando aquel niño fanfarrón con ínfulas de superestrella tuvo la osadía de poner el punto de mira en su amigo. Alan Parker utilizaba su popularidad como *quarterback* del equipo de fútbol de la escuela secundaria para meterse con quien le daba la gana y salir impune, pero su error fue fijar el objetivo en el bueno de Andy. Una única vez salió de su boca aquel apelativo tan soez, proferido con tanto desprecio, porque al intentarlo de nuevo, le partió la

cara. Literalmente. Además, delante de todos sus compañeros, para más vergüenza del culpable. Josh fue expulsado del centro durante dos semanas, aunque nunca se arrepintió de lo que había hecho. Es más, se sentía muy orgulloso de haberle dado su merecido a aquel mequetrefe. A partir de entonces, nadie más volvió a meterse con Andy, por la cuenta que les traía. Ni con él ni con cualquier otra persona de su círculo de amistades.

—Y bien, ¿a qué dudoso placer debo tu visita ahora? Pasas casi más tiempo en este estudio que yo mismo. ¿El trabajo está muy flojo y te aburres? ¿O es que no tienes a otro a quien incordiar?

—En realidad estoy aquí por una cuestión de exceso de trabajo. —Andy se puso inusualmente serio—. Necesito que me hagas un gran favor.

—¿De qué se trata?

—De Bonnie.

—¿Bonnie? ¿Qué le ocurre a mi chica preferida?

Bonnie era la hermana pequeña de Andy y, de toda la vida, ellos tres habían estado muy unidos entre sí. A pesar del transcurso de los años y de los asuntos profesionales que separaban continuamente sus respectivos caminos, seguían siendo como uña y carne. Cada uno de ellos estaba allí cuando el otro los necesitaba.

—Llega esta tarde a Nueva York.

—Pero ¡eso es fantástico! Tengo unas ganas enormes de volver a verla. ¿Hace cuánto que se fue a Glasgow? ¿Cuatro, cinco meses?

—Ha pasado ya medio año.

—Ufff —silbó por lo bajo—. No me quiero ni imaginar la cantidad de cuadros que traerá.

—¿Crees de verdad que solo se ha dedicado a pintar? Estoy seguro de que ha

demorado su vuelta porque conoció a unos cuantos hombretones por allí y quería probarlos a todos. Ya sabes lo viciosa que es en ese sentido... ¡Ains, qué envidia me da!

—Andy, que te veo venir. No todos los escoceses son como Gerard Butler o Ewan McGregor.

—¿Ah, no? Pues mírame a mí. Soy descendiente de escoceses y estoy de muy buen ver. Además, quiero comprobarlo con mis propios ojos. Mmm...

—Bueno, ¿y cuál es el problema? —le cortó.

—Verás... Me ha surgido una cita con un cliente en el último momento. Quiere que decore su nuevo apartamento, así que he quedado esta tarde con él para intercambiar impresiones. No puedo ir a buscar a Bonnie al aeropuerto. Necesito que vayas tú por mí.

—¿A qué hora llega el avión? —Josh ya se imaginaba por dónde iban los tiros.

—A las siete.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no!

—Pero...

—¡Llevo semanas esperando que llegue este día! Ya tengo las entradas, Andy. No puedes hacerme esto... Además, ibas a venir conmigo. ¿O acaso lo has olvidado?

—Por favor, Josh, te lo suplico. He intentado aplazar la reunión para mañana, pero ha sido imposible. A mí me hace tan poca gracia como a ti. Con las ganas que tenía de recrearme la vista con todos esos muchachos hipermusculados...

—Ni siquiera podré ver el partido en la tele —refunfuñó—. Un día te voy a matar, Andy. Lo digo completamente en serio.

—¿Eso significa que irás a recogerla?

—¡Qué remedio me queda! Pero esta me la debes.

—Esto... —Andy se frotó las manos al tiempo que meneaba de un lado a otro las caderas—, tengo que pedirte otro favor.

—¿Otro? ¿No crees que ya te estás pasando?

—¿Podría dormir Bonnie en tu casa? Solo por esta noche.

—¡Vamos, Andy, no me jodas! —El aludido le dirigió una mirada de «ya me gustaría a mí»—. Tengo planes, y dudo mucho que a Natasha le agrade ver a otra mujer en mi casa.

—¿Sigues con esa pelandusca? No me gusta nada. Si la miras un poco más de lo correcto, seguro que se rompe. ¡Está en los huesos!

—Tú eres el menos indicado para opinar sobre mujeres.

—Sí, sí, pero te digo yo que esa no te conviene. Es demasiado superficial, como todas las modelos.

—¡Quién fue a hablar! ¡El rey de la frivolidad!

—Josh, nos estamos dispersando del tema principal. ¿Puede o no puede quedarse mi hermana en tu casa?

—Dame una razón convincente y me lo pensaré.

—Bueno... Resulta que he quedado con un mulato espectacular, auxiliar de vuelo para más señas, pero solo pasará esta noche en la ciudad. —Josh fue a replicarle, pero Andy se le adelantó—. Antes de que digas nada, por favor, piensa en mi vida sexual. ¡Es casi inexistente! Para una vez que se me presenta una oportunidad así... Hazlo por una buena causa, o sea: yo. Si no lo haces, terminaré cayendo en una profunda depresión, ¡y será única y exclusivamente por tu culpa! Porfa, porfa, porfa...

Josh se lo pensó unos cuantos segundos. Si le decía que no, tendría que

soportar sus continuos reproches y lloriqueos durante días. Eso, si encontraba a otra víctima con la que saciar su «sequía sexual», como Andy la llamaba. De no ser así, podría estar dándole la brasa hasta tiempo indefinido. Total, ¿qué más le daba quedar con Natasha esa noche u otra?

—De acuerdo —claudicó—, aunque solo por esta noche.

—¡Eres un encanto! —Andy se abalanzó sobre él para darle un beso de los suyos, pero Josh se apartó con las manos en alto.

—¡Por Dios, quítate de encima! ¡Resérvate las mariconadas para tus ligues!

—Gracias, gracias, gracias... —Como no le dejó agradecersele a su modo, lanzó un beso al aire—. ¿Comemos juntos? Yo invito. Podríamos ir a tomar unas hamburguesas a *Jackson Hole*, ese antro que tanto te gusta. ¿Te hace?

—Vale, pero no creas que con esta invitación quedaremos en paz. Ya veré cómo puedes resarcirme de verdad. Espera un minuto que voy a llamar a Natasha para anular nuestra cita.

Andy se puso a remolonear por el despacho mientras Josh telefoneaba a la modelo. Al principio, la mujer se sintió un poco desilusionada por el plantón, pero cuando él le propuso verse en su casa después de comer ella aceptó encantada. Tras cortar la comunicación, se giró hacia su amigo y lo encontró mirándolo de una forma muy extraña.

—¿Qué pasa ahora?

—No me digas que has quedado con ella antes de ir a buscar a mi hermana —le espetó, con los brazos en jarras.

—Pues sí. Si te importa o no, me es indiferente.

—¿No puedes esperar a tirártela en otro momento? Como llegues tarde al aeropuerto y hagas esperar a Bonnie, date por capado, y más si se entera de la causa de tu retraso.

—A ver si al que voy a capar yo es a ti por jugar con fuego... Pero no te preocupes: será un polvo rápido.

—¿Rápido, dices? Cariño, creo que ninguna de tus conquistas podría afirmar tal cosa. Me parece a mí que has dejado muy satisfechas a todas las mujeres con las que has estado. O eso he oído... —añadió rápidamente, al ver la cara que ponía Josh.

—¡Serás...! ¿Qué es lo que te han contado? Aunque conociéndote, seguro que has sido tú quien se ha dedicado a preguntarles a ellas. ¿No sabes lo que significa el respeto por la vida privada de los demás?

—Venga, no te enfades. Como tú nunca sueltas prenda, he tenido que buscarme otro medio de información veraz, y ¿quién mejor que las propias implicadas?

—¿Es que no puedes mantener la boca cerrada con los asuntos que no son de tu incumbencia? En tu próximo cumpleaños voy a regalarte una mordaza.

Para sorpresa de Josh, Andy se puso a batir palmas de alegría.

—¡Sí, por favor! ¡Y si es de cuero, mucho mejor! No sabes lo bien que me vendría para mis escarceos amorosos... Y luego te la podría prestar, aunque creo que a ti no te van mucho esos juguetitos, ¿verdad?

—Vamos, alcahueta... —Josh cogió del brazo a su amigo y lo empujó hasta la puerta—. Estoy deseando volver a probar esas fantásticas hamburguesas. No perdamos más el tiempo con tonterías.

Ambos disfrutaron de una agradable comida, riendo y comentando anécdotas pasadas. Cuando llegó la hora de marcharse, Andy le recordó por enésima vez que fuera puntual. Josh elevó los ojos al cielo, implorando paciencia. Su amigo

tenía la extraña cualidad de sacarlo continuamente de sus casillas pero, al parecer, o no se daba cuenta o lo hacía con premeditación y alevosía, por el simple placer de fastidiarlo.

Se despidieron en la puerta de la hamburguesería y Andy se dirigió a la estación más cercana de metro, mientras que Josh fue en busca de su coche. Poco antes de cruzar la entrada del aparcamiento empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, así que aceleró el paso. El puente de Williamsburg se ponía imposible cuando llovía, y el tiempo que podría pasar con Natasha ya era lo suficientemente escaso como para, además, llegar tarde a su cita.

Al parecer, la climatología se había aliado en su contra. Nada más salir advirtió que la fina lluvia que momentos antes comenzaba a caer se había convertido ya en un tremendo aguacero. El tráfico estaba muy congestionado en la Segunda Avenida, pero no tanto como en el acceso al puente, donde el atasco era monumental. Dado que no podía hacer otra cosa más que esperar, subió el volumen de la música hasta que el vehículo se puso a vibrar a causa de los graves. Incluso desde el exterior del Grand Cherokee podía oírse con total claridad:

—*So it's on and on and on. It's heaven and hell. Oh, well*<sup>[9]</sup>.

—Bueno, pues creo que ya tenemos al otro humano —afirmó Zachriel.

—¿Él? ¿No te parece un poco irreverente? —arguyó Anael con espanto.

—¿Lo dices por la música que escucha?

—Pues sí, para qué negarlo. No sé qué opinaría *El Gran Jefe* sobre esto.

—Él ya está acostumbrado. Total, al fin y al cabo son solo unas canciones de nada. Tampoco es que haya hecho un pacto con Luc y se haya pasado al equipo contrario.

—Eso nunca se sabe... pero vale, no voy a insistir. Yo he elegido a mi humana y, como tal, tú tienes todo el derecho de elegir al tuyo. Ahora bien, ¿cómo hacemos para que se encuentren? Cada uno vive en

una punta de la ciudad...

—¡Bah, *peccata minuta*! Es más fácil de lo que piensas. Ya verás.

—Y el efecto del choque, ¿será instantáneo?

—Dejémosles un tiempo prudencial. Pueden ser unos minutos, unas horas..., aunque daría igual. Con su limitado entendimiento, no relacionarían ese encuentro con sus nuevos gustos ni aunque pasaran toda la eternidad elucubrando sobre ello.

—Yo estoy deseando ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

—No más que yo. Prepárate a perder.

—Lo mismo te digo, Zachriel —se burló Anael, sacándole la lengua.

—Bien, empecemos. A ver quién gana la apuesta. Preparados... listos... ¡ya!

## Capítulo 3

—Un asunto de vital importancia... ¡Esto parece de cachondeo! —masculló Zoe por enésima vez.

Unas horas antes, cuando entró en aquel despacho, los sentimientos que habían predominado en su interior eran, mayoritariamente, dos: nerviosismo y un miedo atroz a que la despidieran. Más tarde, tras escuchar las primeras palabras del jefe supremo, pudo descartar con infinito alivio la segunda opción. Los nervios no dejaron de acuciarla, pero fue por la anticipación de oír lo que estaban a punto de ofrecerle. Intuía que aquello iba a cambiar su vida. ¡Sería ilusa! Nada más lejos de la realidad... Al principio no había sabido ni qué decir, incluso llegó a pensar que se trataba de una broma, aunque tuvo el buen tino de no expresarlo en voz alta. Se limitó a asentir con la cabeza mientras el señor Percy y su hijo le explicaban los pormenores de su nuevo trabajo, demasiado incrédula para poder articular palabra. Pero ahora, después de haber tenido todo el día para digerirlo, su escepticismo había dado paso a un cabreo de dimensiones descomunales.

El asunto de «vital importancia» para el cual había sido llamada al despacho del todopoderoso dueño del bufete consistía, ni más ni menos, en servir de guía turística a un viejo decrepito; eso sí, un viejo decrepito forrado de millones de dólares.

«Arthur Talbot, uno de nuestros clientes más distinguidos, llega esta tarde a Nueva York procedente de Washington. Mañana hay prevista una reunión con él a fin de que tramitemos su multimillonario divorcio, aunque ha decidido venir un día antes debido a su delicado estado de salud».

Cuando Zoe escuchó aquella introducción de boca del señor Percy, creyó que ella sería una de las abogadas asignadas para llevar el caso, a pesar de que no estaba muy puesta en derecho matrimonial. No obstante, el siguiente comentario de su jefe la dejó descolocada.

«Señorita Williams, es primordial que atendamos al señor Talbot como se merece. Su avión aterriza a las siete y veinticinco de la tarde, así que usted deberá estar allí para recibirlo en representación del bufete. Para los desplazamientos por la ciudad hemos contratado una limusina que los recogerá a ambos en el aeropuerto. Supongo que el cliente querrá trasladarse directamente a su hotel, pero si no es así tendrá que acompañarlo a cualquier sitio donde decida ir. Es nuestro deber dispensarle un trato de lo más exquisito y, por tanto, estaremos a su entera disposición durante todo el tiempo que permanezca en Nueva York».

Zoe se quedó lívida de la impresión. ¿Servir de acompañante a un cliente? Tendría que revisar su contrato, pero que ella supiera eso no estaba entre sus funciones. Aquello era denigrante. ¿Para eso había estudiado la carrera de Derecho? Luke tenía razón: si no empezaba a hacerse valer, acabaría convertida en la chica de los recados.

¿Y por qué la habían elegido precisamente a ella? Si el cliente era tan importante, lo lógico habría sido que la persona encargada de dicha tarea fuera alguien de total confianza, incluso alguno de los socios fundadores. O, sin ir más lejos, Dylan Percy. Tampoco le habían dado muchas más explicaciones, pero al menos ya sabía por qué él estaba allí. Era abogado matrimonialista, así que figuraría como letrado titular en el proceso de divorcio. Durante varios años estuvo trabajando en la filial de Londres, un pequeño detalle que nadie se había molestado en comentarle y el motivo por el que ella no lo había visto hasta esa misma mañana.

Dylan Percy... Se le había caído el alma a los pies cuando lo vio allí dentro.

Estaba segura de que la había reconocido como la patosa del ascensor, aunque tuvo la deferencia de no mencionar el desastroso encuentro entre ambos. Sin embargo, en más de una ocasión lo sorprendió lanzándole discretas miradas que, a pesar de las horas transcurridas, aún no sabía cómo tomárselas. Parecía que la estaba evaluando, pero cuando él se sentía descubierto en su falta, retiraba rápidamente la vista hacia otro lado.

Si quería ser sincera, en realidad sí que se hacía una vaga idea de por qué había sido seleccionada para realizar un cometido de esas características. Y la razón no era otra que cierto partido de fútbol que se disputaba, más o menos, a la misma hora en la que llegaba el cliente al aeropuerto. Seguro que antes de ella habría habido otros candidatos, del género masculino para más señas, pero con la excusa del encuentro no les había quedado más remedio que elegir a una mujer. Ya lo tenía decidido: de ahí en adelante empezaría a prestar más atención a los eventos deportivos, porque estaba visto que gracias a ellos se abrían muchas puertas y servían de pretexto para eludir ciertos trabajos.

Eran las siete y diez de la tarde y allí estaba ella, en la zona de llegadas de la terminal 8 del aeropuerto internacional JFK, esperando como una tonta a que el avión procedente de Washington D.C. aterrizara para poder cumplir con sus «obligaciones» laborales. Ni siquiera le habían explicado cómo era el señor Talbot, así que ya se veía interceptando a todos los pasajeros de más de cincuenta años. «Esto va a ser muy divertido», pensó con sorna.

Como había llegado con unos minutos de antelación, se acercó a una cafetería de la terminal para comprar algo de beber. Mientras degustaba aquel *capuccino* insípido servido en un triste vaso de cartón no hacía más que mirar las pantallas, pero aún no había constancia de la puerta por la que saldrían los pasajeros. De repente, todos los registros de los vuelos comenzaron a parpadear y se oyó por megafonía:

—*Se informa a los usuarios que, debido a las fuertes lluvias y por razones*

*de seguridad, los aviones que tenían previsto despegar o aterrizar en la terminal 8 han sido derivados a la terminal 7 hasta nueva orden. Disculpen las molestias.*

Zoe se quedó con el vaso a medio camino de la boca mientras se desataba un gran revuelo a su alrededor. Y ahora, ¿qué se suponía que debía hacer? Escudriñó con la vista a ambos lados hasta que descubrió un punto de información al pasajero, frente al cual se estaba formando una gran cola. Se puso en la fila y vio cómo pasaban los minutos sin que avanzara a la velocidad que le habría gustado. Cuando llegó su turno ya estaba a punto de gritar por la desesperación. Su voz surgió un tanto alterada al dirigirse a la azafata.

—Disculpe, ¿sabe si el avión de Washington que llega a las siete y veinticinco va a poder aterrizar aquí?

—Espere un momento... ¿Conoce el número de vuelo o la compañía?

—Sí, es el vuelo 3835 de American Airlines.

—Mmm... Me temo que ese avión ya está en pista. En la terminal 7.

No podía ser. Zoe miró su reloj: las siete y veinte. ¿Desde cuándo los aviones llegaban antes de tiempo?

A toda prisa, sopesó el modo más rápido de ir hasta esa terminal. Andando, quedaba descartado; además, no estaba segura de que hubiera conexión peatonal entre ambos edificios. Podría coger un taxi o un autobús, pero el tráfico estaría colapsado debido a la lluvia. Solo le quedaba una última alternativa: el *airtrain*. Ese tren circundaba todo el aeropuerto, conectando entre sí las diferentes terminales y, a su vez, enlazando el conjunto a la red de transportes. Definitivamente, era la mejor opción. No se lo pensó dos veces y echó a correr hacia la estación, situada junto al aparcamiento de corta estancia. Como no se diera prisa en llegar, el cliente traspasaría las puertas de salida y sería imposible encontrarlo.

Para acceder a la entrada del *parking* tuvo que salir al exterior. Aunque solo

tardó unos segundos en cruzar al otro lado, cuando se puso de nuevo a cubierto estaba completamente empapada.

Mientras subía las escaleras mecánicas se sacudió el agua de la chaqueta y atusó su cabello para que no se viera tan mojado. «Menudas pintas tengo para recibir al cliente», pensó con aflicción. «Ya me podía haber recogido la limusina en casa y después haberme llevado hasta la otra terminal...». Entonces se paró en seco.

—¡La limusina! —exclamó en voz alta.

Se había detenido en el desembarco de la escalera, obstaculizando el paso a las personas que iban detrás de ella. La empujaron y le dirigieron algún que otro improperio, pero ella ni se inmutó. «Ay, Dios, ¡tengo que avisar a la empresa de limusinas! Seguro que estarán esperando en el lugar equivocado». ¿Qué hacía ahora, se daba la vuelta o continuaba? Con toda seguridad, la limusina estaría estacionada junto a la parada de taxis, aunque ella juraría que había pasado por ahí y no la había visto. Al final decidió coger el tren y llamar desde su móvil a la empresa de alquiler, rezando para que pudieran contactar con el chófer y le comunicaran el cambio de terminal.

Los paneles informativos de la estación indicaban que los trenes llegarían con retraso. Aquello era de locos. ¿Qué más le podría salir mal? Mientras esperaba con la vista fija en las mamparas cerradas que daban al andén, no hacía más que murmurar:

—Vamos, vamos... Aparece de una vez...

Josh se presentó en el aeropuerto pasadas las siete. A pesar de que llegaba con la hora muy justa, no estaba preocupado: sabía por experiencia propia que se tardaba bastante en recoger el equipaje facturado, y si Bonnie no había cambiado

desde la última vez que la vio, seguro que iría cargada hasta los topes con todo lo que consideraba imprescindible para su trabajo, es decir, sus pinturas, el caballete y los lienzos que ella misma elaboraba. Eso sin contar con los recuerdos que habría comprado compulsivamente, algo a lo que era muy dada.

Aun así caminaba con paso resuelto, más por la costumbre que por otra cosa, mientras se lamentaba por haber tenido que dejar a Natasha hacía un rato. Debía reconocer que las sesiones de sexo con la modelo eran muy satisfactorias, por no decir adictivas. Ella sabía lo que su compañero quería en cada momento, carecía de inhibiciones y se entregaba a la pasión de una forma salvaje, quizás algo estudiada aunque a él no le importaba lo más mínimo. Al fin y al cabo era solo eso, sexo, un mero acto carnal donde no había ningún otro sentimiento involucrado de por medio. Le gustaba divertirse, no podía negarlo, pero de ahí a abrir las puertas de su corazón a alguien mediaba un abismo. Todavía no había conocido a la mujer que fuese capaz de derrumbar sus barreras, aunque tampoco es que lo estuviera buscando. Algún día llegaría ese momento, pero mientras tanto aprovecharía su libertad todo lo que pudiera.

La visualización de una nota de color que destacaba en medio de la sobria terminal le hizo olvidar de un plumazo su reciente encuentro con Natasha. Más que una simple nota de color era una gama de alegres tonalidades, como una exhibición de fuegos artificiales en una noche sin estrellas. Aunque estaba de espaldas a él, la reconoció. La habría reconocido entre un millón de personas. Esa larga melena rizada del color de las zanahorias era inconfundible, así como aquellos trapos de diseños estrafalarios que tanto le gustaba llevar. Una explosión de color que tenía un nombre: Bonnie. Su Bonnie.

Aceleró el paso y comenzó a silbar la melodía de *Crazy*, del grupo Aerosmith, una canción que a ella le encantaba. Estaba aún a varios metros de distancia cuando la pelirroja volvió la cabeza en su dirección.

—¡Josh! —gritó con emoción, antes siquiera de haberlo visto.

Paseó de lado a lado la mirada hasta que le ubicó entre la multitud. Entonces, sus ojos verdes resplandecieron risueños y su sonrisa se ensanchó. Bonnie soltó el atestado carrito con sus pertenencias y lo dejó abandonado en medio del vestíbulo para correr al encuentro de Josh, que la esperaba ya con los brazos abiertos. Al llegar a su altura no se conformó con el cálido abrazo en el que se fundieron. Para demostrarle su alegría pegó un salto y se echó sobre él, cruzando las piernas en torno a su cintura. Josh rio por aquel arranque de impetuosidad y, agarrándola firmemente de la espalda, empezó a dar vueltas con ella encima.

—¡Cuánto te he echado de menos, pequeña!

—Y yo a ti, grandullón. Estaba deseando volver a hacer esto. —Sin ningún tipo de pudor, acercó el rostro y frotó la punta de su nariz con la de él. Después, le dio un sonoro pero escueto beso en los labios.

La complicidad entre ambos era patente. El afecto que se demostraban iba más allá de una simple amistad, e incluso para un observador ajeno podría parecer que se trataban como una pareja de enamorados, algo que distaba mucho de la realidad, aunque se compenetraban muy bien. Sin necesidad de palabras, sus miradas lo expresaban todo, la de ella radiante y la de él complacida por aquellos arrebatos de efusividad que tanto le gustaban en ella. No existía nadie más excepto ellos hasta que Josh, por el rabillo del ojo, se percató del corrillo que se había formado a su alrededor.

—Bonnie, estamos dando un espectáculo —le susurró al oído, depositándola en el suelo.

—¡Pues espera que me quito la gorra, a ver si nos echan unas monedas y sacamos algo para la cena! —contestó ella con picardía.

Aquello no fue una simple baladronada. Bonnie se llevó la mano a la cabeza y, con una destreza digna del mejor artista callejero, se desprendió de la boina de cuadros escoceses que llevaba puesta. Tras realizar un florido movimiento con el brazo, se inclinó hacia los espectadores espontáneos que contemplaban atónitos

la escena y ejecutó una perfecta reverencia en su honor, colocando el gorro sobre el pulido pavimento.

—Está visto que sigues igual que siempre —la reconvino él, aparentemente incómodo por la situación—. No tienes vergüenza.

—Sí que la tengo, pero entera —replicó ella, mientras le guiñaba un ojo de forma traviesa.

Josh cabeceó, reprobando así el descaro de la muchacha pero a su vez intentando disimular, sin mucho éxito, las ganas de reír a carcajadas.

—Vamos, saltimbanqui. —La agarró del codo y la invitó a que le siguiera—. Recoge tus ganancias y volvamos adonde me estabas esperando, que al final te van a robar el equipaje. ¿Cómo se te ocurre dejarlo solo en un lugar como este?

Con un gesto de resignación increíblemente falso seguido de una mueca de burla, Bonnie se agachó para recuperar la boina y comenzó a andar junto a él. No habían avanzado más de dos metros cuando, sin previo aviso, detuvo sus pasos y, tras poner los brazos en jarras, se encaró con Josh.

—¡Por cierto! Pensabas que con la alegría de volver a verte se me iba a olvidar, ¿eh?

—¿Perdona? —preguntó, confundido.

—Eres un desconsiderado y un impresentable. —Bonnie le clavó el dedo una y otra vez en el pecho—. ¿Cómo te atreves a hacerme esperar después de un viaje tan largo? ¡Eso no se le hace a una señorita!

—Esto...

—Vamos, intenta justificarte ahora —le retó.

Josh se quedó en blanco. Ella no aceptaría cualquier disculpa, lo tenía más claro que el agua. Y hablarle de Natasha... No, mejor no hacerlo porque entonces sí que se cabrearía de verdad, tal y como Andy auguró.

—¿No se suponía que tu avión llegaba a las siete? Pensé que aún estarías recogiendo el equipaje —fue lo único que pudo argumentar en su favor.

—¡Aterrizamos a las siete menos veinte, palurdo! Sabías mi número de vuelo. Con que hubieras puesto un poquito de interés por tu parte, un mínimo interés —recalcó, acercando su mano al rostro de Josh mientras juntaba el índice y el pulgar hasta casi hacerlos tocar—, podrías haber consultado la hora exacta de llegada en internet. No es tan difícil.

—No he tenido tiempo para hacerlo. Hasta esta misma mañana no sabía que regresabas. Fue tu hermano quien me pidió que viniera a recogerte, échale la culpa a él.

La mejor defensa, un buen ataque. Aunque Bonnie no estaba dispuesta a zanjar el tema tan fácilmente.

—¿Andy? Como si no lo conocieras. Él es la persona más despistada que puedas echarle a la cara. Nunca debes fiarte de lo que diga o haga, siempre tendrás que pedir una segunda opinión si no quieres cagarla. Y tú la has cagado, guapetón.

Bonnie frunció la nariz y le miró con los ojos entornados, como hacía siempre que quería dejar patente su disgusto.

—Estás preciosa cuando te enfadas. ¿Y esas pecas? —Aparentando sorpresa, Josh le dio unos toques en la punta de la nariz—. No tenías tantas cuando te fuiste. Te dan un aire de pilluela encantadora.

Ella le apartó el dedo de un manotazo.

—No intentes desviar mi atención, que no cuela. ¿Qué vas a hacer para recompensarme por la espera?

Josh suspiró, derrotado. Bonnie era experta negociando concesiones, y él sabía cuándo tenía todas las de perder con ella.

—Haga lo que haga, seguro que vas a recordármelo hasta que te canses. Pero bueno, puedo empezar por invitarte a cenar.

Ella simuló sopesar la idea. En realidad, sabía lo que iba a contestarle desde el principio.

—Solo si es en tu casa y cocinas tú. ¡Me muero por volver a probar tus famosos raviolis de gorgonzola y trufas!

—Eso está hecho, pequeña. Además, en tu ausencia he mejorado la receta con un ingrediente secreto y...

—¿A qué estás esperando? —le cortó sin contemplaciones. Se colgó de su brazo y tiró de él con energía—. ¡Vámonos de aquí de una maldita vez!

—De acuerdo, impaciente. ¡No tan deprisa, loca, que te olvidas tus cosas! —le recordó, empujándola hacia el carro de equipajes—. Está visto que nunca cambiarás...

Zoe apoyaba las manos contra los cristales de las puertas, esperando a que el tren se detuviera por completo para poder salir. Las ocho menos veinticinco... Ya era un hecho: podía considerarse despedida. ¿Por qué los hados se habían confabulado en su contra?

Nada más abrirse las puertas de acceso al andén, corrió hacia las escaleras mecánicas y las bajó a toda prisa, sorteando viajeros al tiempo que se disculpaba con la mano en alto por los empujones ocasionados. Cuando llegó al nivel intermedio, estuvo tentada de cruzar la plataforma por el pasillo interior que comunicaba con el aeropuerto, pero en un arranque de lucidez decidió seguir hasta la planta inferior. Si el cliente ya había pasado los puestos de control, era más que probable que hubiera decidido tomar un taxi al no encontrar a nadie esperándole. Quizá, con un poco de suerte, aún podría cruzarse con él e

interceptarlo antes de que se fuera.

Al llegar a la calle, estaba tan desesperada que se lanzó a atravesar la calzada sin mirar ni comprobar que el semáforo estuviera abierto para peatones, así que no vio cómo aquel monstruo gris de metal se le echaba encima. Cuando quiso darse cuenta era demasiado tarde. El insistente pitido de un claxon le hizo girar la cabeza hacia un lado, y a partir de ese momento todo sucedió muy rápido. Unos potentes faros la deslumbraron y ella, desorientada, se paró de golpe en medio del asfalto. El sonido chirriante de los frenos fue lo que la sacó de su ensimismamiento. En realidad, creyó que había llegado su final cuando la protección delantera del todoterreno se hizo visible ante sus ojos, a escasos centímetros de ella. Sin embargo, el vehículo se detuvo antes de llegar a rozarla. Zoe parpadeó, confundida pero también aliviada. Seguía viva.

El conductor, un hombre rubio, se bajó con las manos en las sienes y el rostro desencajado. Fue hacia ella y le gritó a pleno pulmón:

—Pero ¿tú estás loca? ¡Podría haberte matado!

Zoe no lo escuchaba. Había retrocedido dos pasos y tenía la vista fija en la intensa luz que emitían los faros sobre el asfalto mojado. Aquel destello creaba formas extrañas en las gotas de lluvia que caían racheadas, atrayentes figuras indefinidas que causaron en ella una temporal abstracción. Ajena a la persona que vociferaba a su lado hasta desgañitarse, solo pensaba en dar gracias al cielo por continuar viva y poder así contemplar algo tan aparentemente intrascendental, pero que escondía una gran belleza.

—¿Acaso no me oyes? ¿En qué demonios estabas pensando? —le espetó, con cara de pocos amigos.

Una cabeza pelirroja se asomó por la ventanilla del copiloto e increpó al hombre para que dejara de chillar. Como él hizo caso omiso a la petición, la mujer se bajó del vehículo y corrió a su encuentro, resguardándose de la lluvia con una chaqueta que se echó por encima. Cuando llegó a su lado, le agarró del

codo y tiró de él, desviando la atención que tenía puesta en Zoe.

—¿No te das cuenta de que se encuentra en estado de shock? Debe de haber sufrido una conmoción —intentó hacerle comprender.

—La conmoción casi la sufro yo al ver que he estado a punto de atropellarla —farfulló el conductor, al tiempo que volvía a clavar su mirada en la aludida—. ¿Cómo se te ocurre cruzar sin mirar? —Al no obtener respuesta, la asió de los hombros con brusquedad—. ¡Reacciona!

Zoe oía las voces como algo lejano. Pensaba que aquella conversación nada tenía que ver con ella hasta que notó cómo era zarandeada por unos fuertes brazos que la sacudían sin piedad, arrancándola del trance en el que se hallaba sumida.

—Yo... —titubeó—. ¿Qué ha pasado? —Levantó la vista del suelo e intentó establecer contacto visual con su interlocutor. A través de la cortina de agua que caía del cielo con una fuerza sorprendente vislumbró unos impresionantes ojos azules que permanecían fijos en su rostro, taladrándola con una violencia arrolladora. Un escalofrío la estremeció de arriba abajo, aunque no supo discernir si fue por la intensidad de ese escrutinio, por los dedos que se clavaban como garras en su piel o por la lluvia, que le estaba calando hasta los huesos.

—¡Ya era hora! —la recriminó él cuando vio que al fin reaccionaba—. Eres una insensata. Podía haberte... —Lo que iba a decir quedó en suspenso al sentir en sus manos el ligero temblor que atenazaba a la mujer. Aquel estremecimiento traspasó capas de tela, llegó hasta las yemas de sus dedos y se internó en su propio cuerpo, provocándole una inexplicable turbación. No obstante, esa sensación duró poco, el tiempo exacto transcurrido desde que se percató de que la estaba agarrando hasta que la soltó. Le preguntó, esta vez con un matiz de preocupación—: ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te llevemos a un hospital?

—No. Yo... me encuentro bien, gracias.

—Pues no lo parece —la contradijo—. Estás temblando como una hoja, no sé si de frío o de la impresión.

—Sí, de verdad. Ha sido solo el susto. ¡Oh, Dios mío! —Zoe se llevó una mano a la boca. Acababa de darse cuenta de lo que había estado a punto de suceder a causa de su temeridad—. Yo... lo siento muchísimo, en serio. —Con gesto contrito, miró alternativamente a los ocupantes del vehículo, esperando que no la tildaran de perturbada.

—Tranquila. Al fin y al cabo, no hay nada que lamentar. Será mejor que olvidemos este asunto —respondió el hombre, ya más calmado, mientras sus labios esbozaban una sonrisa, la primera desde que ocurrió el incidente.

—Sí, será lo mejor —añadió la mujer—. Además, si seguimos más tiempo aquí bajo la lluvia vamos a pillar un buen resfriado. —Volvió la mirada hacia Zoe—: ¿De verdad que estás bien? ¿Seguro que no quieres que te llevemos a algún lado? Hace un momento parecía que tenías mucha prisa.

—No, gracias. Yo solo... ¡Oh, no! —gritó, con la cara descompuesta.

—¿Qué ocurre? —preguntaron los dos al unísono, alarmados por su exaltada reacción.

—Me tengo que ir. Llego tarde...

Ni siquiera se despidió. Echó a correr, cruzando una vez más sin mirar el tramo de calzada que la separaba de la acera, y se perdió entre un nutrido grupo de turistas japoneses que, en ese preciso instante, se apeaban de un minibús aparcado en la puerta de la terminal.

La pelirroja, al ver que todo había acabado, se refugió en el Grand Cherokee, pero el hombre permaneció parado en medio de la calle con una expresión incrédula mientras mantenía la mirada fija en el punto por el que Zoe había desaparecido. Los insistentes pitidos de la gran hilera de automóviles que se había formado durante los últimos minutos causaron poco efecto en él, no así el

grito que surgió desde el interior de su propio vehículo.

—¡Venga, Josh, que estamos creando un buen atasco! ¡Súbete al coche!

—Definitivamente, esa mujer está chiflada —murmuró por lo bajo, al tiempo que echaba a andar hacia el todoterreno.

—Ya está, ya está, ya estáaaaa —canturreó Anael, desbordante de alegría—. No es así como me lo esperaba, pero puede valer. ¿Crees que ha habido un flechazo entre ellos?

—Más bien creo que se ha producido una colisión de dimensiones catastróficas. Dudo mucho que alguno de los dos pueda olvidar este primer encuentro tan fácilmente. Al menos, no el hombre. Ella no le ha causado muy buena impresión, y eso no te beneficia en nada. Lo sabes, ¿verdad? —comentó Zachriel con suficiencia.

—¡Bah, tonterías! Seguro que cae rendido a sus pies en cuanto la vuelva a ver. ¿Y cuándo organizaremos su «segunda cita»? Estoy frotándome las alas por la impaciencia...

—¡Alto ahí, pajarillo loco, que te estás embalandando! Eso ya no depende de nosotros. Hasta ahora hemos intervenido activamente en todo el proceso, pero a partir del momento en que les otorguemos esos gustos «especiales» de los que habíamos hablado con anterioridad, tendremos que sentarnos en una cómoda nube y darles tiempo a ellos mismos para que hagan de las suyas. Sabes que nuestra influencia sobre los humanos tiene unos límites que no podemos rebasar, ¿verdad?

—Bueno, sí, pero... ¿a qué estamos esperando para desplegar nuestras alas sobre ellos por penúltima vez?

—¿Por penúltima vez?

—No pensarás dejarles con los gustos del otro eternamente...

—Tienes razón, no podemos hacer eso. Además, así tú ganarías la apuesta, y no estoy dispuesto a ponértelo tan fácil.

—Pues no estaría mal...

—Anda, anda... digo... vuela, vuela, colibrí... Ya te gustaría a ti. Pero no, ese no es el acuerdo al que llegamos. Bueno, volviendo al tema: si quieres, podemos hacerlo ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¡Bien!

—No te alegrarás tanto cuando descubras que yo tenía razón. —Zachriel rio entre dientes, ocultando su rostro de la vista de Anael con una de sus alas.

—Deja de parapetarte detrás de tus plumas, que te veo. ¡Pongámonos a trabajar!

Los dos ángeles tomaron posición en sus respectivas nubes y se concentraron en usar sus dones con los humanos que habían elegido. Cuando terminaron de concretar las modificaciones realizadas, Zachriel emitió un sonoro suspiro de aburrimiento y miró a su compañera.

—Oye, Anael, ¿te has traído algo para picar mientras pasamos el rato? Esto puede durar muuuuuuuuucho tiempo.

—Por supuesto. Bajo el ala tengo unas nubes de algodón deliciosas.

—Pues trae aquí...

## Capítulo 4

Casi sin resuello y todavía un poco conmocionada por el suceso en el aparcamiento, Zoe llegó a la zona de salida de viajeros quince minutos después de lo previsto. Echó un rápido vistazo y enseguida se fijó en un hombre con marcadas arrugas y el cabello salpicado de canas que parecía perdido entre la multitud, como si aguardara la llegada de alguien que no estaba seguro de que apareciera, mientras miraba con discreción a ambos lados del amplio pasillo. Además, tenía toda la pinta de ser inglés, uno de los pocos detalles que le habían facilitado sobre el cliente. Alto, de complexión delgada y porte aristocrático, vestía de modo informal pero impecable, a la vieja usanza, con una chaqueta *tweed*, camisa Oxford y un pañuelo de cachemir en seda anudado al cuello, aparte del característico paraguas colgado del antebrazo. Rezando para no haberse equivocado, Zoe fue directa hacia él.

—Perdone, ¿es usted Arthur Talbot? —le abordó sin preámbulos.

El anciano, sobresaltado por aquella entrada tan impetuosa, aferró con fuerza su maletín de cuero, aunque ella creyó vislumbrar un asomo de alivio en su rostro.

—Sí, señorita. ¿Y usted es...?

—Zoe Williams. Vengo en representación del bufete Percy&Bones. —Antes de continuar, se permitió un instante para soltar el aire que había estado conteniendo. Por fin lo había encontrado—. Disculpe la tardanza. Yo...

—No tiene por qué disculparse, querida. Acabo de pasar el control.

Zoe estaba convencida que se lo decía solo para tranquilizarla. Por su aspecto, habría jurado que se trataba del típico inglés flemático y estirado, pero

ahora que lo tenía delante se daba cuenta de que quizás lo había prejuzgado. Sus ojos, de un azul ya desvaído por el tiempo, transmitían bondad y algo más profundo, quizás un leve toque de melancolía que generó en ella un inmediato sentimiento de ternura. Y con su comentario había demostrado ser un perfecto caballero, educado y muy tolerante, a pesar de la fama de intransigentes que tenían los ingleses en cuanto a la puntualidad.

—Gracias por su comprensión. Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—Por desgracia, no —dijo él, con marcada resignación—. Aunque no sea lo correcto, estaba deseando perder de vista a mi compañera del asiento contiguo. En el despegue, una azafata la amonestó por negarse a abrochar su cinturón, y le montó un numerito... Aún tengo dolor de cabeza por sus estridentes graznidos —le confesó—. Las dos horas de trayecto han sido una completa tortura, aguantando su incesante parloteo y el trato que le ha dispensado a la pobre auxiliar de vuelo mientras no hacía más que recalcar que para algo viajaba en primera clase. Nunca llegaré a entender cómo puede existir gente tan despótica e impertinente.

Con esas simples palabras, el anciano se ganó de modo incondicional su simpatía.

—Lo siento mucho. Si le parece bien, podemos ir directamente al hotel —dijo ella, al percatarse de que parecía algo cansado.

—Si quiere que le diga la verdad, jovencita, antes me gustaría hacer una parada intermedia para cenar algo.

—¿No preferiría hacerlo en el hotel?

—Hace mucho que no vengo a Nueva York, así que no me apetece llamar al servicio de habitaciones para quedarme enclaustrado en la habitación, cuando puedo disfrutar del ambiente cosmopolita de la Gran Manzana. Además, qué menos que invitarla a cenar por su hospitalidad.

—No es necesario, en serio.

—Para mí, sí lo es —repuso él, con una ancha sonrisa.

—De acuerdo, será un placer acompañarlo. ¿Algún sitio en especial?

—Lo dejo a su elección. Eso sí, nada de locales elitistas: estoy hastiado de que me traten con una cortesía que raya la sumisión solo por el hecho de ser una persona con recursos. ¿Qué me propone?

—Déjeme que piense...

A excepción de un par de garitos en el bajo Manhattan a los que solía acudir de vez en cuando para escuchar un poco de buen jazz, su música preferida, no conocía nada más. ¿Dónde podría llevar a un anciano millonario que desdeñaba los lujos, sin caer en la vulgaridad? Al fin dio con el sitio ideal: el Sant Ambroeus. Aparte de su fantástico café, disponían de una pequeña pero sugerente carta, y sus postres constituían un verdadero pecado para el paladar. Además, el restaurante era muy coqueto y tranquilo, el lugar idóneo para una persona de la edad del señor Talbot.

—Creo saber de un sitio que le podría gustar. ¿Vamos? —Zoe le indicó la salida—. La limusina nos espera fuera.

—Después de usted, querida.

La cena resultó todo un éxito y la conversación entre ambos transcurrió de forma distendida, casi paternal. Después de unos minutos de sobremesa, el anciano comenzó a acusar el cansancio.

—Me encantaría seguir charlando con usted, señorita Williams, y le agradezco en el alma su compañía, pero ya es hora de que me retire. Mis viejos huesos piden a gritos una tregua.

—Por supuesto. Le acompañaré hasta el hotel.

—¡Cómo se le ocurre! Primero la dejaremos a usted en su casa, solo tiene

que decirle al chófer qué dirección tomar.

—No creo que...

—Esto no admite discusión —la cortó—. No me han educado para dejar sola a una dama, sobre todo después de una velada tan agradable como la que hemos compartido.

A pesar de sus continuas protestas, Zoe no consiguió hacerle cambiar de parecer. Así, a las diez y media de la noche, una limusina negra aparcaba frente al edificio del Village bajo la atenta mirada del señor Pattinson, que cotilleaba tras las cortinas de su piso mientras hacía cábalas sobre quién sería ese hombre enigmático que se despedía de su inquilina preferida de una forma tan caballerosa. Arthur Talbot esperó en la calle hasta que ella entró en el portal; cuando la puerta se cerró, montó de nuevo en el coche de lujo y ordenó al conductor que se pusiera en movimiento.

Recordando a aquel anciano tan entrañable, Zoe no pudo evitar soltar un suspiro cuando a la vez que tecleaba el borrador de un alegato en su ordenador. «Ojalá todos los hombres fueran tan atentos y educados como él», pensó para sus adentros.

—Hola, preciosa. ¿Estás ocupada?

Zoe levantó la vista de la pantalla y sonrió al recién llegado.

—Buenos días, Luke. Tengo muchas cosas que hacer —señaló con un dedo primero el monitor y después su mesa atestada de papeles—, pero siempre puedo reservar algo de mi tiempo para ti. ¿Necesitas algo?

—Sí, necesito hacerte una proposición indecente —comentó con picardía.

—¿Indecente? No sé si quiero saber en qué consiste esa proposición —

bromeó—. Venga, puedo concederte unos minutos, aunque no sé si debería...

Le instó a que se sentara en la silla que había delante del escritorio, pero Luke caminó hasta ella y echó su sillón de ruedas hacia atrás.

—Aquí no. Además, ya son más de las dos y hoy, aunque parezca extraño, dispongo de un hueco en mi agenda hasta media tarde. Te invito a comer.

—Pero... ¿y qué me dices de mí? —protestó ella—. ¿Acaso debo dejar todo lo que tengo pendiente solo porque tú me lo pides?

—Vamos, Zoe. Ambos sabemos que no hay nada en tu agenda que no pueda esperar unas horas.

—Eso ha dolido —bufó por lo bajo.

—No te lo he dicho con esa intención. ¿Vienes conmigo o no?

Cualquier otro día, Zoe se habría negado a abandonar su puesto hasta dejar terminado el trabajo con el que estaba pero, sorprendentemente, no se lo pensó dos veces cuando decidió que por una vez no pasaría nada.

—Solo lo hago porque siento una gran curiosidad por saber qué es lo que te traes entre manos.

—Cuando te lo cuente, no dudarás en aceptar. Es algo a lo que no vas a poder decir que no.

—¿Ah, sí? ¿Tan seguro estás?

—Encanto, soy mundialmente conocido por mi poder de persuasión.

—Menos lobos, Caperucita.

—Ya verás, ya...

Ambos salieron de la oficina en medio de bromas y risas. Al llegar a la calle, Luke se volvió hacia Zoe.

—Bueno, tú eliges adónde vamos. Pero, por favor, que no sea el mismo sitio

de siempre. Hoy estoy más que hambriento y no podría soportar la insulsa comida que sirven en Calista Superfoods.

—No es comida insulsa, es comida vegetariana —le corrigió.

—¿Y cuál es la diferencia? —replicó con retintín.

—Nunca cambiarás. —Zoe puso los ojos en blanco—. De cualquier modo, te equivocas. Ahora mismo y sin que sirva de precedente, me apetece otra cosa. ¿Qué te parece una pizza para compartir?

—Espera, espera... —No se lo podía creer. Quizás había escuchado mal—. ¿Quieres comer pizza?

—Sí.

—¿Con brócoli, alcachofas, champiñones y demás verduras? —preguntó cauteloso.

—No, la quiero con *pepperoni*, jamón, beicon y mucho, mucho queso.

Luke se quedó, literalmente, con la boca abierta. Tras un instante de confusión, agitó la cabeza como si estuviera aclarando sus ideas y reaccionó. Tomó a Zoe de la mano y tiró de ella, arrastrándola entre la gente sin tener en cuenta si podía mantener su ritmo o no.

—Pero ¿qué haces? ¿A qué vienen tantas prisas? —Zoe se detuvo sin previo aviso en medio de la acera, negándose a dar ni un solo paso más. Luke se giró hacia ella y la apremió con la mirada.

—Quiero llegar a la pizzería antes de que cambies de opinión. Esto no ocurre todos los días —contestó, con la emoción impregnada en su voz.

—No ocurre... ¿el qué?

—Que actúes como una persona normal. ¡Vamos!

Nada más cruzar el umbral, Josh frunció el ceño. Todo estaba en penumbras, tal y como lo había dejado cuando se marchó a trabajar a primera hora de la mañana. Precisamente eso fue lo que le irritó, así como el aire viciado que se respiraba allí dentro.

Tanteó a ciegas en el cuadro de mandos que había a la izquierda de la puerta de entrada, accionó uno de los botones y las cortinas de oscurecimiento total comenzaron a desplazarse hacia los laterales. La estancia se inundó de luz y Josh entrecerró los párpados, deslumbrado por la claridad que entraba a raudales a través de los ventanales del mirador en esquina. A lo lejos, la isla de Manhattan era una simple mancha borrosa para sus doloridos ojos; el sol, a esas horas aún muy alto, refulgía con intensidad en un cielo libre de nubes, y sus rayos se colaban de forma inclemente a través de la vidriera izquierda, impidiéndole enfocar la mirada.

Le costó un buen rato adaptar la vista. Cuando al fin lo logró, compuso un gesto de incredulidad. De la sorpresa a una mueca de desagrado solo hubo un paso.

Al principio pensó que habían entrado a robar, pero enseguida descartó la idea. Más bien parecía que un equipo de fútbol al completo, en plena celebración tras una apoteósica victoria, hubiera asaltado su *loft*. El salón se asemejaba a un campo de batalla, con los muebles cambiados de sitio y ropa diseminada por doquier. Aunque la cocina no se quedaba a la zaga. El fregadero rebosaba de cacerolas y sartenes, la mitad de los estantes estaban abiertos de par en par, y la barra americana... mejor no mirarla. No se apreciaba ni rastro de la encimera de *silestone* negro, antaño impoluta y reluciente, cubierta como estaba por tanto vaso sucio, cajas de pizza vacías y los restos de lo que se suponía que había sido un pedido de comida china.

Aquello era un verdadero caos. Después de una fiesta solía estar así, pero allí

no había tenido lugar ninguna, al menos que él supiera. Por primera vez en su vida, sintió vergüenza de sí mismo. Hasta que cayó en la cuenta de que él no era el responsable de aquel desorden.

No tuvo piedad. Caminó con paso resuelto hacia el centro del salón, esquivando cojines, vasos a medio llenar, camisetas y... ¿eso que colgaba del pasamanos de la escalera era un sostén? Más bien sí. Se detuvo frente al sofá de piel de vaca y apartó de un tirón la manta que cubría a la persona que, hecha un ovillo, dormía allí a pierna suelta.

—¡Arriba, perezosa! ¿Vas a estar hibernando todo el día?

—Grrr...

—¡He dicho que te levantes! Pareces una marmota. ¿Cómo puedes dormir tanto?

—Un poquito más, por favor. Solo unos minutos...

—Pero ¿sabes acaso la hora que es? ¡Las dos de la tarde! ¿A qué hora volviste anoche?

—No lo recuerdo... Por favor, sé bueno y corre de nuevo las cortinas.

Por toda respuesta, Josh cogió a su amiga por los hombros y la incorporó hasta dejarla apoyada contra el respaldo. En cuanto la soltó, Bonnie comenzó a inclinarse peligrosamente hacia un lado, pero él no permitió que se tumbara de nuevo. La zarandéó una y otra vez, intentando reclamar su atención, hasta que ella abrió un ojo. Solo uno.

—Bonnie, no podemos seguir así. Esta situación se ha vuelto insostenible. Llevas casi una semana durmiendo en mi casa, a pesar de que Andy me prometió que sería una única noche. ¿Qué has hecho para que el impresentable de tu hermano te repudie?

—Por favor, no me deniegues el asilo... —lloriqueó ella, al tiempo que hacía

un amago de desplomarse otra vez sobre el sofá.

Josh, derrotado, exhaló una gran bocanada de aire y se atusó el cabello hacia atrás. Despertar a esa mujer era una misión hartamente complicada. Solo le quedaba por hacer un último y desesperado intento. Sin más preámbulos, la cogió de la cintura y la puso en pie. Desorientada, Bonnie trastabilló, pero él se situó a su espalda, la agarró firmemente de los codos y la empujó hacia la escalera, obligándola a avanzar.

—Ahora vas a darte una buena ducha y después hablaremos seriamente de tu estancia aquí —murmuró entre dientes—. Tu hermano ya se ha pitorreado demasiado de mí.

—Pero Josh... —Bonnie intentó remolonear, aunque no obtuvo ningún resultado.

A medida que caminaba con ella al frente, Josh se agachaba para recoger toda la ropa que había desperdigada por el suelo, echándosela después al hombro hasta formar un buen montón. Al llegar a la escalera, soltó a Bonnie mientras él metía las prendas en el cesto de la ropa sucia. Aunque solo tardó unos segundos en volver, fue tiempo más que suficiente para encontrársela sentada en el primer escalón, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados.

—Esto es increíble —masculló para sus adentros. Respiró hondo repetidas veces y después, recuperado ya el control, la levantó de su improvisado asiento y la ayudó a subir los escalones.

Tras llegar al piso superior, guio a Bonnie hacia el baño y la sentó en la tapa del inodoro. Cuando se giró hacia la cabina de ducha con la intención de regular el termostato a una temperatura aceptable, se quedó de una pieza. Sobre la mampara había varias piezas de lencería, un par de medias... Sus ojos volaron hacia el lavabo y no dio crédito a lo que vio. La encimera de mármol negro, que cruzaba de pared a pared, estaba atestada con multitud de productos de higiene y cuidado femenino. Literalmente, Bonnie había ocupado todo el espacio del que

disponía, al igual que los buenos conquistadores. Ya no pudo contenerse y soltó un juramento en voz alta. Su elegante y sobrio baño, antigua muestra de la masculinidad de su dueño, se había convertido en una mezcla del probador de señoras y la sección de cosmética de *Saks*<sup>[10]</sup>.

Josh apoyó una mano en la pared, la otra en uno de los pocos huecos que no estaba invadido por botes, y contempló su reflejo en el espejo, suspirando con resignación. Después se echó hacia delante y se llevó tres dedos al mentón. Hizo algunos gestos exagerados, giró la cabeza para observar su rostro desde ángulos diferentes y compuso una mueca de horror.

—Si no es mucha indiscreción, ¿se puede saber qué haces? —oyó a su espalda.

—Bonnie... —Josh se dio la vuelta y le preguntó con voz asustada—: ¿crees que me estoy haciendo viejo?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Mírame... ¡Tengo arrugas en los párpados! Y esto... ¿no es el principio de una papada?

Ella no salía de su asombro. Parpadeó varias veces para asegurarse de que estaba despierta, que lo que estaba escuchando no se debía a un sueño raro de los suyos. Porque aquello era muy raro.

—Entre todos estos potingues, ¿no tendrás algo para las arrugas? ¿Y para las ojeras?

La carcajada que brotó de labios de Bonnie reverberó hasta el último rincón del enorme *loft*.

—¿De qué te ríes? ¿Qué se supone que es tan gracioso?

—¡Tú! Mírate... ¡No me lo puedo creer! ¿En serio quieres que te aconseje sobre productos cosméticos? Estoy deseando llamar a Andy para contárselo.

—¡Ni se te ocurra! —Josh le lanzó una mirada desafiante—. Si lo haces, considérate en la calle. Como se entere de esto, se emocionará y me obligará a ir de compras con él. Ya me veo haciendo el más absoluto de los ridículos mientras él revolotea a mi alrededor, y eso sí que no. Me niego. Bueno, ¿qué me recomiendas?

Bonnie hizo como si se lo pensara y al cabo dijo:

—Te recomiendo que salgas ahora mismo de este baño, a no ser que pretendas verme desnuda. ¿No querías que me diera una ducha? Pues ya estás caminando hacia la puerta. —La joven se levantó del inodoro y, sin muchos prolegómenos, empujó a Josh con unos contundentes golpes en el pecho. Después, le cerró la puerta en las narices.

—¡Bonnie, tenemos que hablar! —gritó él desde el otro lado—. No puedes seguir ocupando mi casa por tiempo indefinido. Yo también tengo una vida.

—Cuando hablas de vida, ¿te refieres a cierta modelo que no hace más que llamar por teléfono cuando no estás?

—Eso a ti no te importa —respondió a la defensiva.

—¡Claro que me importa! No la conozco en persona, pero solo con oír su voz melosa y un pelín prepotente, además de estar al tanto de cómo es ella por Andy, me hago una ligera idea. Tengo motivos más que suficientes para asegurar que esa mujer no es para ti. Demasiado simpática. Demasiado complaciente. Demasiado falsa.

—No cambies de tema. ¿Cuándo vas a mudarte a casa de tu hermano?

—Sabes que ahora mismo no puedo irme con él. Está tan acarameladito con su nueva adquisición, ese auxiliar de vuelo mulato, que si permaneciera más de una hora en su casa con ellos dos juntos tendrían que ingresarme por una subida de azúcar. Entenderás que no fue culpa mía que el vuelo de ese muchacho se anulara por las lluvias, ¿verdad?

—Bonnie, eso sucedió hace varios días —replicó.

—¿Y a mí qué me cuentas? Quizás haya aprovechado para cogerse unas pequeñas vacaciones. Mira, vamos a hacer una cosa. Espera hasta este fin de semana, hasta que pase la inauguración, y si para entonces el caramelito *toffee* no ha desplegado sus alas para emprender el vuelo lejos del nido de mi hermano, me buscaré otro sitio donde vivir. —Carraspeó y después añadió con voz meliflua—: Aunque ya sabes que encontrar algo decente en Nueva York puede resultar misión imposible...

—¿Estás dando a entender que tu estancia aquí se puede demorar indefinidamente? Bonnie...

Por toda respuesta, Josh escuchó una sutil carcajada al otro lado de la puerta. Acto seguido, el sonido del agua al caer se entremezcló con el alegre canturreo de su amiga, que, inmersa en su ducha, comenzaba a entonar las primeras estrofas de *It's raining men*.

Angelo's Pizza era un pequeño pero agradable restaurante situado entre la Segunda y la Cincuenta y Cinco. Un llamativo toldo de color granate y rayas blancas daba la bienvenida al establecimiento, atestado de pequeñas mesas de madera que, como mucho, podían albergar a cuatro comensales, aunque en esa soleada tarde de septiembre la mayoría de los clientes preferían disfrutar de su almuerzo en el exterior. Como Zoe y Luke, quienes charlaban de modo distendido mientras disfrutaban de unas deliciosas pizzas.

—¿Vas a comerte ese trozo? —preguntó ella, al tiempo que se limpiaba la comisura de los labios con una servilleta de hilo blanco.

Luke desvió la vista de su plato y la fijó en el de su acompañante. La incredulidad se reflejó en sus apuestas facciones: a excepción de unos cuantos

bordes de masa mordisqueados y dos rodajas de *pepperoni*, el plato de Zoe estaba vacío.

—Si no lo veo, no lo creo. ¿Te has comido toda tu pizza y aún tienes hambre? —Ella afirmó con la cabeza e intentó arrebatarse el último pedazo que le quedaba. Él fue más rápido y apartó su plato—. Oye, Zoe, ¿hay algo que no me hayas contado y que deba saber? —inquirió, perspicaz—. ¿No estarás embarazada?

Ella lo miró, aparentemente escandalizada.

—Pues como no sea por intervención divina, mira que lo dudo.

—Nena, esto que ven mis ojos no es ni medio normal. ¿A qué se debe el cambio? Parece que no hayas comido en semanas.

—No sé, llevo unos cuantos días que me apetece tomar comida basura, eso es todo. Lo achaco a los nervios por el trabajo.

—¿Nervios? ¿Y por qué razón?

—Desde que el jueves pasado fui a buscar al aeropuerto al señor Talbot, noto que la gente del bufete me mira de una forma muy extraña. No sé, quizá solo sean imaginaciones mías, pero ahora Betsy es incluso amable conmigo, algunos empleados cuchichean a mis espaldas... y ayer mismo, sin ir más lejos, me enteré por Patti, la chica de recepción, que Adam Percy ha estado pidiendo referencias sobre mí al resto del personal. Estoy algo mosqueada. Por mucho que le doy vueltas, no consigo recordar si dije o hice algo delante del cliente que lo llegara a molestar. Esto no me huele nada bien. ¿Tú crees que están pensando en despedirme?

—¡No digas tonterías! Por ahí no van los tiros.

Zoe entrecerró los ojos y lo miró de forma suspicaz.

—¿Eso significa que tú sabes más de lo que aparentas?

—¿Yo? No... —Luke rompió el contacto visual y se sacudió una imaginaria miga de pan de la impecable chaqueta de su costoso traje.

—Luke...

—Deberíamos pedir la cuenta —la cortó. Levantó la mano con la intención de avisar al camarero, pero ella la interceptó a medio camino, agarrándole de la muñeca. Le obligó a bajar el brazo y, sin soltarlo, le presionó con fuerza para llamar su atención. Él aparentaba no darse por aludido, aunque su mandíbula tensa y sus ojos, que viajaban de un lado a otro de la calle sin detenerse en nada concreto, le delataron. Luke ocultaba algo: estaba segura. Evitaba su mirada, así que ella, perdida ya la paciencia, llevó la otra mano hacia el mentón perfectamente rasurado de su amigo y le orientó el rostro en su dirección.

—Por favor, dime qué es lo que pasa. ¿Tan malo es que no te atreves siquiera a mirarme a la cara?

Al fin, él clavó la vista en Zoe y suspiró con un gesto de derrota.

—Yo no te he dicho nada, ¿entendido? —la advirtió. El rictus severo de sus labios indicaba que estaba hablando en serio, algo inusual en él. Ella afirmó con solemnidad y templanza, aunque los nervios la estaban carcomiendo por dentro —. Esto es algo que se debatió el viernes en el consejo de socios, pero tú aún no deberías saberlo. Al parecer, causaste una gran impresión en el cliente, tanto que estuvo hablando con Adam Percy sobre ti.

—¿Y...?

—Arthur Talbot te quiere en su proceso de divorcio. Le dejó muy claro al jefe que una de las condiciones para contratar nuestros servicios consiste en que tú estés dentro.

—Pero yo... nunca he llevado algo así —protestó—. Soy abogada medioambiental. ¿Qué pinto en un caso de divorcio?

—Alega que tú darás algo de frescura a un litigio que prevé ser bastante

espeso y doloroso, amén de aportar otro punto de vista diferente del que ya existe. Al fin y al cabo eres mujer, así que puedes anticiparte a las reacciones de su futura exesposa.

—Pero eso es absurdo —le rebatió—. Yo no la conozco, no sé cómo es.

—Puede que tengas razón, pero él ha sido taxativo al respecto. El consejo lo estuvo valorando y ha decidido que sirvas como apoyo a Dylan Percy. Él figurará como abogado principal.

Zoe sintió una extraña inquietud al enterarse de que trabajaría codo con codo con el hijo del dueño.

—¿Y qué opina él de todo esto? —se atrevió a preguntar.

—La verdad, no lo sé. Ha estado haciendo muchas preguntas sobre ti, es lo único que puedo contarte. —El semblante de Luke se endureció al añadir—: Zoe, eres consciente de que los ojos de toda la directiva van a estar posados en ti, ¿verdad? Esta es una gran oportunidad para que conozcan tu valía: no la desaproveches.

—Eso, tú ponme más nerviosa. ¿Crees que no lo sé? Aunque desconozco cómo voy a demostrarles nada. No tengo experiencia en demandas de divorcio.

—Ya se irá viendo a medida que surja. Además, yo te ayudaré en lo que haga falta.

Luke la cogió de las manos y se las apretó para infundirle ánimos, al tiempo que su rostro se distendía en una sonrisa cómplice.

Zoe, en su interior, era un hervidero de emociones encontradas: expectación, inquietud, responsabilidad... Daría lo mejor de sí misma, aunque no supiera con exactitud qué esperaban de ella. Esa era su mayor incertidumbre. Exteriorizaba tanto sus preocupaciones que hasta Luke se dio cuenta, así que cambió de tema para aligerar el nerviosismo de su amiga.

—Volvamos al asunto que nos ha traído hasta aquí. Como ya te dije antes, tengo que hacerte una proposición.

—Te temo. —Zoe lo miró de medio lado y frunció el labio superior.

—Seguro que te encantará, así que no pongas esa mueca tan fea porque adivino lo que estás pensando.

—¿Qué mueca? —Intentó aparentar ignorancia, pero sabía que, en cuestión de expresar sentimientos, era poco menos que transparente para él.

—Esa misma que intentas ocultar ahora mismo, la misma que compones siempre que algo no te cuadra o no puedes controlar a tu antojo.

—¡Debería darte vergüenza! —Zoe fingió ofenderse, aunque en el fondo le encantaba que hubiera tanta camaradería entre ellos—. Al menos, podrías tener la decencia de no jactarte de lo mucho que me conoces —le espetó entre risas—. Venga, cuéntame qué te traes entre manos, que ya has despertado mi curiosidad.

—¿Tienes algún plan para mañana por la noche? Y me refiero a algo más que aburrirte sola en casa.

—No, pero...

—Bien, eso es lo que esperaba oír —la interrumpió—. Pues ahora sí que lo tienes. Y es un plan espectacular. De hecho, vas a tener que ponerte especialmente guapa para la ocasión. Antes de que digas nada, no admitiré un «no» por respuesta.

La réplica no tardó en llegar.

—Primero tendrás que explicarme en qué consiste ese plan tan maravilloso. No pretenderás que acepte sin saber al menos adónde voy a ir, ¿verdad?

—Te basta y te sobra con saber que vas a estar en la mejor de las compañías. —Luke hizo un florido gesto con la mano—. En serio, es una sorpresa que no te defraudará. Cuando averigües de qué se trata, me darás las gracias una y otra vez

por haberte invitado.

—Eres demasiado presuntuoso. Y no me gustan las sorpresas.

—Esta te gustará.

—Ya veremos.

—¿Eso significa que aceptas? Perfecto. Te recojo a las seis y media en la puerta de tu casa. No me hagas esperar.

—Aún no he dicho que sí —se quejó.

—Pero ya lo piensas. Venga, deja de llevarme la contraria y levanta tu sugerente trasero de la silla, que ya se nos ha hecho tarde. Tengo una reunión dentro de quince minutos. Volvamos al bufete.

Sin esperar a que trajeran la cuenta, Luke dejó sobre la mesa un billete de cincuenta dólares y se incorporó del asiento, al tiempo que abrochaba los botones de su chaqueta. Después se situó tras la silla de Zoe y la ayudó a ponerse en pie.

—Vamos, preciosa. El trabajo nos reclama.

Ella se colgó de su brazo y, adoptando una actitud zalamera, le preguntó con voz melosa:

—¿En serio no me vas a decir adónde vamos? ¿Ni siquiera una pequeña pista?

—¡No!

## Capítulo 5

Por tercera vez en los últimos cinco minutos, Josh levantó el puño de su impecable traje con un dedo y dejó a la vista el costoso reloj de pulsera que rodeaba su muñeca.

—Vamos a llegar tarde —rezongó por lo bajo.

—Aún disponemos de tiempo, no te agobies.

—No, si a mí me da igual, pero a ella, como anfitriona y primera interesada en que todo resulte un éxito, sí que tendría que importarle. Debería ser un poco más responsable con el horario a seguir.

—¿No has pensado que quizá quiera realizar una entrada triunfal en la exposición? Imagínatelo. —Como siempre hacía cuando fantaseaba con sus cosas, Andy entornó los párpados, elevó el mentón con aire altanero y extendió los brazos, uniendo las yemas de sus dedos en un evidente gesto de concentración—: Bonnie McAllister, pionera de la nueva ola surrealista del siglo XXI, atraviesa la puerta principal de la galería de arte, escoltada por dos de los más atractivos solteros de la ciudad mientras multitud de fervientes seguidores la vitorean efusivamente, sorprendidos por su buen gusto en cuanto a hombres se refiere. Sería de lo más *in* —concluyó, con un tono de lo más expresivo.

—¿Estás de coña? —Josh, boquiabierto, se giró hacia él—: ¿Quién te has pensado que es ella? ¿Andy Warhol? ¿Una superestrella del celuloide? ¿La reina de Inglaterra? Ser impuntual en tu primera aparición pública no concuerda con el mejor modo de comenzar una carrera profesional, aunque se trate del mundo de las artes. Tú y tu hermana tenéis demasiados pájaros en la cabeza.

—No refunfuñes tanto. Te saldrán arrugas prematuras.

—¿Cómo has dicho? —Josh se tensó al oír aquel comentario, en apariencia formulado tan a la ligera. Sus ojos se convirtieron en dos finas rendijas que destilaban fuego azul, taladrando con intensidad a su interlocutor—. ¿Qué te ha contado Bonnie? Ya sabía yo que no podía confiar en su discreción... Esa bruja se relamía de gusto por las ganas de decírtelo cuando me pilló con cara de horror frente al espejo del baño. ¡Pues tampoco tengo tantas arrugas!

—Esto sí que es bueno... —Con una elegancia exquisita, Andy descruzó las piernas y se incorporó del sofá. Dirigió sus pasos, sincronizados y precisos como los de un felino, hacia donde Josh se encontraba parado, mientras este le miraba con una creciente alarma en el rostro. Dio varias vueltas alrededor de él, estudiándolo minuciosamente al tiempo que afirmaba una y otra vez con la cabeza. Las facciones de Josh se endurecieron y su mandíbula adquirió una consistencia pétreo. Demasiado tarde descubrió que había hablado de más.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Andy ignoró por completo la pregunta.

—De modo que te preocupa el paso del tiempo en tu aspecto. ¡Y no querías contármelo! Eso no se le hace a un amigo. Estoy muy decepcionado contigo. —Chasqueó la lengua y después cabeceó con énfasis—. Está bien, ya hablaremos de eso más adelante. Ahora debemos analizar la situación y ver cómo de grave es el problema. Lo primero que tienes que hacer es...

En ese momento se oyó un ruido procedente de la planta superior, haciendo que Andy perdiera el hilo de lo que iba a decir. Ambos hombres miraron hacia arriba y se quedaron boquiabiertos cuando vieron a Bonnie descender los escalones.

—¡Oh! —exclamó Andy.

—No me lo puedo creer —murmuró Josh a su vez.

Bonnie sonrió, satisfecha, al comprobar que su hermano y su mejor amigo se

habían quedado sin palabras. Cuando llegó al pie de la escalera, elevó los brazos al aire y, al igual que una modelo de pasarela, giró sobre sí misma para mostrarles, desde todas las perspectivas posibles, su impresionante atuendo.

—¿A que es una pasada?

Andy se acercó y tocó con reverencia la seda de color fucsia oscuro. Se trataba de un llamativo vestido con forma de globo, de tirantes anchos y escote cuadrado, aunque lo que de verdad destacaban eran los enormes bigotes de un estridente violeta que adornaban toda la parte frontal y que, a buen seguro, le impedirían mucha libertad de movimientos. Las mallas metalizadas de un tono similar al de los bigotes tampoco se distinguían por su discreción. Con un enérgico movimiento de cabeza, aprobó cumplidamente la elección de su hermana y retrocedió hasta situarse junto a Josh.

—¡Fantástico! ¡Sorprendente! ¡Ideal! ¿Qué opinas tú, amigo?

—Es un poco... peculiar. ¿De dónde lo has sacado?

—Es de la diseñadora Ágatha Ruíz de la Prada, ¿a que sí? —aventuró Andy, con la emoción impresa en su voz. Bonnie le devolvió una mirada de reconocimiento.

—Sí, pertenece a la colección otoño-invierno de este año, inspirada en el pintor Salvador Dalí —explicó con orgullo—. Lo compré en un viaje relámpago a Madrid, durante un fin de semana loco junto a un español que conocí en un pub de Glasgow y... bueno, a lo que iba. En cuanto lo vi en el escaparate supe que tenía que ser mío, que era el vestido perfecto para una ocasión como esta.

—Si lo que pretendes es llamar la atención, te aseguro que con «eso» lo conseguirás. ¿Cómo se te ocurre ponerte algo así para un día como el de hoy, tan importante en tu carrera? —le recriminó Josh.

—Pero... —La sonrisa de Bonnie se esfumó y un halo de tristeza le ensombreció el rostro. Juntó las manos en un puño, las colocó en su regazo entre

los dos bigotes y agachó la cabeza para evitar que viesen cómo empezaba a hacer pucheros—. ¿No te gusta?

—No le hagas caso, hermanita. Lleva unos días que refunfuña por todo, parece una vieja. —Andy le propinó un fuerte codazo en las costillas y después avanzó de nuevo hasta Bonnie, tomándola de las muñecas en un fuerte apretón—. Estás divina. Vas a causar sensación con este vestido, ya lo verás. Además, Josh estaba a punto de confesar que solo se trataba de una broma. ¿No es cierto? —Se volvió hacia su amigo y, en un claro gesto de advertencia, le animó a que contestara.

—Andy tiene razón. Lo siento. Estás preciosa.

Bonnie se sorbió la nariz y levantó lentamente la cabeza. Una tímida sonrisa afloró en sus labios tras convencerse de que la disculpa había sido sincera. Josh parecía realmente arrepentido. De cualquier modo, lo haría sufrir un poco más, era lo mínimo que se merecía por su impertinencia. Disfrutaría de lo lindo viendo cómo, a lo largo de la noche, se arrastraba a sus pies implorándole perdón, tal y como ya había hecho en otras ocasiones. Agarró a su hermano de una mano e, ignorando adrede a Josh como venganza, tiró de él para arrastrarlo hacia la puerta.

—Bueno, ¿salimos ya o qué? ¡Venga, Andy, que esta noche vamos a arrasar con todo!

—¡Esta es mi chica! —contestó el aludido con una sonrisa entre los dientes al descubrir la estrategia de aquella brujilla. Solo ella era capaz de hacer comer a Josh en la palma de su mano, como bien pudo comprobar cuando este les siguió en silencio, dolido por la indiferencia que Bonnie acababa de mostrar hacia él.

Zoe terminó de arreglarse poco antes de las seis y media. Luke estaría a

punto de llegar, así que se dio los últimos toques de maquillaje, se perfumó con su fragancia preferida y se echó un último vistazo en el espejo de cuerpo entero. Adoptando una actitud coqueta, se situó de perfil con la barbilla apoyada en un hombro y las manos en las caderas, y afirmó complacida. Como Luke no le dio muchas pistas referentes al sitio donde la llevaría —por no decir ninguna—, había tenido muchos quebraderos de cabeza a la hora de elegir su atuendo. De hecho, habría asesinado a su amigo sin ningún tipo de remordimiento si él hubiera aparecido en su casa horas atrás, cuando todo su vestuario se encontraba esparcido sobre la cama mientras ella luchaba por no volverse loca. Sin embargo, ahora estaba convencida de que fuera cual fuese la velada sorpresa que le había preparado, no desentonaría en absoluto. El modelo elegido, un ajustado vestido negro a media pierna con tirantes cruzados a la espalda, se amoldaba a su esbelta figura como un guante, y los altos zapatos de salón con plataforma en color rojo estilizaban sus piernas, haciéndolas parecer interminables. Una combinación sencilla pero elegante.

Movió la cabeza para dar un poco más de volumen a su cabello y acercó el rostro al espejo. No le gustaban los peinados elaborados y tampoco estaba segura de que la ocasión lo requiriera, así que había decidido dejarse la melena suelta, marcada tan solo por unas suaves ondas que le dulcificaban la expresión. «Quizá demasiado», pensó, componiendo una mueca. En el último momento, cuando unos timbrazos en el telefonillo anunciaron la llegada de su acompañante, corrió de nuevo hacia el baño y rebuscó en el cestillo de los cosméticos. Retiró el *gloss* transparente de sus carnosos labios y lo sustituyó por un intenso rojo pasión. Un vistazo de refilón al espejo del lavabo le mostró la imagen de una *femme fatale*, pero no paró a contemplarse con más detenimiento. Si lo hacía, era más que probable que se arrepintiera de su osado capricho de última hora, así que recogió el chal de organza y el pequeño bolso que había dejado encima de la cómoda, ambos a juego con el calzado, y salió a toda prisa del apartamento.

Cuando llegó al descansillo de la primera planta se detuvo un instante para

colocar de forma correcta el chal sobre sus hombros. Oyó cómo se abría subrepticamente una puerta a su espalda, aunque no quiso darse la vuelta. Sabía de sobra quién era el mirón.

—Buenas tardes, señor Pattinson. ¿He hecho demasiado ruido con los tacones?

—No, muchachita, solo estaba comprobando el cerrojo de seguridad, que últimamente se atasca demasiado a menudo. Esta ciudad ya no es lo que era y toda precaución es poca... Veo que vas a salir. Pásatelo muy bien, pero ten cuidado con las compañías, ¿entendido?

—Por supuesto, señor Pattinson. ¡Y gracias por el consejo!

Zoe rio por lo bajo y se despidió de su casero con un alegre gesto de muñeca. Seguro que ya le había hecho a Luke un chequeo completo a través de la ventana de su piso mientras ella bajaba las escaleras. Ese hombre no tenía remedio.

Luke había aparcado justo enfrente del edificio. Estaba en el interior de su BMW z4 azul metalizado, pero al verla salir descendió para abrirle la puerta del copiloto. Sus ojos verdes vagaron a lo largo de la silueta de Zoe hasta que ella se detuvo junto a él y le dio un afectuoso beso en la mejilla.

—¡Guau! —exclamó con la boca abierta. Como era incapaz de decir nada más, la ayudó a acomodarse en el asiento, cerró con cuidado la portezuela y después volvió a su posición en la zona del conductor. Presionó el botón de encendido y el motor se puso en marcha, emitiendo un suave ronroneo. Tras incorporarse al tráfico con un preciso volantazo, centró de nuevo su atención en ella—. Me acabas de dejar sin palabras, Zoe. Estás despampanante.

—¿No crees que me he pasado un poco con la barra de labios? —Perdida toda confianza en sí misma, se miró en el retrovisor interior—. Debería quitármelo. Es demasiado llamativo —argumentó, a la vez que sacaba algo de su bolso.

Luke intuyó lo que estaba a punto de hacer y actuó en consecuencia. Sujetó el volante con una sola mano y, sin darle tiempo a reaccionar, le arrancó el pañuelo de papel de entre los dedos, lanzándolo después fuera del vehículo. Zoe lo miró con gesto huraño.

—Cariño, te verías espléndida hasta con un saco en la cabeza. No sé en qué estaría pensando hace años cuando te dejé escapar.

—Precisamente ahí radica la cuestión: nunca piensas lo que haces —farfulló ella—. Y bien, ¿me vas a decir ya adónde vamos? Por tu aspecto, entiendo que no será una reunión informal. —Tras mirarlo de soslayo, probó a usar una de sus tácticas de persuasión—. Por cierto, los trajes oscuros te sientan de maravilla. Y me encanta la corbata que has elegido.

—Te agradezco el cumplido, preciosa, pero esas argucias no lograrán sonsacarme nada. Hoy vas a conocer a unas cuantas personas muy interesantes, es lo único que puedo adelantarte —replicó con una enigmática sonrisa.

Luke giró a la izquierda y enfiló la calle Hudson mientras Zoe no dejaba de hacerle preguntas. Aunque tuvo que reducir la velocidad porque había algo de tráfico, ignoró con deliberada maestría el intenso interrogatorio aduciendo que no podía permitirse distracciones, algo que ella no se tomó demasiado bien, a tenor del bufido que brotó de sus labios. A la altura de Abingdon Square, se detuvieron frente a un semáforo en rojo situado junto a la entrada del parque que recibía el mismo nombre de la vía; Luke temió que volviera a acribillarlo a preguntas, pero Zoe había desviado su atención hacia otro lugar.

Las luces de las farolas acababan de encenderse e iluminaban el *Abingdon Doughboy*, la escultura de bronce erigida años atrás en el centro de la plaza para honrar a los soldados de infantería que dieron su vida en combate durante la Primera Guerra Mundial. Aunque hacía ya un buen rato que el sol se había ocultado tras los altos edificios, el pequeño parque en forma de cuña aún albergaba a unos cuantos transeúntes en los paseos adoquinados, aprovechando

el buen tiempo que todavía se respiraba en la ciudad. A su vez, también empezaban a aparecer los primeros vagabundos, dedicados a la búsqueda de un buen banco donde pasar la noche.

Zoe cerró los párpados y se concentró en aspirar el embriagador aroma que surgía de aquellas zonas verdes por las que tanto le gustaba pasear, sobre todo en verano al caer la tarde. Cuando caminaba bajo la sombra de los altos sicómoros, rodeada de multitud de arbustos, desconectaba de los problemas cotidianos y dejaba volar libre su imaginación. Allí, en su pequeño paraíso particular, tejía sus sueños más profundos, sus más ocultas aspiraciones. La inmensa variedad de petunias, rosas, hortensias de hoja de roble, hibiscos y otras muchas plantas en flor que crecían junto a la cerca de hierro fundido delimitaban los confines del parque, al igual que la separaban de la cruda realidad del día a día aportando una nota de color a su gris y anodina vida. Aquel era uno de los pocos sitios donde realmente se sentía a gusto. Donde no se sentía tan sola e incompleta.

El suave movimiento del coche al ponerse de nuevo en marcha la sacó de sus cavilaciones. Suspiró lánguidamente y volvió a abrir los ojos. Muchos de los comercios de la zona ya habían cerrado, aunque aún se veía bastante actividad en la calle; la gente se reunía en las terrazas de los bares para tomar un helado o una refrescante bebida mientras disfrutaban de unos momentos de ocio.

—¿Te ocurre algo? De repente te has quedado muy callada. Y ese suspiro... no me ha sonado nada bien. —Luke, preocupado, posó una mano sobre el hombro de Zoe.

—No es nada, solo estaba pensando.

—¿Pensando? ¿Qué es lo que te ronda en la cabeza? No me digas que sigues dándole vueltas al asunto del nuevo cliente. Por si aún no lo sabes, queda terminantemente prohibido sacar a relucir ese tema durante el fin de semana. Y mucho menos esta noche. A partir de ahora solo voy a permitir que pienses en lo mucho que nos divertiremos. ¿*Capicci*?

Zoe afirmó con un gesto pero eludió contestarle. Había ciertos temas que ni siquiera podía tratarlos con él, su mejor amigo. Luke no entendería sus elucubraciones y les restaría importancia, alegando lo que le decía constantemente: necesitaba ser más espontánea y atrevida, vivir la vida y no basarla únicamente en el trabajo. Según él, la solución de todos sus males no era otra sino encontrar una persona con la que compartir su tiempo libre, una pareja que llenara los huecos que existían en su mundo. En definitiva: alguien que la hiciera feliz.

Si fuera tan fácil..., pero a excepción de contadas ocasiones, como cuando paseaba por aquel parque y se evadía del mundo real, tenía los pies bien anclados en la tierra. La experiencia de una relación fallida, precisamente con el hombre que tenía al lado, le había enseñado que no debía confiar en quimeras irrealizables. Había intentado relacionarse con otros, incluso hubo una época en la que su agenda estuvo plagada de citas, pero ninguna de ellas llegó a buen puerto. Y ahora esa agenda estaba vacía. De cualquier modo, ya se había dado por vencida. Los cuentos de hadas eran solo eso, cuentos con los que soñar, libros de ilusiones donde los finales felices no escapaban más allá de sus páginas.

Un acelerón imprevisto la trajo de vuelta al presente. Sacudió la cabeza para desprenderse de aquellos pensamientos peregrinos que de tanto en tanto la atormentaban y centró su atención en el camino que estaban siguiendo. Debido a la velocidad que adquirió el vehículo, tuvo que retirarse de la cara algunos mechones que le imposibilitaban la visión y colocárselos detrás de las orejas. Si hubiera sabido que Luke iría a recogerla con el descapotable se habría puesto un pañuelo, como en las películas de antaño. Iba a llegar a dondequiera que fuesen con los pelos de una loca, vaticinó con consternación.

Un poco más adelante, observó que las luces de neón del teatro Joyce estaban iluminadas, anunciando la función del viernes por la noche. Quizás ese fuera su destino. Luke sabía que a ella le encantaba el teatro, pero sus esperanzas

se esfumaron cuando él no redujo la marcha y pasó junto a la sala de espectáculos como una exhalación.

Circularon por la Octava durante algunos minutos. A medida que avanzaban por la transitada calle comercial, rebasando inmuebles de no más de seis plantas y locales en los bajos, la estampa fue cambiando. A lo lejos se vislumbraban ya los primeros rascacielos del centro neurálgico de la ciudad, pero a la altura de la Veinticinco Luke se desvió al carril de la izquierda y torció por esa calle, sorprendiendo de nuevo a Zoe.

Ella había desistido de hacerle más preguntas, así que se limitó a esperar mientras se devanaba los sesos intentando dilucidar dónde y en qué consistiría la velada prevista por él. Estaban en pleno corazón del barrio de Chelsea, eso lo tenía claro, aunque era incapaz de adivinar las intenciones de Luke. Él y sus secretitos..., con lo poco que le gustaba a ella no tener controlada cualquier situación que la incumbiera. Nunca más volvería a aceptar una proposición semejante, por mucho que le reconcomiera la curiosidad.

Al fin, Luke redujo la velocidad y se echó a un lado con el intermitente derecho encendido. Aparcó en el único sitio libre que quedaba a los pies de un paso elevado de la red metropolitana y, tras apagar el motor, se giró sonriente hacia ella.

—Bien, preciosa, ya hemos llegado. ¿Bajamos?

Zoe oteó el lugar especulativamente. A pesar de que un poco más adelante alcanzó a ver un nutrido grupo de personas congregadas frente a la entrada de un edificio, la deficiente iluminación de la calle y una furgoneta aparcada justo en la trayectoria de su mirada le impidieron reconocer el sitio.

—¿Aquí? Pero si... —El estruendoso ruido producido por un tren que en ese momento pasaba sobre sus cabezas ocultó la frase de evidente incredulidad que salió de sus labios. Zoe aguardó a que el ferrocarril se alejara para repetir—: ... pero si estamos poco menos que en un suburbio. ¿Se puede saber dónde me has

traído?

—Espera y verás.

Luke la ayudó a apearse del coche y le ofreció gentilmente su brazo para cruzar a la otra acera. Cuando ya estaban casi al lado del gentío, Zoe leyó el cartel que ondeaba en la fachada de ladrillo visto y se le iluminó la cara.

—¡Una exposición de arte! —Le echó los brazos al cuello, estampándole un sonoro beso en el mentón—. Llevaba meses deseando ir a alguna, pero nunca encontraba el momento —le confesó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso es porque dedicas todo tu tiempo al trabajo —la amonestó, acariciando su mejilla con los nudillos—. Deberías administrar mejor tu vida, te lo digo en serio.

—Gracias.

—Sabía que te gustaría mi sorpresa —comentó con suficiencia—. Y ahora que me lo has agradecido como corresponde, entremos de una vez, que hace ya un rato que abrieron las puertas al público.

Mientras esperaban a que la cola avanzara, Luke le explicó varios detalles sobre la galería Ágora.

—Esta galería comenzó a funcionar en 1984. Desde entonces, se ha dedicado a promocionar tanto a artistas nacionales como internacionales, haciendo hincapié en fomentar la conciencia social y favorecer la protección del medio ambiente. —Luke miró a Zoe con interés, esperando su reacción.

—Y yo aplaudo esa iniciativa —dijo ella, satisfecha de que en el mundo de la cultura también tuvieran en cuenta su amor por la naturaleza.

—Pues hay algo más que he descubierto investigando en internet, y creo que te va a gustar. —Luke se acercó a su oído para que solo ella lo escuchara—: Todo el personal que trabaja aquí son mujeres.

Tras unos instantes de sorpresa, Zoe estalló en carcajadas y después simuló darle una colleja por su evidente picardía. Acababa de adivinar sus intenciones ocultas al llevarla allí.

Cuando traspusieron las puertas acristaladas, Luke mostró sus invitaciones a una joven de rostro aniñado que hacía las veces de ujier. Esta les entregó a ambos un folleto explicativo de la exposición, aunque no desvió la vista del hombre, componiendo una sonrisa boba mientras les deseaba una grata velada. Zoe rio entre dientes, ganándose una severa reprimenda por parte de su amigo en cuanto se alejaron.

—Por favor, compórtate como es debido. Se ha dado cuenta de que te estabas burlando de ella.

—¿Eso piensas? Discrepo contigo. Toda su atención estaba fija en ti; en cuanto te ha visto, ha desaparecido el resto del mundo a su alrededor. De hecho, creo que aún te está siguiendo con la mirada.

Zoe fue a darse la vuelta para corroborar sus propias palabras, pero Luke la cogió del codo y tiró de ella, obligándola a continuar. Aun así, le dio tiempo a atisbar por encima del hombro.

—Mírala... ¡Yo tenía razón! La primera de las muchas que engrosarán tu lista de conquistas de esta noche.

—Hoy estás especialmente graciosa, algo extraño en ti, aunque todavía no he decidido si eso me agrada o me disgusta. ¡Pero si casi es una niña! Vamos, deja de reírte a mi costa y sígueme, que quiero presentarte a alguien.

Zoe volvió la vista al frente y se llevó una mano a la boca para acallar las carcajadas que pugnaban por salir de su garganta. Las habría dejado escapar de no haber sido porque, en ese preciso momento, observó que una pareja les hacía señas desde el fondo de la sala. En cuanto reconoció al hombre, dejó de bromear. Aferró la manga de la chaqueta de Luke y le susurró con nerviosismo:

—¿Es quien yo creo que es?

—El mismo. Venga, acerquémonos antes de que alguien se nos adelante y no podamos saludarlo en toda la noche. Ni te imaginas lo solicitado que está.

Zoe se olvidó de dónde estaba. La emoción que la embargó al saber que estaba a punto de ser presentada formalmente a Sean Barrymore, el actual pero ya mítico fiscal del distrito de Chicago, eclipsó cualquier interés que hubiera podido sentir hacia la exposición. Había seguido su meteórica carrera desde el principio, cuando ella aún estaba en la universidad y sus profesores le ponían como ejemplo a seguir por sus ansias emprendedoras y su carisma innato. Ya auguraban que llegaría lejos en el mundo de la jurisprudencia, como así había sido. En realidad, lo había conocido allí, aunque no tuvo mucho trato con él porque solo coincidieron unos meses, al poco de comenzar a salir con Luke. Él y Sean sí que mantenían un contacto más estrecho ya que ambos fueron compañeros durante toda su estancia en Columbia, e incluso se graduaron en la misma promoción, pero por aquel entonces ella estaba tan concentrada en sus estudios y en su relación con Luke que todo lo demás carecía de importancia. En alguna ocasión cruzaron varias palabras, aunque nada relevante dada la diferencia de edad. Él ya jugaba en ligas mayores mientras que ella era tan solo una novata. De cualquier modo, nunca dejó de oír hablar de él, sobre todo cuando ese muchacho empezó a despuntar en el ámbito profesional de la abogacía privada. De hecho, en el mismo bufete en el que ella trabajaba actualmente, aunque nunca llegaron a coincidir dado que ella se incorporó a la plantilla bastante después de que él lo abandonara para convertirse en fiscal de distrito. A quien sí conocía más era a su hermana Jocelyn, a pesar de que hacía ya un tiempo que no la veía porque había pedido una excedencia. Para Percy&Bones constituía un honor el que dos de los componentes de una familia tan importante como los Barrymore hubieran pasado por sus instalaciones. Por esa razón estaba tan nerviosa. Las manos comenzaron a sudarle y su pulso se aceleró; incluso Luke se percató de que algo había cambiado en su actitud, hasta

entonces tan dicharachera.

—Tranquila, que no muerde —murmuró con un deje de socarronería—. Al menos, no cuando está fuera de los juzgados.

Como si eso fuera a tranquilizarla... Aun así, respiró hondo y compuso una de sus mejores sonrisas. Permaneció en un segundo plano cuando, al llegar a la altura de la pareja, Luke se inclinó para tomar de la mano a la otra mujer y besarla con caballerosidad. Después les llegó el turno a los hombres, que entrechocaron efusivamente sus manos, intercambiaron saludos y se palmearon los hombros como dos viejos conocidos.

—¡Cuánto tiempo, Sean! Desde que eres fiscal del distrito tienes abandonadas a tus antiguas amistades. ¿Tan fácil te ha resultado olvidarte de los amigos de juventud, o es que ese puesto importante que ostentas no te permite relacionarte con la plebe?

—No digas sandeces, Luke. Precisamente son esas antiguas amistades las que parece que tienen miedo de ponerse en contacto conmigo debido a mi actual posición. Si no hubiera sido por Jocelyn, que me dijo que había ido a verte y me facilitó las invitaciones de la exposición, todavía estaría esperando esa llamada que aún me debes, porque tengo que recordarte que he sido yo quien te ha llamado para organizar este encuentro. Por cierto, quería agradecerte en persona el asesoramiento que le prestaste a mi hermana. Y también a Lena —añadió, inclinando la vista hacia la bella joven que mantenía sujeta por la cintura—. Eso es algo que nunca olvidaré.

Si la hubieran pinchado, no habría sangrado. ¿Tanta camaradería existía entre ellos dos? Jamás lo habría imaginado. Sean Barrymore siempre se mostraba en todas sus apariciones públicas como un fiscal implacable, serio y estricto, pero la persona que tenía frente ella distaba mucho de esa imagen tan severa. Ciertamente era que, aun bromeando, su simple presencia irradiaba poder a raudales y su mirada especulativa imponía un gran respeto, pero aquel hombre de cabellos oscuros

que agarraba con firmeza y un punto de posesividad a la menuda mujer que tenía a su lado no era ni de lejos el inaccesible y envanecido fiscal que ella se esperaba encontrar. Es más, cuando mencionó a la joven que lo acompañaba, creyó reconocer en sus ojos azul cobalto un atisbo de dulzura, incluso de idolatría hacia ella. A todas luces, Sean Barrymore estaba enamorado y no lo escondía. Eso se veía a la legua. Hasta había cometido la audacia de ponerse una floreada corbata en tonos verdes, confeccionada con la misma tela del vestido que lucía su pareja, algo bastante inusual dado el impecable y carísimo traje color negro que llevaba. Aquello decía mucho de los sentimientos que pudiera profesar hacia ella, porque estaba claro que no cualquier hombre, y mucho menos alguien tan importante como un fiscal de distrito, se atrevería a romper ciertos cánones de protocolo.

—¿Recuerdas a Zoe? —Por fin, Luke se percató de que seguía allí y la acercó a él—. Ella es una magnífica abogada medioambiental pero, ante todo, también es mi mejor amiga —declaró con orgullo.

—¿Cómo olvidar a Zoe *la novata*? Has cambiado mucho. —Sean, sonriente, le tendió la mano. Ella la aceptó, aunque compuso una imperceptible mueca de desagrado al escuchar aquel apelativo de sus primeros días de facultad, tan antiguo que creía haberlo dejado atrás para siempre.

—Y ella es la encantadora Lena Petrova, una artista del trapecio —agregó Luke con rapidez al percatarse de la reacción que habían causado esas palabras en Zoe. Quería evitar a toda costa que su amiga le respondiera a Sean algo no del todo adecuado. Últimamente se comportaba de una forma un tanto extraña y ya podía esperar cualquier cosa de ella.

¿Un fiscal de distrito y una artista circense? Aquello sí que era sorprendente, pensó Zoe, olvidando la incomodidad que le había supuesto ese saludo infantil. Estupefacta, paseó la vista hacia la mujer que lo acompañaba y centró su atención en ella. Su nombre, su hermoso rostro de rasgos peculiares e increíbles

ojos verdes enmarcados por unos cabellos negros como el tizón..., parecía una auténtica zíngara. Ciertamente era que Luke le había hablado de ella y de un problema que tenía con el circo en el que trabajaba, pero en ningún momento le comentó que fuera pareja sentimental del afamado fiscal Barrymore. Se quedó de una pieza, pero cuando Lena Petrova fijó su vacilante mirada en ella y de sus labios asomó una tímida sonrisa, Zoe supo que esa muchacha estaba casi tan nerviosa como ella. E intuyó que se sentía fuera de lugar, así que optó por olvidar su inicial estupor para centrarse en proporcionarle el apoyo que necesitaba. Suavizó su expresión facial y, adoptando una actitud amistosa, se acercó a ella.

—Encantada, Lena —le dijo con sinceridad—. Llevas un vestido precioso. Me encanta —añadió para romper el hielo.

Al poco, ambas parejas se adentraron en una animada conversación, hasta que oyó cómo alguien la nombraba a sus espaldas. Al darse la vuelta, reconoció entre los invitados a una antigua compañera de piso de la época en la que ella acababa de terminar la carrera, cuando aún no podía permitirse afrontar los gastos de un alquiler ella sola con el poco dinero que ganaba de sus pasantías pero tampoco quería pedir ayuda económica a sus padres, que bastante esfuerzo habían hecho ya pagándole la universidad. Sin ninguna vacilación, agarró a Lena del brazo y tiró de ella para llevarla consigo.

—Ahora volvemos. Así podréis hablar de vuestras cosas con tranquilidad.

Lena, indecisa, la siguió. En su rostro se reflejaba la incredulidad de que alguien a quien acababa de conocer la tratara de una forma tan abierta y cercana, pero gran parte de sus temores se disiparon cuando ya se habían alejado de los hombres y Zoe, aproximándose a ella, le susurró en tono jovial:

—Estaba esperando encontrar la excusa perfecta para apartarte de esos dos. Entiendo que te sientas un poco incómoda, es lo más lógico cuando vas a un sitio en el que no conoces a nadie a excepción de tu pareja. A mí me pasa lo mismo, así que he decidido aunar fuerzas contigo. Ven, voy a presentarte a una chica que

es un encanto. Compartimos piso durante unos meses y te puedo asegurar que hace reír hasta a las piedras. Eso es lo que necesitamos ahora: divertirnos y no estar como dos floreros andantes a la sombra de unos hombres que se mueren por competir para ver quién de los dos tiene el ego más inflado.

Las tres mujeres pasaron un rato bastante entretenido, Zoe y su amiga recordando viejos tiempos y Lena escuchándolas sin tomar parte activa en la conversación, pero empapándose de la alegría de las otras dos, ya que se sentía un poco cohibida frente a tanto desparpajo. De vez en cuando Zoe echaba fugaces miradas a lo lejos para cerciorarse de que Luke no la hubiera abandonado, algo que Lena también hacía pero con menos discreción. Entonces se dio cuenta de que quizá la había avasallado en exceso, acaparando su atención y separándola del único punto de seguridad que tenía en aquella sala, así que se inventó un pretexto para volver junto a los hombres. Lena la siguió en el acto y alcanzó a escuchar un quedo suspiro de alivio, por lo que entendió que no iba desencaminada con sus suposiciones.

—Ya estamos aquí. Sean, te la devuelvo sana y salva —Zoe bromeó con la intención de arrancar en Lena una sonrisa que no fuera forzada—. Y ahora, si me lo permitís, voy a llevarme a Luke porque quiero presentarle a alguien. —Le agarró de un brazo y, con la otra mano, se despidió de la pareja—. Espero veros más tarde.

—¿A quién me vas a presentar? —preguntó Luke mientras se alejaban—. No será a la petarda de Silvy, tu excompañera de piso, ¿verdad? Te recuerdo que ya la conozco y que me daban un poco de miedo las miraditas que me echaba cuando tú no estabas delante...

—Eso es porque te caló a la primera y sabía que eras un golfo, no como me pasó a mí, que viví en la inopia durante todo el tiempo que salimos juntos. Ella creía que volvería a caer en tus redes y, como buena amiga, te tenía estrechamente controlado. Lo que nunca llegó a entender es que yo ya había

aprendido la lección.

—¡Me ofende que menciones eso! —exclamó él—. Además, bien que me hiciste pagar mi erróneo comportamiento. ¡Creí que nunca volverías a hablarme! —añadió en tono melodramático.

—Exagerado... Debería haber estado más tiempo sin dirigirte la palabra. Y sí, como respuesta a tu pregunta, tenía intención de llevarte junto a Silvy. En principio solo era en apariencia, una mera excusa, pero dado el cariño que le tienes y lo que me has hecho recordar, estoy pensando seriamente en cumplir de verdad mi propósito.

—¿A qué te refieres con una mera excusa?

—¿No te has fijado lo incómoda que se sentía Lena? Se ve de lejos que la pobre no está acostumbrada a estos saraos, y mucho menos con gente que no conoce. Aunque no me lo ha confesado, esa muchacha estaba deseando volver junto a Sean. Lo mejor era dejarlos solos para que ella se relajara.

—Entiendo... No había tenido en cuenta ese detalle. Y bien, ahora que estamos un poco más libres, ¿te apetece dar una vuelta por la exposición? Entre unas cosas y otras, aún no hemos visto nada.

—¡¡¡*Lucky*<sup>[11]</sup> Luuuuuuuuuuuuuuke!!!

Luke se dio la vuelta de inmediato al escuchar aquel graznido. Solo conocía a una persona que fuera capaz de llamarlo así, a voz en grito y con su nombre precedido por un adjetivo calificativo, algo nada apropiado en un sitio como ese, repleto de gente con un alto estatus social.

—¡Oh, Dios! Ese timbre de voz es inconfundible —murmuró con resignación, al tiempo que negaba con la cabeza—. La fiesta acaba de comenzar.

## Capítulo 6

—¿De qué lo conoces? —preguntó ella por lo bajo al ver que se acercaba.

Zoe siguió con la vista los particulares ademanes del hombre que había llamado a Luke desde el otro extremo de la sala con tanta familiaridad, hasta que se detuvo frente a ellos enarbolando una ancha sonrisa. Vestido a la última moda y luciendo un desparpajo sin igual, sus ojos chispeantes la recorrieron de arriba abajo con gran descaro, sin un asomo de discreción. En cualquier otra situación se habría mostrado ofendida, pero, aunque pareciera raro, aquella actitud no le molestó. Es más, sintió una instantánea simpatía hacia él. De todos modos, giró el rostro hacia Luke, levantó notoriamente las cejas y le interrogó con la mirada.

—Zoe, te presento a Andrew McAllister, el decorador de mi nuevo apartamento. —A continuación, se volvió hacia el aludido—. Andrew, ella es Zoe Williams, una muy buena amiga.

—¿Solo amigos? ¡Qué desperdicio! —De forma ambigua, dejó en el aire la duda sobre a quién de los dos, hombre o mujer, se refería.

—Encantada de conocerte, Andrew —respondió ella, conteniendo una risita.

—¡Por favor, llámame Andy! —imploró él, al tiempo que posaba una mano sobre el antebrazo de Zoe con total confianza—. Odio los formalismos innecesarios. —Le devolvió a Luke una representativa mirada—. No eres tan estirado cuando estoy trabajando en tu casa. Incluso me ríes todas las bromas. ¿Qué te ha pasado?

—Ya, pero... —Con un escueto gesto, Luke le señaló a la gente que había a su alrededor y que, a hurtadillas, intentaban captar algo de la conversación que estaban manteniendo—... Andy, deberías cortarte un poco y ser más comedido

cuando estás en público. En esta galería hay personas muy importantes, muchos de los abogados del bufete donde trabajo están aquí, incluidos algunos de mis jefes. Y todo gracias a ti, que me facilitaste unas cuantas entradas que yo, iluso de mí, repartí entre mis compañeros. Si te han oído llamarme como me has llamado, ¿qué impresión se habrán llevado?

—¡Pues a mí me encanta su espontaneidad! —exclamó Zoe con énfasis.

Andy abrió exageradamente la boca y paseó la vista del abogado a ella componiendo una expresión incrédula.

—Yo..., yo... —titubeó—... ¡Adoro a esta mujer! ¿De dónde la has sacado? Te lo digo desde ya —añadió, volviéndose hacia ella—: a partir de este momento y para siempre, soy todo tuyo. —Agradecido, agachó sumiso la cabeza y la miró de soslayo—. Por cierto, ahora que me fijo... ¡tienes un cutis divino! —Alzó las manos a la altura del rostro de Zoe y remarcó en el aire el contorno de sus facciones—. ¡Realmente perfecto!

Luke miraba a Zoe sin comprender. ¿Qué acababa de decir? ¿Desde cuándo a ella le gustaba la espontaneidad?

—Venid conmigo, chicos. —Andy tomó a cada uno por un brazo y los instó a que le siguieran—. Tenéis que conocer a la responsable de esta maravillosa exposición. Es una artista excepcional y es... ¡mi hermana! —cacareó con orgullo.

Zoe y Luke se dejaron llevar por ese sujeto tan peculiar hasta detenerse frente a una pareja que, rodeada de flashes, posaba frente a los objetivos de varios fotógrafos profesionales. En realidad, la única que lo hacía era la mujer, porque el hombre solo estaba allí porque ella lo aferraba del antebrazo. Su cara de circunstancia lo decía todo.

—Perdón, perdón, perdón. —Andy se abrió paso entre los malhumorados fotógrafos, que le miraron de malos modos por haber estropeado su última

instantánea, y se paró delante de ellos, impidiéndoles seguir con su trabajo—. Bonnie, cariño, como buen relaciones públicas que soy, te he traído a dos personas que me gustaría presentarte. Este guapetón de mi izquierda es Luke, un reciente cliente mío al que le estoy dejando su apartamento digno de aparecer en la portada del *Architectural Digest*, y ella es su encantadora amiga Zoe, a la que acabo de conocer pero ya me ha robado el corazón de forma incondicional.

Luke tomó a Bonnie de la mano para besársela, al igual que había hecho minutos antes con la pareja del fiscal Sean Barrymore, mientras su mirada vagaba lentamente por la silueta de la mujer con un brillo especial en los ojos. Tardó unos segundos más de lo correcto en soltarle la muñeca; cuando lo hizo, se apartó a un lado sin romper el contacto visual con ella, que sonreía divertida por la evidente desfachatez de aquel hombre.

Zoe tampoco podía apartar la vista de la mujer, aunque por otro motivo muy diferente al de su amigo. El vestido que lucía la artista era... era... No tenía palabras para expresar lo que le parecía. La definición «original y llamativo» se quedaba corta. Muy corta. Al fin se dio cuenta de su descarado escrutinio y alargó el brazo para saludarla, fijando la atención en su rostro. La pelirroja la sorprendió al acercarse y depositar sendos besos en sus mejillas con total naturalidad.

—Hola, Zoe. Gracias por venir a mi exposición —comentó risueña.

—Es un placer.

—Hay alguien más a quien me gustaría que conocierais, aunque no sé si se lo merece —dijo Andy con un siseo final—. Josh, borra ahora mismo de tu cara ese ademán sombrío que lleva persiguiéndote toda la noche y saluda a mis amigos. Os presento a Josh Carter quien, aunque no lo parezca, es mi mejor amigo.

Luke y Josh intercambiaron un breve saludo para después ser Zoe la que se aproximara y le ofreciera su mano. Hasta entonces no había prestado atención al

acompañante de la pintora, distraída como estaba contemplando de reojo la estrambótica vestimenta de Bonnie McAllister. Pero se olvidó de ella en cuanto sus dedos se tocaron. Una sensación extraña le hizo levantar la cabeza y sus ojos se clavaron en otros azules que la observaban con genuino interés. No supo por qué, pero estaba segura de haberlos visto con anterioridad.

—¿Nos conocemos? —Josh ladeó el rostro para obtener una perspectiva diferente de aquellos rasgos que tanto le sonaban, y se quedó pensativo mientras fruncía los labios en un gesto de concentración.

—¡Es verdad! —exclamó Bonnie—. ¡Menuda casualidad! No me había dado cuenta hasta ahora que lo has dicho. Su cara también me resultaba familiar, pero creí que eran imaginaciones mías. ¡Es la chica del aparcamiento del aeropuerto, la que estuviste a punto de atropellar hace unos días!

—Dirás, más bien, la que se lanzó como una loca encima de mi todoterreno. Parecía que estaba ida —puntualizó él cuando se dio cuenta de que su amiga estaba en lo cierto. Era ella: la chiflada de aquella tarde bajo la lluvia. Aunque ahora se veía muy diferente.

Zoe retiró la mano que aún permanecía entre la suya y se apartó de él, con evidente desazón por sus palabras.

—Oye, no te permito... —Luke se abalanzó sobre Josh con la intención de cogerle de las solapas de la chaqueta, ofendido por lo que había dicho de Zoe, pero ella se adelantó y lo detuvo antes de que llegara a tocarlo.

—Está bien, Luke, déjalo. Él tiene razón. Ese día me comporté como una inconsciente y casi provoqué un accidente.

—Josh, ¿qué demonios te pasa? —le espetó Bonnie con tono ácido—. Discúlpale —agregó, dirigiéndose a Zoe—, él no suele ser así de maleducado. Desde hace unos días su carácter se ha agriado de forma exponencial, en concreto desde que estoy en Nueva York, así que empiezo a pensar que todo es

por mi culpa. Aunque esa no es suficiente justificación para su comportamiento. ¿Verdad, Josh? ¿O es que te ha comido la lengua el gato?

—Yo... perdona mi desacertado comentario. He sido un auténtico grosero.

Alrededor de todos ellos se creó un denso silencio que nadie se atrevía a romper. Luke dividía su atención entre la hermosa pelirroja que su decorador le acababa de presentar y el otro capullo, aquel al que había estado a punto de partir la boca por hablar así de su amiga. Por su parte, Bonnie le devolvía aquellas miradas de un modo más explícito, estudiándolo de forma analítica mientras sopesaba su interés por él, un interés que se acrecentaba por momentos. Andy había optado por escabullirse subrepticamente de la zona de conflicto y se le veía como él solía ser y estar, en su salsa, charlando muy animado con un grupo de personas que se había formado a escasos metros de donde estaban sus amigos. Aun así, por el rabillo del ojo no perdía detalle de todo lo que sucedía entre ellos.

Josh se sentía el ser más ruin de la tierra. Se había comportado como un patán y ella, a pesar de todo, había salido en su defensa. Definitivamente, algo le pasaba: él no era así. No paraba de darle vueltas a su actitud de hacía unos instantes al tiempo que miraba con curiosidad a Zoe, quien a su vez permanecía muy seria y pensativa. Estaba claro que se trataba de la chica del aparcamiento, pero no parecía la misma. Allí, bajo la lluvia y durante los escasos segundos que habían coincidido, no se había percatado de lo guapa que era. El pelo mojado y pegado a su cara, su empapado traje gris y la extraña conducta con la que procedió cuando él le reprochó su inconsciencia no le habían dejado ver más allá de las apariencias. Sin embargo, ahora que la tenía de nuevo delante la observó con nuevos ojos. Con ese cabello que le caía tan graciosamente sobre los hombros y que se le antojaba tan sedoso, aquel ajustado vestido negro que se amoldaba a la perfección a su cuerpo, remarcando unas curvas de vértigo, y sus sugerentes labios, maquillados con un carmín de un rojo llamativo, fue consciente de que estaba frente a toda una preciosidad. En absoluto parecía la loca que había creído que sería. Sus dulces facciones y la templanza que mostró

tras haberla insultado le indicaron que había errado por completo en su primera valoración sobre ella. Pero fueron sus cautivadores ojos azules, enmarcados por unas larguísimas pestañas y que mostraban una mezcla de indecisión y arrojo encubierto, los que terminaron por hechizarlo. Cuando clavó su mirada en ellos, ya no pudo apartar la vista de su rostro; entonces se prometió que haría lo que fuera para lograr que aquella mujer cambiara la primera —y a todas luces funesta— opinión que se habría llevado de él. Aún no sabía cómo, pero ya se le ocurriría algo.

La facilidad que poseía para engatusar a una mujer estaba más que demostrada; era experto en camelárselas, en hacerles sentir especiales e irremediabilmente atraídas hacia él, pero antes tendría que solventar un pequeño problema. Y ese problema no era otro sino el hombre que la acompañaba. Andy les había presentado como amigos, aunque todavía no le quedaba claro cómo de estrecha sería su relación. Había saltado como un felino para defenderla, y eso indicaba que le importaba, y mucho, pero ¿hasta qué punto? Estaba dispuesto a averiguarlo en breve.

Al final y fuera de toda lógica, fue Zoe quien rompió la tensión al estallar en carcajadas, logrando que todos los presentes volvieran a centrar su atención en ella.

—Perdonad —les suplicó, al tiempo que se tapaba la boca para contener un nuevo arranque de risa—. Estaba imaginándome las pintas que debía de tener ese día, calada hasta los huesos y actuando como una perturbada que no sabe comportarse... No me extraña que dijeras lo que dijiste. —Se volvió hacia Josh—. Yo hubiera hecho lo mismo.

Él, sorprendido, se quedó momentáneamente sin palabras, aunque no tardó en reaccionar, comprendiendo que no podía dejar pasar la ocasión. Aquella era una maravillosa oportunidad de resarcirse y no debía desaprovecharla.

—Olvidémoslo y empecemos otra vez. Hola, me llamo Josh —se presentó

con una sonrisa de oreja a oreja y le ofreció la mano.

—Es un placer, Josh. Yo soy Zoe —respondió ella con voz jovial.

Bonnie y Luke observaron la escena con la boca abierta, preguntándose qué estaba pasando allí. En última instancia y tras cruzar entre ellos unas fugaces pero esclarecedoras miradas, optaron por hacerse a un lado. Se alejaron sin despedirse, los dos juntos, con la firme intención de iniciar su propia charla en algún lugar un poco más íntimo. Al fin y al cabo, lo estaban deseando desde que habían sido presentados.

Por el rabillo del ojo, Josh se percató de la sutil escapada que Bonnie y el amigo de Zoe acababan de realizar. «Bien», dijo para sus adentros. Aquello era algo muy esclarecedor porque significaba que al tal Luke no le importaba que ella se quedara a solas con él. Si hubieran sido pareja, jamás lo habría permitido. Al menos, él no lo hubiera hecho.

Con ese punto a su favor, lo ideal sería acercar posiciones cuanto antes. Ella, después del saludo, se había quedado callada, como si no supiera cómo continuar la conversación, así que tendría que ser él quien rompiera el hielo.

—Bueno, Zoe, ahora que ya nos conocemos formalmente, ¿me permitirías que te ofrezca una copa? ¿Te apetece un poco de champán?

Ella dudó un poco, pero después afirmó con la cabeza.

—No suelo beber alcohol pero sí, una copa de champán estaría bien.

Josh escudriñó la sala en busca de algún camarero. Divisó a uno acercándose con la bandeja repleta de bebidas e hizo amago de levantar el brazo para llamar su atención, pero en ese momento el sonido cercano de un móvil lo desvió de su propósito inicial. Echó mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó su teléfono. Cuando vio en la pantalla de quién se trataba, frunció el ceño y suspiró resignado.

—Discúlpame, debo contestar —se excusó, antes de alejarse unos pasos para

aceptar la llamada rodeado de algo más de privacidad—. Hola, Natasha. Dime...

Zoe se quedó allí parada sin saber qué hacer. ¿Esperaba a que terminase de hablar o, por el contrario, intentaba retomar contacto con el resto de los componentes del grupo? Al final se decantó por la segunda opción, pero al girarse en la dirección donde se suponía que debían estar Luke y la otra mujer descubrió que no había nadie. Extrañada, buscó a su amigo entre los diferentes corrillos formados a su alrededor. Nada. Había desaparecido como por arte de magia, al igual que la pintora. En ese instante, experimentó la amarga sensación de haber sido abandonada en medio de una sala repleta de gente desconocida. A medida que afrontaba ese hecho, su irritación fue en aumento. Molesta y dolida a partes iguales, ahogó un gemido de exasperación. ¿Por qué siempre terminaba igual?

Cuando encontrara a Luke, le haría pagar muy caro su desconsideración para con ella. Mientras tanto, no pensaba quedarse allí como una estatua aguardando a que ese impresentable apareciera, como tampoco pensaba salir en su búsqueda. Estaba en una galería de arte, así que haría lo que se suponía que debía hacer en un sitio como aquel: disfrutar de la exposición.

Por primera vez desde que llegó, pudo echar una completa y pormenorizada visual al lugar: la galería estaba distribuida en una única sala que contaba con diferentes apartados separados entre sí por paneles móviles, creando en su interior espacios individualizados que servirían para alojar las obras de varios expositores, aunque en ese caso concreto solo se tratara de uno. A simple vista y por lo poco que pudo apreciar cuando entró, Bonnie McAllister se movía dentro de la corriente surrealista, habida cuenta de la explosión de formas geométricas y llamativos colores que imperaba en la mayoría de los cuadros que colgaban de las paredes.

Interesada en ver más de cerca alguna de sus pinturas, se aproximó a una que acababa de quedar libre de observadores. La estudió desde diferentes

perspectivas, inclinando la cabeza a uno y otro lado para intentar averiguar qué significaba aquella mezcla de figuras aparentemente incompatibles entre sí. Como era incapaz de llegar a una conclusión lógica, decidió leer la placa donde se mostraba el título de la obra, y al hacerlo estuvo a punto de atragantarse por la risa.

Aquello se podía considerar una «ida de olla» total de la artista. Se suponía que había querido plasmar un paisaje, aunque todo parecido con la realidad era pura coincidencia: la hierba adquiría un singular color rosa, las ovejas que pastaban esa especie de chicle de fresa se asemejaban a algodones de azúcar azul y los árboles tenían la forma y las diferentes tonalidades de las piruletas de colores. Para rizar el rizo, al fondo de una loma destacaba lo que presumía ser un antiguo castillo medieval, aunque en verdad ella solo veía un castillo de naipes. Y la autora se había atrevido a titular el cuadro *Campos de Escocia*.

Con la risa aflorando en sus labios, fue de cuadro en cuadro y descubrió que todas las pinturas eran similares: puro histrionismo en su estado más elevado. Ahora entendía el extravagante vestido que llevaba Bonnie McAllister. Estaba tan influenciada por la obra de Dalí que hasta se atrevía a lucir con total desparpajo una imitación de sus famosos bigotes.

—¿Te gusta?

Zoe dio un respingo al oír esa profunda voz que le susurraba al oído y sentir un cálido aliento muy cerca de su cuello. Se volvió con rapidez, solo para encontrarse a escasos centímetros del rostro de Josh, que mostraba una sonrisa resplandeciente. Algo se removió en su interior cuando lo notó tan próximo a ella, tanto que sus cuerpos estaban a punto de tocarse, aunque quizás ya lo hacían dada la corriente de energía que se generó a su alrededor. Olía bien, muy bien, demasiado para su tranquilidad. Y la estaba observando de un modo tal que todo pensamiento coherente quedó relegado al olvido, porque en lo único que podía pensar era en que nunca nadie la había mirado así. Sus ojos parecían

acariciarla, indagando con detenimiento cada pequeño fragmento de sus facciones hasta aprendérselas de memoria. Turbada por su cercanía y por el escrutinio de su mirada, se echó hacia atrás de forma inconsciente, pero la barrera de seguridad que salvaguardaba el cuadro que estaba contemplando le impidió alejarse más de un paso. No obstante, aquello sirvió para romper parte del hechizo que se había apoderado de ella.

—¿Ya... ya has terminado de hablar por teléfono?

—Sí, y te ruego que me perdones. Cuando corté la comunicación y no te vi, creí que te habrías molestado conmigo por haber tenido el poco tacto de dejarte sola después de haberme comportado como un imbécil en las presentaciones. Es más, pensé que te habrías ido de la galería y no te lo hubiera reprochado, pero entonces te localicé a lo lejos, ojeando uno de los cuadros con mucho detenimiento, y no quise interrumpirte. Mientras tanto, fui a buscar lo que te prometí. —Josh levantó los brazos para mostrarle las copas de champán—. ¿Todavía estoy a tiempo de compartir estas copas y una buena charla contigo o debo temer que me lances su contenido a la cara justo antes de mandarme a la mierda?

Tendría que haberlo ignorado como se merecía pero, en cambio, se sorprendió a sí misma alargando una mano para tomar la bebida que le ofrecía.

—Acepto tus disculpas. De nuevo —matizó, al tiempo que arqueaba una ceja con elegancia—. Desde que me hablaste del champán no he pensado en nada más que en probarlo. Estoy sedienta. —Eso era cierto en parte, porque no se había percatado de que tenía que beber algo hasta que se encontró tan cerca de él, absurdamente expuesta a su intensa mirada. Desde entonces sentía la garganta reseca y un extraño nudo en la boca del estómago, por lo que la acuciante necesidad de desprenderse de aquella sensación le llevó a acercarse la copa a los labios con demasiada urgencia. Ya había ingerido más de la mitad del champán cuando Josh la agarró de la muñeca.

—Bebe más despacio o te sentará mal —le aconsejó, torciendo el gesto—. Además, si la terminas tan rápido no podremos brindar.

—¿Y por qué deberíamos brindar? ¿Qué sugieres?

Josh hizo como que se lo pensaba, aunque en su fuero interno lo tenía muy claro.

—Por las nuevas amistades, por los encuentros fortuitos, por una velada agradable en muy buena compañía... —En ese punto, le lanzó una ardiente mirada que tambaleó hasta los cimientos el inestable aplomo de Zoe—. ¿Qué prefieres?

—Por las tres cosas —respondió ella sin pensar. Alzó la copa y la entrechocó con la suya, devolviéndole una mirada cargada de intenciones—. Por nosotros dos y lo que nos depare el destino —añadió, en un arranque de atrevimiento.

Parecía mentira que ella hubiera dicho eso, más aún que lo pensara. Nunca se había comportado de una forma tan directa, ni mucho menos había expresado en voz alta lo que de verdad le pasaba por la cabeza, pero ahora se sentía insólitamente lanzada. Desinhibida. Poderosa. Y mucho tenía que ver en ese cambio, al menos así lo creía, el hombre que tenía delante. A todas luces se veía que era un consumado adulator, acostumbrado a tratar con féminas y a que estas comieran de la palma de su mano. Es más, no estaba segura de poder permanecer inmune a sus encantos durante tiempo indefinido, como así había sucedido cuando la sorprendió contemplando el cuadro. Encontrárselo tan cerca de su cuerpo, desplegando a raudales toda la confianza que a ella le faltaba, le había resultado extremadamente perturbador. Por primera vez desde que lo tuviera frente a ella, se fijó en Josh como hombre y llegó a una irrefutable conclusión: era demasiado atractivo para su propia estabilidad mental. Aun así, una vena traviesa y hasta entonces desconocida le hizo decidirse a jugar utilizando sus propias artimañas, porque no podía negar que había despertado su interés.

Josh vislumbró un brillo malicioso en los ojos de Zoe y sonrió para sus

adentros. Lo que fuera que estaba pensando tenía mucho que ver con él y con las últimas palabras de su brindis. Aquello iba por buen camino.

—Quizá mi propuesta sea un poco precipitada, pero ¿qué te parece si salimos de aquí y vamos a dar una vuelta por los alrededores? Hace una noche estupenda y sería un crimen desperdiciarla aquí dentro. No te propongo nada indecoroso, solo pasear por algún sitio donde podamos charlar sin necesidad de hablar a gritos —puntualizó, al interpretar un asomo de duda en los ojos de Zoe—. Así podríamos conocernos mejor.

Ella no lo tenía del todo claro. Y no había ido sola a la exposición. ¿Qué pasaría si Luke aparecía y no la encontraba allí? Por lo pronto, se preocuparía, e incluso no descartaba que llegara a montar algún numerito de los suyos, esos que tanto éxito tenían en los juzgados pero que a ella no le agradaban en absoluto, si nadie le daba noticias de su paradero. No sería la primera vez que lo había hecho. De cualquier modo y pensándolo con frialdad, tampoco es que ella se sintiera muy a gusto en aquel lugar. Jamás le había agradado en exceso asistir a ese tipo de reuniones, prefería algo más informal y, sobre todo, más tranquilo, algo como lo que él acababa de proponerle. A medida que lo meditaba, menos descabellada le parecía la idea, hasta que al fin se decidió.

—De acuerdo, salgamos de aquí. Además, me apetece tomar algo de aire fresco. Eso sí, solo un pequeño paseo; recuerda que he venido acompañada. Por cierto, espera un momento. —Zoe escudriñó la sala pero, como ya se había imaginado, no vio a Luke por ningún sitio, así que sacó su móvil del bolso y comenzó a teclear con rapidez—. Voy a mandar un mensaje a Luke. Le estoy diciendo que regresaré en un rato.

Pocos minutos más tarde, abandonaban la galería. Zoe, indecisa, se detuvo frente a la puerta.

—¿Te gustaría dar un paseo hasta los muelles? —le propuso él con una ancha sonrisa.

Ella aceptó y ambos comenzaron a caminar calle arriba a paso lento, disfrutando de la mutua compañía sin necesidad de decir nada. La calle, aunque atestada de coches aparcados a ambos lados de la calzada, se veía desierta. No se oía ningún ruido que indicara que aquella era una zona de moda, bastante frecuentada por los neoyorkinos, a excepción del murmullo apagado de voces proveniente del interior de las diferentes salas de arte que iban dejando atrás. Cuando llegaron a la Avenida Once, más concurrida de tráfico y viandantes, giraron a la izquierda para buscar un paso de peatones por el que cruzar. Lo encontraron a los pies de un rascacielos en construcción, y desembocaba directamente en una de las esquinas del parque Chelsea Waterside. Dada la poca seguridad que les transmitía atravesarlo a unas horas tan intempestivas, decidieron bordearlo; fue entonces cuando Zoe reparó en que Josh no dejaba de mirar hacia atrás, con la vista fija en el rascacielos que ya habían sobrepasado. Le venció la curiosidad y no pudo evitar preguntarle:

—¿Tanto te interesa?

Josh desvió su atención hacia ella, sin saber a qué se refería. Zoe señaló el edificio con la mano.

—Podemos decir que sí, que me interesa, y mucho. Soy arquitecto, así que me fascina todo lo relativo a cualquier proceso constructivo que me encuentre allá por donde vaya —le confesó con una sonrisa.

—Así que arquitecto...

—Sí, ahora ya sabes algo más de mí que yo de ti, y eso no puede ser, así que dime: ¿a qué te dedicas tú? No, espera, déjame que lo adivine —la interrumpió cuando estaba a punto de contestarle, dejándola con la palabra en la boca—. Te he visto interesada en los cuadros de la exposición, por lo que supongo que debes dedicarte a algo relacionado con el arte o el diseño.

Zoe negó con la cabeza y esperó a que él continuara divagando.

—¿Modelo? —aventuró.

Ella ahogó una risita.

—¿No? Pues es una pena porque valdrías para ello. —Aquel halago provocó en Zoe un ligero rubor que él no llegó a detectar debido a la escasa luz que proyectaban las farolas, aunque se lo pudo imaginar porque ella agachó la vista y sus labios se curvaron en una tímida sonrisa—. A ver, pensemos en algo más. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en el aparcamiento del aeropuerto, así que puede ser que trabajes allí. Por cierto, luego me tienes que explicar por qué tenías tanta prisa. ¿Eres azafata y llegabas tarde a un vuelo?

—No soy azafata. —Cada vez le costaba más esfuerzo no romper a reír en su propia cara—. Respecto a la segunda cuestión, y esto es una pista en toda regla, el motivo de que estuviera allí es que había ido a recoger a un cliente; y sí, llegaba tarde al encuentro.

—Ya veo..., en busca de un cliente. ¿Eres relaciones públicas? ¿Secretaria de dirección? ¿Chica de los recados?

Ahí fue cuando Zoe soltó la carcajada que tanto había estado conteniendo. Precisamente era así como ella se sentía al trabajar en el bufete: como una chica para todo.

—A este paso nunca lo adivinarás. Soy abogada —reveló al fin para evitar morir de un ataque de risa.

—¿Abogada? ¡Ay, Dios! —Josh se llevó una mano a la frente, simulando consternación—. Espero que no tengas pensado interponerme una demanda por daños físicos y psicológicos. Ese día mi coche no llegó a tocarte, ¿verdad? —Se acercó a ella con un brazo extendido y posó la mano en su hombro—. En cuanto a lo de hoy, te juro que alegaré enajenación mental transitoria frente a cualquier juez que me lo pregunte, y diré que todo fue debido al estrés y a la sublime visión de tanta belleza, así que ni lo intentes —le advirtió con un guiño de

complicidad.

—No te preocupes, estoy especializada en daños más graves que esos a los que te refieres —le aclaró entre carcajadas—. Soy abogada medioambiental.

—Ufff... —suspiró con fingido alivio—. Esa es una rama del derecho muy peliaguda, ¿no? Y bastante controvertida en los tiempos que corren.

—Desde siempre he estado muy sensibilizada con el deterioro que los humanos infligimos a la naturaleza —le explicó, ya un poco más seria—, así que me decanté por esa especialidad. Si ella no puede defenderse sola, alguien tendrá que hacerlo; de no ser así, estamos abocados a la destrucción del medio ambiente y, por tanto, a la desaparición de nuestra especie.

—Se nota que adoras tu profesión. Tu rostro se ilumina al hablar sobre este tema.

—En cierto modo sí, la adoro —«aunque ni te imaginas las trabas que me puedo encontrar en el camino», pensó, haciendo referencia a la poca importancia que le daban sus propios jefes al trabajo realizado por ella.

Habían llegado a un pequeño parque, ubicado al borde de la bahía, que destacaba por el asentamiento de una acumulación de enormes piedras que, a modo ornamental, presidían el centro de la explanada. Caminaron hacia la barandilla que servía de límite entre la tierra firme y la inmensidad del afluyente. Zoe se apoyó en el frío pasamanos y echó su cuerpo hacia delante para contemplar las oscuras aguas del río Hudson mientras inhalaba profundamente. A su izquierda se levantaba el campo de golf de un complejo deportivo que había sido construido sobre los viejos muelles que habrían albergado al *Titanic* si hubiera llegado a puerto; un poco más allá, se podían apreciar las siluetas de numerosos yates, barcos de recreo e incluso algún trasatlántico, anclados en los nuevos muelles del West Side de Manhattan. Josh se situó junto a ella pero no siguió la dirección de su mirada, que permanecía clavada en el negro horizonte, sino que se centró en estudiar con detenimiento su bello perfil, en ese instante

relajado y sonriente, ajeno al escrutinio del que era objeto. Estaba a punto de decirle algo cuando el aviso de un mensaje de móvil en forma de trino de pájaros lo interrumpió.

—Es el mío —determinó ella, al tiempo que se separaba de la barandilla para colocarse bajo la luz de una farola.

Josh vio cómo Zoe fruncía el labio superior en una mueca de fastidio a medida que iba leyendo.

—¿Ocurre algo?

—Sí —afirmó, levantando la vista hacia él—, pero nada que no se pueda solucionar con unas cuantas gotas de cianuro en la copa de cierto personajillo impresentable. Ocurre que voy a cometer un asesinato en breve. ¿Quieres ser mi coartada?

—Al menos debería saber a quién te quieres cargar para que nuestras respectivas declaraciones no tengan lagunas y sean creíbles, pero sí, será todo un placer formar parte de tu coartada —bromeó.

—Me ha dejado plantada. ¿Te lo puedes creer? —Poco a poco elevó el tono de voz hasta convertirlo en casi un grito—. Luke acaba de mandarme un escueto mensaje que dice, y leo textualmente: «Me ha surgido un plan imprevisto con cierta belleza pelirroja y no voy a poder regresar a la exposición para recogerte. Juro que te compensaré por esto». ¡Yo lo mato!

«Y yo se lo agradeceré en el alma si vuelvo a encontrarme con él», pensó Josh a su vez.

—¿Cómo regresarás a tu casa?

—Cogeré un taxi. Aunque hace una noche estupenda y no vivo demasiado lejos, así que creo que volveré dando un paseo.

—Ya es un poco tarde para ir andando y por aquí no veo pasar muchos taxis.

Yo te llevaré —se ofreció—. Tengo el coche a menos de cinco minutos de aquí. Vamos.

—De verdad que no es necesario...

—Insisto.

Zoe no dejó de murmurar imprecaciones dirigidas a un único objetivo hasta que el todoterreno de Josh se detuvo frente al portal de su casa. Él la permitió desahogarse a su antojo, sin llegar a abrir la boca durante todo el trayecto, a expensas de que así se privaba de unos cuantos minutos más de conversación con ella. Pero había logrado su propósito: cuando apagó el motor y desvió la vista hacia el asiento del copiloto, Zoe ya no mostraba el gesto crispado que la acompañaba desde que había leído el mensaje. Aún seguía muy seria, pero el ligero temblor de sus manos, que estaban unidas sobre su regazo, le indicó que aquello se debía a otro motivo muy diferente.

—Quiero volver a verte —le soltó Josh de sopetón.

En su fuero interno, ella había deseado oírle decir aquellas palabras. Por eso estaba tan nerviosa. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Invitarlo a subir a su casa? Al fin y al cabo, era una mujer hecha y derecha y no la adolescente inexperta de años atrás, aunque en ese momento se sintiera como tal.

—Dame tu número de teléfono —agregó él.

—¿No crees que es demasiada información para una sola noche? —Fue lo primero que salió de sus labios—. Ya sabes dónde vivo, ahora me pides el teléfono... No pensarás besarme antes de marcharte, ¿verdad?

Josh la miró con tal intensidad que no hizo falta contestación alguna. Aun así, se la dio, no sin antes acercar su rostro al de ella hasta que sus respiraciones se fundieron en una sola y sus bocas estuvieron a un suspiro de unirse.

—¿Sería tan descabellado? —la provocó, desviándose en el último instante para acariciar con los labios la aterciopelada mejilla de Zoe—. ¿Lo sería?

—Tal vez... —Ella le correspondió haciendo lo propio, resiguiendo el contorno de su mentón rasurado hasta llegar al lóbulo de la oreja—. Yo también quiero volver a verte —le susurró al oído momentos antes de introducir algo en el bolsillo de su chaqueta. Justo después, abrió la portezuela del coche y salió corriendo hacia el refugio del portal.

—¿Qué te decía yo? Lo de su incidente ya ha pasado a mejor vida. ¡Y parece que existe química entre ellos!

—¡Bah, tampoco es para tanto!

—Pues yo creo que han hecho buenas migas.

—Sí, pero recuerda que nosotros hemos metido las alas entre ellos dos. Eso no es real.

—¿Tú crees? A mí me parece que aún es muy pronto para que se den cuenta de su «supuesta» compatibilidad. Por ahora solo ha habido atracción, pero yo la veo genuina.

—Tú solo ves lo que quieres ver. Te emocionas cada vez que dos personas tienen un flechazo, pero eso es únicamente la punta del iceberg. Cuando salga todo lo demás a la superficie...

—Entonces, ya hablaremos. Mientras tanto, deja que me regodee... ¡y pásame una nube, que te las estás comiendo tú todas!

## Capítulo 7

Josh no desvió la mirada hasta mucho después de que la luz del descansillo se apagara. Tras observarla salir del coche de la forma en que lo hizo, se había quedado sorprendido y preocupado a partes iguales: sorprendido porque Zoe había utilizado una táctica de seducción muy propia de él, abstrayéndole de cualquier pensamiento coherente con aquel provocativo susurro que le acarició hasta las entrañas; y preocupado porque aún no conseguía entender cómo no intentó detenerla antes de que se marchara y cumplir así la descabellada promesa que ella, de una forma tan sutil, le había retado a realizar. Tendría que haberle impedido salir y, después de acercarla a su anhelante boca, haberla besado hasta robarle el aliento. ¿Por qué no lo había hecho? Al final, la lanzada había sido ella; la muy atrevida incluso se permitió el descaro de volver la vista en su dirección, momentos antes de entrar en el edificio, para regalarle una mirada de lo más ardiente. ¡A él, experto en esas lides! Algo estaba fallando, pero no sabía el qué. Y no podía consentir que aquello volviera a pasar. La próxima vez, se prometió, sería más osado que ella.

«La próxima vez...». Eso le recordó las últimas palabras que le había murmurado al oído: «yo también quiero volver a verte». Casi al mismo tiempo, Zoe había deslizado algo en el interior de su chaqueta, pero en ese momento no le prestó atención. Echó mano al bolsillo y descubrió una pequeña tarjeta donde, además de su nombre y una breve alusión a la profesión de abogado y su especialidad, aparecían diferentes números de contacto, entre ellos el de su móvil.

La firme intención de llamarla a la mañana siguiente, en cuanto fuera una hora prudencial, provocó en él una taimada sonrisa de satisfacción, que se fue

transformando paulatinamente en una mueca de aflicción al caer en la cuenta de que ya había hecho planes para todo el fin de semana.

Nada más quedarse a solas con Zoe, cuando aún estaban en la exposición, Natasha lo llamó para indicarle a qué hora debía recogerla en su casa. Habían planeado una escapada juntos a los Hamptons y lo había olvidado por completo.

Natasha...

Hasta la fecha, nunca se había parado a analizar en serio su relación con ella. Para él constituía un simple trato, de mutuo acuerdo, en el que dos personas con personalidades afines disfrutaban del sexo en común sin más complicaciones. Sin embargo y para su sorpresa, por primera vez se planteó que aquello no era suficiente, que existía un enorme vacío en su relación que ella no llegaba a llenar. En definitiva: quería algo más. Y su primer pensamiento voló hasta el recuerdo de Zoe.

Desde que la vio en la galería de arte había sentido una inmediata atracción hacia ella, y después de lo que acababa de suceder dentro de su coche, estaba claro que aquello era mutuo. Ahora bien, ¿qué haría con Natasha?

Durante todo el camino de regreso a su apartamento en Brooklyn estuvo dándole vueltas a aquella pregunta. Ni siquiera cuando entró en su *loft* y descubrió sin mucha sorpresa que Bonnie aún no había llegado, dejó de cavilar el modo de apartar a Natasha de su vida sin mayores consecuencias. De hecho, al apagar la luz para irse a dormir, en lo último que pensó antes de cerrar los ojos fue en cierta morena de subyugantes ojos azules que, fuera de toda lógica, lo había dejado completamente fascinado.

El persistente sonido del timbre de la puerta fue lo que le despertó. Somnoliento, alargó el brazo hasta la mesilla de noche y consultó la hora en su

reloj de pulsera: las nueve de la mañana. «Aún es pronto», pensó, ahogando un bostezo al tiempo que se levantaba de la cama. Natasha le había dicho que fuera a buscarla a las once, así que no tenía ni idea de quién podía ser. Como siempre dormía desnudo, echó mano de los *bóxers* que había al pie de la cama y, tras ponérselos, bajó las escaleras. Entonces ya empezó a imaginarse quién sería. A buen seguro, Bonnie habría olvidado las llaves del apartamento. Otra vez. «Maldita despistada», gruñó para sus adentros tras escuchar un nuevo timbrazo.

—¡Ya voy, no hace falta insistir tanto, que el dedo se te va a quedar pegado al botón! —vociferó para que el causante de tal ruido lo oyera desde el otro lado de la puerta.

Nada más abrir, un huracán de largos y alborotados cabellos rubios entró como una tromba. La mujer, de casi metro ochenta de estatura y cuerpo cercano a la anorexia, iba embutida en unos ajustados shorts blancos, que enfatizaban sus interminables piernas, y un top azul ajustado de generoso escote. No dejaba de bufar al tiempo que su pecho, a todas luces siliconado, subía y bajaba con bastante agitación. Josh no pudo evitar pensar que parecía una Barbie recién salida de un tornado y tuvo que reprimir una carcajada, a sabiendas de que ella se cabrearía aún más de lo que aparentaba estar si llegaba a reírse en su cara.

—Buenos días, Natasha. Habíamos quedado un poco más tarde, ¿no es así?

—¡¿Cómo has podido hacerme esto?! —gritó ella, blandiendo un periódico frente a la nariz de Josh.

—¿Cómo he podido hacerte qué?

—¡Valiente mentiroso! —le increpó, a punto de explotar—. Me dijiste que no podía ir contigo a la exposición porque tenías que acompañar a esa pintora de tres al cuarto y al desviado de su hermano. —Al oírla hablar así de sus amigos, Josh contuvo las ganas de soltarle unas cuantas verdades. No permitía que nadie dijera algo así en su presencia. Respondió hondo para no ser muy duro en su contestación, pero ella se le adelantó y siguió hablando—. Y esta mañana,

mientras estaba en un *brunch* en el local de debajo de mi casa, me pongo a ojear la sección de sociedad y me encuentro con esto. —Alzó el ejemplar del rotativo por encima de su cabeza—. Claro que ibas acompañado... ¡pero muy bien acompañado!

Confundido, Josh le arrebató el diario y le echó un vistazo. Estaba abierto por la página de eventos y una única noticia acaparaba toda la hoja. Con grandes letras de imprenta, se anunciaba la crónica de la exposición que había tenido lugar el día anterior en una de las salas más emblemáticas del barrio de Chelsea, referente a la obra pictórica de una artista novel de origen escocés, aunque afincada en Nueva York. Al final del artículo se mostraban tres fotografías a todo color: la primera, una instantánea de grupo con varias personas, entre ellas Bonnie, Zoe y él, que relacionó con el momento en el que Andy les presentó, ya que ninguno de ellos aparecía posando ante la cámara; la segunda, tal y como leyó al pie de la foto, un primer plano del fiscal de distrito de Chicago junto a una bella desconocida; y la tercera, una panorámica de la sala y del público asistente, donde al fondo se reconoció a sí mismo, muy próximo a Zoe, con dos copas de champán en las manos.

—¡Tres fotos y en dos de ellas apareces con la misma mujer, que para más inri no es Bonnie McAllister! —Sus ojos llamearon enfurecidos—. ¡Esto es inadmisibile! ¿Qué tienes que decir al respecto?

—Natasha, no tengo por qué darte explicaciones —replicó, ya un poco irritado por su actitud irracional.

—¡Claro que tienes que dármelas! ¿O acaso has olvidado lo que existe entre nosotros?

—En concreto, ¿qué es lo que existe? —Josh entornó los ojos—. Que yo sepa, no nos une ningún lazo sentimental.

—¿Cómo que no?

—Sabes tan bien como yo que nuestra relación está basada únicamente en el sexo. Me parece que ninguno de los dos nos hemos hecho promesa alguna.

—Entonces, ¿lo de pasar el fin de semana juntos en los Hamptons no significa nada para ti?

Josh vio el cielo abierto cuando mencionó lo de la escapada.

—Cariño, llegados a este punto, creo que deberíamos anularlo.

—Pero... —el talante hostil de Natasha se desinfló como por arte de magia.

—Me da la impresión de que esperas algo de mí que jamás te he prometido y que nunca podré darte, así que será mejor que acabemos de una vez con esto y quedemos como simples amigos.

—¿Estás... estás cortando conmigo?

—Técnicamente, nunca estuvimos saliendo de manera oficial, pero si lo quieres ver de esa manera... En serio, Natasha, en ningún momento he pretendido conseguir más de lo que hay. Pensé que estábamos juntos solo para pasárnoslo bien, y creí que tú opinabas igual.

Las lágrimas pugnaron por salir de los ojos exageradamente maquillados de la modelo y él estuvo a punto de claudicar a su chantaje emocional. Nunca había soportado ver llorar a una mujer, aunque intuía que en este caso estaba fingiendo. No, no podía permitir que lo controlara de aquella manera. Natasha era muy hábil a la hora de utilizar ciertos métodos de persuasión, pero él ya se los conocía todos.

No obstante, tampoco quería hacerle daño. Solo por el tiempo que habían compartido ya le tenía cierto cariño, así que midió sus siguientes palabras antes de pronunciarlas.

—Natasha, tú y yo somos dos personas adultas que, desde el principio, sabíamos a lo que nos enfrentábamos. ¿En serio pensabas que lo nuestro duraría

eternamente? Es preferible que lo dejemos ahora, antes de que nos hagamos un daño irreparable. Siempre nos quedará el recuerdo de los buenos ratos que pasamos juntos.

—¡Pero yo quiero pasar más buenos ratos contigo!

—Tú vales mucho, eres una mujer preciosa y estoy seguro de que encontrarás a alguien que te haga feliz de verdad. ¿Qué felicidad te daría yo si no puedo ofrecerte nada más que lo que tenemos ahora?

—Con eso me conformo—afirmó, muy segura de lo que decía.

—No nos engañemos: eso no es suficiente ni para ti ni para mí.

—¡Para mí sí es suficiente! ¿Por qué para ti no? ¿Qué es lo que ha cambiado?

Josh intentó mantener una actitud dialogante y conciliadora, a pesar de los ánimos exaltados de Natasha.

—No ha cambiado nada, simplemente he abierto los ojos y he descubierto que no puedo estar toda mi vida actuando como he venido haciendo hasta ahora, disfrutando del momento sin importarme nada que no sea yo mismo. Eso no es justo para ti.

—Pero Josh, creí que tú y yo... que al fin te darías cuenta...

—No vayas por ese camino... De verdad, Natasha, yo te aprecio mucho pero no hay que hacer oídos sordos a la realidad: nuestra relación no tiene futuro y lo sabes.

—Así que este es un adiós —reconoció al fin.

—Sí, Natasha. Aquí acaba todo.

Ella agachó la vista con gesto compungido y cerró las manos en un puño. Se dio la vuelta muy despacio y comenzó a avanzar hacia la puerta sin mirar atrás. Josh sintió pena por ella y estuvo a punto de llamarla para decirle algo más, pero

luego se lo pensó mejor y decidió callarse: no quería darle esperanzas que después tendría que destruir. Parecía que ya había quedado todo dicho cuando, en el último instante, Natasha se giró hacia él.

—Tarde o temprano me llamarás: ya lo has hecho antes y volverás a hacerlo.

Josh se quedó observando la puerta cerrada con expresión triste. Aquello no había resultado tal y como él imaginó. Esperaba que Natasha comprendiera que no había nada que hacer, pero se había equivocado: seguía aferrándose a la ilusión de que lo suyo tuviera una continuación, y no era cierto. Reacio a hacerle un daño innecesario, fue incapaz de sincerarse con ella, de decirle que no podía estar con una mujer cuando sus pensamientos se centraban en otra.

En otra.

En Zoe.

Como si estuvieran esperando el momento adecuado, las últimas palabras de Zoe antes de salir del coche regresaron a su cerebro al igual que un grito en la noche: repentina y estruendosamente. No podía perder más tiempo, tenía que volver a verla. Recordó la tarjeta y su clara invitación a llamarla. ¿Dónde la habría dejado?

Subió de dos en dos los peldaños y, tras entrar en el dormitorio, fue directo hacia la mesilla de noche. Allí estaba, tal y donde la había dejado. Cogió su teléfono y comenzó a marcar, pero después recapacitó. Aún era muy temprano. Quizá todavía estuviera durmiendo. ¿Cuándo sería prudente llamarla?

Los dedos le quemaban por las ganas de hacerlo ya, aunque su parte racional le decía que debía esperar. ¿Esperar? Estaba deseoso de verla otra vez. No podía esperar. Aun así, se sentó en la cama con la vista saltando entre las manecillas de su Rolex y el botón de llamada del móvil. El número de Zoe aparecía marcado en pantalla y solo quedaba pulsar una última tecla. Parecía que el tiempo transcurriera más despacio que de costumbre. ¿Cómo haría para aguantar la

impaciencia?

Entonces tuvo una idea. Una gran idea.

Frente a una taza de café bien cargado, Zoe no paraba de revivir lo sucedido la noche anterior. Si no fuera porque el mensaje de Luke seguía ahí, en su móvil, habría pensado que todo había sido un simple sueño. Giró el rostro para mirar de nuevo el teléfono, que estaba encima de la mesa, y sonrió. Había sido real. Muy real.

Aquello le llevó a pensar otra vez en lo último que le dijo a Josh. ¿De verdad había sido tan atrevida? Hasta la fecha, jamás se había comportado de un modo similar con ninguna de sus citas. En realidad, siempre eran ellos los que daban el primer paso, los que le susurraban al oído palabras con doble intención, los que se aventuraban a besarla aún antes de que ella les hubiera dado permiso para hacerlo, metiéndole la lengua hasta la campanilla a la primera de cambio. Sin embargo, en esta ocasión todo había resultado al revés. Ciertamente él había sido el primero en acercarse, pero fue ella quien se atrevió a hacerle aquella proposición tan osada, quien lo retó con sus palabras a consumir lo que ambos deseaban. Porque ella deseaba besarlo, y mucho. Pero después, antes de permitirle, se retiró y lo dejó con un palmo de narices. Ahora se arrepentía y le fastidiaba mucho porque, quizás, había dejado pasar una oportunidad que nunca se repetiría. Aunque le había confesado que también quería volver a verlo, incluso le había facilitado sus datos para ponerse en contacto con ella, ¿realmente la llamaría?

La melodía de su móvil le hizo dar un salto en la silla. ¿Quién sería a aquellas horas? Los sábados por la mañana no solía recibir llamadas tan temprano. Cogió el aparato y miró la pantalla, pero no reconoció el número. Tal vez, quienquiera que fuera, se había equivocado al marcar, aunque un

presentimiento extraño le decía que no era el caso. Se quedó petrificada con el teléfono en la mano, mientras su cerebro comenzaba a funcionar a una velocidad vertiginosa y su corazón latía desbocado. ¿Por qué demonios no contestaba de una vez?

—¿Dígame?

—Hola.

«Hola». Una simple palabra de alguien que aún no se había identificado, pero que consiguió que su corazón estuviera a punto de salirse del pecho. Aquella voz profunda era inconfundible, a pesar de escucharla un poco distorsionada y vacilante.

—Hola. ¿Quién es? —preguntó, con los nervios a flor de piel. Tenía que asegurarse de que estaba en lo cierto.

—Soy Josh. ¿Me recuerdas?

¡Cómo no recordarlo! Era en lo único que había estado pensando desde la noche anterior. Incluso se había colado en sus sueños mientras dormía, imaginando que sucedía lo que estaba sucediendo en ese mismo instante.

—Por supuesto que te recuerdo. ¿Ocurre algo? Es muy temprano.

A su pregunta le siguió un largo silencio a través de la línea. Quizá lo había espantado con sus palabras. ¿Por qué le había dicho eso? ¿En qué estaba pensando? ¡Menuda tonta!

—Disculpa mi impulsividad. ¿Te he despertado?

—No... no. Estaba tomando un café.

—Bien. —Ella le oyó expulsar la respiración al otro lado del teléfono, como si su respuesta lo hubiera aliviado—. Zoe, ayer hablaba muy en serio. Quiero volver a verte.

—Ajá...

«¡Sí, sí, sí!», se encontró gritando para sí misma.

—¿Qué te parece si nos vemos ahora?

—¿Ahora? ¿Ahora mismo?

—¿Es muy precipitado? Tal vez ya hayas hecho planes para hoy...

—¡No! —contestó al punto—. Quiero decir... Me parece bien. ¿Dónde quedamos?

—Te espero en la calle, junto al portal. A no ser que quieras que suba...

—¿Estás... estás abajo? —Eso sí que no se lo esperaba. ¡Vaya con Josh y su impulsividad!

—Sí, llevo un buen rato dando vueltas a la manzana, aguardando que fuera una hora prudente para llamarte.

Zoe estaba anonadada.

—Bien, yo..., espera abajo, en nada estoy ahí.

Bajó veinte minutos después, el tiempo justo que tardó en darse una ducha rápida, enfundarse en un veraniego vestido de tirantes con estampado de flores que le llegaba por los tobillos y colocarse unas manolequinas blancas a juego. Nada de maquillaje rebuscado, solo una capa de máscara de pestañas, algo de colorete en los pómulos y un poco de *gloss* de un tono cereza en los labios, lo suficiente para darle luminosidad a su rostro. Si en verdad Josh quería conocerla mejor, tal y como le había dicho por teléfono, lo último que podía hacer era aparentar lo que no era. Aunque el día anterior pareciera que fuese vestida para matar. Aquel atrevimiento suyo se había evaporado por completo, al igual que su seguridad; ya no se veía capaz de comportarse con tanto descaro ni de vestir

ropas con las que no se sentía cómoda.

Cuando llegó a la calle, un sol espléndido la recibió de cara, así que se llevó la mano a la frente a modo de visera para evitar que la deslumbrara. Echó una ojeada de lado a lado y entonces lo vio, apoyado de forma indolente en un banco mientras la esperaba con las manos en los bolsillos delanteros de los pantalones. A pesar de que no iba con traje, estaba imponente: sus musculosas piernas, enfundadas en unos desgastados vaqueros, se cruzaban a la altura de los tobillos, y la tela de la ajustada camiseta de algodón se tensó en su ancha espalda cuando estableció contacto visual con ella, o al menos así lo creyó Zoe, dado que él llevaba puestas unas gafas de sol que impedían mostrar sus ojos.

Josh se incorporó del improvisado asiento y caminó directo hacia ella hasta que quedaron frente a frente, a escasos centímetros el uno del otro.

—Hola —dijo él.

—Hola.

Zoe no sabía cómo saludarlo, si darle la mano u ofrecerle su mejilla. Josh decidió por ella. Inclino la cabeza y le dio un inocente beso en la cara.

—Hola —repitió, al tiempo que se desprendía de sus gafas y le lanzaba una exhaustiva mirada—. Estás preciosa, mucho más que ayer.

Sí, definitivamente era todo un adulator, aunque a ella le encantó oír aquello. No tendría que haberse echado colorete, porque sentía que se estaba ruborizando de un modo alarmante.

—Gracias. Tú también estás... diferente.

Josh extendió los brazos y rio a carcajadas.

—La verdad es que no suelo llevar traje excepto en ocasiones especiales, como la de anoche. Y bien, ¿qué te apetece que hagamos? ¿Qué sueles hacer un sábado por la mañana, aparte de despertarte tarde?

—No es tan tarde —le rebatió con un mohín que a Josh se le antojó delicioso—. Los días que no trabajo me gusta dormir todo lo que puedo sin estar pendiente de la hora.

—Ese tiempo que tú pasas durmiendo podrías aprovecharlo de otro modo, utilizarlo en algún *hobbie* —sugirió como de pasada.

—Mi mayor *hobbie* es dormir —afirmó categórica, aunque esbozó una sonrisa de medio lado para hacerle ver que le había pillado en su propia trampa.

—Me has ganado por la mano —rio él, desistiendo así en su intento por convencerla—. Bueno, aún no has contestado a mi pregunta. ¿Adónde vamos?

—Los sábados no hago gran cosa aparte de descansar y dar un paseo por el parque Abingdon. Me relaja mucho —le confesó, un tanto sorprendida de sí misma. Ni siquiera Luke sabía eso. ¿Por qué se lo había dicho a él con tanta facilidad?

—Pues ya está decidido: vayamos allí. No quiero que rompas esa costumbre por mí. Más tarde improvisaremos, porque te advierto que tengo la intención de pasar todo el día contigo. En mi tiempo libre no me gusta programar nada con anticipación, prefiero vivir el momento —declaró, ufano—. Esto... —De repente sus facciones se transformaron, parecía azorado—. ¿Por dónde se va al parque?

Zoe le hizo una seña para indicarle que la siguiera y abrió la marcha. Josh se situó a su altura y adecuó sus pasos a los de ella.

—¿Hace mucho que vives en este barrio?

—En diciembre hará tres años que me mudé. Antes de esto, vivía en un cuchitril inmundo del Soho. El sueldo de una humilde abogada en prácticas no daba para muchos lujos —le explicó.

—Entiendo que ahora te va mejor...

—Tampoco es que sea para lanzar cohetes, pero al menos he podido conseguir un pequeño apartamento en esta zona que, por cierto, me encanta — recalcó— por un alquiler bastante razonable.

—Parece muy tranquilo pero está lleno de vida —comentó al pasar junto a un edificio donde varios niños de no más de doce años jugaban a las canicas al pie de las escaleras de entrada. Desvió la vista hacia la acera de enfrente y se percató de que esa misma imagen se repetía en la mayoría de los bloques colindantes. Después observó la calle en su conjunto: gente paseando en bicicleta, abuelos sentados en los bancos...—. A mi hermana le encantaría este lugar, al contrario que Brooklyn y, en concreto, la zona donde yo vivo. De hecho, la aborrece. Alega que, a pesar de ser arquitecto, tengo un gusto pésimo a la hora de elegir vivienda propia. Según ella, mi edificio y todos los de alrededor, aunque exclusivos, son muy impersonales e impropios para establecer un hogar —expuso con resignación.

—¿Tienes más hermanos? —preguntó ella con interés.

—No, solo ella. Se llama Katy y es cuatro años mayor que yo. La veo muy de cuando en cuando, ya que vive con su marido Mark y sus dos hijos, mis sobrinos Pam y Alex, en Cambria, un pueblecito de la costa de California. No suele venir con frecuencia a Nueva York porque odia las grandes aglomeraciones. ¿Y tú, tienes hermanos?

—No, soy hija única. Mis padres residen en Pensilvania, así que tampoco es que los vea muy a menudo —su voz sonó apagada al recordarlos, tanto como para que Josh se percatara.

—Los echas de menos, ¿verdad?

—Mucho. Ya están mayores y les cuesta viajar, así que soy yo la que tengo que desplazarme hasta allí, pero el trabajo no me lo permite con la asiduidad que a mí me gustaría.

Él evitó hacer más alusiones a su familia para no entristecerla y se concentró en explicarle la diferencia de estilos arquitectónicos entre los distintos edificios que se iban encontrando a su paso. Cuando llegaron al parque Abingdon, Zoe ya se veía más animada, e incluso le sugirió que antes de pasear por las zonas verdes le gustaría entrar en la tienda de comestibles de la esquina. Josh no pudo negarse y se dirigieron hacia allí.

En realidad, más que una tienda era un pequeño supermercado, aunque según explicó ella, todos los productos a la venta procedían de granjas y cultivos ecológicos. Además, disponía de un gran apartado dedicado a la floristería en el lugar más destacado del establecimiento. Todo el frontal de la fachada estaba atestado de recipientes con multitud de variedades de flores, tantas que era prácticamente imposible apreciar el fondo del escaparate. Zoe paseó la mano por encima de algunos ramos para avivar el fragante aroma que despedían, y suspiró complacida.

—Son preciosas, ¿a que sí? —preguntó ella con una sonrisa de felicidad.

—Sí, realmente preciosas. —Josh clavó la vista en su rostro y no la apartó durante largo rato, hasta mucho tiempo después de que ella, azorada, desviara la mirada hacia otro lado.

—¡Stella! —exclamó Zoe. Acababa de ver la oportunidad de deshacerse de aquel incómodo momento que se había creado entre ambos—. Josh, ¿me disculpas un momento? Voy a saludar a una vieja amiga.

Se alejó unos pasos hacia la entrada de la tienda, donde una adorable anciana de cabellos canos y cuerpo encorvado que se sostenía sobre un bastón de madera alargaba su otro brazo en señal de bienvenida.

Estuvo varios minutos charlando animadamente con ella. Mientras tanto, Josh permanecía apartado a un lado, a la espera de que la conversación terminara. De vez en cuando, Zoe lanzaba escuetas miradas en su dirección para cerciorarse de que él seguía allí, y una de esas veces lo sorprendió hablando con

el dependiente. Consciente de que le había dejado mucho tiempo solo, se despidió de la mujer y volvió a su encuentro.

Él la recibió con una rosa de tallo largo y una sonrisa resplandeciente.

—¿Es para mí?

—No veo a nadie más por aquí a quien pueda regalársela —comentó con un guiño de complicidad—. Aunque quizá, esa tal Stella...

—Creo que su marido tendría algo que decir al respecto —declaró con una risita contenida mientras señalaba el interior de la tienda, donde la anciana y un hombre de aproximadamente su misma edad se tomaban de la mano como dos tortolitos enamorados—. Son unos antiguos vecinos a los que cogí mucho aprecio. De cualquier modo, gracias. Es un detalle muy bonito por tu parte.

—No es nada —le restó importancia con un movimiento de mano—. Por cierto, tengo una idea.

—¿Ah, sí?

—Sí. Mientras te esperaba, estuve charlando un rato con el dependiente. Un muchacho muy agradable y simpático, todo hay que decirlo.

—¿Y?

—¿Has estado alguna vez en Italia?

Aquella pregunta la sorprendió.

—¿Te refieres al país de Europa?

—Sí, claro.

—Bueno... No, jamás he estado allí. De hecho, nunca he salido de Estados Unidos.

—Pero ¿te llama la atención? —insistió él.

Zoe no sabía adónde quería llegar con su interrogatorio.

—Sí, me apasiona su cultura y su gastronomía. ¿Por qué lo preguntas? —  
inquirió perpleja.

—Ya sé adónde vamos a ir a continuación.

## Capítulo 8

¿Qué se le habría ocurrido? A Zoe le corroía la curiosidad, pero fue incapaz de preguntarle nada. Tanta insistencia con el tema de Italia la había descolocado. Se quedó en blanco, sin reaccionar, hasta que Josh se acercó a ella con paso decidido.

—Vamos, sígueme.

Sin darle opción a replicar, la tomó de la muñeca y tiró de ella, incitándola a que caminara. Lo hizo de una forma tan casual, tan aparentemente espontánea, que no fue sino hasta pasado un rato cuando se percató de que iban cogidos de la mano, como una pareja. Tras el primer contacto, un poco rudo para evitar que se soltara, él aflojó la presión y deslizó los dedos hasta enlazarlos con los suyos. La agarraba con un tacto exquisito, con suma delicadeza pero a su vez con cierto aire de posesividad. Así que se dejó llevar. Al ser consciente de la calidez que le transmitía a través de su mano, sintió recorrerle un inexplicable hormigueo a lo largo del brazo. Parecía que su piel hubiera reaccionado al contacto con la de Josh, provocándole una especie de pequeñas descargas eléctricas que, más que molestarla, la sumían en una perturbadora placidez. Y cuando él acarició su muñeca con el pulgar, se estremeció toda ella.

Aunque Josh no desvió la vista del frente, estaba convencida de que había notado su reacción. Podría haberse desasido de él en cualquier momento, pero se sentía tan a gusto cogida de su mano que prefirió no hacer nada para evitar que la magia se rompiera.

Bajaron por la calle Bleecker en silencio. En su fuero interno, ella seguía dándole vueltas a la insistencia de Josh por saber qué opinaba de Italia. Al

menos, no había parado un taxi y la había llevado al aeropuerto. Nunca lo confesaría ni bajo tortura, pero una parte de ella se había emocionado con la idea de que él cometiera una locura así.

«Zoe, tienes que dejar de leer tantos libros románticos», se reprendió a sí misma. «Eso solo pasa en las novelas y en las comedias románticas de la tele». De cualquier modo, lo que tenía bastante claro era que irían a algún sitio relacionado con aquel país, quizás a un restaurante italiano que aquel dependiente con el que Josh habló le hubiera recomendado. Bien, a ella le encantaba la comida italiana.

Se planteó si estaría haciendo o no lo correcto al proceder con tanta desenvoltura y permisividad. ¿Pensaría que era una desvergonzada? Solo lo conocía desde hacía unas horas y ya le había consentido y, lo que es peor, incitado a que se tomara ciertas libertades con ella. Por esa razón decidió actuar como se esperaría de una mujer decente en una situación similar: apartó la mano de la suya, se detuvo en medio de la acera y lo miró a los ojos con semblante serio.

—¿Me puedes decir ya adónde vamos? Creo que tengo derecho a saberlo.

—Prefiero que lo descubras por ti misma.

—Ya estamos como Luke, con secretitos —refunfuñó por lo bajo.

—¿Cómo has dicho?

—No, nada. Es que no me gustan mucho las sorpresas.

—Te gusta tenerlo todo controlado, ¿verdad?

—Pues sí, para qué negarlo. —La había calado a la primera. ¿Tan transparente se veía ante los demás, o era solo con él?

—Te aseguro que esta sorpresa no te defraudará. —Zoe enarcó una ceja. No hacía mucho que había escuchado una frase similar en boca de su mejor amigo

—. Mira, vamos a hacer una cosa: como al final no hemos ido a pasear por el parque Abingdon, ¿qué te parece si nos desviamos un poco del camino que tengo en mente y nos acercamos a Washington Square? Si quieres, podemos dar una vuelta por allí y así olvidarás esa curiosidad que te está reconcomiendo por saber adónde te voy a llevar. Verás que puedo ser muy flexible con mis proyectos...

—Me parece bien —aceptó ella—, aunque debes saber que tengo muy buena memoria —comentó medio en broma.

—Lo tendré en cuenta para futuras ocasiones —respondió él con gravedad.

Reanudaron la marcha, pero no volvieron a unir sus manos. Josh ni siquiera lo intentó, aunque estuviera deseándolo con una intensidad que asustaba. Demasiado agradable para no volver a repetirlo. Y demasiado corto. «Más adelante», se dijo. Tampoco hacía falta ir tan deprisa. No obstante, le extrañó reaccionar así: nunca antes le había complacido tanto un simple paseo de la mano con una mujer. De hecho, no había vuelto a hacerlo desde sus tiempos de universitario, ni con Natasha ni con nadie. Pensaba que era un gesto sobrevalorado, una mera táctica propia de un adolescente para conseguir algo más, pero en esta ocasión y para su sorpresa reconoció que lo había hecho con la única intención de estar más cerca de ella, porque le apetecía sentir su tersa y cálida piel bajo los dedos. En definitiva: porque le satisfacía.

Ahora no sabía qué hacer con sus manos. Sentía como si algo le faltara. No dejaba de extender y flexionar los dedos con evidente nerviosismo, intentando desprenderse de aquella sensación inquietante que ella le había dejado con un simple contacto. No lo consiguió, así que se las metió en los bolsillos del pantalón para evitar que ella se diera cuenta de su agitación.

Los pensamientos de Zoe seguían la misma línea. A pesar de que no estaba muy convencida de que fuese lo correcto, había deseado que Josh volviera a agarrarla cuando continuaron el paseo. Incluso estuvo a punto de ser ella la que diera el paso, pero sus inhibiciones terminaron venciendo a sus ocultos anhelos.

De vez en cuando lo miraba a hurtadillas, pero su rostro serio no expresaba más que concentración. Se le veía pensativo, como si algo importante le preocupara y aún no hubiera averiguado el modo de afrontarlo.

Casi no intercambiaron palabra alguna entre ellos, a excepción de las indicaciones que Josh le daba a medida que avanzaban. Ella vivía por la zona y se la conocía bastante bien, pero no lo sacó de su error porque al menos así podía mantener una mínima conversación con él y eso la hacía sentirse menos incómoda.

Entraron al Washington Square por un acceso rodeado de parterres de flores, detalle destacable dado que casi toda su superficie estaba pavimentada. En realidad, aquella dotación había sido levantada sobre un antiguo cementerio, así que tal vez esa fuera la razón por la que lo habían cubierto con baldosas. Aun así, era uno de los parques más emblemáticos y con mayor afluencia de visitantes de la ciudad, a excepción del grandioso Central Park.

Como el día era excepcional, se podía ver a muchas personas tumbadas en el césped, sentadas en los bancos de madera o paseando por los caminos. Incluso las múltiples mesas con tableros de ajedrez estaban todas ocupadas, en su mayoría por ancianos que habían ido allí a jugar su partida diaria.

Josh y Zoe se internaron por uno de los paseos hasta llegar a una enorme fuente, rodeada de estanques, que constituía el centro neurálgico del lugar. Al fondo, destacaba el arco del triunfo dedicado a George Washington, que además servía como punto de inicio de la Quinta Avenida. En ese instante, escucharon los primeros acordes de un saxo y ambos se volvieron al unísono en la dirección de la que provenía el sonido. Se trataba de un grupo de músicos callejeros, todos de raza negra, cada uno con un instrumento diferente: una guitarra, un contrabajo, un trombón, un saxo y un piano portátil.

Sin poder evitarlo, Josh se acercó a ellos y comenzó a mover la cabeza al son de su música.

—Hum, suena muy bien —comentó sin volver la vista cuando notó que Zoe se colocaba a su lado.

—¿Te gusta el jazz? —preguntó, sorprendida.

—La verdad, no es uno de mis estilos preferidos, pero esto suena de maravilla.

Aquella afirmación le dio a Zoe una gran idea.

—¿Ah, sí? Entonces, sé de un sitio que te va a encantar.

—¿Cuál? —Josh se giró hacia ella, interesado.

—No pensarás que te lo voy a decir, ¿verdad? —Él la miró sin comprender y Zoe rio con ganas—. Ahora estamos a la par. ¿A que fastidia no saberlo?

—Pues sí, tienes razón —farfulló, contrariado por su argucia.

—Bueno, no soy tan cruel como tú, así que te lo diré. Muy cerca de aquí hay un local, el *Blue Note Jazz*, donde suelo ir a menudo. Es de lo mejorcito de toda Nueva York y solo ofrecen música en directo. Quizá te lleve allí la próxima vez que quedemos —agregó con gesto travieso.

«La próxima vez que quedemos». ¿Había dicho ella eso? Su subconsciente la había traicionado de nuevo.

Él hizo como si no la hubiera escuchado, aunque el brillo de sus ojos delataba que la había oído con total claridad. Sin embargo, optó por dejarlo pasar. De momento. Esperaría a que llegara la oportunidad idónea para utilizarlo en su beneficio, eso lo tenía muy claro.

Ambos se deleitaron durante unos minutos con el improvisado concierto callejero sin intercambiar ningún comentario. Al terminar el recital, uno de los músicos guardó su guitarra en una funda rígida y empezó a pasar la gorra delante de la gente que se había congregado a su alrededor para escucharlos. Josh no lo pensó dos veces y, echando mano de su cartera, le gratificó con un billete de

veinte dólares. Zoe abrió mucho los ojos, asombrada por su generosidad, y él la correspondió con un escueto encogimiento de hombros.

—Se merecen todos y cada uno de los centavos que están recaudando. Ha sido genial, una interpretación magnífica.

Ella no pudo menos que darle la razón y afirmó con la cabeza, impresionada.

—Bien, ahora que ya he cumplido con mi promesa, solo me queda llevar a término la segunda parte del plan. Como verás, he conseguido que lo olvidaras durante un rato, ¿no?

—No seas presuntuoso. Por supuesto que no lo he olvidado; simplemente lo había dejado aparcado a un lado mientras disfrutaba de un agradable paseo y una buena banda sonora.

—Y en cuanto a la compañía, ¿no tienes nada que decir? —Josh compuso una mueca de fingida tristeza.

—Digamos que, por el momento, no puedo ponerle ninguna pega. Ya se verá si dentro de unas horas sigo pensando lo mismo —respondió en tono jocoso.

—Luego dices que no eres cruel...

—Bueno, un poco sí que lo soy —confesó entre risas—, al igual que tú.

—Dentro de unos minutos podrás satisfacer por completo tu curiosidad. Vamos, ya es hora de que conozcas la sorpresa que te tengo preparada.

Esta vez sí que no pudo contenerse. Aprovechando la feliz circunstancia, volvió a agarrarla de la muñeca y la guio hacia otro de los paseos del parque, diferente al que habían tomado con anterioridad, con el propósito de salir del recinto; lo hizo de una forma tan natural que Zoe se dejó llevar sin oponer resistencia. De hecho, al poco de abandonar el parque, enlazó de nuevo sus dedos con los de ella y no recibió ningún tipo de negativa u objeción.

Bajaron por la avenida Broadway durante un buen rato, lanzándose entre sí

discretas miradas. Al llegar a la altura de Bleecker, comenzaron a oír a lo lejos lo que a todas luces parecía música festiva. Josh le indicó con un gesto que siguieran por esa calle; poco a poco el sonido de tambores y trompetas se hizo más audible, y cuando llegaron a la esquina con Mulberry, detuvo sus pasos, se colocó detrás de ella cogiéndola de la cintura y le susurró al oído:

—Bienvenida a Italia.

Toda la calle, atestada de gente tanto en las aceras como en la calzada, estaba engalanada con banderas tricolores rojas, blancas y verdes. Había infinidad de puestos ambulantes, y tanto los bares como los restaurantes habían sacado las mesas fuera para que los transeúntes pudieran disfrutar de los festejos mientras degustaban alguna de sus especialidades culinarias. Una banda de música, cuyos componentes vestían camisa blanca y gorra con los colores de la bandera italiana, amenizaba el lugar con sus alegres acordes. Y junto a la comparsa, sobre un altar colocado en un escaparate abierto al público, se veneraba la imagen de un santo. Estaba rodeado de flores, velas encendidas y, lo más sorprendente, una cantidad ingente de billetes de curso legal.

—Esto es...

—Una fiesta. En concreto, la celebración de las fiestas de San Genaro.

Ahora lo entendía todo. Había oído hablar de dicha celebración, organizada a mediados de septiembre por la comunidad neoyorkina de italianos, en su mayoría napolitanos, que habitaban en esa zona a la que comúnmente se llamaba «La Pequeña Italia». Durante unos días, aquel barrio se transformaba en una fiesta repleta de colorido, algarabía y apetecibles aromas. Y todo con el pretexto de conmemorar la onomástica de su patrón, San Genaro, aunque en realidad solo era una excusa para recordar la patria que tanto amaban y que habían dejado atrás. Así se sentían un poco más cerca de su verdadero hogar, mostrando al mundo parte de su cultura, de sus costumbres y de su gastronomía.

Ella nunca había tenido la oportunidad de acercarse en esas fechas; siempre

estaba con algún caso pendiente y, a excepción de salir a pasear o ir de cuando en cuando a escuchar jazz a algún local especializado, el resto del mundo era ajeno para ella. Por primera vez en su vida, se arrepintió de todo lo que se había perdido al dedicarse casi en exclusiva al trabajo.

Poco a poco compuso una sonrisa que Josh secundó. Si no lo considerara demasiado atrevido, se colgaría de su cuello y lo besaría una y otra vez para agradecerle que la hubiera llevado allí y, de este modo, haber podido abrir los ojos a la realidad. En realidad, tenía unas ganas locas de hacerlo.

Pero no lo hizo.

Un escueto «gracias» fue lo único que salió de sus labios momentos antes de apartarse de él. Al instante tuvo una extraña sensación de pérdida, justo cuando las manos de Josh se separaron de su cintura. No se había dado cuenta que la tenía agarrada, no hasta que sintió que le faltaba algo, hasta que se sintió... vulnerable, como si le faltara un apoyo importante. Inspiró una profunda bocanada de aire y borró de sus facciones todo rastro de efusividad. Templanza. Debía tener templanza porque, en tan solo unas horas, había descubierto que ese hombre provocaba en ella multitud de reacciones contradictorias, hasta entonces desconocidas. Y eso le causaba miedo, un intenso temor de hacer algo de lo que más tarde se arrepintiera, ya que estaba claro que, junto a él, era incapaz de controlar sus impulsos.

Josh la observaba con detenimiento. Esperaba una reacción por su parte, lo adivinaba en sus ojos expectantes, así que colocó las manos en las caderas y levantó la barbilla:

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? Aquí hay mucho donde elegir. Si te soy sincera, lo primero que haría yo es buscar un sitio donde comer, porque estoy hambrienta. ¿Qué me recomiendas? Yo te sugeriría algo de comida italiana — manifestó en tono de guasa.

Otra vez se le había escapado de entre las manos. Literalmente. Aquella

mujer mostraba tantos matices diferentes que dudaba mucho conseguir entenderla alguna vez. Pero le gustaba. Le gustaba mucho, y eso era todo cuanto quería saber por el momento.

—¿Comida italiana? Déjame que piense... No sé si encontraremos algo de eso por aquí.

Zoe lo miró de hito en hito y, dos segundos después, ambos estallaron en carcajadas.

Les costó varios minutos controlar su hilaridad. Entonces, echaron un breve vistazo alrededor: todas las terrazas estaban abarrotadas, incluso había colas para los puestos de comida ambulante. A punto de decantarse por unos simples perritos, en el último momento Zoe vio por el rabillo del ojo que una pareja de asiáticos dejaba libre una mesa en un pequeño restaurante situado a escasos metros de ellos. No preguntó, directamente tomó la iniciativa. Agradeciendo en silencio su suerte, agarró a Josh de la mano y echó a correr en aquella dirección para evitar que alguien se les adelantara.

Resguardados del sol bajo el toldo del restaurante, degustaron unos succulentos platos de espaguetis a la *amatriciana*, regados con un vino espumoso del país. Se quedaron tan saciados que ninguno pidió postre, pero el camarero, muy amable, les invitó a tomar unos chupitos de *limoncello*, licor típico del golfo de Nápoles. A ella le resultó tan delicioso que no dudó en repetir, y Josh tuvo que tomar cartas en el asunto cuando ya estaba levantando el brazo para pedir una tercera ronda.

—Creo que es hora de que nos levantemos.

—¿Ya?

Zoe hizo un mohín exagerado y él tuvo que contener la risa. Parecía una niña pequeña, con las mejillas arboladas por el alcohol. Chispeante. Encantadora. Pero no podía permitirle beber más o su plan de pasar con ella una tarde

agradable se iría al traste.

—Aún hay mucha gente esperando para comer. Dejémosles nuestro sitio. — Josh abordó a un camarero que pasaba cerca de la mesa y pidió la cuenta, mientras ella refunfuñaba por lo bajo.

Pero se le olvidó pronto la rabieta. En concreto, cuando descubrió la inmensa variedad de atracciones que se ofrecían en la calle. Tenía muchas ganas de divertirse, así que le animó a que se acercaran y él la complació con gusto: tiraron a los dardos en las tómbolas, compraron cartones para una rifa de productos típicos de la gastronomía italiana, bailaron al son de las alegres comparsas...

Entre risas, música y diversión, poco a poco se fueron conociendo mutuamente. Al principio solo hablaron de sus respectivas carreras, pero Zoe no dejó de hacerle preguntas porque se notaba de lejos que Josh disfrutaba con lo que hacía.

—¿En qué tipo de construcciones estás especializado?

—En todas. Con la crisis no me quedó más remedio que aceptar cualquier encargo, desde pequeñas reformas a grandes proyectos de años de duración, y sorprendentemente me fue bien, así que ahora estoy desbordado de trabajo.

—Pues no te veo muy agobiado.

—Te sorprendería entrar en mi estudio... —rio él—. No damos abasto. Y si no tenía suficiente, acabo de aceptar un proyecto que me encanta, pero también absorberá el poco tiempo libre que me queda. Aun así, soy un hombre afortunado. Muchos compañeros de profesión no corrieron la misma suerte que yo y ahora luchan con brío pero también con dudoso éxito por abrirse de nuevo un hueco en el mundillo.

«Al igual que yo, trabajando duro para hacerme valer en el bufete pero sin ver resultados», pensó ella, aunque no se atrevió a decírselo.

—¿Y qué haces en ese poco tiempo libre que te queda?

—Ufff, muchas cosas, todo lo que no pude permitirme en mi época de estudiante.

—¿Como qué? —insistió ella.

—Soy un acérrimo seguidor de los Giants —proclamó orgulloso—. El fútbol es mi gran pasión y este equipo, mi debilidad.

«Ya estamos con el fútbol... Pero ¿qué le verán todos? Es como una plaga que, gracias a Dios, nunca me ha tocado». Punto en contra para Josh. Aunque, pensándolo bien, nunca había visto un partido completo, solo algún trozo en la televisión cuando su padre se negaba a cambiar de canal. Quizá se estaba perdiendo algo interesante...

—¿Ese es tu único *hobbie*?

—¡Qué va! Me fascinan las motos y cualquier deporte de riesgo. Pero no como mero espectador, no: cada vez que tengo un hueco en mi agenda, programo una escapada. Adoro sentir correr la adrenalina por mis venas.

—Así que eres un temerario...

—¿Y qué es la vida sino un riesgo constante? Si no te arriesgas, no ganas. ¿Me equivoco?

Como si fuera tan fácil... Zoe hizo un leve gesto con la cabeza con el que se suponía que le daba la razón pero evitó responderle.

—¿Y tú? ¿Qué haces cuando no trabajas, aparte de dormir?

—Lo que cualquier persona normal: leer, ir al cine o al teatro con amigos... —respondió con parquedad. Su vida era tan monótona que le dio vergüenza reconocer que su única diversión consistía en un mediocre resumen de lo que habían hecho por la mañana: salir a pasear y escuchar jazz. Aunque eso iba a cambiar en breve, decidió con certeza. Ya era hora de desprenderse de las capas

de aburrimiento que rodeaban su insulsa existencia y salir al mundo exterior para descubrir todo lo que se estaba perdiendo. No sabía por qué razón, pero se sentía con suficientes energías para hacerlo, algo que nunca había ocurrido hasta entonces.

Al caer la noche, aún no habían salido de «La Pequeña Italia». Estaban sentados en la terraza de un café, saboreando unos *capuccinos* mientras hablaban de lo humano y de lo divino cuando, de repente, se levantó una racha de aire fresco que provocó que Zoe se llevara las manos a los brazos en un movimiento involuntario.

—¿Tienes frío? —Josh frunció el ceño.

—No —respondió ella con rapidez—. Bueno, sí, un poco... —rectificó mientras miraba con disimulo su reloj—. Se nos ha hecho un poco tarde, ¿no crees?

—A mí se me ha pasado el día en un suspiro. ¿A ti no?

—Claro que sí, pero no estoy acostumbrada a trasnochar dos días seguidos. Deberíamos pensar en retirarnos.

—Es una pena —murmuró con voz apesadumbrada—. Nos lo estábamos pasando genial.

—Me encantaría seguir charlando contigo un rato más, pero temo que dentro de nada empezaré a bostezar y no quiero que pienses que es porque me aburres. Estoy agotada.

—De acuerdo, me has convencido. Déjame que pague la cuenta y después te acompañe a casa. ¡Eh! —exclamó, a la vez que levantaba una mano para evitar que ella pusiera ninguna objeción—. No admitiré una negativa.

El paseo de regreso duró algo más de cuarenta minutos. Josh notó que ella caminaba más despacio de lo habitual y supuso que estaría muy cansada. En realidad, Zoe iba tan lenta porque era reacia a llegar tan pronto a su casa: había

disfrutado tanto del día que no quería que terminara.

Al llegar a su edificio, se detuvieron al pie de la escalera de acceso al portal y se colocaron uno enfrente del otro sin decir nada. Ninguno quería ser el primero en despedirse, pero sabían que uno de los dos tenía que tomar la iniciativa. Fue ella quien rompió el silencio.

—Hoy he pasado un día estupendo. Gracias. —Sus ojos descendieron hasta un punto indefinido del suelo y no se movieron de allí, mientras estrujaba en un puño el lateral de su vestido.

—Gracias a ti. Y dado que nuestra cita llega a su fin, creo que es el momento de hacerte una pregunta cuya respuesta estoy deseando conocer. ¿La compañía ha estado a la altura de las circunstancias?

—Sí, no tengo ninguna queja —Zoe rio entre dientes.

—Eso está bien. ¿Significa que habrá oportunidad de repetirlo en otra ocasión?

—No lo sé. Tal vez...

Esos «tal vez» ya empezaban a resultarle familiares en ella. Pero no iba a irse de allí sin antes conseguir algo más que una simple posibilidad.

—¿Qué te parece si quedamos para cenar el viernes próximo?

—Yo...

—Te recuerdo que esta mañana me hiciste una promesa que tengo intención de ver cumplida. ¿O acaso has olvidado que prometiste llevarme a ese local de jazz que tanto te gusta? —Como Zoe se quedó sin habla, Josh agregó—: Al igual que tú, yo también tengo buena memoria.

Ella levantó la vista del suelo y lo miró de reojo, componiendo una sonrisa de medio lado. La escasa iluminación de la calle le impedía ver sus facciones con claridad, pero intuyó que Zoe no estaba en desacuerdo con su proposición.

—Consideraré ese gesto como un «sí».

—Tienes mi número —musitó ella con timidez—. Llámame cuando quieras.

—Eso, ni lo dudes.

Ya se estaba dando la vuelta cuando oyó que la llamaba.

—Zoe, espera.

—¿Ocurre algo?

—Sí. Aún no he terminado de despedirme.

Josh alargó el brazo y le retiró un mechón rebelde de la cara. Quería verle los ojos, estaba obsesionado con ellos. Sin embargo, después de hacerlo no retiró la mano. Con las yemas de los dedos, rozó de forma fugaz el lóbulo de su oreja hasta que la sintió estremecerse, y entonces avanzó un paso para pegarse a ella. Alzó el otro brazo y, enmarcando su rostro con ambas manos, perfiló la comisura de sus labios con los pulgares, tan suave el contacto sobre la delicada piel como alas de mariposa. Sin desviar la vista de sus ojos, su mirada anclada a la de ella expresó sin palabras lo que su boca no se atrevía a pronunciar. Inclino la cabeza con deliberada lentitud hasta que sus labios se posaron sobre los de Zoe, aspirando el último aliento que ella acababa de exhalar. Fue un beso breve pero infinitamente dulce, un beso que auguraba multitud de promesas por cumplir.

—Buenas noches —dicho esto, dio un paso atrás y la soltó.

Ella seguía temblando como una hoja cuando la puerta del portal se cerró a su espalda. En cuanto se cercioró de que Josh ya no podía verla a través de la cristalera, se llevó una mano a los labios para asegurarse de que aquel contacto había sido real. Sí, aún podía notar la calidez de aquel beso sobre su piel, el sabor tan sutil que le había dejado y la agitación de su pecho al recordarlo.

Subió las escaleras hasta su piso en un estado de ensimismamiento total. Estaba tan conmocionada que le costó encontrar las llaves en el bolso. Sus dedos

no le respondían, su cerebro estaba concentrado en recrear uno por uno todos los detalles de la maravillosa e improvisada cita que acababa de finalizar. Cada momento que había vivido ese día era firme merecedor de ser recordado: la primera sorpresa que Josh le dio al ir a buscarla hasta la puerta de su edificio, aun sin estar seguro de encontrarla allí o de que ella aceptara su invitación; el deferente gesto que había tenido al darle el gusto de ir a pasear, como ella solía hacer habitualmente; el asombro que sintió al llegar a la calle Mulberry y descubrir la sorpresa que le tenía preparada, para después disfrutar de una tarde festiva y muy divertida junto a él... Todo. Y como colofón, aquel beso increíble que la había derretido por dentro.

Al fin consiguió encontrar las llaves y entró en su apartamento. Nada más cerrar, dejó el bolso en el suelo y apoyó la espalda contra la puerta.

Suspiró.

Volvió a suspirar, esta vez con mayor intensidad. En su mente se agolpaban decenas de preguntas. ¿Por qué con él parecía que la vida era mucho más fácil, más bonita y más alegre? No hacía más que repetírselo, como si hubiera entrado en un bucle sin fin. Quizá... no quería reconocerlo, pero lo pensaba desde hacía un buen rato. ¿Sería Josh el príncipe azul que había estado esperando toda su vida, ese que ya había asumido que nunca aparecería porque no existía? No eran iguales, tampoco había que engañarse, pero tenían bastante en común. ¿Sería tan descabellado que se estuviera ilusionando de aquella forma?

Dos fuertes golpes en la puerta le hicieron dar un brinco y la abstrajeron de sus pensamientos. «Ya es un poco tarde para recibir visitas», pensó, al tiempo que se giraba para observar por la mirilla. Lo único que vio fueron unos ojos color chocolate que miraban con fijeza a través del diminuto cristal, aunque Zoe reconoció a su dueño al instante. «¿Qué querrá a estas horas?», se preguntó mientras abría.

—Buenas noches, señor Pattinson. Es algo tard... —La frase que estaba a

punto de decir se quedó en el aire al encontrarse de frente con un enorme ramo de rosas rojas.

—Buenas noches, señorita Williams —dijo el casero, extendiendo los brazos para hacerle entrega de las flores—. Esto es para usted.

—¿Para mí?

—Sí, lo dejaron en conserjería hace unas cuantas horas. El mensajero especificó que debía entregarse en cuanto su destinatario llegara, así que me he pasado toda la tarde junto a la ventana esperando que apareciera. Tengo las rodillas y la espalda hechas polvo después de estar tanto tiempo de pie —se quejó.

«Eso es por hacer todos los días lo mismo: cotillear tras las cortinas», concluyó Zoe para sus adentros.

—¿Quién las envía?

—No lo sé. Pero puede averiguarlo ahora mismo. Junto con el ramo, dejaron una nota.

El señor Pattinson le entregó la tarjeta de color verde y ella abrió el sobre con manos temblorosas. A medida que leía, su rostro se fue iluminando hasta mostrar una sonrisa deslumbrante. La nota, escrita con trazos firmes y claros, decía:

*Una sola rosa no basta para agradecerte nuestra primera cita. Josh.*

No podía creérselo. ¿Cómo lo había hecho? Estuvo todo el día junto a ella, apenas habían pasado unos minutos desde que la había dejado en el portal. ¿Cómo...?

Entonces recordó aquel momento, por la mañana, cuando ella se alejó para saludar a su antigua vecina en la tienda de Abingdon. Había visto cómo Josh hablaba con el dependiente... Ahí fue cuando debió de encargarse el ramo,

mientras estaba distraída. Desde el principio, él se percató de que le encantaban las flores, y además sabía dónde vivía. El resto de la historia no necesitaba más explicación.

Arrancó el ramo de los brazos del anciano y lo acercó a su nariz para aspirar el embriagador aroma de las rosas. Eran preciosas. Estaba a punto de agradecerle el detalle de llevárselas en persona, en vez de avisarla para que bajara a recogerlo, cuando él se le adelantó.

—Muchacha, yo... quería comentarle algo.

—¿Sí?

El señor Pattinson respiró hondo y le soltó a bocajarro:

—Le digo esto en total confianza, y con ello no pretendo incomodarla, ni mucho menos. Si tiene problemas para pagar la mensualidad del alquiler, no dude en decírmelo y yo haré la vista gorda, pero no es de recibo que se busque un trabajo extra como ese.

—¿Trabajo extra? ¿A qué se refiere? —Zoe no entendía nada. ¿Adónde quería llegar con aquel comentario?

—Esto, yo... —el anciano titubeó—. En estos últimos días, no he podido evitar darme cuenta de que tres hombres diferentes, uno de ellos incluso podría ser mi hermano mayor, han venido a buscarla o la han acompañado hasta la misma puerta del edificio. Jovencita, no sé en qué líos estará metida, pero no es necesario que se degrade así. Usted es una chica decente.

Zoe se quedó con la boca abierta, incapaz de articular palabra. ¿Qué demonios estaba insinuando? ¿Acaso pensaba que ella hacía horas extras como mujer de compañía? No sabía si reír o llorar. ¡Menuda desfachatez la de ese hombre! Estaba escandalizada por su atrevimiento, era un auténtico chismoso que se había inventado una historia rocambolesca en torno a ella, pero la situación le resultó tan cómica que al final optó por estallar en risas.

—Señor Pattinson, está muy equivocado. No tendría que darle ningún tipo de explicación, pero dada su buena fe y su innegable preocupación por mi seguridad, además de su proposición tan desinteresada de no cobrarme el alquiler, se la daré. Dos de esos tres hombres son amigos míos, «solo amigos» —recalcó para que lo entendiese a la primera—. Y el tercero es un viejecillo adorable, cliente del bufete donde trabajo, que se ofreció muy amablemente a traerme hasta casa en su coche. No hay nada más, se lo aseguro.

El casero entornó la vista mientras meditaba la veracidad de la respuesta de Zoe. Al parecer, lo había convencido porque la expresión tensa de su arrugado rostro se suavizó y sus ojillos volvieron a brillar risueños. De cualquier modo, lo que le dijo a continuación volvió a sorprenderla de nuevo.

—Ya me deja más tranquilo, pero solo en parte. Muchacha, dirá lo que quiera con respecto a la supuesta amistad de esos hombres, pero yo creo que lo que ocurre es que se le acumulan los pretendientes —afirmó con solemnidad—. Hace mucho que la conozco y nunca hasta ahora había visto que, en tan poco tiempo, tuviera tantas citas. De hecho, no ha tenido casi ninguna. Si me lo permite, voy a darle un consejo y espero que lo tome en cuenta, aunque sea únicamente por los años y la experiencia que cargo a mis espaldas. Debería buscarse a alguien que merezca la pena porque, a este paso, pasará su último tren y lo perderá. ¿Cuándo permitirá que alguno de esos hombres transponga el límite de sus dominios y suba a la torre para rescatar a una linda damisela como usted?

Ella contuvo una carcajada al escuchar aquella forma tan rimbombante de sugerirle que ya era hora de que se liara con alguien, pero aun así le contestó:

—Muy pronto, señor Pattinson. Muy pronto.

## Capítulo 9

Desde primera hora de la mañana ya empezó con reuniones. Hasta la fecha, nunca había estado tan solicitada en la sala de juntas ni su teléfono había sonado tanto. Al parecer, el señor Talbot sí que era muy importante como cliente, ya que todo el mundo se había vuelto loco con tal de complacerle, y cualquier gestión que surgiera debía ser realizada con urgencia y prioridad absoluta. Jamás había levantado el auricular para hacer una consulta relacionada con cualquier otro caso y los adjuntos habían corrido tanto a fin de solucionar sus dudas o requerimientos. Aquello era nuevo para ella y se sentía un poco abrumada, aunque también emocionada. En realidad, era lo que siempre había deseado, que la tuvieran en cuenta y que apreciaran su trabajo como se merecía. Había tenido que trabajar muy duro para llegar hasta allí y, aunque la trayectoria que estaba siguiendo se apartaba un poco del camino originalmente trazado, tampoco podía poner objeción alguna.

Recorrió su mesa con la mirada. Estaba atestada de leyes sobre derecho civil y matrimonial, alegatos, sentencias de otros casos similares... Soltó el bolígrafo con el que estaba tomando notas y se masajeó el puente de la nariz con dos dedos. Llevaba horas concentrada entre tanto papel y necesitaba un pequeño descanso.

Decidió permitirse un momento para volver a recordar su fin de semana. El gesto de cansancio que tensaba sus facciones se transformó en una expresión radiante. Por enésima vez, rememoró el beso con el que Josh se había despedido de ella. Durante todo el domingo no había hecho otra cosa más que pensar en ello, y mucho tenía que ver el hecho de que un jarrón con un enorme ramo de rosas rojas adornara la mesa de su pequeño salón. Si hacía un esfuerzo, aún

podía percibir el sutil pero embriagador aroma de las flores, aunque tenía claro que eso era tan solo una sugestión de su mente.

La noche del sábado, en cuanto se hubo despedido del señor Pattinson, cogió su móvil para buscar el teléfono de Josh en el listado de últimas llamadas. Por suerte, él no la había telefonado desde un número oculto, así que pulsó el botón de mensajes y tecleó con rapidez. Tenía que darle las gracias por el detalle de las rosas.

No esperaba que la contestara hasta la mañana siguiente, por eso se sorprendió tanto cuando, justo antes de irse a acostar, mientras se cepillaba los dientes, oyó el característico sonido de su móvil que indicaba que había recibido un mensaje. Le había respondido con una escueta pregunta: «¿Nos vemos mañana?».

Por desgracia, tuvo que decirle que no porque debía preparar un caso y tenía mucha documentación que estudiar. Aunque aquello no fue óbice para pasar todo el domingo intercambiando mensajes con él. Al final, era imposible discernir en qué había utilizado más su tiempo, si en la revisión de demandas o en charlar a través del móvil.

Ambos decidieron de mutuo acuerdo no llamarse hasta el jueves a fin de no interferir en sus respectivos trabajos, y parecía que lo estaban cumpliendo a rajatabla. Al menos, por el momento. La tentación era poderosa y a ella le costaba mucho esfuerzo contenerse. Parecía mentira: ¿quién le hubiera dicho a ella que, en un punto tan clave de su vida laboral, se dejaría llevar por las emociones y estaría más pendiente de sus asuntos personales que del trabajo? Gracias a que veía su propio reflejo al mirarse en el espejo, porque de no ser así pensaría que se trataba de otra persona y no de ella. Algo había cambiado, aunque todavía no sabía discernir con exactitud el qué ni los motivos. Bueno, quizá los motivos sí que fueran evidentes, pero aun así no se lo llegaba a explicar del todo.

Unos toques en la puerta acristalada de su despacho le hicieron desviar la mirada en esa dirección. Al instante, su expresión se tornó fría.

—Estoy muy ocupada —dijo ella con sequedad.

—Zoe, llevas dándome largas desde el domingo por la noche. ¿Me puedes explicar qué te ocurre?

—¿No ves que tengo mucho trabajo? —Con el brazo extendido, abarcó en el aire lo que había encima de su mesa y después rompió el contacto visual con él, fingiendo concentrarse en la lectura de unos artículos.

—Anda, deja de comportarte como una cría y hablemos.

—¿Aún estás ahí? —Irritada, levantó de nuevo la cabeza y torció el gesto—. Mira, Luke, cuando quiera hablar contigo ya te lo haré saber. En este momento no me apetece mantener una conversación con alguien que, a la primera de cambio, deja tirada a la que se supone que es su mejor amiga. Te recuerdo que fuiste tú el que me convenció para ir a la exposición. Y no quiero entrar en más detalles. Cuando se me haya pasado el cabreo, hablaremos. Mientras tanto, te ruego que me dejes en paz. ¡Largo!

Luke iba a protestar, pero Dylan Percy entró en el despacho y toda la atención de Zoe se centró en él.

—Hola, Goldsmith. He oído que ya te ibas, ¿no?

El abogado captó la indirecta y asintió con la cabeza. Antes de abandonar el despacho, volvió la vista hacia su amiga con ojos de súplica, pero ella lo ignoró.

Cuando se quedaron solos, Dylan se disculpó.

—Perdona que haya entrado así, pero creí que necesitabas deshacerte de él.

—Solo teníamos una diferencia de opiniones, nada más —le excusó. Estaba enfadada con Luke, pero tampoco pretendía meterlo en un lío.

—Entiendo —agregó parcamente. Zoe estaba segura de que aquella

contestación no le había convencido en absoluto—. Bien, a lo que venía. Deja lo que estés haciendo y prepárate para salir. En cinco minutos te paso a buscar. Tenemos un almuerzo de trabajo.

—¿Un almuerzo de trabajo? —preguntó ella con voz de asombro.

—Sí, te vienes conmigo. El señor Talbot acaba de llamar para informarme que está de camino al restaurante. Quiere saber cómo vamos con su proceso de divorcio.

—Por supuesto. —Zoe se levantó y buscó el bolso—. Ahora mismo vuelvo.

Tenía cinco minutos para pasar por el baño, refrescarse un poco, retocar su maquillaje... y respirar profundamente para controlar la ansiedad que estaba adueñándose de ella. ¡Su primera comida de trabajo y, para más inri, con el hijo del jefe! Definitivamente, ese día iba camino de convertirse en uno de los más interesantes y productivos de toda su vida laboral.

Para ir al restaurante utilizaron el lujoso coche con conductor que el bufete ponía a disposición de los socios veteranos y de los clientes más influyentes. Durante el trayecto, Dylan Percy le explicó a grandes rasgos en qué consistiría el almuerzo de trabajo y los temas que tratarían. Ella escuchaba con atención, sin perder detalle de todo cuanto decía, asimilando en su mente cada palabra como si después fueran a hacerle un examen final del contenido. Ni siquiera se atrevió a hacerle preguntas por temor a que pensara que no estaba preparada para llevar el caso.

No tardaron más de diez minutos en llegar a su destino. Cuando Zoe descendió del vehículo, después de que el chófer le abriera la portezuela y la ayudara a salir, se quedó anonadada al leer el letrero que figuraba en la marquesina amarilla del acceso al restaurante. No podía creer que fuera a comer

en el *Park Avenue*. Había pasado muchas veces frente a la puerta pero nunca se planteó entrar allí, ya que los precios astronómicos y una larga lista de espera para concretar reserva lo hacían del todo inviable.

Considerado por los críticos culinarios como uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad, lo que de verdad lo hacía destacable era la originalidad del servicio ofertado: en función de la estación del año en la que se encontrara, no solo adoptaba un nombre diferente, en este caso *Park Avenue Autumn*, sino que además se modificaba el diseño interior del local y los productos de la carta. La cocina, dirigida por prestigiosos chefs, era toda de temporada, y tanto los platos como su presentación estaban cuidados hasta el más mínimo detalle.

Zoe se sintió intimidada porque dudaba de estar a la altura de la distinguida clientela que solía frecuentar el establecimiento. Sin que Dylan Percy se percatara de su indecisión, dio un pequeño repaso visual a su atuendo y rogó para que no le pusieran trabas a la hora de acceder al interior.

Al contrario de como esperaba, fueron recibidos por el *maître* con todos los honores, y él mismo los guio de inmediato a una mesa reservada al fondo de la sala, en una zona bastante discreta y poco concurrida. Dylan, gentilmente, le retiró la silla hacia atrás para que se sentara y después él hizo lo propio, colocándose frente a ella. Ahora que estaban cara a cara, esperando la llegada del señor Talbot, lo lógico habría sido que hubieran retomado la conversación iniciada en el coche, pero él se limitó a apoyar las manos sobre el mantel y entrecruzar los dedos, clavándole su mirada. Ella, sin saber qué decirle y algo turbada por su escrutinio, desvió la vista y se centró en estudiar la decoración del local.

Le encantó la acertada combinación de madera, piel y metal utilizados para crear un ambiente acogedor, con reminiscencias náuticas. Se notaba que todo estaba perfectamente estudiado para aportar calidez y un cierto aire otoñal al local, donde los tonos marrones destacaban en cada detalle: las telas color

chocolate de los estores que cubrían las ventanas, los paneles de nogal que iban de suelo a techo, el cuero de los asientos y de unas celosías decorativas en las paredes..., aunque lo verdaderamente llamativo era la gran cantidad de cables de cobre que, entrelazados, partían de los techos forrados de madera.

—Te veo muy interesada en la decoración. No has estado aquí con anterioridad, ¿cierto?

Ella dio un pequeño respingo en el asiento al ser interrumpida en su inspección.

—Sí, es la primera vez que vengo —respondió con voz apocada.

Aquel tono retraído no pasó desapercibido para Dylan. La notaba nerviosa, como si se sintiera fuera de lugar.

—Mi padre insistió hasta la saciedad en que viniéramos a este restaurante, pero me sabe mal apreciar tu incomodidad por estar aquí. ¿O acaso quien te hace sentir incómoda soy yo?

—No, por supuesto que no... —En verdad, su presencia sí que le hacía sentirse un poco incómoda, pero jamás lo reconocería—. Es solo que este sitio es...

—¿Demasiado elegante? —terminó la frase por ella y suavizó su expresión, para darle así a entender que la comprendía perfectamente—. A mí también me lo parece, pero es necesario complacer en todo momento a nuestros clientes. Normas de empresa.

—No sé yo si esta táctica servirá con el señor Talbot... —Zoe recordó la primera conversación que tuvo con el anciano nada más recogerlo en el aeropuerto y expresó sus dudas en voz alta, aunque enseguida se dio cuenta de que había hablado de más.

—¿Por qué lo dices?

Ahora tendría que explicarse. En fin, Dylan había formulado aquella pregunta pero no en tono de censura, solo expresó su curiosidad, así que Zoe se relajó y se lo contó, aunque obvió por conveniencia los imprevistos surgidos antes de encontrarse con el señor Talbot.

Dylan la escuchaba con sumo interés, asintiendo cada cierto tiempo a lo que ella decía, aprobando con aquel gesto la forma en la que había tratado a un cliente tan distinguido. Quizá su padre habría sido un poco menos receptivo, dada la importancia que le daba a las formas y al trato profesional, pero él estaba de acuerdo con el modo de actuar de la señorita Williams. Lo primordial era la satisfacción del cliente, y ella había procedido con sabiduría y mano izquierda al adaptarse a las peticiones del señor Talbot.

La notaba menos tensa que cuando entraron en el restaurante, así que decidió hacerle una pregunta que no tenía relación con el caso pero que llevaba rondándole la mente desde hacía varios días.

—¿Goldsmith y tú sois pareja?

A Zoe le pilló por sorpresa y se quedó lívida.

—Yo... No, claro que no —negó con énfasis.

—Pero hubo algo entre vosotros hace tiempo, ¿verdad?

—¿Por qué lo preguntas? —Comenzaba a sentirse como si estuviera en un interrogatorio. ¿Qué se suponía que debía contarle?

—Desde que concretamos que tú formarías parte del caso, Goldsmith no ha dejado de alabar el trabajo realizado por ti durante todos los años que llevas en el bufete. Incluso se permitió el atrevimiento de aconsejarme que fuera paciente contigo, que aprenderías muy rápido si te daban alas. Demasiado interés hacia alguien que es una simple compañera, ¿no crees?

«Yo lo mato. En cuanto lo tenga delante, juro que lo mato», pensó con consternación. ¿Cómo se atrevía a erigirse como su paladín personal en su

trayectoria laboral? ¿Acaso pensaba que no sabía valerse por sí misma? Y lo peor de todo: ¿qué pensarían los demás de esa actitud tan protectora hacia ella? ¡Qué vergüenza! Lo mejor sería contestarle con naturalidad, porque tampoco tenía que guardar ningún secreto respecto a su antigua relación con él.

—Fue hace mucho tiempo. Ahora solo somos amigos.

—¿Solo amigos?

Zoe creyó detectar un matiz de ironía en el timbre de su voz, y eso sí que no pensaba dejarlo pasar. Nunca le había gustado que la gente se imaginara lo que no era, y menos cuando el asunto estaba directamente relacionado con ella. Tampoco es que le importara mucho que los demás supieran de su vida privada, ya que al fin y al cabo poco había que contar, pero no estaba dispuesta a consentir que se hicieran suposiciones erróneas.

—Sí, solo amigos. Muy buenos amigos, pero nada más —recalcó—. Soy consciente de que gran parte del bufete piensa que mantenemos una relación sentimental porque pasamos juntos gran parte del día y existe una gran confianza entre nosotros, aunque eso dista mucho de la realidad. Están muy equivocados. Yo lo quiero mucho, al igual que él a mí, y quizá por ese motivo Luke se siente obligado a brindarme una protección frente a los demás que jamás le he pedido. —Las palabras surgían como un torrente de su boca y, a medida que hablaba, ganaba seguridad en sí misma, algo hasta entonces impensable para ella habida cuenta de que estaba frente a un superior, quien podría tomarse a mal la impertinencia de su tono.

Dylan se sentía satisfecho consigo mismo. Por fin había conseguido sacar a la superficie el carácter que la apocada señorita Williams ocultaba entre capas y capas de timidez, vacilaciones y evasivas. Ya no agachaba la cabeza y rehusaba su mirada como solía hacer desde que la conoció en aquel ascensor. En ese momento mantenía su vista fija en él y le estaba plantando cara, destilando fuerza, confianza y energía de sus preciosos ojos azules. Su rostro resplandecía,

algo acalorado por la intensidad de su explicación.

Le gustaba.

Le gustaba mucho.

—Además, me parece increíble...

—Tranquila, tranquila —la interrumpió él con el ceño fruncido, aunque se vislumbraba un asomo de hilaridad en sus facciones—. Reserva tu impetuosidad para los juzgados. Te aseguro que, con ese discurso tan exaltado, me ha quedado bastante claro qué es lo que hay —y lo que no— entre Goldsmith y tú. Ahora bien: espero que te comportes de igual forma cuando sea necesario; si reaccionas así en el estrado, estoy convencido de que cualquier jurado caerá rendido ante tu efusividad.

Zoe se quedó con la boca abierta y su arranque temperamental se evaporó al instante. Dylan detectó el momento justo en el que ella se dio cuenta del tono utilizado frente a él, porque su labio inferior comenzó a temblar y sus mejillas se sonrojaron, abochornada por lo que acababa de hacer. Ella no era así, sabía controlarse y jamás tenía aquellos accesos descontrolados de furia. ¿Qué era lo que le había pasado?

—Disculpa si...

—No tienes por qué disculparte de nada —la cortó—. Me gusta el temple y la firmeza que acabas de demostrar al rebatir algo que no es cierto. Me gusta mucho.

El señor Talbot la salvó de seguir excusándose y terminar más avergonzada de lo que ya estaba. Zoe lo vio acercarse acompañado del *maître* y suspiró aliviada, aprovechando para dar por zanjado su anterior arrebató y cambiar de modo radical el tema de conversación.

—Nuestro cliente —le avisó mientras señalaba con discreción el fondo de la sala—. Viene hacia aquí.

—Perfecto. —Dylan cubrió la mano de Zoe con la suya, se inclinó levemente hacia ella y le susurró con voz resuelta—: No te preocupes. Si no sabes qué decir o hay algo que se te escapa, déjame hablar a mí. Yo llevaré el peso de la conversación. Señor Talbot —soltó a Zoe, se incorporó del asiento y le ofreció la mano al recién llegado—, es un placer volver a verlo.

—Lo mismo digo, muchacho. Señorita Williams. —Ella retiró la silla hacia atrás con la intención de levantarse, pero el anciano no se lo permitió—. No, por favor, permanezca sentada. Está tan encantadora como el día que la conocí.

Una de dos: o ese hombre era un auténtico caballero que sabía tratar a las damas con cortesía en cualquier circunstancia, o estaba mal de la vista. Tampoco es que fuera vestida a la última moda ni demasiado elegante, pero quería pensar que su imagen había mejorado algo con respecto a aquel día. Al menos su ropa no estaba húmeda ni arrugada y su cabello no chorreaba litros de agua.

El almuerzo transcurrió de forma distendida, y hasta los postres nadie mencionó el asunto para el que se habían reunido. Hablaron de la trayectoria profesional de Dylan y de su estancia en Londres, tema al que Zoe prestó mucha atención, sobre todo tras enterarse de que él y el señor Talbot se habían conocido allí hacía ya unos cuantos años. El cliente mencionó a varias personas de las que ella jamás había oído hablar, y durante un buen rato la relegaron a un segundo plano mientras ellos se veían inmersos en una incesante charla. Aunque la incluían de vez en cuando en la conversación al hacer alguna referencia en particular de algo que creían que podía ser de su interés, tampoco la avasallaron con preguntas relativas a su vida o a su profesión. Ella lo prefería así, pasar desapercibida porque tampoco tenía muchas anécdotas que contar.

Al fin, cuando un camarero trajo los cafés, Dylan sacó a relucir el motivo de aquel almuerzo de trabajo.

—Arthur, sé que para usted constituye un gran esfuerzo desplazarse hasta Nueva York tan a menudo, así que deberíamos comenzar a concretar los

pormenores de la demanda de divorcio.

Zoe creyó detectar un atisbo de resignación en el rostro del anciano. Él se demoró unos segundos en contestar.

—Tienes razón, Dylan. ¿Por dónde empezamos?

—Fue su esposa quien interpuso la demanda, y esta se fundamenta en una incompatibilidad de caracteres. Si no me equivoco, llevan casados casi cincuenta años, así que debo suponer que su matrimonio se encuentra dentro del régimen de gananciales. De cualquier modo, ¿firmaron algún acuerdo prenupcial del que debamos tener constancia?

—Sí, pero fue solo un mero trámite.

Dylan y Zoe se miraron brevemente, entendiéndose sin palabras.

—Arthur, debo hacerle una pregunta un tanto delicada: ¿ha existido infidelidad por alguna de las partes? Como comprenderá, una información de esta envergadura inclinaría la balanza en uno u otro sentido.

El anciano negó con efusividad, claramente escandalizado.

—¡Por supuesto que no! Sería incapaz de hacerle algo así a Harriet. Respecto a ella —una sombra de duda enturbió su mirada—, creo que tampoco. O eso espero —agregó en un murmullo.

Dylan se tomó un segundo antes de proseguir. Pareció titubear, pero al fin le soltó a bocajarro:

—Tendremos que investigarla. Si descubrimos algo irregular referente a ella sería muy ventajoso para usted.

—¿Investigarla? Pero... —El hombre se debatía entre la incredulidad y el enojo. Estaba claro que no podía imaginar ningún comportamiento impropio por parte de su aún esposa. Que ella lo hubiera traicionado del modo en que aquel muchacho estaba sugiriendo era inconcebible para él. Miró a Zoe, solicitándole

con ojos suplicantes su apoyo—. ¿Cómo pueden pensar que ella...?

—Es nuestro deber buscar cualquier resquicio, legal o moral, susceptible de ser utilizado en un juicio de estas características. No le niego que, en el caso de descubrir algo censurable, podría llegar a ser desagradable, aunque también podría despejarle muchas dudas e inquietudes. Además, le aseguro que esto se realizaría con la mayor de las discreciones. Ella no tiene por qué enterarse y, de no encontrar nada en su contra, nadie aparte de usted y nosotros sabría que la investigación ha tenido lugar.

El hombre era reacio a aprobar dicho método, se notaba en su semblante contraído y en el temblor de sus manos, que de vez en cuando se aferraban con fuerza en un puño para evitar mostrar su intranquilidad. Volvió la vista hacia Zoe y ella afirmó con la cabeza, regalándole una leve sonrisa de aliento.

—De acuerdo —claudicó—. Pero exijo extrema discreción y decoro hacia ella. Aunque voy a divorciarme de Harriet, no quiero que se le falte al respeto en ningún momento, sea o no conocedora de que se le está investigando.

—No dude que se hará como desea —aseguró Dylan, satisfecho por el logro conseguido—. Mientras tanto, debemos recopilar toda la documentación necesaria para el acuerdo. Necesitamos un listado completo de sus propiedades, capital financiero y demás posesiones con el correspondiente valor de mercado de cada una de ellas a fin de realizar un inventario pormenorizado que nos servirá para estipular el reparto de bienes. La señorita Williams se encargará de esto, por lo que espero que exista una buena comunicación entre ambos. — Lanzó a Zoe una mirada significativa para después dirigirse de nuevo al señor Talbot—. No tendrá inconveniente en facilitarle dicha información, ¿verdad?

—Será un verdadero placer trabajar codo con codo con usted —afirmó el anciano, al tiempo que le devolvía a Zoe una sincera sonrisa de simpatía.

La reunión concluyó de un modo agridulce; al menos así lo vio ella cuando volvió a su despacho para comenzar la tediosa tarea que Dylan Percy le había

encomendado. Por una parte, habían logrado su propósito, que no era otro sino buscar el mayor beneficio para el representado y, por ende, para el bufete. Si encontraban algo, cualquier pequeño detalle que demostrara que la conducta de la señora Talbot no era todo lo ejemplar que se esperaba de ella, el juez fallaría a favor de su marido y esto acarrearía importantes dividendos para el bufete. Pero, por otra parte, aquel anciano encantador estaba consternado. Aunque intentó ocultarlo bajo una capa de diplomacia y buenas maneras, ella había sabido ver más allá de las apariencias y descubrió que él estaba sufriendo lo indecible con todo aquello.

Cincuenta años... eran muchos años. Romper una relación así tras toda una vida en común debía suponer, como poco, una gran decepción. Y tristeza. Un enorme fracaso. Tener a alguien a tu lado y encontrarse con que el final no era el esperado... Lo importante era el hoy, no el mañana, descubrió con sorpresa. Durante mucho tiempo había apartado a un lado las ilusiones de tener a alguien que llenara sus vacíos por miedo a que todo acabara demasiado pronto, a no tener un futuro que compartir con otra persona, cuando lo verdaderamente importante era disfrutar del momento.

Disfrutar del momento.

El recuerdo de Josh asaltó su mente de forma imprevista. Estaba deseando volver a verlo. Todavía era miércoles, y ambos habían convenido no llamarse hasta el día siguiente. Demasiado tiempo. Y ella ya sabía perfectamente lo que quería hacer en su próximo encuentro. Llevaba pensándolo desde el domingo, pero aún no se había decidido porque primero quería comentar sus planes con él, no fuera a ser que no le apeteciera.

«¡Qué demonios!», resolvió. ¿Por qué tenía que preguntarle antes? Sin pensarlo, buscó una tarjeta en su bolso, levantó el auricular y realizó una llamada. Unos segundos después, sonrió complacida. Comenzaba a gustarle aquello de ser espontánea.

Solo quedaba la segunda parte: ¿podría aguantar hasta el día siguiente para hablar con él? Tamborileó la mesa con los dedos. La espera se le iba a hacer eterna. O no. Miró con ansia el teléfono y, presa de un impulso, volvió a descolgarlo. Marcó con rapidez aquel número que ya se había aprendido de memoria y esperó.

—¿Josh? Hola, soy Zoe. Sé que me estoy adelantando, pero me da igual. El viernes, a las siete y media de la tarde, en el 131 de la Tercera, entre la Sexta y la calle McDougal. Voy a cumplir mi promesa.

## Capítulo 10

Josh cortó la comunicación y se hundió en el asiento con las manos cruzadas detrás de la nuca. Tenía que admitir que le había desconcertado recibir aquella llamada un día antes de lo previsto; estaba tan inmerso en su trabajo que solo se había permitido el lujo de pensar en ella cuando la jornada llegaba a su fin, y era entonces cuando dejaba volar su imaginación para idear una nueva forma de sorprenderla. Sin embargo, él había sido el sorprendido. Aunque solo en parte. Zoe había tomado la iniciativa al decidir dónde irían, cómo comenzaría la velada, pero ¿quién decía que él no pudiera establecer cómo terminarla? De hecho, tenía unas cuantas ideas al respecto, a cada cual más interesante y tentadora. Si jugaba bien sus cartas, esa noche sería su noche. «Una noche apoteósica», predijo para sus adentros mientras sus labios perfilaban una exultante sonrisa.

—¿Con quién hablabas? Pareces muy contento.

Se quedó mirando a su amigo. Había olvidado que estaba allí. Tendría que darle una explicación a su repentino buen humor, pero ¿cuál? Si le contaba la verdad, aquello se convertiría en un interrogatorio de tercer grado, pero si no lo hacía, sería peor. Andy era todo un maestro en sonsacar información. «¡De perdidos al río!», concluyó. Tarde o temprano se enteraría, y ¿para qué retrasar lo inevitable?

—¿Recuerdas a la morena que nos presentaste en la galería de arte?

—¡Cómo no recordarla! Con solo dos frases me ganó de pleno. ¡La adoro! Fue una lástima que no pudiera charlar más tiempo con ella. Al final, todos me dejasteis solo —le recriminó con una falsa mueca de disgusto—. ¿Dónde te

metiste? Porque sí que tengo una ligera idea de lo que hizo Bonnie aquella noche... y las siguientes hasta la fecha. Se largó con ese cliente tan guapo que tengo y, desde entonces, solo he sabido de ella por alguna llamada, cuando se ha dignado a acordarse de que tenía un hermano. ¡Desagradecida! Y el otro..., mira que dejar sola a una mujer tan encantadora como su acompañante...

—Ella era la de la llamada —Josh cortó de cuajo su cháchara.

—¿Quién, Bonnie?

—No, la acompañante de ese tipo: Zoe.

—¿Cómo...?

—He quedado con ella el viernes. —Andy abrió mucho los ojos por la sorpresa—. Será nuestra segunda cita —agregó intencionadamente para ver su reacción, que no tardó en llegar. Con gran satisfacción, comprobó que su boca también se abría de forma exagerada, presa de la incredulidad. Josh rio entre dientes antes de soltarle la puntilla final, aquella que lo descolocaría del todo—. Y la noche de la exposición no cuenta como primera cita.

—¿Y cómo es que no me lo has contado hasta ahora? —Andy descruzó las piernas, se levantó de la silla de confidente y empezó a caminar alrededor de la mesa de Josh con los brazos en alto. Después de la tercera vuelta, se detuvo a su lado e, inclinando la cabeza, acercó el rostro al de su amigo para susurrar en tono afilado—: Ya estás tardando en contármelo todo. Y más te vale no ser parco en detalles.

Josh no pudo disimular su hilaridad. Andy era un auténtico cotilla.

—Creo que no voy a decirte nada más —contestó a carcajada viva—. Con esto tienes más que suficiente.

—¿Perdona? ¿Cómo que no vas a decirme nada más? —Andy volvió a su asiento, cruzó piernas y brazos, compuso una actitud amenazadora y le lanzó una mirada desafiante—. Desembucha. Ahora.

Josh se apiadó de él y comenzó con su perorata. A medida que le explicaba todos los pormenores de su primera cita con Zoe, Andy fue componiendo una taimada sonrisa que hacía poco esfuerzo por ocultar. Cuando llegó a la parte del beso frente al portal, parecía la viva imagen de la felicidad.

—¡Esto es fantástico! Zoe sí que me parece perfecta para ti, no como el otro esqueleto andante con el que sueles salir. Por cierto, ¿qué pasa con Natasha?

—Natasha ya es historia. Hablé con ella el sábado por la mañana y le dejé las cosas claras.

Andy se levantó de nuevo, en esta ocasión de una forma más pausada. «Va a acabar mareándose o mareándome a mí con tanta vuelta», pensó Josh con resignación. Lo que no se esperaba era que fuese directo hacia él y le diera un efusivo abrazo. Después, se sentó a su lado en una esquina de la mesa.

—¡Dios, esto hay que celebrarlo! No sabes cuánto deseaba que llegara el día en que perdieras de vista a esa mujer. ¡Bien por ti!

—¿Acaso creías que mi relación con Natasha iba en serio? Aquello era solo temporal.

—Tenía mis dudas, no te lo niego. Dudas y un gran temor de que te echara el lazo de forma permanente. Bueno, olvidémonos de ella y centrémonos en tu próxima cita. ¿Adónde vais a ir?

—A un local de jazz que Zoe frecuenta a menudo.

—¿Jazz? ¿Josh Carter y jazz? ¿Desde cuándo te gusta a ti esa música? —preguntó extrañado, aunque enseguida lo comprendió todo. Al menos, así lo creía él—. ¡Ah, ya lo entiendo, picarón! Quieres darle el gusto para que esté receptiva y te sea más fácil llevártela al huerto, ¿eh? —sentenció con un guiño.

—¿Llevármela al huerto? ¡Qué ordinario te has vuelto!

—Vamos, ahora no te hagas el puritano conmigo que te conozco de toda la

vida. Tienes previsto que esa noche termine con fuegos artificiales, ¿no es cierto? ¿Y dónde, en tu casa o en la suya?

La melodía de su móvil le salvó de contestar. Josh le indicó con un dedo que se estuviera callado y respondió a la llamada con profesionalidad. Estuvo hablando varios minutos con aparente tranquilidad, pero cuando terminó la conversación su semblante se transformó en un gesto de fastidio que Andy no llegó a captar, porque continuó con su discurso como si nada.

—Si prefieres ir a tu casa y no quieres intromisiones de ningún tipo, puedo hacer un esfuerzo y decirle a Bonnie que...

—No será necesario —lo interrumpió—. Esa noche no va a pasar nada.

—¿Qué quieres decir? —Andy desvió la vista al teléfono con creciente inquietud—. ¿Ha ocurrido algo?

—El sábado, muy temprano, debo coger un vuelo a Mississippi por cuestiones de trabajo y no regresaré hasta el domingo por la tarde. Iré a mi cita con Zoe, tomaremos una copa o dos y después volveré a casa. Solo.

Así que se trataba de eso: simple trabajo. Andy respiró tranquilo.

—¿Solo? ¿Tú y Zoe no...? ¡Venga ya! Espera, estás de broma, ¿verdad?

«Ojalá lo estuviera», pensó Josh.

—Andy, tengo que trabajar al día siguiente. No puedo trasnochar.

—¿Y desde cuándo te ha importado eso a la hora de disfrutar de una buena compañía? Te recuerdo las incontables ocasiones en las que te has acostado a las tantas y después te has levantado como si nada para ir a tu estudio, a las obras... Incluso noches en las que no has dormido ni cinco minutos. El otro día me dejaste con la comida en la boca para ir a tirarte a Natasha antes de recoger a Bonnie en el aeropuerto. ¿A qué viene este cambio?

—Andy, no sigas por ahí.

—Si es que no lo entiendo. ¿Qué es lo que te está pasando? El Josh que yo conozco no dejaría de lado una noche de placer por unas pocas horas de sueño. ¡Te estás volviendo viejo!

—Lo que ocurre es que estoy intentando ser responsable, concepto que tú nunca llegarás a entender. ¡Y no me llames viejo! —repuso ofendido—. Te recuerdo que ambos tenemos la misma edad.

—Sí, pero yo nunca desperdiciaría una cita tan fabulosa como la que se te está presentando.

—¿Crees que a mí me agrada posponer un plan así? La noticia de este viaje me ha resultado del todo inoportuna, pero no me queda más remedio que ir.

Andy se dio por vencido.

—Tú mismo, pero que te quede bien clara una cosa: luego no vengas lamentándote por haber desaprovechado esta oportunidad.

Si supiera que ya estaba lamentándolo...

Zoe subió las escaleras del metro a toda prisa. Agradecía haberse puesto para ese día un traje pantalón con zapatos de tacón bajo, que le posibilitaban mayor libertad de movimientos, pero le fastidiaba no haber podido ir a casa después del trabajo para cambiarse de ropa y vestirse con algo más informal. A última hora de la mañana, el señor Talbot —o alguien en su nombre, porque dudaba que aquel viejecillo encantador estuviera al tanto de las últimas tecnologías— le había enviado por email unos datos concernientes a sus múltiples propiedades, y se había pasado toda la tarde cotejando y trasladando la información a sus propios archivos mientras veía cómo, uno por uno, el resto de sus compañeros abandonaban las oficinas para no volver hasta el lunes próximo, incluido el propio Dylan Percy. El abogado se había marchado poco después de las cinco,

no sin antes acercarse a su despacho para desearle un buen fin de semana, aunque intuía que también lo había hecho para cerciorarse de que estuviera estudiando los últimos datos recibidos. Su nombre aparecía incluido en el correo electrónico que le habían enviado, así que sabía con certeza en qué tendría que estar ocupada.

Un aroma delicioso inundó sus fosas nasales al pasar junto a un carrito de venta ambulante de perritos calientes. Estuvo a punto de detenerse para comprar uno, pero desechó la idea cuando advirtió que llegaría a su destino sin habérselo terminado. Ni siquiera le había dado tiempo a almorzar, deseosa como estaba de acabar cuanto antes. Aun así, había tardado más de lo que esperaba, y todo porque le sucedió algo que, hasta entonces, jamás le había pasado: no podía concentrarse en su tarea. Y el culpable tenía un nombre: Josh. Solo podía pensar en él y en su próxima cita.

Recordarlo no hizo sino volver a teñir de rubor sus mejillas, al igual que esa misma mañana, cuando salió a tomar un café y se encontró dentro de una farmacia, pidiendo la caja de preservativos que ahora guardaba a buen recaudo en el interior de su bolso. Últimamente, actuaba a base de impulsos. No se reconocía a sí misma, pero la emoción que le embargaba cada vez que hacía algo inesperado le provocaba una gran satisfacción. Por primera vez en su vida se sentía libre, segura de sí misma, y le gustaba.

Quizá ese pequeño paquete fuera la causa de su falta de concentración. En realidad, solo habían quedado para pasar una velada tranquila disfrutando de buena música, no había programado nada más pero, en su fuero interno, se había creado muchas expectativas dirigidas al final de la noche.

Las dudas surgieron de repente. ¿Estaría preparada para involucrarse de nuevo con un hombre? Hacía tanto tiempo desde su última relación que temía no estar a la altura de las circunstancias. «¡Tonterías! —repuso para autoconvencerse—. Lo que ocurre es que tienes un miedo irracional a volver a

enamorate, pero ya concretamos el otro día que lo importante era vivir el momento, ¿no?».

Respiró hondo y, aumentando el paso, se desvió por la primera calle a la izquierda. No tardó en distinguir a Josh a lo lejos, apoyado en uno de los pilares metálicos que sustentaban la marquesina del local. Un intenso y abrumador hormigueo le recorrió la espalda al verlo vestido con aquellos vaqueros desgastados, una camisa negra con los dos últimos botones desabrochados y una chaqueta de sport del mismo color, el cabello rubio aparentemente despeinado y los brazos cruzados en torno a su pecho de modo indolente. ¡Qué guapo era! Un cúmulo de sentimientos contradictorios afloró otra vez en su mente. ¿Cómo podía haberse fijado en ella? Bueno, daba igual, el caso es que lo había hecho y ella estaba más que satisfecha. Lo que tuviera que ser, que así fuera. Pero ¿se vería capaz de hacer uso de su última adquisición? No estaba tan segura. ¿Quedaría como una fresca o, por el contrario, él entendería que era una mujer consecuente con la realidad y responsable de su cuerpo? Nunca lo sabría si no lo intentaba, decidió.

Josh la vio caminar por la acera a paso resuelto, sorteando a los peatones que iban en sentido contrario, cuando aún le quedaban unos cuantos metros para llegar hasta él. Era preciosa, concluyó. ¡Maldito fuera ese viaje que le había trastocado sus planes! ¡Cómo le habría gustado llevar a Zoe a su casa al finalizar la noche! Pero aquello tendría que esperar. Dos días después de la llamada, terminó por darle la razón a Andy: a él le estaba pasando algo. No era normal que pensara tanto en el trabajo, en detrimento de su vida personal, y mucho menos que dejara pasar aquella oportunidad. Pero eso no era todo, aunque no tuvo el valor de decírselo a su amigo por temor a que se burlara de él más de lo que ya lo hacía. Algo en su interior le decía que no era correcto ir tan rápido, y esa actitud sí que le resultaba desconocida en él. ¿Por qué ahora se planteaba esas cosas? No le encontraba ninguna lógica, así que terminó achacándolo al estrés. Los expertos aseguraban que esa era una de las causas más comunes de

los repentinos cambios de carácter y desarreglos emocionales entre los adultos, algo que él estaba sufriendo en sus propias carnes. No había otra explicación.

Antes de que Zoe llegara a su altura, se irguió en toda su estatura al tiempo que descruzaba los brazos y sonrió abiertamente.

—¿Llego tarde? —preguntó ella con voz entrecortada, indicio de que había ido con prisa.

—Puntual como un reloj suizo —aseguró él.

—¿Ah, sí? —Aquello era toda una novedad para ella. Cuando hizo amago de mirar su reloj de pulsera, Josh la tomó de las muñecas, impidiéndole así consultar la hora.

Creyó que la saludaría como la última vez, con un beso en la mejilla, pero él la sorprendió al depositar un breve aunque contundente beso en los labios que la revolucionó por dentro. «Empezamos bien», pensó al sentirse invadida por un calor sofocante.

Josh se separó de ella soltándole una única mano y giró el rostro hacia la fachada del club.

—Por ahora, me gusta este sitio. Una entrada muy original —comentó tras posar la vista en la marquesina con forma de piano de cola abierto.

—¿Por ahora? Ya me dirás si opinas solo eso cuando descubras el ambiente que hay. Por no hablar de la música: es fantástica.

—Si nos quedamos aquí fuera no podré opinar. ¿Entramos?

Josh tiró de ella y juntos traspusieron la puerta del establecimiento. Aunque a simple vista y por fuera pareciera que el sitio era de reducidas dimensiones, en realidad engañaba, ya que por dentro tenía mucha profundidad. Y estaba lleno hasta los topes. Tres largas hileras de mesas, repletas de gente, se alineaban desde el principio hasta casi el final del local, donde se encontraba un pequeño

tramo de escaleras que subía a una especie de plataforma elevada con más mesas, rodeada por una barandilla de madera. El espacio parecía aún más grande por los espejos que se habían colocado en forma de uve invertida sobre las paredes, forradas todas ellas en polipiel de color gris. Pero no resultaba anodino. Los tonos azules primaban tanto en las mesas como en las sillas y en el espacio principal del club: el escenario. Situado al fondo a la izquierda, destacaba por el doble cortinaje de terciopelo a modo de telón en dos colores, uno celeste y el otro, superpuesto al anterior y recogido a ambos lados con unos alzapaños, de un azul más intenso. Un gran cartel en la parte superior, con el dibujo de una corchea, anunciaba el nombre del local: *Blue Note*. El escenario ya estaba preparado para la actuación, con todos los instrumentos colocados en su sitio, pero gran parte de los focos aún estaban apagados, a la espera de que comenzara el espectáculo.

Un camarero se acercó a ellos y, después de comprobar la reserva de Zoe, les indicó que lo siguieran hasta el fondo de la sala. Tras subir al altillo, les invitó a sentarse en la única mesa que aún quedaba libre.

—Buen sitio —Josh acompañó su afirmación con un ligero asentimiento de cabeza.

—El mejor —agregó ella con orgullo mientras se desprendía de su chaqueta y dejaba el bolso en un pequeño colgador que había en la pared—. Siempre pido que me pongan aquí, aunque tenga que compartir mesa con más gente.

—¿Sueles venir sola? —Josh, extrañado, le dirigió una mirada que ella no supo interpretar.

—Bueno..., sí. No conozco a muchas personas a las que les guste el jazz. —«Por no decir a nadie», se lamentó en silencio. Ni siquiera Luke, por muy amigo suyo que fuera, aguantaba más de media hora en aquel «antro de música triste», como él lo llamaba. Pero ¿iba a dejar de ir allí por el hecho de no tener compañía? Eso estaba fuera de discusión—. ¿Pedimos algo? —preguntó con voz

cantarina para desviar el tema a otro menos controvertido—. Estoy sedienta.

—Por supuesto. —Josh levantó el brazo para llamar la atención del camarero antes de que se alejara—. ¿Qué te apetece?

—Hmmm... Una Coca-Cola light. No, mejor no. Prefiero una copa de vino blanco. ¿Y tú?

—Que sean dos.

Zoe aprobó su elección con un gesto. Nunca se habría imaginado que a Josh le gustara pedir vino cuando salía de copas. Lo veía más con una cerveza en la mano. Otro punto a su favor.

Pidieron las consumiciones y se quedaron un momento en silencio, el uno sentado frente al otro, mirándose y reconociéndose mutuamente sin necesidad de decir nada, hasta que Zoe rompió el vínculo invisible que se había creado entre ellos.

—¿Qué te apetece que hagamos después? Conozco un local de mala muerte en Chinatown donde, aunque parezca raro, preparan una comida china espectacular. Eso sí, olvídate de los cubiertos... Allí solo ofrecen palillos. ¿Te gustaría ir?

Joder. No pretendía decírselo tan pronto, no quería fastidiar la velada antes de que comenzara, pero ya no le quedaba más remedio que hacerlo.

—Zoe, yo... —Josh vaciló al hablar y desvió la vista a un lado, reticente a contárselo aún.

—¿Qué ocurre? —En esta ocasión, fue ella quien lo tomó de la mano para llamar su atención.

—Me encantaría cenar contigo esta noche, pero tengo que regresar temprano a casa. Mañana, a primera hora, debo coger un avión por cuestiones de trabajo y no estaré de vuelta hasta el domingo por la tarde.

—Ah, entiendo... —Las esperanzas de pasar una noche inolvidable junto a él quedaron truncadas de un plumazo. En cualquier otra situación le habría agradado esa vena de responsabilidad en un hombre, pero en aquel momento lo vio como una completa molestia. Intentó que su voz no denotara la decepción que le habían causado sus palabras, e intentó restarle importancia—. No pasa nada. Otra vez será.

—Ni te imaginas lo que detesto tener que terminar nuestra cita tan pronto. Durante toda la semana he estado deseando que llegara esta noche pero, por desgracia, no va a poder ser tal y como me había imaginado.

—No pasa nada...

En ese instante la música ambiental se cortó y los focos centrales, hasta entonces apagados, iluminaron el escenario. Los músicos tomaron posiciones y, un minuto después, el bajo y la batería comenzaron a sonar. La voz desgarradora e intimista de la cantante de color surgió como un torrente de sentimiento tal que Zoe se quedó embobada escuchándola, sin darse cuenta de que no había llegado a soltar la mano de Josh. Lo hizo tiempo después, cuando la canción llegaba a su fin, y solo porque notó que el calor que sentía en su interior no se debía únicamente a la intensidad del blues, sino también a las caricias constantes que él le estaba prodigando sobre su piel, en la zona más sensible de la muñeca. No quería que se detuviera, pero arrancaron los aplausos y no le quedó más remedio que soltarse para hacer lo propio.

—¿Qué te va pareciendo? —le preguntó cuando el ruido disminuyó.

—No tiene nada que ver con lo que escuchamos el otro día —argumentó él, sorprendido—. Aquella música era alegre; incitaba a moverse, a bailar, pero esto...

—Esto es un *blues*, y lo otro era un *swing*. La música jazz está llena de matices, es toda una amalgama de sentimientos. Esta canción expresa la melancolía, la tristeza de la intérprete al relatar su historia, mientras que otras

variantes están motivadas por sentimientos diferentes.

Durante la hora y media que duró el concierto, ambos experimentaron todas aquellas sensaciones que Zoe había intentado explicarle. Al finalizar la actuación, el público se levantó y prorrumpió en ovaciones, incluidos ellos dos.

—Y bien, ¿cuáles son tus impresiones finales? ¿Ha pasado la prueba? —inquirió Zoe, al tiempo que volvía a sentarse.

—Claro que la ha pasado. Y con nota, valga la redundancia —bromeó—. Ha sido una experiencia inolvidable.

Zoe se echó hacia atrás en su asiento, cerró los ojos y compuso una leve sonrisa.

—Cada vez que escucho esta música siento que soy otra persona. Me incita a querer volar, a tocar las nubes con las yemas de los dedos, a experimentar una libertad que el día a día no es capaz de ofrecerme. ¡Cómo me gustaría cumplir ese sueño y no solo imaginarlo en mi mente! —confesó con un suspiro.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente —afirmó ella.

El cerebro de Josh empezó a funcionar a una velocidad vertiginosa. Las palabras de Zoe le habían dado una idea, una gran idea.

—Me alegra oír eso. Tengo que proponerte algo para compensarte por lo de esta noche.

—¿De qué se trata? —preguntó ella con interés.

—Por ahora no pienso darte más detalles, pero te adelanto que no hagas planes para el próximo fin de semana. Y con esto me refiero a todo el fin de semana. ¿Te vendrías conmigo a una escapada fuera del bullicio de Nueva York? Tú y yo. Solos.

Zoe se puso tan nerviosa que no atinó a contestar. Su garganta se reseco, así

que estiró el brazo para beber un poco de vino, con tan mala fortuna que la copa se volcó y su contenido se derramó sobre la mesa y sobre ella misma.

—¡Mierda! —Se levantó de un salto y comenzó a sacudir el líquido que empapaba su blusa de seda, hasta que vio que Josh hacía lo propio con sus pantalones—. Lo siento. ¡Qué torpe soy! Aguarda... Tengo un paquete de pañuelos de papel en el bolso. Búscalo mientras yo voy al baño. Si no limpio ahora la mancha, nunca desaparecerá.

Ya estaba a medio camino de los aseos cuando recordó algo. «¡Oh, no!», se dijo, al tiempo que sentía crecer en ella la inquietud. Dio la vuelta y regresó a la mesa. Tenía que evitar a cualquier costa que Josh hurgara en el interior de su bolso y descubriera el motivo de su vergüenza.

—¡No, espera!

Demasiado tarde. Él ya lo había abierto y tenía la vista fija en su interior.

«Me quiero morir, me quiero morir, me quiero morir...», repitió como en una letanía.

Tras unos interminables segundos, Josh introdujo la mano en el bolso y sacó el paquete de pañuelos.

—Ya está. Lo he encontrado. ¿Qué pasa? —preguntó él al ver su cara de pánico.

—Nada. Se me olvidaba esto. Lo necesito. —Zoe le arrebató el bolso y lo colocó sobre su hombro. Gracias al cielo, había llegado a tiempo.

Cuando regresó del baño, diez minutos después y un poco más tranquila, observó que Josh ya había pagado la cuenta y se levantaba de la silla.

—Creo que es hora de irme. Mañana debo madrugar.

—Sí, tienes razón. Vamos —murmuró ella. Cuanto antes llegara a casa, antes podría meterse bajo las sábanas y reprocharse su marcada estupidez.

Zoe se puso la chaqueta y ambos se dirigieron a la salida. Estaba lloviendo a cántaros, así que se resguardaron bajo la marquesina a la espera de decidir lo que hacían.

—Es una pena que la noche termine tan pronto —dijo Josh—. Me hubiera gustado disfrutar de esto después de la actuación, pero creo que tendré que reservarlo para otro momento. —Sacó un puro del bolsillo interior de su chaqueta y lo hizo girar entre sus dedos.

—¿Fumas?

—Solo en ocasiones muy especiales. Aunque nunca había estado en un club de jazz, hice los deberes y descubrí que antiguamente era muy común escuchar este tipo de música con un buen puro entre los labios.

—Pues fúmatelo ahora. Desde aquí fuera se puede oír la música, así saciarás tu antojo. No es lo mismo, pero bueno. Te acompaño y después cogeré un taxi. En circunstancias normales volvería caminando a casa, pero no me apetece mojarme más de lo que ya lo he hecho hace un rato.

—Tengo el coche aparcado a unas manzanas de aquí. Si esperas un poco, iré a buscarlo y te acercaré a casa —se ofreció él.

—No es necesario, de verdad.

Josh encendió el habano con una cerilla y le dio una profunda calada. Una densa voluta de humo surgió de su boca mientras su cara mostraba una expresión de pura satisfacción. El intenso aroma llegó hasta Zoe, y ella frunció la nariz al reconocer el inconfundible olor de un Partagás.

—¿Te molesta? Lo apagaré ahora mismo.

—No, no te preocupes. Estoy acostumbrada. Mi padre siempre ha fumado puros, pero ahora mi madre se lo tiene terminantemente prohibido por sus achaques.

—¿Cuándo volverás a verlos? —Josh apreció en el rostro de Zoe las huellas de la añoranza por su familia.

—Supongo que en Acción de Gracias. Antes lo veo improbable.

No quería que se pusiera nostálgica, así que cambió de conversación.

—Aún no has contestado a la última pregunta que te hice ahí dentro, antes de tu percance con el vino. —Ella agachó la cabeza, sonrojándose al recordarlo—. ¿Te vendrías conmigo a una escapada el próximo fin de semana?

«Me iría contigo al fin del mundo», afirmó ella para sus adentros. La antigua Zoe habría dudado en su respuesta, se hubiera planteado mil y un argumentos para denegar la oferta, pero la nueva Zoe contestó con rotundidad:

—Sí.

—Bien. —Apagó el puro en el cenicero que había junto a la entrada del local y avanzó hacia la acera con el brazo en alto—. ¡Taxi! —Esperó a que el vehículo se detuviera, abrió la portezuela trasera y le indicó a Zoe que entrara. Cuando ella se hubo acomodado en el asiento, introdujo medio cuerpo en el habitáculo y la besó en los labios—. A medida que transcurra la semana te iré informando de más detalles para que estés preparada, pero no de todos. —Hizo una pausa y después, momentos antes de cerrar la puerta, agregó con un tono cargado de intenciones—: Eso sí, no te olvides de llevar este bolso.

—¡Bien, bien, bien! Todo marcha viento en popa, como a mí me gusta.

—Anael, no te emociones...

—¿Cómo que no? ¿Es que no te das cuenta de la bonita pareja que hacen?

—¿Y tú no te das cuenta de que no son ellos en realidad? Esto, tarde o temprano, llegará a su fin. Hazte a la idea desde ya porque si no acabarás desilusionada y me tocará a mí consolarte, como siempre. Te pondrás a llorar detrás de cada nube que encuentres, y sabes que odio el olor de las plumas húmedas.

—Zachriel, tengo todas mis esperanzas puestas en estos dos. Algo me dice que no me van a defraudar. Llámalo «instinto». Llevo toda la eternidad observando a los humanos y distingo cuándo una relación puede tener futuro y cuándo no.

—Pero este caso es diferente.

—Te digo yo que no. ¿Quieres que te explique por qué lo sé? Tengo un montón de razones y...

—Bueno, bueno, deja de cacarear como una gallina clueca, que esto se está poniendo interesante y no me quiero perder nada. Ya me lo contarás más adelante.

—¡Uys! ¿Que yo cacareo? ¡Serás...!

—¡Que te calles! —Y para evitar que siguiera hablando, Zachriel le metió de una sola vez tres nubes de algodón en la boca.

—Grrr... ñam, ñam.

## Capítulo 11

A lo largo de la semana, el ánimo de Zoe fue tan caótico como una montaña rusa, repleto de altibajos. Fluctuaba constantemente entre estados de pletórica anticipación e insoportable nerviosismo. Y todo por culpa de Josh y su frase de despedida. Tenía que dar gracias a que el taxi hubiera arrancado en cuanto cerró la puerta, ya que eso evitó que él se percatara del intenso tono rojo bermellón que habían alcanzado sus mejillas tras escucharlo. ¡Sí que había visto la caja dentro de su bolso! Fue todo un detalle por su parte que no se lo hubiera comentado en un primer momento, así evitó el bochorno de tener que darle una explicación, aunque en el fondo no sabía qué habría sido peor: eso o la comezón que sentía por dentro al desconocer lo que ahora pensaría de ella. Tenía serias dudas de que el sábado por la mañana, cuando fuese a recogerla, pudiera mirarlo a la cara sin morir de la vergüenza.

Además, estaba lo otro. Si no tuviera suficiente con el asunto de los preservativos, a su permanente estado de ansiedad se sumaba la falta de precisión, el secretismo sobre dónde irían. Ella odiaba no tenerlo todo controlado, y durante los días posteriores a ese último encuentro él se dedicó a enviarle mensajes repletos de indicaciones contradictorias. El lunes le aconsejó que vistiera ropa cómoda para el viaje en coche; el martes le dijo que llevara una mochila con ropa de repuesto para el camino; el miércoles le insinuó incluir en el equipaje algo un poco más formal... Era jueves y ya estaba a punto de pasar de sus sugerencias y meter en la maleta todo su ropero. O, en su defecto, ir desnuda. Total, ¿al final no iba a acabar así?

—Me estoy convirtiendo en una salida que solo piensa en el sexo —farfulló frente a las puertas abiertas de par en par de su armario.

Sentada en el borde de la cama con la vista fija en las perchas repletas de prendas, se mordía un pulgar mientras decidía el vestuario que se llevaría. La maleta abierta aún permanecía vacía a su lado.

—¡Esto es de locos! —Se levantó de un salto y salió del dormitorio en busca de su móvil—. Ya lo decidiré mañana.

Solo conocía una persona que pudiera distraerla y hacerle olvidar ese tema, al menos durante un rato. Además, ya lo había torturado demasiados días con su fría indiferencia. Era hora de darle una tregua.

—Luke, ¿dispones de un rato en tu ocupada vida para mí?... Sí, he decidido dejar de hacerte sufrir. ¿Me invitas a tomar algo? Así podrás hablarme de esa pelirroja que te está sorbiendo el seso... ¿En serio? Pues yo también tengo algo que contarte...

Hastiado, Josh no hacía más que pasar de un programa a otro. No había nada en la televisión que le llamara la atención, a pesar de que ya había hecho un recorrido completo por todos los canales deportivos. Optó por cambiar de tercio; quizá tuviera más suerte con las películas. Después de pulsar varias veces el mando, por fin encontró una de Clint Eastwood que, al parecer, aún no había visto. Se acomodó en el sofá y subió el volumen.

Veinte minutos después, oyó la cerradura de la puerta. Molesto por la interrupción, ahogó un gruñido de queja, dejó el sonido en silencio y volvió la cabeza hacia la entrada.

—¡Por fin apareces! ¿Se puede saber dónde te has metido estos últimos días?

A Bonnie casi se le cayeron las llaves por la sorpresa. No esperaba encontrárselo allí a media tarde. Si lo hubiera sabido...

—Bonito recibimiento —contraatacó ella—. Ese tono paternalista no te pega en absoluto. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Te recuerdo que esta es mi casa, por si se te había olvidado, como también te recuerdo que estás viviendo bajo mi techo hasta que encuentres algo que, créeme, dudo bastante que te hayas puesto a buscar —respondió malhumorado—. Y no intentes desviar el tema. ¿Acaso te has creído que puedes entrar y salir de aquí como si esto fuera un hotel? Hace casi dos semanas que no se te ve el pelo.

—Mira, Josh, ya tengo un hermano mayor y no me hace falta otro, mucho menos con una actitud tan retrógrada como la que estás demostrando ahora mismo. ¿Vas a volver a las andadas?

Él obvió su último comentario, aunque el rictus severo de sus labios reveló que lo había contrariado.

—Sí, un hermano que te aplaude todas las gracias y que es tan irresponsable y despegado como tú. ¡Menudo ejemplo!

—De verdad que no te entiendo. ¿Qué bicho te ha picado? Desde que llegué a Nueva York estás de lo más raro. No reconozco en ti al Josh de siempre. —Bonnie intentó desviar el tema y clavó su mirada en la televisión. Extrañada, frunció el ceño—. ¿Qué es lo que estás viendo?

—Algo muy interesante que acabas de amargarme.

—¿*Los puentes de Madison* te parece interesante? ¿A Josh Carter le gusta una película romántica? ¡Esa es muy buena! —rió con ganas.

Josh se quedó de una pieza. Paseó su mirada entre la pantalla y el hilarante rostro de su amiga y, tras unos segundos de confusión, pulsó el botón de apagado. Después lanzó el mando al otro extremo del sofá, como si su contacto lo quemara.

—Y bien, ¿cómo es que al fin te has dignado a aparecer? —Josh ya no

disimulaba su enfado, aunque con él también intentaba ocultar la incomodidad que sentía por la pillada—. ¿Tu última conquista ha descubierto ya la mala pécora que eres y te ha echado de su casa? Para serte franco, ese tipo es un poco corto si ha tardado tanto en darse cuenta de tu verdadera personalidad...

—Tus irónicos comentarios no me causan efecto alguno, que lo sepas. — Bonnie le sacó la lengua y compuso una expresión de burla—. Y sí que me he pasado por aquí, en varias ocasiones. Lo que ocurre es que nunca estabas.

—Ya lo sé. ¿Piensas que no me entero cuando alguien entra en mi casa? Vienes por las mañanas para no cruzarte conmigo, porque en el fondo sabes que estás haciendo mal. Y esa es la cuestión: ¿dónde te metes durante las noches? ¿Y cómo es que te presentas a estas horas aquí? ¿Tu ligue ha soltado un poco la correa y te ha dado una tarde de descanso?

—Ese «ligue», como tú lo denominas, se llama Luke. Le ha surgido un imprevisto y he aprovechado para pasar a recoger mi ropa.

Luke Goldsmith, el abogado amigo de Zoe. Josh no sabía cómo reaccionar. Por un lado, se alegraba de que Bonnie hubiera dejado de invadir su casa. Pero por otro lado..., ese tío se estaba tomando demasiadas confianzas con su amiga. ¿O sería al revés? Aquello no le gustaba ni un pelo.

Contuvo un bufido al ser consciente de los derroteros que habían tomado sus pensamientos. Quizá Bonnie tuviera razón y su comportamiento empezaba a parecerse al de un padre sobreprotector.

—Estoy pensando seriamente en cambiar la cerradura —dijo él, con la intención de amilanarla—. Tal vez lo haga antes de este fin de semana, dado que lo voy a pasar fuera.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—Eso no es de tu incumbencia. Pero, para tu información, te diré que no eres la única que está viviendo un «momento dulce».

—No me digas que te marchas con esa petarda de Natasha. No la soporto, y mira que no la conozco personalmente.

—¿Y a ti quién te ha dicho que me voy con ella? —Josh negó con un brillo malicioso en los ojos—. ¿Recuerdas a la amiga de tu ligue?

—¿La chica del aparcamiento? ¡Halaaa! —Tras unos segundos paralizada por la sorpresa, Bonnie adoptó una actitud pensativa y eligió con tiento sus siguientes palabras—. Esa chica es todo lo contrario al tipo de mujeres que a ti te suelen gustar, pero al menos parece tener algo más que una bonita cabeza sobre los hombros.

—Gracias por lo que me toca —respondió él con desdén.

—De nada. ¡Y no me interrumpas! —lo increpó, alzando un dedo—. Lo dicho, no es de tu estilo, pero tengo que reconocer que me pareció muy maja. — Se sentó al lado de Josh, atrapó un cojín en su regazo y, perfilando una pícaro sonrisa, canturreó—: Cuenta, cuenta...

El *trolley* azul con margaritas blancas y una pequeña mochila aguardaban en el suelo, junto a la puerta de entrada, listos para el viaje. Al igual que Zoe. De hecho, estaba preparada desde hacía horas; no había dormido en toda la noche por la perspectiva de lo que le depararía aquel fin de semana, así que se dedicó a meter y sacar prendas de la maleta, una y otra vez, hasta que quedó satisfecha con el contenido. Como aquello había sucedido a las cinco de la madrugada, una hora demasiado intempestiva para meterse ya en la cama, decidió hacerse un café cargado mientras esperaba impaciente la llegada de Josh.

Oyó un timbre insistente y abrió los ojos. Aunque no hacía ni diez minutos que los había cerrado, se incorporó del sofá, un tanto confundida, y miró su reloj. Las manecillas apuntando las ocho y un leve cosquilleo en el estómago fueron

los detonantes de que se desperezara en el acto. Caminó rauda hacia la puerta y descolgó el telefonillo.

—¿Sí?

—Hola, soy yo.

—Ya bajo.

Inhaló dos profundas bocanadas de aire, apoyó la mano derecha sobre su pecho, a la altura del corazón, y agachó la cabeza para dar un rápido vistazo a su atuendo. Llevaba puestas unas mallas negras, una sudadera con capucha gris de la universidad de Columbia a la que le guardaba un enorme cariño y unos deportivos blancos: ropa cómoda para el viaje, tal y como Josh le había sugerido.

Se había hecho una cola de caballo, aunque dejó sueltos un par de mechones para suavizar sus facciones. Sin una pizca de maquillaje, su rostro mostraba los estragos que causaban una noche en vela, pero ya era demasiado tarde para aplicarse un poco de corrector. Si Josh no torcía el gesto al verla con la cara lavada y esas pintas, es que todo iba bien. Cruzó mentalmente los dedos al tiempo que colocaba la mochila en su espalda, agarró el asa de la maleta y abandonó el apartamento, ilusionada con las expectativas que se le presentaban para el fin de semana.

Sí, estaba ilusionada pero también ansiosa y, por qué no decirlo, aterrada.

Cuando llegó al portal, se detuvo en seco. ¿Qué hacía el señor Pattinson hablando con Josh? Ese viejo chismoso era incorregible. ¿Hasta qué extremos podía llegar su irrefrenable adicción a los cotilleos?

Como si hubieran detectado su presencia, ambos hombres se volvieron al unísono y la vieron allí parada a través del cristal. El casero, sonriente, le abrió la puerta para permitirle el paso.

—Muy buenos días, señorita Williams. Veo que se va de viaje. —Para su sorpresa, el muy tunante se atrevió a guiñarle un ojo.

—Buenos días —farfulló ella, dedicándole una mirada cáustica—. Así es. Nunca se le escapa nada, ¿verdad?

—No se preocupe por su apartamento —si el anciano se dio por aludido, no lo manifestó—: en su ausencia, lo mantendré bien vigilado hasta su regreso, mañana por la noche.

—De eso no me cabe ninguna duda.

«¿Será posible?». No había tardado ni cinco minutos en bajar y aquel redomado cotilla ya sabía no solo que se iba a ausentar del edificio, sino además el tiempo que pasaría fuera. ¿Estaría al tanto del resto de detalles? Algo le decía que no iba muy desencaminada en sus suposiciones, a tenor de la sonrisa traviesa que el hombre le regaló. Más que un casero, parecía un agente de la CIA encubierto.

Dispuesta a ignorarlo, centró su atención en la otra persona que permanecía a la espera, apoyada en la barandilla y con los pies cruzados. Lo que vio le hizo hervir de indignación: Josh, sin dejar de observarla, hacía grandes esfuerzos por no romper a reír. A pesar de que se mantenía serio, el brillo de sus ojos lo delataba. Sí, se estaba divirtiendo mucho con aquella situación.

—Hola, Zoe. ¿Preparada? —Sin esperar a que ella contestara, le arrancó el equipaje de las manos, le dio un breve beso en la mejilla y bajó las escaleras para dirigirse con paso resuelto hacia el Grand Cherokee, que estaba aparcado justo enfrente—. ¡Un placer conocerlo, señor Pattinson! ¡Haré caso de sus consejos! —exclamó a sus espaldas mientras contenía una carcajada, aunque sus labios, al fin, se curvaron hacia arriba.

Zoe lanzó un último vistazo al casero, que seguía apostado junto a la entrada con todos los sentidos puestos en la pareja, y se encaminó hacia el todoterreno. Cuando llegó, Josh ya estaba cerrando el portón trasero.

—¿Lista para ponernos en marcha?

Ella afirmó con la cabeza y se dirigió a la parte delantera. Estaba a punto de abrir la puerta cuando Josh se le adelantó, interponiéndose entre ella y el vehículo.

—No tan rápido, señorita. Déjame ayudarte. —Sin esperar respuesta, le arrebató la mochila de los hombros y la depositó en el asiento trasero. Zoe aprovechó para excusar el comportamiento de su casero.

—Disculpa la intromisión del señor Pattinson. Estoy segura de que te ha interceptado nada más llegar para hacerte un interrogatorio de tercer grado.

—Tampoco es para tanto —Josh le quitó hierro al asunto, aunque el tono utilizado indicaba que ella estaba en lo cierto. Sus siguientes palabras lo corroboraron—. Pero no te preocupes, tan solo le he contado lo que me interesaba contarle. De cualquier modo, dado que está a la caza de algún chisme jugoso, démosle algo de lo que merezca la pena hablar.

Zoe no vio venir las intenciones de Josh hasta que se encontró rodeada por sus brazos. Cuando quiso darse cuenta de lo que pretendía, él ya estaba posando los labios sobre los suyos en un beso abrasador, muy diferente al que le había dado en la mejilla unos segundos antes. Ella se olvidó de que estaba en medio de la calle, de su casero y del resto del mundo; su única reacción fue cerrar los ojos, internar sus dedos en el cabello de Josh y dejarse llevar por las placenteras sensaciones que él le estaba provocando.

El beso terminó tan rápido como empezó. Josh le acarició el mentón, se separó de ella y la invitó a que entrara en el coche, no sin antes susurrar junto a su oído:

—Esto sí que es un saludo en condiciones.

Antes de introducirse en el todoterreno, se entretuvo en comprobar el estado de las ruedas. Algo innecesario porque ya lo había hecho antes de ir a buscarla, pero más que conveniente en ese momento. Fue una simple medida para ganar

tiempo mientras ponía en orden sus ideas. Y también para intentar recomponerse de sus propias reacciones. Le hubiera gustado prolongar más aquel beso, pero su cuerpo reaccionó de inmediato al contacto con esos labios suaves y tentadores, así que tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para ponerle fin. Si aquello había sido un mero contacto puntual, ¿qué ocurriría cuando la tuviera completamente rendida entre sus brazos? Ese pensamiento lo confundía y lo alentaba a partes iguales. ¿Qué tenía ella diferente para lograr que él se sintiera así? Hasta entonces había desconocido el significado de la palabra «inseguridad», nunca había experimentado una sensación similar, y mucho menos por una mujer. ¿Qué había cambiado?

Puso en marcha el motor y miró de reojo a Zoe, que permanecía con la vista al frente y las manos en el regazo, al parecer sumida en un pensamiento que había acaparado toda su atención.

—Sé educada y dile adiós a tu casero —comentó medio en risas mientras se incorporaba a la calzada—. El hombre no nos quitará ojo hasta que hayamos desaparecido de su vista.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —Zoe regresó del dulce estado en el que se encontraba y giró la cabeza. El señor Pattinson tenía un brazo levantado y la boca abierta por la sorpresa, detalle que le produjo una interna pero genuina satisfacción. Lástima de no estar junto a él en ese preciso instante porque al fin, gracias a la impetuosidad de Josh, había conseguido lo que ella misma no había podido lograr desde que lo conocía: dejarlo sin habla. Sonriente, alzó a su vez la mano para despedirse de él y, mientras se abrochaba el cinturón con la otra, fijó la mirada en el retrovisor exterior, pero lo que vio le hizo proferir una maldición. El hombre había descendido los escalones que lo separaban de la acera y estaba... ¿levantando ambos pulgares en señal de aprobación?

Al parecer, Josh también se había percatado del gráfico gesto del casero desde la panorámica que mostraba el espejo interior porque de sus labios brotó

una sonora carcajada, aunque evitó hacer ningún comentario. Gracias al cielo.

—Tenemos un largo trayecto por delante, así que lo mejor será que te pongas cómoda —sugirió él para hacerle olvidar la vergonzosa desazón que se había adueñado de ella.

—Ahora que mencionas el tema, ¿no crees que ya es hora de decirme adónde vamos?

—Aún no. No seas impaciente.

—Igualito que Luke... —murmuró con los labios fruncidos.

—¿Qué has dicho? No te he oído.

—Olvidalo. ¿Te importa que ponga algo? —preguntó, señalando la radio del salpicadero.

—Dispón de ella como quieras.

Zoe tenía interés por saber qué tipo de música le gustaba. Josh ya sabía sus preferencias, pero aún no le había comentado las suyas propias. Ya fuera por la emisora de radio que tuviera sintonizada o por las canciones que sonaran del *mp3* incorporado, podría conocer sus gustos personales. Impaciente por averiguar algo más sobre él, pulsó el botón de encendido, pero salió de los altavoces un ruido tan atronador que se vio obligada a taparse los oídos con ambas manos, olvidando de un plumazo su curiosidad.

—Perdona —se disculpó Josh, al tiempo que disminuía el volumen con el mando del volante hasta alcanzar un nivel que les permitiera hablar sin pegar gritos—. No pensé que estuviera tan alto.

—¿Qué demonios...?

—Demonios no: zombis —rio él—. Para ser exactos, White Zombie.

—¿Cómo puedes escuchar semejantes alaridos y no quedarte sordo? ¿Siempre tienes puesta la música a ese volumen?

—A decir verdad, sí. Es mi forma de despejarme y mantenerme activo, bien despierto. Además, al igual que tú con el jazz, yo disfruto con el rock y el metal. Esta banda es brutal, aunque nada que ver con escucharlos en vivo.

—Ya veo, ya. Por si acaso, avísame si algún día tienes intención de llevarme a uno de sus conciertos.

—¿Por?

—Para agenciarme unos buenos tapones.

—¡Ja, ja, ja! Te agradezco el detalle de querer acompañarme aunque, por desgracia, dudo mucho que vaya a ser posible. —Zoe lo miró sin comprender—. Tuve el privilegio de verlos en directo cuando era un adolescente, pero el grupo se disolvió hace más de una década. Y ahora ya puedes respirar tranquila, porque estoy convencido de que esta información supone un gran alivio para ti.

Ella giró la cabeza hacia él, incrédula y un tanto ofendida.

—¡Pues te equivocas!

—¿En serio? —Josh aprovechó un semáforo en rojo para retirar la vista de la calzada y centrarla en el rostro cariacontecido de Zoe. La sinceridad de su vehemente respuesta se confirmó al contemplar sus ojos, que brillaban con una mezcla de indignación y abatimiento.

—¿Acaso lo dudas? —Josh negó con gravedad y el arrebato inicial de Zoe se desinfló—. Siento si mi comentario anterior te ha hecho creer lo contrario — musitó, tratando de explicarse—. Nunca he sentido especial interés por escuchar este tipo de música, pero no me importaría acudir a uno de esos conciertos contigo. Además, tú hiciste lo propio conmigo cuando fuimos al local de jazz. Y no estuvo tan mal... —lo interrogó con la mirada, expectante—, ¿o sí?

—Fue una experiencia sorprendentemente positiva —le aseguró, rotundo—. En ese caso, y si aún estás interesada, existen otros muchos grupos similares a

este que continúan en activo. ¿Qué me dices?

—Que siempre hay una primera vez para todo. —Zoe, risueña, le guiñó un ojo con picardía.

La canción *Super-Charger Heaven* terminó y dio paso a una de los Gun's & Roses, *Paradise City*. Tras unos segundos de escucharla en silencio, Josh rio por lo bajo al relacionar las connotaciones que adquiriría la letra respecto al viaje que emprendían. Mientras tanto, Zoe contenía un súbito bostezo; la canción era marchosa y pegadiza, eso tenía que reconocerlo, pero la falta de sueño le estaba comenzando a pasar factura. Probó a concentrarse en la ruta que seguían para intentar averiguar cuál podría ser su destino. Acababan de torcer a la derecha, dejando atrás la calle Varick, y alcanzó a ver que estaban a punto de meterse en el túnel Holland, que conectaba el bajo Manhattan con Nueva Jersey. El plan consistía en salir de la ciudad, pero no sabía nada más. ¿Adónde irían exactamente? Moría de ganas por volver a preguntarle, aunque estaba convencida de que no serviría de nada, así que optó por sacar a colación el tema de sus respectivos amigos.

—¿Sabes? Luke y tu amiga, la pintora, han hecho muy buenas migas.

—¿Buenas migas? —se mofó él—. Yo no lo definiría exactamente así.

—Vale, de acuerdo, era por decirlo de una forma delicada. ¡Todavía no puedo creérmelo! —exclamó con énfasis—. Luke, el eterno ligón, tan enganchado a una sola mujer. Ni siquiera cuando salíamos juntos dejó de mirar a cuanta cara bonita se le cruzara, pero ahora, por increíble que resulte, me da la impresión de que ha cambiado. Mejor dicho: ¡lo han cambiado! Incluso ha dejado de coquetear con todas en el bufete, y eso que era su deporte predilecto. Creo que Bonnie ha causado una providencial transformación en él. ¿A ti qué te parece?

Josh apretó imperceptiblemente los dedos en el volante. Así que ese tal Luke había salido con ella. Dicha confesión le provocó una súbita e intensa sensación

de irritabilidad. ¿La razón? Se escapaba a su entendimiento, pero lo cierto era que no le agradó oír ese detalle en concreto sobre Goldsmith. Y aquello no tenía nada que ver con Bonnie. A pesar de que siempre había sido muy protector con ella, en el fondo sabía que se las podía apañar bastante bien ella solita. No, definitivamente el problema no era su amiga sino él. ¿Qué habría significado ese hombre en la vida de Zoe? En teoría no tenía por qué importarle pero... le importaba.

—¿Josh?

—¿Sí?

—No has respondido a mi pregunta. —Zoe se llevó la mano a la boca para ocultar otro bostezo mientras lo miraba, preocupada por su repentino mutismo—. ¿Te ocurre algo?

—No, es solo que me ha sorprendido enterarme de que tuviste una relación con él. ¿Fue hace mucho? —formuló la pregunta como de pasada, con aparente desinterés, aunque en su interior se aguantaba a duras penas las ganas de conocer la respuesta.

—¡Uf! Han pasado ya muchos años de eso. Sucedió durante nuestra época universitaria. Luke fue, por así decirlo, mi primer amor.

Aquello no le gustó ni un pelo. Intentó contener la pregunta que le quemaba la lengua, pero las palabras brotaron como un torrente de sus labios.

—¿Sigues sintiendo algo por él?

—¡Por supuesto que sí! —Josh dio sin pretenderlo un pequeño volantazo y el todoterreno se desvió de la trayectoria hasta pisar la línea continua, pero gracias a sus buenos reflejos retomó el sentido correcto casi al instante. Zoe ni siquiera notó el leve cambio de dirección porque continuó hablando—: Lo quiero muchísimo, a pesar de ser un crápula incorregible. Pero no te confundas.

—¿Por qué lo dices? —su voz sonó algo brusca, expectante.

—Sí, lo quiero mucho pero solo como amigo. Nada más. Todo lo demás que pudiera llegar a haber sentido por él se volatilizó cuando descubrí cómo era en realidad. Desde entonces, huyo de los hombres demasiado mujeriegos, aquellos que pueden hacer tambalear mi tranquilidad emocional. Ya lo sufrí una vez y no deseo repetir la experiencia —esto último lo comentó más para sí misma que para él, aunque en su mente no dejaba de darle vueltas a la idea de que Josh podría ser esa persona que tanto había buscado, el definitivo, alguien con un carácter opuesto a su amigo—. Con esto no pretendo decir que Luke sea mala persona, al contrario, ni quiero influenciar negativamente en la opinión que puedas tener sobre él y su relación con Bonnie. Ya te he explicado que lo veo muy cambiado. Diferente. Más tranquilo y asentado. Bueno, eso de que lo veo es un decir, ya que estas dos últimas semanas ha estado medio desaparecido, muy ocupado con una persona en particular, no sé si me entiendes.

—¿Seguro que es de fiar? —Josh dirigió la conversación a ese punto para evitar que ella se percatara del verdadero interés que escondían sus respuestas.

—Te repito que no debes preocuparte por él. Bonnie es muy especial para ti, ¿verdad?

—Sí que lo es —afirmó con convicción—. Más que amigos, ella y Andy son como hermanos para mí. Sus padres se divorciaron cuando Andy estaba en plena adolescencia y Bonnie era tan solo una mocosa, y aunque ambos se quedaron con su madre, esta no les hizo demasiado caso. Esperó a que su hija cumpliera los dieciséis para cederle su tutela a Andy y después los abandonó para largarse a recorrer mundo. Según ella, necesitaba libertad —farfulló entre dientes con evidente desprecio—. Desde entonces, no la han vuelto a ver, y las únicas noticias que han tenido de ella consisten en unas pocas postales enviadas desde diferentes puntos del país. Al parecer, su sueño de traspasar fronteras se vio truncado por alguna razón, que ni la sé ni me interesa.

—¿Su padre no se hizo cargo de ellos?

—No. Rehízo su vida junto a la que por aquel entonces era su asistente y ambos se marcharon a vivir a Francia. Es cierto que estuvo al tanto de la manutención y los estudios de sus hijos, pero ni Bonnie ni Andy recibieron aquello que más necesitaban: el cariño de sus progenitores.

El sarcasmo en su tono no pasó desapercibido para Zoe. Se notaba a distancia que Josh reprobaba tal demostración de desapego por parte de unos padres hacia sus hijos.

—Déjame que adivine: a falta de ellos, tú y Andy os erigisteis como protectores de Bonnie.

Él afirmó a medias.

—Desde muy pequeña, Bonnie ha carecido de la presencia y el respaldo de una figura paterna. Muy independiente y bastante alocada, igualita que su madre, desde los quince no ha dejado de meterse en problemas. Nada serio, pero sus continuos devaneos amorosos han supuesto un verdadero quebradero de cabeza para mí. Andy es como es, desde siempre le ha reído las gracias, así que yo he tenido que actuar como su hermano mayor, intentando llevarla por el buen camino. Es muy rebelde, nunca piensa las cosas antes de hacerlas, y en más ocasiones de las que me habría gustado vivir tuve que ponerme serio e inmiscuirme entre ella y alguno de sus poco convenientes ligues para salvarla no solo de ellos, sino también de ella misma. Aunque eso fue al principio; pronto descubrí que era preferible actuar de otro modo, más como un colega que como un padre. Más receptiva a los consejos de un amigo, expuestos en plan amistoso y desenfadado, no cuestionaba todo lo que se le decía ni se rebelaba en tu contra.

»No tiene medida, le gustan todos los hombres, sin excepción. Y es incapaz de estar sola, a mi entender resultado de una gran carencia afectiva. Esa falta de selección le ha causado más mal que bien a la hora de elegir a sus conquistas. Sí, es una mujer adulta, pero sigue comportándose como una adolescente atolondrada, y eso me provoca una gran inquietud. No permitiré que nadie le

haga daño. —Tras una breve pausa, agregó—: Supongo que ahora entenderás mi interés por saber qué puedo esperarme de tu amigo. —Al no obtener respuesta inmediata, se volvió hacia Zoe—. Por tu silencio entiendo que me das la razón... o que te has quedado dormida —concluyó, con una sonrisa de medio lado.

Acababan de salir del túnel y la luz diurna incidió en los ojos de Josh, obligándole a prestar de nuevo toda su atención a la vía. Suspiró un par de veces y, tras bajar el parasol para evitar que los rayos de sol lo deslumbraran, disminuyó el volumen de la radio hasta dejar el sonido casi inaudible.

Zoe despertó algo desubicada. Sin llegar a abrir los ojos, agudizó el resto de los sentidos para averiguar dónde se encontraba, aunque supo que iba dentro de un coche por el suave ronroneo del motor. Estaba muy a gusto, apoyada en aquel respaldo de cuero tan cómodo, aunque una extraña sensación le hizo ponerse de inmediato en alerta. Un hilillo de algo húmedo y viscoso resbalaba desde la comisura de sus labios hasta el mentón. ¡Se le estaba cayendo la baba! Dio un respingo y, como accionada por un resorte, se llevó la mano a la boca para ocultar la prueba del delito.

—Buenos días, Bella Durmiente.

—¡Oh, Dios! —exclamó ella con un agudo gritito—. ¿Cuánto tiempo llevo así?

—Unas cuatro horas —respondió Josh, sin desviar la vista de la carretera.

No era necesario mirarla; había tenido todo ese tiempo para hacerlo, tanto que se había aprendido sus facciones de memoria. De hecho, aunque frente a él se levantaban kilómetros de asfalto grisáceo, él solo veía su rostro. Con la mejilla apoyada en el reposacabezas y el perfil ladeado en su dirección, no se había movido de esa posición desde que cayó rendida hacía ya varias horas.

La expresión que mostraba mientras dormía era deliciosa: el semblante relajado, sus largas pestañas que acariciaban de vez en cuando el párpado inferior con un leve temblor y aquellos jugosos labios sonrosados, ligeramente entreabiertos. En más de una oportunidad estuvo tentado de rozarlos con las yemas de sus dedos, pero no lo hizo por temor a despertarla. Parecía muy cansada y necesitaba dormir, en especial por todo lo que le esperaba a lo largo del día y..., con un poco de suerte, quizás también de la noche.

—¿Cuatro horas? —Zoe se cubrió la cara con las manos. Estaba abochornada, tanto por haberse quedado dormida como por lo poco elegante de su gesto. ¿Habría estado salivando desde el principio? No quería averiguarlo—. ¿Por qué no me despertaste?

—No lo creí necesario. Además, no tienes de qué avergonzarte —puntualizó, al percatarse de su cohibido ademán—. Esta mañana, cuando te recogí en tu casa, tenías ojeras, pero ya han desaparecido. Eso significa que has descansado. ¿No dormiste bien la noche pasada?

—Si te soy sincera, no. —En realidad, no había dormido nada de nada, pero tampoco era cuestión de decírselo. Si lo hacía, él le preguntaría la razón, y no estaba dispuesta a confesárselo—. ¿Queda mucho para llegar a nuestro destino? Me vendría de perlas tomar un café para despejarme, si no te importa. De hecho, me apetece tanto que incluso puedo captar su aroma en mi imaginación.

—Nos queda poco más de media hora. Puedo hacer un alto en Ithaca si lo necesitas, pero antes te recomendaría que echaras un vistazo a tu izquierda, entre tu asiento y el mío.

Zoe se giró y vio que en el doble posavasos había sendos recipientes de cartón con la palabra «café» impresa en la etiqueta.

—¿Cómo...?

—Hace una hora hice una parada para repostar combustible y los compré.

Supuse que querías uno después de tu «cabezadita».

—¡Supusiste muy bien! —respondió con fervor—. Hum... aún se conserva caliente —agregó tras llevarse el vaso a los labios y dar un sorbo. ¡Muchísimas gracias!

—No hay por qué darlas.

Zoe disfrutó del reconfortante café mientras contemplaba el paisaje, muy diferente al que había dejado hacía unas horas, poco antes de quedarse dormida. Atrás quedaron los rascacielos de la gran urbe; a su alrededor y hasta donde podía alcanzarle la vista, solo se distinguía una frondosa vegetación que el otoño había coloreado con diversas tonalidades, desde el verde más intenso a los dorados y cobrizos de los árboles de hoja caduca. De vez en cuando, aparecía alguna construcción solitaria, pero la civilización como ella la conocía había desaparecido para transformarse en una estampa bucólica, genuinamente campestre.

Josh había subido el volumen de la radio y seguía el ritmo de la música, tamborileando el volante con los dedos. En los estribillos más impactantes se arrancaba a cantar a pleno pulmón, con bastante más énfasis que maestría, y su voz grave de barítono le arrancó a Zoe alguna que otra carcajada.

Veinte minutos después, abandonaron la carretera principal y se internaron en una vía secundaria. Ella intuía que estaban próximos a llegar a su destino, aunque no le dio tiempo a leer el cartel situado en el arcén, a escasos metros del desvío, que anunciaba el fin del recorrido. La carretera no estaba en tan buenas condiciones como su predecesora: con un trazado irregular, el asfalto clamaba por una urgente reparación, pero el todoterreno amortiguaba bastante y los baches eran casi imperceptibles. Tras circular por ese trecho durante dos minutos, Josh giró a la izquierda por un camino precario y condujo un kilómetro más hasta detener el vehículo en un improvisado aparcamiento, muy cerca de una pequeña arboleda. Apagó el motor y se volvió hacia Zoe.

—Ya hemos llegado.

Ella miró a ambos lados y ahogó una exclamación. Un valle inmenso se extendía a lo largo y ancho del horizonte, pero lo que le llamó la atención fue la pista de aterrizaje que rompía la continuidad y armonía de la pradera. Su mirada saltó de la pista al cartel situado en la fachada del edificio más grande y, tras leer lo que ponía, sus ojos se posaron interrogantes en los de Josh.

—No lo entiendo. ¿Esto es...?

—Sí —le confirmó él con una sonrisa de suficiencia—. ¿No querías volar y sentir la libertad en estado puro? Hoy, por fin, podrás experimentar dicha sensación.

## Capítulo 12

«Centro de paracaidismo Finger Lakes», rezaba el cartel. Zoe se había quedado muda. y un intenso escalofrío le recorrió la espina dorsal. No podía ser verdad. ¿Josh pretendía que se tirara en paracaídas?

—No creerás que voy a hacerlo, ¿verdad? —se encaró a él con las manos apoyadas en las caderas y una expresión de incredulidad en el rostro.

—¿Por qué no? Tú misma, hace tan solo una semana, me dijiste que te gustaría volar y experimentar la verdadera libertad. ¿Cómo lo expresaste? ¡Ah, sí!: «Tocar las nubes con las yemas de los dedos». ¿Qué mejor forma de hacerlo que esta?

—Pero... era un decir. No pensé que te lo tomarías al pie de la letra.

—Zoe, fuiste muy convincente a la hora de expresar tus deseos. Yo, simple y llanamente, estoy aquí para ayudarte a cumplirlos.

—¿Y no podemos dejarlos como lo que son, sueños sin cumplir?

—No me digas que eres una cobarde... —la picó.

—Tener en muy alta estima mi integridad física no implica cobardía, sino sensatez —respondió muy digna, alzando la barbilla.

—No le veo ningún sentido a tus argumentos. Estás intentando rajarte.

—¿Ningún sentido? Josh, esto es muy peligroso.

—No tanto como la gente neófita da a entender. Te aseguro que cuando lo pruebes, querrás repetir.

—¿Tú has saltado antes?

—Tantas que he perdido la cuenta. De vez en cuando hago una escapada y vengo a aquí para quitarme el gusanillo y satisfacer mis ansias de libertad. Lanzarse en paracaídas es igual de adictivo que una droga, pero bastante más sano.

El cerebro de Zoe comenzó a trabajar a marchas forzadas para encontrar una excusa convincente, una salida digna a ese atolladero en el que Josh pretendía meterla.

—¿No se supone que antes de lanzarse al vacío hay que hacer un cursillo o algo similar? Creo que lo mejor sería buscar un sitio en Nueva York donde impartan clases y, más adelante, cuando me confirmen que estoy preparada, volver aquí.

—¡Ja, ja, ja! ¿Piensas que hay que hacer un máster para esto?

—¿No es así? —aventuró ella con un hilillo de voz.

—Lo único que necesitas es una breve sesión de instrucción que se da a todos los principiantes minutos antes de subir a la avioneta.

—¿Así, sin más? ¿Y me tengo que lanzar yo sola? —le interpeló, escandalizada. Mientras estuviera en sus cabales, jamás tendría el arrojo suficiente como para realizar algo tan disparatado.

—Por supuesto que no —la corrigió—. Por lo pronto, necesitarías llevar acumuladas a tus espaldas una buena cantidad de saltos previos. Harás tu bautismo en el aire con un tándem.

—¿Tándem?

—Sí, con otra persona, un instructor cualificado. Es más, tú no tienes que hacer nada, solo dejarte llevar por él y disfrutar del momento.

«¿Disfrutar del momento?». Imposible. Lo más probable es que sufriera un infarto fulminante a mitad de la caída, así que intentó un último y desesperado

recurso: ser totalmente sincera.

—Josh, me da un pánico atroz, en serio. No sé si podré.

—Claro que podrás —afirmó contundente. No pensaba darle tregua hasta que cediera.

Zoe se quedó un buen rato en silencio, intentando asimilar lo que se le venía encima.

—¿De verdad es tan increíble como lo pintan? —preguntó con reservas. Aunque se moría de miedo, una vocecita invisible la incitaba a llevar a término aquella locura.

Él se percató del momento exacto en el que las defensas de Zoe comenzaron a flaquear. Un empujoncito más y aceptaría el desafío.

—La experiencia de volar no se parece a nada que hayas vivido con anterioridad. La libertad que supone sentirte en caída libre, el subidón de adrenalina que recorre tus venas, contemplar un paisaje desde una perspectiva nueva, como nunca antes lo habías hecho... Todas esas sensaciones son indescriptibles. No podría describírtelo con palabras, debes experimentarlo por ti misma. Y te garantizo que no te arrepentirás.

La diatriba de Josh sonó tan convincente que surtió el efecto deseado, contagiándola de su emoción.

—Está bien, lo haré —claudicó—. Pero te lo advierto desde ya: como me pase algo, sea lo que sea, pienso demandarte, aunque tenga que solicitar licencia de abogacía en el mismísimo cielo para tener jurisdicción allí y meterte en chirona. Y me aseguraré de que la condena sea muy larga —recalcó, golpeándole el pecho con un dedo.

Josh estalló en carcajadas.

—No temas porque, en el hipotético e improbable caso de que eso ocurriera,

confesaría mi absoluta culpabilidad en el juicio final —bromeó.

—Eso está por ver. Venga, vamos antes de que me arrepienta.

Josh abrió el maletero y sacó de su interior dos mochilas, una considerablemente más grande y pesada que la otra.

—¿Has traído ropa de recambio, como te dije?

—Sí. Está ahí —respondió ella, señalando los asientos traseros.

—Bien. Cógela y pongámonos en marcha.

Zoe miró a su alrededor sin saber hacia dónde dirigirse. El complejo estaba compuesto por cuatro hangares, varias cabañas de tamaño reducido que supuso se alquilaban a los que querían hacer noche allí y un edificio bastante grande denominado «club social», con dos construcciones aledañas más pequeñas en la parte trasera.

—¿Hacia dónde?

Josh le indicó con un gesto el pabellón principal y empezó a caminar, no sin antes cerciorarse de que Zoe le seguía.

—¿Temes que eche a correr y me escape? —le increpó, consciente de la férrea vigilancia a la que le estaba sometiendo.

—Tampoco podrías llegar muy lejos —declaró ufano—. Hoy hace un día espléndido para volar —agregó, mirando al cielo.

—Sí, y también un día espléndido para morir —acotó ella con sutil ironía.

Nada más entrar en el recinto, se sorprendió de la cantidad de gente que había. Casi todos iban en parejas, como ellos, y en el mostrador de recepción se había formado una buena cola. Tuvieron que esperar varios minutos a que los atendieran, y durante ese tiempo ansió con renovada esperanza que ya no hubiera plazas disponibles, pero hasta en eso Josh había sido previsor, reservando con antelación. Cuando les llegó el turno, él dio su nombre y la

repcionista, una joven morena con hoyuelos en las mejillas y ojos rasgados, levantó la vista y sonrió de oreja a oreja.

—¡Señor Carter, qué alegría verlo de nuevo por aquí!

—Lo mismo digo, Amanda —respondió Josh de buen humor—. Hoy tienes el día muy ocupado, por lo que observo.

—Sí, la verdad es que ha venido mucho público aprovechando los últimos días otoñales de buen tiempo, así que tenemos el cuadrante de vuelos al completo. Ya no admitimos inscripciones sin reserva previa. —La muchacha buscó su nombre en la lista y, tras leer que eran dos las personas apuntadas, oteó a ambos lados hasta detener su mirada, un tanto desilusionada, en la mujer que lo acompañaba. Sin perder la sonrisa, pero con un tono más formal que el que había utilizado con anterioridad, hizo unas anotaciones en el registro y les entregó las tarjetas identificativas junto con otros dos papeles.

—Las plazas ya están confirmadas. Su salto está previsto para dentro de una hora. Aquí tienen las acreditaciones. Como siempre, es obligatorio firmar el acuerdo de asunción de riesgo y entregárselo al responsable antes de proceder al despegue. Señorita Williams, señor Carter, espero que disfruten de la experiencia de volar en el centro Finger Lakes.

—Gracias, Amanda. Que pases un buen día.

Josh recogió la documentación y se volvió hacia Zoe.

—¿Te gustaría tomar un tentempié antes de ir a por tu equipo? Si te apetece, podemos picar algo rápido en la cafetería. Tenemos tiempo de sobra.

Zoe rehusó su propuesta. El nudo que se le había formado en la boca del estómago a causa de los nervios le impediría ingerir nada, de eso estaba convencida.

Durante un buen rato se dedicaron a observar las numerosas fotos que había colgadas en las paredes, a modo de recuerdo, del paso de una gran cantidad de

personas por aquel centro. Josh entretuvo a Zoe con una animada exposición, en la que le explicó los diferentes tipos de saltos que existían mientras ella escuchaba todo con suma concentración, casi sin articular palabra. Intentaba así aparcar sus temores, pero no dejaba de pensar en lo que se le avecinaba.

Zoe estaba contemplando absorta la instantánea de una chica con el rostro demudado por la impresión, tomada en el momento exacto en el que saltaba de la avioneta, cuando Josh miró su reloj y la tomó de la muñeca.

—Ven, vamos a alquilar el equipo.

Entraron en la pequeña tienda y Josh fue directo a la zona de los complementos. Estudió con detenimiento la gran variedad de productos que se exponían en las estanterías y escogió por ella un casco, unas gafas y un arnés, no sin antes verificar minuciosamente que todo el material se encontraba en perfecto estado y era de buena calidad. Cuando llegó el turno de elegir el mono, hizo un breve pero intenso recorrido por el cuerpo de Zoe y le pidió al dependiente uno de los más caros, especificando la talla que necesitaba sin necesidad de preguntárselo a ella. Tras entregar su tarjeta de crédito para realizar el pago, se apoyó en el mostrador con la mirada clavada en Zoe, quien no salía de su asombro. ¡Menuda habilidad había demostrado al averiguar sus medidas de un simple vistazo!

—Ya tienes todo, ahora solo falta que te lo pongas para ver cómo te queda. Espero haber acertado.

—¿Cómo has sabido cuál era mi talla?

—Cuestión de práctica —comentó sin más.

—¿Y tu equipo?

—Aquí, en la mochila. —Palmeó la más pequeña de las dos—. He saltado tantas veces que al final me fue más rentable comprarlo que alquilarlo. Aunque no me arrepiento: le estoy sacando mucho partido a tener un equipamiento

propio.

El chico de la tienda pasó la tarjeta por el datáfono y se la devolvió. Mientras Josh firmaba el ticket, colocó el material alquilado sobre la encimera y se lo acercó a Zoe con una mueca divertida.

—Que tenga un buen salto.

Cuando salieron del establecimiento, Josh le indicó a Zoe unas puertas situadas al fondo del vestíbulo principal y la animó a caminar hacia allí al tiempo que le explicaba qué tenía que hacer.

—Ahí están los vestuarios, los de mujeres a la izquierda y los de hombres a la derecha. Disponen, aparte de los aseos y las duchas, de unas taquillas donde puedes guardar tus pertenencias, incluida la mochila. Por ahora, lo único que tienes que ponerte es el mono encima de la ropa que llevas. Más adelante se te dirá cuándo y cómo debes colocarte el resto del equipo. Ya llevas el cabello recogido, aunque te aconsejo que te hagas una trenza y la metas por dentro del cuello del traje. Vamos, date prisa que queda poco —la azuzó.

En el vestuario, ya sin la compañía de Josh, Zoe dejó salir a la superficie sus más ocultos temores. Se sentó en uno de los banquillos, colocó a su lado el mono con el resto del material y la mochila y agachó el rostro, apoyando los codos en los muslos y cubriéndose los ojos con las palmas de las manos. ¿En serio se atrevería a saltar? Ella, que lo más arriesgado que hacía en su vida era montar en las atracciones de las ferias, no se creía capaz.

Sin embargo...

Otra vez aquella vocecilla impertinente que le susurraba incoherencias. Su mente racional le advertía de los peligros que podía conllevar un salto de aquellas características, pero la vena atrevida, esa que surgió cuando conoció a Josh, había vuelto a salir a la luz, incitándole a probar nuevas e interesantes experiencias.

Oyó unas voces y levantó la cabeza. Dos mujeres vestidas con sendos monos, muy parecidos al suyo, entraban al vestuario con una expresión maravillada en sus semblantes. Ella no era dada a escuchar conversaciones ajenas, pero en esta ocasión dejó de lado su prudencia y prestó atención.

—¡Ha sido alucinante! No lo esperaba así, de verdad. ¡Menudo subidón!

—Ya te digo... Esta primera vez me ha sabido a poco. ¡Quiero repetir!

—¡Y yo!

Las mujeres se desprendieron de sus ropas y se metieron en las duchas, sin percatarse de que Zoe estaba allí, para nada conscientes de que sus palabras habían terminado de convencerla. Resuelta a hacerlo, se levantó y desdobló el mono.

Cinco minutos después, abandonó el vestuario con las gafas, el gorro y el arnés en una mano y la decisión pintada en el rostro. Josh la esperaba en la puerta con una indumentaria similar a la suya, a excepción de algo más que llevaba colgado a su espalda, a buen seguro su propio equipo de salto.

—Te queda perfecto —apreció él, dando su beneplácito mientras la recorría de arriba abajo con la mirada. La incertidumbre de que al final se echara atrás le había estado carcomiendo por dentro, pero la duda se transformó en alivio al advertir que salía preparada para el salto. ¡Y de qué forma! El mono, de color gris con franjas negras y azul celeste en los laterales, se adaptaba a su cuerpo a la perfección. Verla vestida así le provocó una profunda sensación de orgullo.

—¡Lista para volar! —eufórica, Zoe abrió los brazos en cruz para demostrarle que estaba dispuesta a lo que fuera—. ¿Vamos?

—¡Vamos! —afirmó él, complacido y asombrado a partes iguales por el cambio tan extraordinario orquestado en ella.

Se dirigieron a la zona de hangares, donde un empleado del centro indicaba a la gente dónde debían situarse para recibir la clase de instrucción. Tras

comprobar sus acreditaciones, les informó de que esta se impartiría en la puerta del hangar 1. Allí, junto a una pieza de fuselaje que simulaba una de las partes del avión, aguardaba su llegada el que a todas luces sería el instructor principal, dado que ya estaba recogiendo los documentos de asunción de riesgo. Josh le dio el suyo a Zoe junto con un bolígrafo y la instó a que lo firmara. Ella, tras unos segundos de titubeo, estampó su rúbrica con trazo firme y se lo devolvió. Él hizo lo propio y después entregó ambos papeles al responsable, al que saludó con un gesto bastante amistoso, señal de que no era la primera vez que se veían.

Aparte de ellos, había seis oyentes más. El instructor les aclaró que el resto de los monitores llegarían enseguida; mientras tanto, explicaría a grandes rasgos en qué consistiría todo el proceso. Volarían hasta una altura de diez mil pies y, desde el momento de saltar hasta que se abriera el paracaídas, harían una caída libre de una duración aproximada de treinta segundos. Después, el tándem llevaría a su compañero en un paseo por el aire de unos cinco minutos de duración hasta la zona de aterrizaje.

Los monitores fueron apareciendo poco a poco y, después de presentarse a sus respectivas parejas, les ayudaron a colocarse los arneses al tiempo que les mostraban el funcionamiento de los altímetros y el modo en el que se comunicarían cuando estuvieran en el aire. Como Josh le había comentado que él ya tenía la experiencia necesaria para saltar solo y no veía a nadie sin pareja excepto ella, Zoe supuso que la suya sería el instructor, así que avanzó dos pasos en su dirección. Josh la detuvo, agarrándola del brazo e interponiéndose en su camino.

—¿Adónde vas?

—Junto a mi tándem.

—Tu tándem está delante de ti.

—¿Tú? —preguntó incrédula.

—Sí, yo —aseveró él con una mueca de diversión.

—Pero... —Zoe no entendía nada— ¿tú puedes hacer esto?

—Por supuesto. Tengo varios títulos de instructor de vuelo, entre ellos el de tándem. ¿Recuerdas que te dije que me gustaban los deportes de riesgo? Cuando era más joven, en mi época de universitario, daba clases aquí para sacarme un dinerillo extra.

Ahora entendía por qué le conocían en el centro de paracaidismo. Aquello sí que era una sorpresa. Por un lado, le daba seguridad que su monitor fuera alguien conocido, pero... ¿él?

Sin pedirle permiso, Josh le arrebató el arnés y se lo colocó alrededor del torso con manos hábiles, asegurándose de que quedaba bien apretado. Luego apoyó las palmas en sus hombros, presionó los dedos un par de veces para infundirle confianza y, tras darle un fugaz beso en los labios, cambió su expresión facial. Se puso serio y comenzó a hablarle en un tono directo, muy profesional.

—A partir de este momento, debes hacer todo lo que yo te diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió ella.

—Bien, así me gusta. Voy a explicarte detenidamente todos los pasos a realizar hasta que aterricemos en tierra firme. Si hay algo que no comprendes, sea lo que sea, interrúmpeme y pregunta, pero no te quedes con las dudas. ¿Entendido?

—Sí.

—Perfecto. Mira, ya llevo puesto el equipo que vamos a utilizar —dijo, señalando su espalda—. Es un paracaídas de doble arnés, preparado para soportar a dos personas. Cuando estemos en la cabina, me colocaré detrás de ti y uniré tu arnés al mío con una banda en la cintura y dos mosquetones a la altura de los hombros. Te garantizo que la seguridad es máxima —resaltó cuando ella

torció el gesto, anticipándose a sus dudas—. ¿Convencida?

—Más o menos.

—Ya verás que tus temores son infundados. Bueno, prosigo. El motor del avión genera mucho ruido; desde el mismo instante en el que el piloto lo ponga en marcha, tendremos que comunicarnos con signos. Cuando estemos llegando a la altura estipulada, te avisaré con dos golpecitos en el pecho y nos acercaremos hacia la puerta. Lo mismo haré cuando vaya a tirar de la palanca de apertura del paracaídas, después de unos cuantos segundos de caída libre. Si solo quiero llamar tu atención para algo, bastará con darte unos toques en el hombro. Tú gira la cabeza hacia mí y yo te orientaré con gestos.

—¿Tengo que ponerme en alguna posición especial para saltar?

—Ahí quería llegar. Yo seré quien dé el salto, no tú. Lo único que tienes que hacer es mantener los brazos cruzados hasta que te indique que los puedes extender.

Josh le dio unas cuantas indicaciones más y, tras constatar que había asimilado toda la información, afirmó satisfecho. Se puso el gorro, animándola a que ella hiciera lo mismo, y la llevó hasta el Cessna 182 que utilizarían para el vuelo, un monomotor con capacidad para cuatro pasajeros. Ya a los pies de la avioneta, se colocó frente a ella.

—Antes de que subamos, ¿tienes algo que decir? A excepción de unos cuantos monosílabos, has estado muy callada.

Zoe lo pensó durante unos segundos. Después, lo sorprendió agarrándole de las muñecas mientras declaraba con voz solemne:

—Pongo mi vida en tus manos. Más te vale no pifiarla.

—Todo va a salir bien, confía en mí.

En cuanto entraron en el avión, el piloto puso el motor en marcha y, en

silencio, Zoe le dio la razón a Josh: el ruido era ensordecedor, sería imposible mantener una conversación con nadie. Se fijó que el otro monitor también estaba allí, y cuando se percató de que llevaba una cámara de video entre las manos y la estaba enfocando, pensó para sus adentros: «Si me sucede algo, al menos quedarán pruebas documentales concluyentes para meterlos a todos en el trullo».

Josh se sentó en el suelo frente al instructor con las piernas abiertas y las rodillas ligeramente flexionadas. Después, le hizo un gesto a Zoe para que se colocara entre ellas, de espaldas a él. Un insignificante detalle que se le había olvidado comentar, o al menos eso esperaba ella. En cuanto llegaran a tierra firme, se iba a enterar. Perpleja, obedeció sus órdenes y se quedó quieta, a la espera de que él diera el siguiente paso. Sintió que la cogía de la cintura y la acercaba a él, tanto que su espalda chocó con el torso masculino y sus caderas quedaron apresadas entre sus fuertes muslos.

Tal y como le había explicado que haría, Josh unió su arnés al de Zoe mediante una banda en la cintura, y después enganchó sendos mosquetones a la altura de los hombros. Cuando terminó, alargó los brazos por delante de ella y le mostró el altímetro que llevaba en la muñeca derecha. El avión acababa de despegar y Zoe vio cómo las manecillas subían a una velocidad sorprendente. Intentó focalizar su atención en ese aparato para no pensar en nada más, pero la cercanía con Josh era demasiado evidente como para obviarla. Aunque los separaban capas de ropa, podía notar con claridad la dura musculatura de su pecho y una desconocida calidez que traspasaba los diferentes tejidos hasta llegar a ella. ¿O acaso ese calor provenía de su propio cuerpo?

Josh estaba deseando llegar a la altura prevista y saltar, para que así el aire frío le templara por dentro. Había estado en esa misma situación infinidad de veces y siempre había actuado con profesionalidad. Sin embargo, con Zoe era diferente. La sentía tan vulnerable, tan confiada... y tan accesible. Pero no, aquel no era ni el momento ni el lugar para dejar aflorar tales pensamientos, se reprochó a sí mismo.

Unos minutos después, llegó el momento que Zoe tanto temía. Josh le mostró de nuevo el altímetro, que marcaba ya los diez mil pies, y le hizo una señal para que se pusiera las gafas mientras el otro instructor abría la portezuela. Ella se las colocó lo mejor que pudo pero él, desde atrás, las apretó con fuerza para asegurarlas. Acto seguido, la instó para que comenzara a deslizarse hacia delante.

Zoe se quedó sin respiración cuando se encontró tan cerca del borde. Frente a ella no se veían nada más que nubes blancas, y la potencia del aire al entrar en la cabina le golpeó la cara. Si Josh no le hubiera apretado tanto las gafas, la fuerza del viento se las habría arrancado de cuajo. Recordando lo que él le había dicho que debía hacer, cruzó los brazos en torno a su pecho; afirmó las manos a los suspensores del arnés, cerró los ojos y formuló una muda plegaria: «Dios mío, que no surja ningún percance y el paracaídas se abra».

Josh la agarró de la frente y tiró de ella hacia atrás para que apoyara la cabeza en su hombro. Después, sin previo aviso, se sintió caer. Quiso gritar, pero le fue imposible porque el aire no llegaba a sus pulmones. La sensación de velocidad era brutal y le dificultaba respirar. No obstante, unos segundos después la situación se normalizó y el ahogo inicial remitió, aunque siguió boqueando en busca de oxígeno. Dos golpes en los hombros le indicaron que ya podía extender los brazos, así que los abrió al tiempo que hacía lo propio con los ojos, y lo que vio la dejó de una pieza. Le encantaban los documentales de paisajes desde el aire, siempre le habían gustado, pero aquello no se parecía ni de lejos a lo que ponían en la televisión. Simplemente, era increíble. ¡Estaba volando!

Mientras ella se aclimatava a la caída libre, Josh verificó la altitud y oteó el horizonte en busca de un punto de referencia que le permitiera mantener el rumbo y localizar el aeropuerto. Cuando lo tuvo todo controlado, aprovechó que aún quedaba tiempo para efectuar varios giros de trescientos sesenta grados a

izquierda y derecha. Después volvió a consultar el altímetro y, antes de tirar de la palanca que abriría el paracaídas, palmeó el torso de Zoe para que cruzara los brazos otra vez.

Ella notó una brusca sacudida y la impresión de que iba hacia arriba, aunque enseguida aquello se transformó en algo diferente, una sensación de flotabilidad absoluta. Ya podía respirar con relativa normalidad, así que hizo algo insólito en ella: se puso a gritar como una loca. No decía nada coherente, solo quería chillar para expulsar la tensión que había acumulado durante la caída libre. Cuando se quedó satisfecha, giró la cabeza hacia atrás y se encontró a escasos centímetros del rostro de Josh. Él mostraba una expresión tranquila, complacida, pero alzó las cejas para advertirle que se diera de nuevo la vuelta y prestara atención a todo lo que le rodeaba.

Desde aquella panorámica se podían distinguir, a ambos lados del horizonte, las joyas de la corona de los Finger Lakes, una agrupación de lagos largos y estrechos que, como su propio nombre indicaba, asemejaban dedos de agua abriéndose en el terreno. Entre las vertientes acuosas del Séneca y del Caguya, los dos más grandes entre los once que componían el conjunto total, se alzaba un bosque imponente, declarado Parque Nacional por el Estado, repleto de senderos interconectados que atravesaban quebradas y barrancos de una belleza espectacular. Y a su alrededor, verdes pastizales se extendían más allá de donde podía llegar la vista. Sin duda alguna, todo aquello resultaría una estampa impresionante a ojos de cualquiera, y para Zoe no fue una excepción.

Transcurrieron varios minutos durante los cuales ella fue absorbiendo en su interior las diferentes imágenes y sensaciones tan increíbles que estaba experimentando con aquel descenso. Allá donde mirara descubría algo nuevo que la impresionaba más que lo anterior, el paisaje se transformaba y se veía más nítido a medida que se acercaban a tierra firme, e intentaba retenerlo todo en su memoria con suma precisión para recordarlo en el futuro sin perder ningún detalle. No obstante, el miedo se volvió a apoderar de ella cuando se percató de

que estaban muy próximos a aterrizar. La impresión de velocidad en la caída se acrecentó y, aterrada, cerró los ojos, preparándose para lo que ella creía que sería una fuerte colisión contra el suelo.

El impacto fue más suave de lo que esperaba, quizás porque cayó de culo sobre Josh, quien amortiguó toda la caída. Él se mantuvo quieto bajo ella, rodeándola con los brazos, soportando el peso de su cuerpo con las piernas flexionadas, a la espera de que hiciera o dijese algo. Zoe no se movía, y la ausencia de cualquier tipo de expresión verbal le preocupó, pero más le preocupó cuando la oyó romper a sollozar. Desabrochó con pericia e inusitada rapidez los enganches que los unían, le dio la vuelta hasta dejarla de espaldas, tumbada sobre la hierba, y empezó a recorrer su cuerpo con las manos en busca de alguna lesión mientras gritaba con el rostro desencajado:

—¡Dios mío, Zoe! ¿Qué te ocurre?

## Capítulo 13

—¡Ha sido impresionante!

Zoe tenía las mejillas empapadas por el llanto, pero su sonrisa exultante y aquella exclamación tan vehemente desmentían que le hubiera sucedido algo malo. Al contrario: se sentía pletórica, emocionada, desbordante de vida, eufórica... Se estiró todo lo larga que era sobre la hierba, abrió piernas y brazos y, con la mirada clavada en el cielo azul, dejó que la brisa secase sus lágrimas mientras conectaba con la naturaleza. Él había estado en lo cierto: había sido la experiencia más alucinante de su vida. La sangre circulaba frenética por sus venas, su corazón latía a mil y su cuerpo le pedía acción. El subidón de adrenalina era tal que, incapaz de seguir más tiempo inmóvil, se incorporó, apoyándose en los codos, y se lanzó sobre Josh, que permanecía de rodillas a su lado con una expresión expectante en el rostro. Lo hizo con tanto ímpetu que ambos cayeron tumbados sobre la hierba, ella a horcajadas de él mientras colocaba las manos a ambos lados de la cabeza de Josh y lo acercaba a su boca para darle un beso demoledor. Las reservas y el pudor habían desaparecido, solo quería canalizar toda aquella energía que clamaba por salir de ella, y qué mejor forma que usarlo a él como instrumento y objetivo.

Josh no salía de su asombro. Era consciente de que el salto de iniciación ponía de manifiesto facetas ocultas que nunca antes habían salido a la luz; había presenciado arranques emotivos de todo tipo en cada nuevo principiante al que había ayudado a volar, pero parecía que Zoe había experimentado todos y cada uno de ellos al mismo tiempo. No se quejaba en absoluto por su exaltada reacción, ni mucho menos, aunque en un primer momento creyó que la experiencia no le había gustado nada o que se había hecho daño en la caída.

¡Menudo susto se había llevado!

Dispuesto a olvidar el mal trago y centrarse en la agradable e impulsiva iniciativa de Zoe, la agarró de la cintura, le estiró las piernas con los muslos y la hizo rodar hasta quedar colocado encima de ella. Respondió a aquel arranque apasionado como se merecía, se internó en su boca con una necesidad acuciante mientras recorría con las manos su sinuoso talle. Tenía unas curvas increíbles, tan seductoras que incluso con esa ropa lo estaba volviendo loco, imaginándose con todo lujo de detalles lo que se escondía bajo el mono. Cómo le gustaría arrancárselo, cómo le gustaría acariciarla sin barreras de por medio, piel con piel, tenerla desnuda y a su merced para enterrarse en ella hasta hacerle perder el sentido. Lástima que estuvieran vestidos y... lástima que tuvieran compañía, recordó con pesar. Renuente, interrumpió el beso de forma abrupta y apoyó su frente en la de Zoe mientras respiraba de forma entrecortada.

—Me encantaría continuar lo que estamos haciendo hasta que nos olvidáramos del mundo entero, pero ahora mismo esto está quedando grabado para la posteridad.

Zoe bajó de un salto brusco de su nube de felicidad y lo miró extrañada. ¿De qué estaba hablando? Por primera vez desde que pisó tierra, centró su atención en lo que la rodeaba y descubrió que, a pocos metros de donde ellos estaban, el otro instructor los enfocaba cámara en ristre. Aún no se había soltado de su propio paracaídas, que permanecía extendido a lo largo de la pradera. Pero ¿él también había saltado?

—¿Por qué nos está grabando? —fue lo único que atinó a decir.

—Quería que recordaras este momento para siempre y que pudieras hacerlo desde una perspectiva diferente a la que has guardado en tu mente.

—¿Lo ha filmado todo?

—Todo. Desde que nos montamos en la avioneta hasta este mismo instante.

—Josh hizo una seña al monitor para que dejara de grabar.

—¿Incluso la caída?

—Todo —repitió—. Se ha lanzado unos segundos después que nosotros y se ha mantenido muy cerca de nuestra trayectoria para captar cada pequeño detalle. Hemos ajustado los tiempos para que él abriera su paracaídas después que nosotros y así, con la velocidad superior de caída libre, rebasarnos para llegar antes a suelo firme y grabar nuestro aterrizaje.

—No me lo puedo creer. ¡Y no me habías dicho nada! —le acusó, al tiempo que lo golpeaba en el pecho con la mano abierta.

—¿Y para qué? Saberlo solo te habría puesto más nerviosa.

—En eso tienes razón —admitió.

—Bueno, y en conjunto, ¿qué te ha parecido la sorpresa? ¿Piensas denunciarme después de esto?

—Sabes bien que no. —Lo miró de reojo, entornando los ojos—. Sinceramente, me ha encantado. No tengo palabras para expresarlo. Ha sido... la experiencia más interesante y alocada de toda mi vida. He sentido la libertad en estado puro.

—¿Y por qué te has puesto a llorar?

—Ha sido algo incontrolado. No sé, quizá por todo el cúmulo de sensaciones que estaba experimentando al mismo tiempo, o por haber hecho uno de mis sueños realidad. Lo que sí te puedo decir es que eran lágrimas de felicidad.

—Entonces me alegro de haber sido el causante de dichas lágrimas. Pero no vuelvas a asustarme de ese modo, ¿entendido? —la recriminó en tono hosco, a la vez que la cogía de la solapa y acercaba su rostro al de ella—. A mí sí que casi me da un infarto —concluyó, uniendo sus labios en un beso corto pero intenso.

Zoe posó sus manos en el pecho de Josh y lo apartó con delicadeza.

—Gracias —dijo con voz formal.

Él recibió su escueto agradecimiento con un ligero cabeceo de aseveración. En realidad, le bastaba con eso porque la reacción original de Zoe había supuesto la mejor demostración de gratitud que podía haberle ofrecido. Además, también daba pie a hacer más interesante el resto del fin de semana. ¿Quién decía que ellos no podrían continuar más tarde lo que habían cortado hacía un momento? Aún les quedaban casi dos días con una noche de por medio, tiempo suficiente para que se les abrieran multitud de posibilidades, a cada cual más atractiva.

—Volvamos al centro. —Josh se incorporó de un salto y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Después, fue hacia el paracaídas y lo recogió hasta lograr un fardo de apariencia informe—. Si quieres darte una ducha y cambiarte de ropa, adelántate mientras yo me acerco al hangar para doblar la campana correctamente. Luego podemos comer algo en la cafetería. ¿O aún tienes el estómago encogido?

—Todo lo contrario. Si ahora me pusieran una vaca frente a mí, podría devorarla entera.

—¡Exagerada! No será para tanto —cuestionó él tras contemplar su estilizada figura—. ¿Te conformarías con unos simples bocadillos? Te prometo que esta noche te resarciré, llevándote a cenar a un sitio en condiciones. ¿Qué te parece?

—Que ya estás tardando en ponerte en marcha. ¡Vamos! —le acicateó ella con el brazo.

—¡Ja, ja, ja! Estás irreconocible. Te noto desatada, pero ¡me encanta!

Zoe se tomó su tiempo en la ducha, asimilando la experiencia que acababa de vivir. Podría calificarse de fascinante, y no solo por la mezcla de

sensaciones indescriptibles mientras volaba como un pájaro, sino además por el magnífico colofón, con ella y Josh como protagonistas. Agradecía que él le hubiera avisado de la presencia del instructor: de no haber sido así, habrían dado un espectáculo en mitad del campo.

En vez de avergonzarse, rio con regocijo. Esa nueva faceta suya con un punto de rebeldía le gustaba cada vez más.

Habían quedado en encontrarse dentro de la cafetería, así que fue allí en cuanto hubo terminado. Josh ya la estaba esperando, sentado en una mesa para dos, con una lata de cerveza en la mano. Se encontraba de espaldas a ella, pero a pesar del cambio de ropa y de que aún llevaba el cabello húmedo, lo reconoció enseguida. Se acercó por detrás y le susurró al oído:

—Como esa cerveza lleve alcohol, conduzco yo.

Josh giró el cuello y le regaló una mirada burlona.

—¿Conducir, tú? Si no sabes adónde vamos.

—Pues me lo dices y listo. Tampoco es tan difícil.

—¡Ya te gustaría! —se mofó él—. Reconozco que tu argucia para enterarte de nuestro próximo destino es muy buena, pero no cuela. Esto no lleva alcohol —le aclaró, mostrándole el recipiente—. En ese sentido soy muy responsable.

—Me parece muy bien. —«Mierda», fue lo que realmente pensó. Le había salido el tiro por la culata.

—Venga, siéntate y pide lo que quieras, aunque tampoco es que haya mucha variedad donde elegir.

Tomaron unos emparedados de jamón y queso mientras charlaban de los pormenores de su recién estrenado bautismo en las alturas. Josh le explicó que siempre era diferente, que con cada nuevo salto se descubrían detalles que antes pasaban desapercibidos. Por esa razón disfrutaba tanto lanzándose en paracaídas.

La conversación derivó a otros deportes de riesgo, en especial a los que él practicaba, e intentó convencerla para que más adelante probara alguno.

—Pero... ¡qué dices! Con uno probado ya voy servida. No entiendo cómo no te has roto ya la crisma y sigues de una sola pieza.

—Bueno... —Josh compuso un gesto pícaro. Lo había cazado.

—Espera... ¿Estás dando a entender que sí has sufrido algún accidente?

—Sí, alguno —le confesó.

—¿Alguno? En concreto, ¿cuántos?

—No te sabría decir. —Zoe abrió los ojos como platos—. Ligeras contusiones, rotura de tendones, varias dislocaciones, algún brazo roto... Cosas sin importancia. Y nada que me eche atrás a la hora de intentarlo de nuevo.

—¿Eso es lo que tú entiendes por «cosas sin importancia»? Estás chalado.

—No, solo disfruto de la vida, algo que *todos* —recalcó con intención— deberíamos hacer.

—Algún día tu acelerado modo de vida te ocasionará más de un disgusto.

—Pues mientras llegue, habrá que aprovechar, ¿no? —respondió entre risas jocosas.

—Lo dicho, majara total. Eres un caso perdido. —Zoe cabeceó con resignación.

Emprendieron la marcha unos minutos después, dado que Josh quería llegar a su destino lo más pronto posible para aprovechar el resto del día. En este caso, le informó, el viaje sería corto, poco más de media hora de trayecto. En vez de seguir el mismo camino que a la ida pero en sentido inverso, condujo hasta el pueblo de Ovid y allí tomó la ruta estatal NY 414 en dirección norte. Atravesó la localidad de Fayette y, a partir de ese punto, aprovechó que la carretera estaba desierta para pisar a fondo el acelerador. Zoe no pudo evitar recriminarle de

nuevo, medio en risas medio en serio, su marcada temeridad para todo lo que estaba relacionado con la velocidad, el riesgo y él mismo.

Al llegar a la siguiente población, Josh redujo la marcha y comenzó a prestar atención a los carteles indicativos de las calles, como si buscara una en concreto, detalle que a Zoe no le pasó desapercibido.

—¿Seneca Falls? —Volvió la vista hacia él, interrogante—. ¿Este es nuestro destino?

—Sí —afirmó con una nota de entusiasmo en la voz—. ¿Has estado aquí alguna vez?

—No, aunque he oído hablar de él. ¿Y tú?

—Solo de pasada.

—¿Has estado aquí solo de pasada o has oído hablar de él solo de pasada? —preguntó con sorna.

—Ambas cosas —concretó él—. Así que lo conoces... Veamos si eres tan lista como aparentas. Apuesto a que no sabes por qué es famoso este pueblo.

Zoe enarcó una ceja y lo retó con la mirada.

—¿Acaso lo dudas?

—Adelante, sorpréndeme.

Zoe se irguió en el asiento, envanecida.

—Aquí tuvo lugar la primera convención sobre los derechos de la mujer, el primer paso que se dio para conseguir la igualdad entre hombres y mujeres, hace ya la friolera de casi ciento cincuenta años. ¿Quieres que te diga la fecha exacta?

—¡Punto para la señorita! —exclamó Josh, concediéndole su beneplácito por tan acertada afirmación.

—La cuestión es —continuó ella, adoptando una actitud ladina—: ¿sabes tú

por qué otro hecho especial es conocido Seneca Falls?

Josh se concentró para hacer memoria, pero al cabo de unos segundos confesó en tono de derrota:

—No tengo ni idea, me has pillado. Sácame de mi ignorancia, por favor.

¡Bravo, ya era hora! Acababa de llevarlo a su terreno. Aquello empezaba a ponerse interesante, por fin iban a ser dos los competidores en el juego de los secretitos.

—¿Sabes lo que te digo? Que por ahora no pienso hacerlo. Primero debo recabar algo de información y más adelante, si me apetece, te lo contaré. O mejor todavía: te lo mostraré.

—¿Y por qué no puedes decírmelo ahora?

—Por la misma razón que tú has mantenido el misterio de lo que me tenías preparado para esta mañana. Considéralo una especie de venganza.

—Me da la extraña impresión de que estás disfrutando con esto, ¿no es así?

—Más de lo que te imaginas.

Intentó sonsacarle algo, pero Zoe se cerró en banda y no salió de sus labios una sola palabra. Siempre atento a la conducción y a las indicaciones, al fin localizó su objetivo. Desvió el todoterreno de la calzada y se introdujo en un camino de gravilla que llevaba a un pequeño solar habilitado como aparcamiento, con capacidad para no más de cinco coches. A su lado, se levantaba una imponente construcción de estilo colonial con un cartel en la entrada en el que se podía leer: «Heaven Place. Bed & Breakfast».

Con tres alturas, la última de ellas abuhardillada, más que una casa parecía una pequeña mansión de mediados del siglo XIX. En los laterales de la fachada, de ladrillo visto color crema, se apreciaban sendos miradores acristalados de disposición circular y un corredor abierto en la primera planta, y la entrada

disponía de un amplio porche cubierto, sustentado por varias columnas de granito, al que se accedía por una escalinata central.

Zoe se quedó tan absorta contemplándola que no se dio cuenta de que Josh había bajado del coche hasta que se lo encontró fuera, junto a su ventanilla.

—¿Vas a quedarte ahí toda la tarde? —le preguntó tras abrirle la puerta—. Aquí fuera hace una temperatura espléndida y puedes corretear a tus anchas para investigar todo lo que quieras —bromeó.

Zoe se apeó del vehículo sin desviar la vista de la casa mientras Josh sacaba el equipaje del maletero. Cuando terminó, se situó junto a ella y la invitó a que caminara hacia el porche.

—Espero que te guste.

—¿Me preguntas que si me gusta? ¡Es una pasada!

—Andy me la recomendó y suele tener muy buen gusto para estas cosas. Al parecer, está regentada por dos amigos suyos.

Segundos después de llamar al timbre, la puerta principal se abrió y un hombre de unos cincuenta años, vestido con un suéter de rombos y unos pantalones de pinzas color caqui, les recibió con una amplia sonrisa mientras acariciaba entre sus brazos a una preciosa gata persa de pelaje atigrado.

—¿Puedo ayudarles?

—Hola, soy Josh Carter —se presentó, aunque no le ofreció la mano porque vio que el hombre las tenía ocupadas—. Teníamos una reserva para esta noche.

—¡El amigo de Andy! Encantado de conocerte. Yo soy Malcolm. —Se dio la vuelta para dejar a la gata sobre la alfombra y les saludó como correspondía—. Pasad, pasad, estáis en vuestra casa.

Ya en el vestíbulo, les pidió que esperaran mientras iba a avisar a alguien. Al cabo de un momento, apareció del brazo de otro hombre, más o menos de su

misma edad, que llevaba puesto un florido delantal y unas manoplas de cocina.

—Hola, me llamo Charles. Perdonad que os reciba así, estaba cocinando y no he oído la puerta —se disculpó, al tiempo que se quitaba una manopla y alargaba la mano hacia ellos con simpatía—. Tú debes de ser Josh. Ayer estuve hablando con Andy por *skype* e insistió hasta la saciedad en que hiciera vuestra estancia aquí lo más agradable posible. Bienvenidos a nuestra humilde morada —agregó, pasando un brazo por la cintura de Malcolm con evidente cariño.

Se notaba de lejos que estaban muy enamorados y no tenían pudor alguno en demostrarlo. Tras las presentaciones oportunas, iniciaron una animada charla cuyo protagonista principal era su amigo en común, mientras Zoe permanecía un poco apartada a la espera de tener algo que decir. Sintió movimiento a sus pies y, al mirar, descubrió a la gata frotándose contra ella en busca de atención. Ella adoraba a los animales, así que no tuvo ningún reparo en agacharse y tomarla entre sus brazos, para después empezar a rascarla tras las orejas. La gata ronroneó complacida y los tres hombres dejaron de hablar para ver qué sucedía.

—¡Oh, *Bones*<sup>[12]</sup>, qué zalamera eres! —exclamó Charles—. Le encanta que le hagan lo que tú estás haciendo ahora mismo. Ten cuidado o ya no se separará de ti para nada.

—¿*Bones*? —preguntó Zoe con extrañeza.

—Me la encontré hurgando entre los cubos de basura cuando no tenía más de un mes de vida. Aparte de estar infestada de parásitos y con el pelaje en un estado deplorable, estaba en los huesos, de ahí su nombre. Aunque ya no puede hacer honor a él, como es obvio.

—Parece bastante dócil —señaló ella al notar que se acomodaba en sus brazos sin signos de hostilidad ante un desconocido.

—Sí, tiene un temperamento muy dulce —corroboró Charles.

Malcolm aprovechó ese inciso para alcanzar un libro de tapas negras que

estaba sobre una consola de madera de nogal tallada. Lo abrió por la página del día y, al ver lo que ponía, frunció el ceño de una forma tan evidente que todos se percataron de su gesto.

—¿Ocurre algo con la reserva? —inquirió Josh.

—No, solo que hay un punto que no me cuadra. Creo que ha habido un error al hacer la anotación. ¿Dos habitaciones? —levantó la vista para mirar paulatinamente a sus dos nuevos huéspedes, sin comprender.

Zoe y Charles, perplejos, giraron la cabeza al mismo tiempo en dirección a Malcolm, pero ella recompuso su expresión tras unos instantes de escepticismo, no así él, que se colocó las gafas que llevaba colgadas al cuello por un cordón para leer con detenimiento la entrada del registro.

—Está correcto, son dos las habitaciones que reservé —les aclaró Josh, aunque aquella afirmación era todo menos aclaratoria para ellos—. ¿Hay algún problema?

—No, no, ninguno —respondieron los dos hombres al unísono, aunque sus rostros daban a entender que había algo que se les escapaba. Sin embargo, la prudencia pudo más que la curiosidad—. Las habitaciones ya están preparadas. Si tenéis a bien seguirnos...

Malcolm, sin dejar de intercambiar miradas representativas con su pareja, cogió un par de llaveros del interior de una caja de marfil y les indicó que lo acompañaran a la primera planta mientras Zoe, renuente, dejaba a la gata en el suelo. Le habría encantado pasar algún rato más con ella. Durante el camino, su anfitrión les explicó algunos aspectos a tener en cuenta durante su estancia.

—La llave de cada juego, además de abrir la puerta de su correspondiente dormitorio, también permite el acceso a la puerta principal. Por descontado, tenéis plena libertad para entrar y salir a vuestro antojo.

—¿Y el horario de llegada? —preguntó Josh.

—Sin horarios. Como si estuvierais en vuestra propia casa. Además, hay varias salas de uso común en la planta baja. Respecto al desayuno, se sirve al estilo familiar, en una única mesa del comedor compartida para todos los huéspedes, hasta las diez de la mañana. Si queréis disfrutarlo en la intimidad de vuestros cuartos, no hay problema, pero debéis avisarlo con antelación para tenerlo preparado y poder subiros las bandejas.

Las habitaciones estaban una enfrente de la otra. Para diferenciarlas, en la puerta había una pequeña placa de metal con unas flores grabadas. La de Josh era un lirio y la de Zoe, un ramito de lavanda.

—¿Tenéis previsto algo para esta tarde? Quedan dos horas de luz, así que aún disponéis de tiempo para hacer algo de turismo por los alrededores. Si os podemos ayudar en ese sentido, solo tenéis que decirlo.

—A mí me gustaría ir al centro para visitantes de los Derechos de la Mujer. ¿Estará abierto? —preguntó Zoe.

—Si os dais prisa en instalaros, podéis llegar perfectamente antes de la última visita guiada —aseguró Malcolm—. ¿Algo más?

—Sí —contestó Josh, cruzando una mirada con Zoe—. Me han hablado muy bien de los restaurantes que hay junto a las distintas bodegas de la Ruta de los Vinos. ¿Podéis recomendarnos alguno en concreto?

—¡Cómo se os ocurre! —exclamó Malcolm con espanto—. Eso pilla muy lejos, tendríais que coger el coche y luego no podríais beber nuestros famosos caldos, algo ilógico estando donde estáis. No, nada de cenar fuera. Aquí, mejor que en cualquier otro lugar. Además, Charles es un magnífico cocinero y os preparará un menú que recordaréis durante años.

—Malcolm, cariño, no les pongas en un compromiso —le reprochó el aludido con dulzura—. Si quieren ir a otro lado...

—En absoluto —proclamó Zoe sin consultárselo antes a Josh, aunque lo

miró a la espera de su confirmación—. A no ser que ya hayas hecho otros planes, me encantaría cenar aquí.

—Como desees —aprobó él.

—¡Perfecto! Me vuelvo ahora mismo a la cocina para ponerme manos a la obra —dijo Charles, al tiempo que se alejaba hacia las escaleras—. Malcolm, ¿vienes? Necesito que me ayudes con unas cuantas cosas.

Ambos hombres desaparecieron por el pasillo, dejando un rastro de cuchicheos inaudibles pero muy esclarecedores. Con toda seguridad, iban hablando de ellos. Josh se volvió hacia Zoe.

—¿Nos vemos abajo dentro de quince minutos? ¿O necesitas más tiempo para instalarte?

—Con eso tengo de sobra —le aseguró ella, introduciendo la llave en la puerta.

Zoe entró en la habitación y, tras cerrar, apoyó la espalda en la pared mientras agachaba la cabeza. Ya no sabía qué pensar. Quizá se había creado demasiadas expectativas respecto al fin de semana, fantasías de su mente, y por eso se sentía un tanto decepcionada. Pero no, las señales habían sido muy claras, al menos hasta el momento de saber lo de los dormitorios separados. ¿Había sido por consideración hacia ella o porque no le interesaba más que una simple amistad entre ambos? Toda la determinación que había estado manifestando durante los últimos días se esfumó de un plumazo. Eso era lo malo de soñar despierta, que el despertar a la realidad se volvía más duro de asumir.

Dispuesta a no hacerse ideas preconcebidas y con la firme intención de disfrutar de lo que fuera que le deparasen las próximas horas, agarró la maleta por el asa y levantó la vista. La impresión que se llevó al ver la habitación fue más que grata. ¡Era maravillosa!

En tonos azules y blancos, estaba decorada hasta el más mínimo detalle con

un gusto exquisito. La cama de forja, las coquetas mesillas y una encantadora mecedora situada junto a la ventana, esta última enmarcada por unas delicadas cortinas de encaje con alzapauos, hacían de la estancia un lugar con mucho encanto. Zoe inspiró profundamente y notó al instante una relajante sensación de paz. El agradable aroma a lavanda que inundó sus fosas nasales procedía de unos jarrones que habían colocado sobre las mesillas. Ahora entendía el significado de la placa en la puerta, pues la flor de la lavanda se distinguía por las mismas propiedades que todo lo que aquella habitación transmitía.

Colocó el equipaje sobre el edredón, una bonita pieza fabricada a mano de motivos geométricos en color celeste. Al abrirlo, lo primero que encontró fue el vestido azul cobalto a media manga con falda *evasé* que había echado por si surgía una ocasión elegante. No pudo evitar sonreír: hasta su ropa hacía juego con la decoración. Lástima que no cenaran fuera para lucirlo como se merecía. ¿Y por qué no? Ahora solo iban a dar una vuelta, así que no necesitaba cambiarse, pero cuando volvieran subiría a ponérselo para la cena. Decidido: sacó el vestido, lo colgó de una percha y dejó preparado su neceser con cosméticos en el baño. Después, vació el resto de la maleta, se arregló un poco el peinado y salió por la puerta.

Por muy sorprendente que pareciera, llegó abajo antes que Josh. Revisó las salas comunes y, al no encontrarlo en ninguna, volvió sobre sus pasos. En el vestíbulo se cruzó con Malcolm, así que aprovechó para hacerle unas cuantas preguntas. Se le notaba bastante acelerado, pero el hombre no dudó en responder gustoso a todas sus cuestiones. Como no quería interrumpirle en lo que fuera que estuviese haciendo, tras una breve charla fue al salón y se acomodó en uno de los sofás. Mientras observaba la estancia con interés, *Bones* se acercó silenciosa y subió a sus rodillas, demandando atenciones que ella le brindó complacida.

La sala, muy amplia, tenía un zócalo perimetral de paneles de roble y las paredes empapeladas con motivos florales. Los muebles parecían antiguos y la chimenea, apagada porque la climatología aún no lo requería, proporcionaba a la

estancia un ambiente acogedor que invitaba al relax.

—No me digas que te la vas a llevar a nuestra visita.

Zoe siguió el sonido de aquella voz y descubrió a Josh junto a las puertas correderas. Esbozó una mueca ladeada, aunque se levantó al punto y depositó a la gata en el mismo lugar donde ella había estado sentada, al amparo de unos cojines.

—Para que luego digan que las mujeres siempre hacemos esperar a los hombres... —murmuró con intención al pasar junto a él.

Haciendo caso omiso a su indirecta, Josh rio por lo bajo y caminó tras ella hasta la salida. Allí tomaron rumbo al centro a paso vivo y, mientras seguían las indicaciones dadas por Malcolm, aprovecharon para ver desde fuera los diferentes monumentos y construcciones más representativas que definían a la ciudad. Sin duda alguna, Seneca Falls contaba con una gran cultura histórica, aunque no podrían empaparse de ella en aquella ocasión, dada la brevedad de su viaje.

Unos minutos después, dieron con el centro de visitantes. Antes de entrar, consultaron el horario de visitas guiadas a los diferentes edificios que componían el complejo. Por desgracia, habían llegado demasiado tarde, así que decidieron centrarse en las exposiciones que ofrecían allí mismo.

Aparte de la recepción y una tienda de regalos, en la planta baja no había mucho más que ver. Recopilaron varios folletos informativos y, antes de dirigirse hacia las escaleras, se detuvieron frente a una maravillosa colcha hecha a mano que estaba expuesta en un lugar preferente del vestíbulo. El cobertor, según indicaba la leyenda al pie del marco, había sido realizado por mujeres *amish*, comunidad etnorreligiosa que llevaba décadas fuertemente asentada en todo el condado. Tras admirar su indiscutible belleza, comenzaron a subir a la primera planta, y una gran variedad de fotos expuestas en la pared lateral como homenaje a la mujer les fueron introduciendo en la temática del lugar. Ya arriba, una

estatua de terracota a tamaño natural de *Sojourner Truth*<sup>[13]</sup> les dio la bienvenida a la primera exposición con una de sus frases más emblemáticas: *¿Acaso no soy una mujer?*

A partir de ese momento, Zoe no dejó de ir de un lado a otro, observando y leyendo todo lo que se exhibía sobre la historia de las mujeres a lo largo del tiempo, mientras Josh permanecía junto a ella en un segundo plano, permitiéndole disfrutar de la visita a su antojo. Se la veía muy interesada y, en ciertos aspectos, emocionada. Él asumió que aquello no era precisamente lo que tenía pensado para la tarde del sábado, pero solo con ver su rostro resplandecer merecía la pena el cambio de planes.

Casi una hora después, uno de los supervisores se acercó a ellos para informarles de que el centro estaba a punto de cerrar sus puertas al público. Tras abandonar el recinto, decidieron regresar a su lugar de alojamiento bordeando los márgenes del lago Van Cleef.

Cuando ya estaban a medio camino, Zoe se volvió hacia Josh y le pidió que pararan unos minutos para contemplar el paisaje. Él aceptó y ambos se sentaron en el césped, con la mirada clavada en la fina línea que separaba las tranquilas aguas con la lejanía. El cielo, parcialmente cubierto de nubes, adquiría tonos rojizos y violáceos que hacían de la vista una estampa impresionante. Una bandada de aves migratorias descendió de los aires para posarse en la orilla del lago, a pocos metros de donde estaban sentados, a fin de buscar un refugio donde pasar la noche.

Ella dobló las rodillas y se abrazó las piernas al tiempo que suspiraba. La paz que reinaba en aquel lugar era algo que no estaba acostumbrada a experimentar, pero también era una de las razones más importantes por las que se había decantado por la rama medioambiental en el mundo de la abogacía.

—¿Relajada? —Josh rompió el silencio. Ella afirmó con un gesto—. Me alegro.

—Mira el horizonte. ¿Hace cuánto que no ves algo así? Solo nos preocupamos por las prisas, por evolucionar y por construir grandes cosas, algunas verdaderas monstruosidades; no nos damos cuenta de que lo más grandioso ya ha sido construido, a pesar de tenerlo delante de nuestras narices. Con nuestra actitud, lo estamos destruyendo poco a poco.

Josh no la rebatió, a pesar de que él era uno de los responsables de aquella degradación. Al contrario: le dio algo en qué pensar.

Esperaron hasta que el sol se ocultó por completo y el firmamento comenzó a iluminarse con las primeras estrellas. Entonces él se puso en movimiento.

—Se nos está haciendo tarde. ¿Volvemos a la casa?

—¿No podríamos quedarnos aquí para siempre? —sugirió Zoe.

—Podríamos, pero nos esperan con la cena preparada. ¿Serías capaz de hacer ese desaire a nuestros anfitriones?

Josh estaba en lo cierto. Aquella pareja había sido demasiado amable con ellos como para responderles con una grosería de ese calibre. No obstante, se incorporó del suelo un tanto desilusionada. Le habría gustado quedarse allí tumbada, contemplando las estrellas y respirando el aire puro, durante toda la noche.

—Prométeme que luego saldremos de nuevo.

—Claro que sí.

Nada más llegar al hospedaje, Zoe subió a su habitación para cambiarse. Media hora más tarde ya estaba preparada, y entraba en el comedor con un aspecto muy diferente al que había lucido durante todo el día. Aparte de ponerse el vestido azul, se había arreglado el cabello, dejándose la melena suelta sobre los hombros, y se había aplicado un ligero maquillaje que favorecía mucho sus facciones. Para completar el atuendo, llevaba en sus manos una chaqueta de punto que le vendría muy bien cuando salieran a pasear tras la cena, tal y como

Josh le había prometido.

La mesa ya estaba ocupada por algunos comensales, pero ninguno de ellos era Josh. Le extrañó no encontrarlo allí. ¿Aún no habría bajado? Le pareció excesivo que, en un mismo día, la hiciera esperar dos veces. Parada allí de pie, se planteó sentarse o ir a buscarlo. Quizás estuviera en el salón, aunque había pasado junto a las puertas correderas hacía un momento y no lo había visto.

Al darse la vuelta casi chocó con Charles, que llevaba una bandeja repleta de deliciosos aperitivos. Los buenos reflejos del hombre evitaron que la comida se echara a perder.

—¿Qué haces aquí, querida?

—Esperar a Josh —fue su obvia respuesta.

—Pero él no...

—¡Ah, ya estás lista! Encantadora, por cierto —comentó Malcolm, quien en ese instante entraba en el comedor—. Ven conmigo.

—Pero... —Zoe se quedó bloqueada, sin saber qué hacer. Él se giró y la instó a que se diera prisa. Dubitativa, ella lo siguió. Cuando llegaron al fondo del pasillo, Malcolm se puso a un lado, abrió una puerta y le indicó con la mano que pasara.

—Tu mesa está preparada.

No esperaba encontrarse lo que se encontró tras cruzar el vano. Contra todo pronóstico, al otro lado no había una habitación. Acababa de salir al jardín, pero uno muy especial. De reducidas dimensiones, se notaba que había sido primorosamente cuidado por una mano solícita. Sobre los muros de mampostería que rodeaban el contorno, varios farolillos alumbraban la noche con sus llamas titilantes. Un brocal de piedra para pozo, situado en un lateral, simulaba expulsar de su interior pequeñas llamaradas de fuego. La temperatura exterior era muy agradable, demasiado cálida para el mes de octubre, aunque la verdadera fuente

de calor provenía de una estufa de gas para exteriores que habían colocado en la otra esquina del patio.

En mitad del jardín, sobre una superficie adoquinada con forma circular, se hallaba dispuesta una mesa para dos, iluminada tan solo por un par de velas que sobresalían de un buqué de flores frescas ubicado en el centro. La vajilla blanca con filigranas doradas y una reluciente cristalería destacaban sobre la mantelería de color burdeos que cubría la mesa. Y allí, sentado en una de las sillas, estaba Josh, contemplando su expresión de embeleso con una penetrante mirada.

—Espero que te guste.

—Me encanta. Gracias.

—El mérito no es mío —confesó él—. Agradéceselo a ellos dos.

Zoe se volvió y vio a Malcolm y a Charles junto a la puerta, cogidos de la mano con una sonrisa boba en el rostro y los ojos brillantes de emoción. Ella les correspondió lanzándoles un beso al aire, que ambos aceptaron entusiasmados. Josh se levantó y la invitó a que tomara asiento. Retiró la silla hacia atrás y, mientras ella ocupaba su sitio, acarició sus oídos con un susurro:

—Estás preciosa.

La cena, enmarcada en un ambiente íntimo y tranquilo, resultó deliciosa. El menú consistió en unos entrantes variados y, como plato principal, unas truchas asalmonadas acompañadas por una guarnición de milhojas de patata, todo ello regado con un exquisito vino de la zona. Charles, aparte de ser un excelente cocinero, tal y como demostró sobradamente, era un gran aficionado a la pesca y proveía él mismo su cocina con los mejores pescados procedentes del cercano lago Van Cleef.

Entre plato y plato, la conversación entre Zoe y Josh transcurrió de forma distendida. El bucólico escenario creado a su alrededor invitaba a las confidencias, así que ambos tuvieron la oportunidad de charlar largo y tendido

de un modo más personal. Sus respectivas vidas y las ambiciones que los impulsaban a cada uno eran distintas, pero a ninguno les extrañó que, a pesar de dichas diferencias, hubieran conectado tan bien.

—¿Estás disfrutando del fin de semana? —Josh, cambiando de tema, acercó su mano a la de Zoe para acariciarle el envés de la muñeca. Ella notó una corriente eléctrica que le atravesó el brazo, olvidando por un momento la pregunta que acababa de formularle. Se sentía muy a gusto a su lado, pero cuando la tocaba... dejaba de pensar.

—Más de lo que imaginas. Este lugar es increíble —expuso con expresión extasiada mientras recorría el jardín con la vista.

Él encerró su muñeca entre los dedos y se incorporó de su silla, invitándola a que lo siguiera.

—¿Damos ese paseo que teníamos pendiente? —le propuso a media voz.

—Por supuesto. Ya creía que te habías olvidado de tu promesa.

En realidad, lo que Josh buscaba era quedarse a solas con Zoe, sin mesas de por medio. Durante toda la cena le había estado provocando, aunque de modo inconsciente, con cada uno de sus gestos: su risa cantarina, el movimiento de cuello y manos al expresar sus emociones mientras hablaba, la forma tan pecaminosa de introducirse el tenedor en la boca..., y lo último fue cuando el sirope de arce del postre que compartieron resbaló por la comisura de sus labios. Tuvo que hacer enormes esfuerzos para no levantarse y probar él mismo aquella delicia. Sí, definitivamente necesitaba acortar distancias con ella, y lo necesitaba ya.

No perdió el tiempo con falsos recatos. En cuanto pisaron la calle, tomó a Zoe de la cintura y la atrajo hacia él para caminar lo más cercano posible a su cuerpo. No obstante, fue ella quien guio los pasos que les llevaron a recorrer las proximidades del lago hasta llegar al estrecho que, transformado en brazo

fluvial, serpenteaba en forma de río los límites de la ciudad. Josh no iba pendiente del trayecto, solo prestaba atención al embriagador aroma del perfume de Zoe, que llegaba hasta él cada vez que la brisa decidía hacer acto de presencia.

Ella detuvo la marcha a mitad de un puente y, atrevida, se giró hasta quedarse frente a él, con las manos apoyadas en sus hombros y el pecho pegado a su torso.

—¿Recuerdas la pregunta que te hice esta tarde?

—¿Cuál de todas ellas? —bromeó Josh, aunque en ese momento no podía recordar ninguna. Tenía entre manos algo mucho mejor en que pensar—. No has dejado de interrogarme desde que salimos de Nueva York.

—No seas tonto, sabes a cuál me refiero, pero te refrescaré la memoria. ¿Por qué otro motivo es conocido Seneca Falls? —Como él negó con la cabeza, Zoe declaró—: Mira a tu alrededor.

Josh miró a ambos lados de la calle y volvió a clavar los ojos en su rostro.

—No tengo ni idea —afirmó muy serio.

—¿De verdad no te dice nada este puente?

Él alzó la vista a la estructura bajo la que se habían quedado parados y la estudió durante unos segundos.

—Yo no le veo nada en especial. A no ser que te refieras a su estilo arquitectónico, que está construido con perfiles roblonados, algo típico en estructuras metálicas de finales del XIX y principios del XX. Por lo demás, no sé qué más puede tener para llamar tu atención. ¿Acaso hay campanillas escondidas en algún lado? —fingió buscarlas con una mueca de interés.

Zoe no podía creérselo.

—¿En serio no has visto *¡Qué bello es vivir!*? ¿No sabes que su director,

Frank Capra, se inspiró en esta ciudad para ambientar la película, y en este puente en concreto para una de sus escenas más memorables, cuando el protagonista se lanza al río a fin de salvar a su ángel de la guarda? —La mueca de Josh se convirtió en un amago de sonrisa y ella explotó—: Espera... ¡Te estás quedando conmigo! —Ahora entendía su irónico comentario sobre las campanillas—. ¡Lo sabías desde el principio y me has estado tomando el pelo todo este tiempo!

—Claro que lo sabía. —Rompió a reír a carcajadas y ella torció el gesto—. Pero me ha resultado muy placentero apreciar la satisfacción que te suponía conocer algo que, en apariencia, yo ignoraba. Adoro tus arranques de exaltación, como el de esta misma mañana.

Zoe farfulló improperios hasta quedarse a gusto. ¿Quería un arranque de exaltación? Pues muy bien, lo tendría. A decir verdad, hacía horas que deseaba repetirlo. Sin previo aviso, le rodeó el cuello con los brazos y asaltó su boca en busca de resarcimiento, llevada por un ansia impropia de ella.

Josh la recibió con igual ardor, aceptando aquellos labios jugosos y tentadores que le estaban volviendo loco. Su primera intención había sido iniciar el plan de seducción poco a poco, besarla lentamente y explorar con calma su interior hasta que el deseo los transportara a un nivel superior. Lejos de hacerlo, sus lenguas se entrelazaron en una danza turbulenta que les robó a ambos el aliento.

Paso a paso, llevado por la excitación que le estaba provocando, fue empujándola hasta que la espalda de Zoe chocó con el perfil de una de las cerchas del puente. Ella había enterrado los dedos en su cabello, y con ellos guio su cabeza hasta conseguir una posición más placentera para profundizar el beso. Él quería tocarla, acariciarla, descubrir la suave piel que se escondía bajo aquel vestido. Afianzando una mano en su cintura, descendió la otra hasta la parte posterior de su rodilla y rebasó el dobladillo de la falda, para después internar los

dedos hasta alcanzar el muslo. Con una lentitud desquiciante, subió milímetro a milímetro hasta toparse, a medio camino, con la blanda elástica de sus medias. Se detuvo para perfilar los límites de la seda con la piel; suave como el satén, aquel tacto exquisito provocó en su polla una fuerte sacudida. Azuzado por el intenso despertar de su apetito, reanudó el recorrido mientras ambos seguían besándose con desesperación, no sin antes cerciorarse de que la silueta de Zoe quedaba oculta en una zona de penumbra situada entre dos farolas.

Cuando llegó al comienzo de las nalgas, extendió la mano y recorrió la delicada curvatura en círculos ascendentes y descendentes hasta alcanzar el contorno de la cadera. Desvió sus caricias hacia un lateral y encontró la unión entre sus piernas, cubierta por una delicada prenda de lencería. Estaba mojada, muy mojada, y aquello fue lo que le incitó a continuar, como también le incitó hasta extremos insospechados que ella le ofreciera sus caderas y alzara una rodilla para facilitarle el acceso. Una y otra vez, ahuecó la palma sobre la fina tela al tiempo que sus dedos rozaban con toques sutiles la cara interior de sus muslos, provocando en ella entrecortados jadeos de placer.

Josh buscó el borde superior de las bragas y se zambulló en su interior. Llevó su mano hasta el origen de la humedad y, con lentas pasadas, la balanceó arriba y abajo mientras su dedo corazón presionaba sobre el punto más caliente de Zoe. La humedad se intensificó y los labios vaginales se fueron abriendo hasta que la yema topó con la entrada de su sexo.

El cuerpo de Zoe temblaba bajo el suyo; notó que ella apoyaba las manos sobre sus hombros y le acicateaba para que incrementase los movimientos. Solícito, introdujo un dedo en la caliente abertura, que lo recibió con facilidad, invitando a que un segundo y un tercero lo acompañaran en su trayecto. Los dedos entraron y salieron, imitando el acto amoroso, al tiempo que el pulgar oprimía el punto sensible que llevó a Zoe a derretirse entre sus brazos. Los jadeos de ella adquirieron mayor intensidad, pero él los silenció con un beso abrasador mientras la llevaba hasta la cumbre. Cuando sintió su liberación, la

acogió en un fuerte abrazo y, enajenado, giró la cabeza en ambas direcciones. A excepción de algún coche aislado que no podía verlos desde la perspectiva donde estaban situados, no había pasado nadie más por allí cerca. La calle estaba desierta, pero ese pensamiento no lo reconfortó. Aquello era un sitio público y él estaba a punto de cometer una locura.

## Capítulo 14

Josh miró a Zoe con los ojos turbios de deseo. Ella tenía el rostro arrebolado y unas gotas de algo húmedo hacían brillar sus mejillas. Creyendo que eran lágrimas, acercó la mano para barrerlas con el pulgar, pero en su estela se fueron depositando nuevas partículas de agua. En ese momento, el cielo comenzó a descargar con furia. La lluvia lo había salvado... o lo había condenado.

—Volvamos al hotel. ¡Ahora! —No esperó a que Zoe recuperara el aliento tras el intenso orgasmo que acababa de experimentar. Se quitó la chaqueta con rapidez, le cubrió la cabeza con ella y, asiéndola de la cintura, la instó a correr a su lado. Debían llegar cuanto antes para no acabar empapados y... para acabar lo que habían comenzado.

Menos de cinco minutos después y sin despegarse de ella, abrió la puerta principal con la llave que llevaba preparada en la mano desde que visualizó la casa a lo lejos. Subieron las escaleras a buen paso y solo se detuvieron cuando ya estaban frente a las puertas de sus respectivos dormitorios.

Josh arrinconó a Zoe contra la pared y la besó con ferocidad, al tiempo que colocaba las manos en sus rodillas para reanudar el camino de ascenso por debajo del vestido. El agua había enfriado sus ropas, pero no el ardor que sentían en su interior. Sus cuerpos, húmedos por la lluvia, estaban al borde de la combustión.

—¿Dónde? —atinó a decir ella cuando él abandonó su boca para lamerle el cuello con lentas y abrasadoras pasadas.

—En la mía.

Josh abrió su habitación sin dejar de acariciarla. Cerró la puerta de una

patada y tiró el llavero al suelo mientras arrastraba a Zoe hacia la cama. Cuando las piernas de ella tocaron el borde, él se apartó lo mínimo imprescindible para despojarse del jersey y descalzarse. Sus dedos retornaron a la parte inferior del vestido y, arrastrando la tela hacia arriba con deliberada lentitud, embebiéndose de cada nueva porción de piel que dejaba al descubierto, rebasó piernas, abdomen y busto hasta quitárselo por la cabeza. Lo lanzó sobre una silla y dio un paso atrás para contemplarla a placer.

—No sabes cuánto he esperado para disfrutar de esta imagen. Durante semanas he fantaseado con la idea de tenerte así, medio desnuda, dispuesta para mí. Y esto es aún mejor de lo que mi mente imaginaba.

Si hubiera sabido que ella deseaba lo mismo desde la noche que se conocieron, no habría perdido el tiempo con estúpidas actividades de ocio. Zoe era consciente de lo que implicaría aquel fin de semana junto a él, había esperado su llegada con gran expectativa, y ahora que por fin veía cumplidas sus aspiraciones, se aferró a ese momento con ahínco, decidida a no desaprovechar ni un minuto del tiempo que compartieran. Había despertado en ella algo que jamás creyó poseer, algo que nadie más había conseguido sacar a la luz: su faceta libidinosa.

—Déjame tocarte —ronroneó ella, alargando el brazo.

Con expresión fascinada, delineó sus abdominales uno a uno, la vista clavada en aquella línea de fino vello rubio que, más allá del ombligo, se oscurecía hasta esconderse bajo la cinturilla de los vaqueros. Al advertir que el importante bulto que marcaba la entrepierna se tensaba de forma significativa, sus ojos llamearon codiciosos.

—Fin del descanso —sentenció él con voz áspera.

La aferró firmemente del trasero para atraerla hacia su pelvis hasta que las caderas de Zoe quedaron pegadas a las suyas, mostrándole de una forma gráfica lo que ella había provocado. Aquella mirada de pura lascivia que le acababa de

obsequiar era lo más erótico que había visto en su vida, había conseguido en un solo segundo ponerlo más duro de lo que jamás había estado. Si no se hundía en ella pronto, acabaría trastornado, aunque se obligó a sí mismo a ir despacio.

Llevó una mano a su nuca y desde allí descendió a lo largo de la columna, lánguida pero implacablemente, arrasando su piel con ardientes caricias. Ella reaccionó echando la cabeza hacia atrás, regalándole así una gloriosa visión de su anatomía. Josh aceptó gustoso aquel presente y acercó su boca hambrienta hasta el desfiladero entre sus pechos, al tiempo que la mano en su espalda llegaba a la barrera del cierre del sujetador. Desabrochó el enganche con una habilidad magistral, haciendo uso tan solo del índice y del pulgar, mientras su lengua, frenética, recorría el contorno del busto por encima del encaje. Le bajó los tirantes de los hombros y, ayudado por los dientes, liberó los senos de su prisión, que se alzaron orgullosos. Los pezones se endurecieron al contacto con el aire y Josh atrapó uno entre sus labios. Lo mordisqueó, lamió y succionó mientras notaba que ella temblaba de excitación, para después hacer lo propio con el otro.

Un único dedo en la espalda de Zoe continuaba su avance en busca de nuevos descubrimientos, hasta que se internó en la hendidura de las nalgas por debajo de la seda de las bragas. Delineó el camino una y otra vez, arriba y abajo, ampliando el recorrido hasta que encontró de nuevo la fuente de su caliente humedad. Ella, a pesar de que casi no podía sostenerse en pie por la magnitud del placer que estaba experimentando, le correspondió abriendo las piernas para facilitarle un mejor acceso, pero él apartó su mano hasta abandonar el cobijo de la lencería.

Sin más preámbulos, la despojó de ese último pedazo de tela que interfería en sus planes más inmediatos y la tumbó boca arriba sobre la colcha. A continuación, le separó las rodillas para dejarla completamente expuesta; su mano inició un desquiciante trayecto descendente, desde el valle de sus pechos hacia el vientre contraído, que culminó con la llegada al monte de Venus. Trazó

unos cuantos círculos con la palma y después ahuecó los dedos.

—Mojada y abierta para mí —gruñó él con marcado deleite—. Eres consciente de que no puedo aguantar mucho más, ¿verdad? Si no hubiera sido por esa lluvia providencial en el puente, te habría follado allí mismo. Pero aquí será mejor, ya que te haré el amor lentamente, saborearé cada pequeño rincón de tu delicioso cuerpo sin temor a que nadie nos vea. Porque te aseguro que oírnos, sí que nos oirán. Tengo toda la intención de hacerte gritar hasta el éxtasis.

La vagina de Zoe se convulsionó por las perspectivas que auguraban aquella afirmación. Ella también necesitaba tenerlo dentro, sentir que irrumpía en su sexo caliente y la llenaba hasta hacerle perder el sentido. Dispuesta a ponerle remedio de forma inminente, elevó las caderas para que su pubis entrara de nuevo en contacto con la mano de Josh, mientras que las suyas agarraban la cinturilla de los vaqueros. Desabotonó la bragueta y tiró hacia abajo, arrastrando los *bóxers* negros a su paso. El miembro hinchado se alzó en toda su longitud, libre ya de cualquier obstáculo. Con actitud osada, Zoe acercó su dedo índice hasta la cabeza del glande, recogió una gota de líquido preseminal que brillaba solitaria y se la llevó a la boca con glotonería.

—Eso lo dejaremos para más tarde. Ahora... —Josh se incorporó de la cama para mirarla con ávida anticipación, no sin antes barrer con la lengua, de una sola pasada, la inflamada abertura de Zoe— presumo que no has traído el bolso que te dije. ¿Cierto?

—Está en mi habitación —consiguió boquear ella—. Puedo ir a buscarlo. Creí que no llegaría a utilizar su contenido después de... lo de las dos reservas. —«Tonta, tonta y mil veces tonta», se regañó a sí misma. «¿Y si ya no...?».

—Ilusa —rio él, al tiempo que se estiraba para abrir el primer cajón de una de las mesillas—. No pienso dejar que te muevas de debajo de mí. Ya no.

Sacó una caja de preservativos, cogió uno y se lo puso a una velocidad sorprendente. Volvió a situarse junto a Zoe para capturar su boca, profundizando

un beso largo y sensual que encendió las compuertas de la pasión. Acarició el contorno de su figura, silueteando las curvas de mujer hasta llegar a las piernas, que se enredaron en torno a su cintura y lo atrajeron hacia ella, incitándolo a enterrarse en su interior. Tanteó la entrada de su vagina con la punta del pene y, tras fijar su vista en ella, la penetró de una sola embestida.

Zoe clavó las uñas en la espalda de Josh y se arqueó, recibéndolo en sus entrañas junto con una oleada de placer brutal, aunque algo más profundo le llevó también a clavar los ojos en los de él, que la observaban con una intensidad extraña, mezcla de lujuria y confusión. Ambos se quedaron quietos, sorprendidos por una virulenta sacudida, con la inexplicable percepción de que al fin estaban conectados más allá de lo que sus cuerpos manifestaban a través de aquella unión.

Tras ese primer desconcierto, iniciaron una danza de cadencia acompasada, en la que Josh se hundía en ella, presa de un ímpetu arrollador, al tiempo que Zoe reclamaba nuevos embates con una notoria fogosidad. Sentirlo en su interior mientras la llenaba con su poderosa masculinidad había activado los engranajes de una sensualidad oculta, así que lejos de contener las emociones que fluían descontroladas por sus venas, volvió a lanzarse en paracaídas y permitió que su cuerpo respondiera a dichas sensaciones sin reserva alguna. Aferrándose a las nalgas de Josh, lo increpó a que profundizara la penetración a la vez que ella contraía los músculos vaginales. Aquello originó una reacción en cadena: él intensificó las acometidas, su miembro se engrosó al notar la dulce presión que lo rodeaba y ella se convulsionó, suscitando una serie de movimientos voluptuosos que incrementaron el enardecimiento de sus sentidos.

Ambos jadeaban sin control, próximos a alcanzar el éxtasis en aquella posición pero, sorprendentemente, Josh giró sobre sí mismo y la arrastró con él. Recibió una vehemente queja por su imprevisto abandono cuando se retiró de ella, aunque obvió sus protestas y la obligó a que le diera la espalda, orientándola de perfil, apoyada en su cadera. Colocó una mano en la parte

interior de su rodilla, le alzó la pierna que no tocaba la cama y se internó de nuevo en ella con renovado brío.

Estimuló zonas erógenas que nunca habían sido exploradas, la llevó por una senda de interminables altibajos, haciéndole rozar el cielo con los dedos para después caer, una y otra vez, hasta que los gemidos de Zoe se tornaron más apremiantes y agitados, hasta que él sintió que su propia liberación estaba próxima. Entonces volvió a salir de ella, la tumbó bajo su cuerpo y, con los dientes apretados y el semblante contraído, barbotó:

—Quiero ver tu rostro cuando te corras junto a mí.

Por toda respuesta, Zoe buscó su boca con una necesidad acuciante mientras lo acogía en su interior, ahogando una exclamación que se perdió entre sus trémulos labios. Enajenados, comenzaron un ritmo endiablado de movimientos que fue aumentando en intensidad, entregándose a la urgencia de alcanzar la cúspide de las sensaciones, el uno junto al otro. Entre espasmos incontrolados, Josh buscó las manos de Zoe, que se aferraban a las sábanas con desesperación, perdida ya toda cordura. Entrelazó los dedos con los suyos y, tras una última y potente embestida, ambos gritaron al unísono, al tiempo que sus cuerpos se abandonaban a la consecución de un clímax que los transportó más allá de la realidad.

La mañana los encontró exhaustos, sus cuerpos desnudos enredados bajo la arrugada ropa de cama que hablaba de una larga noche entregados a la pasión. Josh abrió los ojos y se descubrió abrazado a un talle tibio que permanecía de espaldas a él. La piel cremosa destacaba en contraste con la sábana color borgoña que apenas ocultaba el inicio de las nalgas, proporcionando una interesante visual de la estilizada figura de Zoe, tan seductora que le animó a acercar poco a poco la mano hasta la tentadora curvatura de su cuello. Su

respiración pausada indicaba que estaba profundamente dormida, así que las yemas de sus dedos rozaron la piel sedosa con infinito cuidado, un leve contacto que fue más que suficiente para excitarlo. A pesar de la sesión maratónica de sexo que habían compartido horas atrás, aún no se había saciado de ella, y una voz interior le decía que no lo haría en mucho tiempo. Algo extraño en él, jugador aventajado en el arte de la seducción, porque cuando al fin conseguía su propósito con la dama de turno, el juego perdía interés para él. En esta ocasión no había sucedido así; al contrario, quería más, y esa sensación de afán desmedido lo desconcertaba. ¿Estaría comenzando a sentir algo por ella?

Sus dedos vagaron por los omóplatos y ella se revolvió entre sueños, acercándose de forma inconsciente a él mientras murmuraba algo ininteligible. Bajo las sábanas, el curvilíneo trasero se pegó a la pelvis de Josh y su miembro respondió de una forma bastante evidente. Tras reprimir un suspiro de resignación, alargó el brazo libre hacia la mesita de noche y consultó su reloj: las diez menos cuarto. Debería despertarla ya, antes de que se les pasara la hora del desayuno.

Pero ¿a quién pretendía engañar? En realidad, quería hacerlo para continuar lo que ella, aun sin saberlo, había despertado. Como un reclamo, Zoe se dio la vuelta y lo agarró por la cintura. Sus rostros quedaron frente a frente, tan cerca el uno del otro que el aliento de Josh, agitado por el deseo, hizo oscilar las largas pestañas de ella en una cálida brisa. Sus párpados temblaron unos instantes para, a continuación, abrirse y dejar a la vista unas somnolientas pupilas azules.

—Buenos días —musitó ella, adormilada.

—Buenos días. —Su pene erecto también la saludó, alzándose triunfante en una caricia a lo largo del bajo vientre. Zoe abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa y él sonrió de medio lado, negándose a formular una disculpa por algo que ella misma había provocado—. Iba a dejarte seguir durmiendo, pero tu cercanía no ha sido de gran ayuda. Cúlplate a ti misma —agregó con voz ronca,

colocándose encima de ella.

—Mmm... ¿Qué hora es?

—La hora de despertar como mereces. Anoche nos quedaron varias cosas pendientes por probar. ¿Preparada para una nueva sesión?

—¿Tú qué crees? —respondió risueña, al tiempo que enroscaba las piernas alrededor de sus caderas para atraerlo hacia ella.

—Se nos va a hacer tarde para desayunar, pero te prometo que te compensaré.

—Eso espero, porque estoy hambrienta... de ti.

—No me valen las palabras: tendrás que demostrármelo.

Unos ligeros golpes en la puerta interrumpieron su erótica exposición. Josh bufó contrariado, pero no se despegó de entre sus piernas.

—Yo no he oído nada. ¿Y tú? —la pregunta se perdió en el hueco de la clavícula de Zoe cuando acercó su boca para lamer esa porción de piel tan sensible.

Lo había descubierto la noche anterior: el contacto de su lengua en aquella zona concreta le había hecho vibrar enfebrecida, había hallado uno de sus puntos más erógenos y tenía toda la intención de utilizar esa ventaja a su antojo. Ella se arqueó bajo su cuerpo y le clavó las uñas en la espalda, aunque aún tuvo la fuerza de voluntad para decir:

—Cuanto antes abras la puerta y veas qué ocurre, antes podremos reanudar nuestra *conversación*. —Le dio un cachete en las nalgas y se apartó, increpándole entre risas a que respondiera a la llamada.

—No se te ocurra moverte —le advirtió muy serio, acercando el dedo índice a su cara para posarlo unas cuantas veces en su nariz en señal de aviso—. Ahora mismo vuelvo.

Josh le dio un ardiente beso que auguraba miles de promesas antes de incorporarse. Ella se tapó con la sábana hasta la barbilla y, con el rostro ladeado, disfrutó de la vista, admirando aquel culito prieto y cómo se tensaban los músculos de su dorso desnudo mientras se inclinaba para recoger los *bóxers*; ella se relamió los labios, sabedora de que, al menos durante ese fin de semana, aquel cuerpo increíble era solo suyo.

Desde la perspectiva que le proporcionaba la cama, vio cómo abría la puerta y oteaba a ambos lados del pasillo exterior. Tras unos segundos de incertidumbre, se agachó y tomó algo grande entre sus manos.

—Puede que, después de todo, sí que desayunemos como Dios manda — comentó él, al tiempo que se acercaba con una enorme bandeja.

—¿Y esto? —Zoe dio un salto en la cama, se puso de rodillas y la sábana que la tapaba cayó olvidada, mostrando gloriosa la parte superior de su cuerpo.

Las manos de Josh temblaron al contemplar su desnudez y a punto de estuvo de derramar el contenido que llevaba entre ellas. Él quería algo más que simple alimento: quería aquello que se le mostraba sin pudor alguno. La quería a ella.

—No sé, debe de haber sido idea de la parejita que regenta esta casa.

—Pero dejaron claro que había que avisar con antelación si queríamos disfrutar del desayuno en la habitación. —Zoe lo miró con los ojos entornados y balbuceó—: Tú... ya sabías que esto iba a pasar, ¿verdad?

—¿Acaso tú no? —rio él—. Aunque tengo que confesarte que no se me ocurrió pensar en este detalle. Quizás nos vieran llegar anoche de aquella forma tan atropellada o... tal vez te oyeran gritar unos minutos después.

—¿Cómo te atreves? —le increpó con fingido enojo, momentos antes de que un almohadón saliera volando en dirección a Josh, aunque él lo esquivó con facilidad—. Ambos hicimos el mismo ruido, ¿o es que no lo recuerdas?

—Por supuesto que lo recuerdo, no he dejado de pensar en ello desde que he

abierto los ojos y te he visto desnuda a mi lado —se defendió él, lanzándole una mirada de depredador.

Josh colocó la bandeja sobre la cama y se sentó al lado de Zoe. El servicio estaba preparado para dos, con sendas tazas de café, zumo de naranja, una selección de panecillos recién horneados y algo más, que estaba convenientemente tapado con un cubreplatos de metal. Ella lo levantó con curiosidad mal disimulada y se llevó una mano a la boca para ahogar una exclamación de satisfacción.

—¡Tostadas francesas! ¡Y tienen una pinta estupenda!

No se podía negar que Charles era un gran cocinero y, a la vista estaba, que tenía un gran gusto por el detalle. Las tostadas francesas, aparte de oler deliciosamente bien, habían sido adornadas con unas fresas a modo de estrella, varios arándanos rojos y negros y un glaseado de azúcar. A pesar de que le daba pena destrozar aquella obra de arte, pinchó una porción y comenzó a comer con gran apetito, mientras Josh se la comía a ella con los ojos.

Aquella situación le resultaba novedosa: estaba acostumbrado a salir con féminas que hacían lo que estuviera en su mano para cuidar la línea, incluso renegar de la comida. Todas, sin excepción, se asemejaban más a un insecto palo que a una mujer en el completo sentido de la palabra, y él había llegado a pensar que ese era el prototipo de chica que le gustaba, tal y como le había apuntado Bonnie hacía unos días. Pero Zoe había roto todos sus esquemas. Recordar sus insinuantes curvas le estaba provocando una erección muy dolorosa, demasiado intensa para poder soportarlo sin hacer nada.

—¿Tú no comes?

—Estoy reservándome para el postre. —Ella detuvo el tenedor a medio camino de su boca y tragó saliva—. Además, prefiero que seas tú la que reponga fuerzas. Créeme que las vas a necesitar, así que termina rápido.

—¡Serás presuntuoso! —Zoe dio un sorbo a su zumo de naranja y, por primera vez desde que se despertó, apartó la vista de Josh para prestar atención al dormitorio, aunque en realidad lo hizo para evitar que viera el sonrojo de sus mejillas.

La luz de la mañana se filtraba a través de la vidriera emplomada de un gran ventanal que ocupaba toda una pared. La habitación, más amplia que la que le habían asignado a ella, estaba decorada con un estilo *vintage*, desde la cama y las mesillas hasta el escritorio que soportaba una enorme televisión de plasma. Dada la variedad de estilos, juraría que los muebles provenían de una almoneda, aunque el conjunto estaba muy conseguido y aportaba una elegancia singular al cuarto, rematado por una chimenea en esquina con una preciosa embocadura de madera de castaño tallada.

—Esta habitación es increíble, mucho mejor que la mía —afirmó con un mohín de aparente disgusto.

—En eso no puedo opinar porque aún no la he visto. Si quieres, luego nos pasamos y lo discutimos.

—¿Por qué reservaste dos? —le soltó de sopetón.

—¿Has acabado? —ella afirmó con la cabeza y él retiró la bandeja, depositándola en el suelo para después tomar a Zoe de los hombros con la intención de tumbarla de nuevo sobre la almohada. Para su sorpresa, ella se zafó de su agarre y se levantó con rapidez. Tiró de la sábana y con ella cubrió su desnudez mientras se alejaba de la cama.

—Vuelve aquí —farfulló él.

—Primero contesta a mi pregunta —respondió juguetona, al tiempo que caminaba hacia una puerta que permanecía entornada junto al armario.

—Está bien —declaró con voz vencida—. No pretendía hacerte sentir incómoda.

—¿Incómoda? —De su garganta brotó una sonora carcajada—. Ambos sabíamos que esto iba a pasar, es inútil negarlo.

—Sí, pero quería darte tu propio espacio. Por lo que me has demostrado desde que te conozco, eres una persona muy independiente, así que supuse que te gustaría tener un sitio para ti misma, donde no pudiera molestarte. —Zoe se quedó sin palabras. Aquel había sido un detalle muy considerado por su parte—. Y ahora, vuelve a la cama.

—Espera un momento. —Se asomó por la puerta entreabierta y exclamó—: ¡Oh, qué preciosidad de baño! ¿Lo has visto?

—Sí... —gruñó él—. Ven aquí.

—¡Y tiene una bañera de hidromasaje! Hum, creo que me apetece un baño bien caliente.

—¿Ahora mismo? —Sus facciones se desfiguraron en una mueca de incredulidad. Lo estaba volviendo loco. ¿Tendría que ir a buscarla?

—Sí, ahora. Aunque es una bañera demasiado grande para mí sola. Si tuviera algo de compañía... —ronroneó como una gatita justo antes de soltar la sábana, que se deslizó de forma sugerente por su cuerpo hasta caer al suelo, mientras le lanzaba una mirada bastante explícita, que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones.

El enfado de Josh se evaporó al instante. Sí, definitivamente, tendría que ir a su encuentro.

Dos horas después, ambos bajaban las escaleras con las maletas en la mano, riéndose de algo que solo ellos sabían. Malcolm pasaba por el vestíbulo con una pila de ropa doblada en los brazos y, al verlos, se detuvo y esperó a que llegaran

junto a él.

—¿Os vais ya? Hoy, al ser domingo, no tenemos prevista la llegada de nuevos huéspedes, así que podéis quedaros hasta la tarde si no tenéis prisa. Cortesía de la casa. —Sonrió, mostrando una dentadura blanquísima.

—Es una propuesta tentadora, Malcolm, y te lo agradecemos de verdad, pero nos queda un largo trayecto por delante.

—Al menos, podríais quedaros a comer. Charles se sentirá muy decepcionado si os vais sin probar su famoso estofado de carne.

—Yo también lo lamento, pero tenía previsto hacer un alto en la ruta para enseñarle a Zoe un lugar muy especial, así que deberíamos salir ya.

La aludida se volvió como un resorte hacia él y le fulminó con la mirada.

—¿Más sorpresas? Creí que el cupo de este fin de semana ya había sido cubierto.

—Me subestimas si piensas así, preciosa —respondió Josh con suficiencia.

—No me digas que vais a comer en carretera, en algún restaurante de mala muerte, porque entonces sí que me da algo. —Malcolm dejó la ropa sobre la consola de entrada y se llevó una mano al pecho.

—Claro que no. Mi intención es hacer un poco de senderismo y después buscar un buen restaurante en Ithaca antes de emprender el camino de regreso.

—¿Senderismo? ¿Ithaca? —El rostro del hombre se iluminó—. ¡Ya sé lo que quieres mostrarle y te aplaudo la idea!

—¡Basta ya! —los interrumpió Zoe, harta de que la ignoraran en su propia cara y, para más inri, hablando de algo que ella desconocía—. Empiezo a pensar que todo el género masculino se ha aliado en mi contra con las dichas sorpresas. Que lo sepáis: os odio.

—Vamos, cariño, a todos nos gustan las sorpresas, en especial si son buenas

—adujo Malcolm.

—¿Sorpresas? ¡Me encantan las sorpresas! —Charles apareció por el pasillo y se dirigió a Josh y a Zoe con una sonrisa de complicidad—. Hola, tortolitos. ¿Qué tal habéis descansado?

—Lo que se dice «descansar»... ¡Menuda noche movidita! —murmuró su pareja en tono jocoso.

—¡Malcolm, no seas indiscreto! Eso es algo privado que no nos incumbe. — Charles le dio un golpecito en el hombro, reprobando su salida de tono, aunque sus ojos chispearon de diversión.

Zoe deseó que se la tragara la tierra. Eso, o salir corriendo para refrescarse las mejillas, porque sentía que le ardían de la vergüenza. El silencio que sucedió a ese último comentario se hizo tan embarazoso que ella optó por derivar el tema de conversación a otro menos comprometido para todos, como quién era el artífice de la maravillosa decoración que los rodeaba.

—El responsable es Charles, por supuesto. Tiene un gusto exquisito para todo. Es una auténtica joya —respondió Malcolm con devoción.

—Mi amor, sin tu ayuda y tus sabios consejos no lo habría conseguido.

Josh aprovechó que Zoe iniciaba una agradable charla sobre decoración con Charles para ultimar el pago de la estancia con el otro hombre. Cuando hubo terminado, la tomó de la cintura con toda naturalidad, demostrando que entre ellos había surgido una gran intimidad.

—¿Nos vamos? No me gustaría que se nos hiciera tarde.

—Os acompañamos al coche —dijo Charles, al tiempo que cogía de la mano a Malcolm.

Tras meter las maletas en el todoterreno y cerrar la portezuela trasera, Josh se despidió de ellos con un apretón de manos. Zoe, por su parte, fue más allá y les

agradeció su amabilidad con sendos besos en las mejillas, a lo que ellos correspondieron con un caluroso abrazo.

—Cuídala. Es un ángel —le advirtió Charles a Josh por lo bajo.

Ya estaban dentro del vehículo cuando unos golpes en el cristal hicieron que Josh bajara la ventanilla, pensando que se les había olvidado algo. Malcolm apoyó los codos en la puerta e introdujo un poco la cabeza para que solo ellos dos lo escucharan:

—Volved cuando queráis, seréis muy bien recibidos. Y la próxima vez, no cometáis la estupidez de gastar el dinero en dos habitaciones.

Josh afirmó con un leve gesto, muy serio, y arrancó el motor, pero nada más incorporarse a la calzada, ambos estallaron en carcajadas.

—Tengo que pedirte un favor —dijo Zoe cuando al fin consiguieron controlar su hilaridad, ya a las afueras de Seneca Falls—. ¿Podríamos parar en alguna bodega de camino? Dicen que esta es una de las mejores zonas vinícolas del mundo y mi padre no me perdonaría si se entera de que he estado aquí y no le he comprado unas cuantas botellas.

—Eso está hecho. Además, es una idea estupenda. Yo también compraré alguna para Andy como agradecimiento por haberme sugerido el sitio donde nos hemos alojado.

—Son una pareja fantástica, ¿a que sí? Ojalá algún día tenga oportunidad de volverlos a ver.

—¡Pero si te he visto intercambiando direcciones de correo electrónico con el cocinero! Pondría la mano en el fuego y no me quemaría si afirmo que esta misma noche, cuando llegues a casa, ya tendrás un mensaje suyo. ¿Apostamos algo?

—Prefiero no apostar...

—Entonces, me das la razón. ¡Lo que yo decía, ja, ja, ja!

Josh condujo por la interestatal 89 bordeando el lago Caguya durante cuarenta minutos, hasta que vio el desvío que indicaba *Parque Estatal Taughannock Falls* y giró a la derecha. Un kilómetro después, llegaron a una explanada que se abría en un claro entre la arboleda, donde había varios vehículos aparcados. Buscó un sitio y detuvo el motor.

—Como sé que te gusta tanto la naturaleza, vamos a hacer un poco de senderismo por la zona. ¿Conoces este lugar? —Zoe negó con la cabeza y Josh se alegró de que así fuera. La impresión que le causaría sería mayor.

Tras bajarse del coche, Zoe observó que varias personas se congregaban junto a una señalización de madera, al inicio de un camino de tierra, y echó a andar hacia ellos, pero Josh la cogió de la mano y la guio hacia la arboleda.

—No, por ahí no. Esa es la ruta turística. Prefiero llevarte por otro sitio que no esté tan concurrido. Tardaremos algo más, pero te aseguro que merecerá la pena.

Se internaron en la espesura y anduvieron por un terreno agreste, bastante irregular y con pendiente, durante algo más de veinte minutos. Se notaba que Josh solía hacer ejercicio de forma habitual porque a Zoe le costaba seguirle el paso, aunque estaba convencida de que él iba más despacio de lo que podía permitirse por deferencia a ella.

—¿Estás seguro de que no nos hemos perdido? —Hacía un buen rato que el murmullo de voces lejanas se había hecho inaudible y, salvo el trinar de los pájaros y las hojas secas al crujir cuando las pisaban, no se escuchaba nada más. El bosque era tan tupido que la luz del mediodía atravesaba con dificultad las ramas de los árboles, a pesar de que el día había amanecido completamente despejado.

—Segurísimo. —Josh se percató de su respiración jadeante y se detuvo—. Si

quieres, podemos hacer un pequeño alto. —La sorprendió apoyándola en el tronco de un árbol y acercando su boca a la de ella—. Te noto fatigada, ¿necesitas descansar?

—Estoy bien. —Le dolían todos los músculos de las piernas por el esfuerzo y sentía la boca reseca, pero no pensaba admitirlo.

—No lo dudo, aunque puedo ayudarte a recuperar el aliento.

—¿Vas a hacerme el boca a boca?

—Si quieres...

Una parada de cinco minutos y un beso abrasador no lograron que su respiración volviera a la normalidad, pero al menos, cuando terminaron de besarse, él estaba igual que ella.

—¿Ya te encuentras mejor?

—No sabría decirte —reconoció ella con una sonrisa—. Aunque será mejor que reanudemos la marcha.

—Bien. Ya estamos muy cerca —la animó él, pero sus ojos desmentían que quisiera continuar.

Avanzaron un poco más hasta que, de improviso, salieron a una pequeña planicie delimitada por grandes rocas. El contraste de la intensa luz del sol con respecto a la penumbra del bosque los cegó temporalmente, hasta que sus ojos se acostumbraron de nuevo a la claridad. En ese momento, Zoe se quedó con la boca abierta por la impresión. A escasos metros de ella, se abría una profunda garganta recortada en el terreno, en la que se apreciaban con facilidad las diferentes capas de arenisca, pizarra y piedra caliza. Con forma circular, el desfiladero estaba bordeado en todo su perímetro por una exuberante vegetación que pintaba el paisaje con los colores del otoño. Era una estampa bellísima, digna de ser retratada. Y para completar tal perfección, al fondo, de un recodo tallado de forma natural, surgía un increíble salto de agua que caía hasta las

profundidades del barranco con una fuerza sorprendente.

—Esta es la cascada de Taughannock, una de las más espectaculares de la Región Central del país, con una caída algo mayor que las de las cataratas del Niágara —le explicó Josh, pendiente en todo momento de su reacción.

—Es... ¡es una maravilla! —fue lo único que pudo expresar con palabras.

—Hay un mirador allí, al que se llega por el sendero que tú pretendías seguir —Josh señaló con el brazo un punto situado a unos treinta metros por debajo de donde se encontraban—, pero las vistas no son tan espectaculares como desde aquí. Esta panorámica es más impactante.

—¡Impresionante!

Él se colocó detrás de ella, enroscó los brazos en torno a su cintura y le susurró al oído:

—No más que tú.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de Josh y cruzó las manos por delante de su vientre hasta depositarlas sobre las de él, dando a entender que se sentía muy a gusto con la posición que él había adoptado. Durante un buen rato, contemplaron el paisaje en silencio, con el rumor del agua de fondo, hasta que un ruido inoportuno procedente del cuerpo de Zoe los sacó de su embeleso.

—¿Te acaban de rugir las tripas? ¡Ja, ja, ja! Bien, creo que ya es hora de irnos. Vamos a buscar un restaurante donde saciar ese monstruo que llevas dentro.

—¡Serás...! —le increpó ella con gesto burlón.

El camino de vuelta, al ser cuesta abajo, se hizo más corto y menos pesado que el de la subida. Llegaron al aparcamiento cogidos de la mano y se montaron en el todoterreno entre miradas cómplices que mostraban lo mucho que estaban disfrutando.

Degustaron una comida deliciosa en un coqueto restaurante a las afueras de Ithaca, y después tuvieron oportunidad de hacer varias compras en una bodega cercana y pasear un rato por el pueblo. A las cinco, Josh informó a Zoe que debían ponerse en marcha porque pronto comenzaría a anochecer, y ella ocultó un rictus de decepción en su rostro. No quería que pasara el tiempo, le habría gustado que se detuviera y prolongar aquel fin de semana mucho más.

Durante el trayecto de regreso a Nueva York no dejaron de hablar de ellos dos, recordando entre risas y alguna que otra mirada de índole íntima los momentos vividos esos dos últimos días. Llegaron a la ciudad poco antes de las diez de la noche, y nada más atravesar el túnel Holland, Zoe soltó la mano que había agarrado de forma constante la de Josh a lo largo de gran parte del camino para llevarla hasta su regazo y quedarse en silencio.

—¿Te ocurre algo? Has estado radiante y muy parlanchina hasta hace un rato, pero tu rostro se ha demudado de repente. —Preocupado, detuvo el coche frente al edificio de Zoe.

—No es nada, solo que me entristece que esto llegue a su fin.

—¿Fin? Te equivocas: esto no ha hecho más que empezar. Si estás dispuesta, podemos disfrutar de más escapadas como la de este fin de semana cada vez que tengamos un día libre. ¿Qué me dices?

—¿Me lo prometes?

—Te doy mi palabra. —Josh selló su promesa con un beso largo, dulce y húmedo que devolvió a Zoe la alegría—. ¿Quieres que te ayude a subir las maletas?

—Muy astuta tu táctica para que te invite a mi casa, pero no será necesario, puedo yo sola —rio ella.

—Me has pillado. Y hablando del tema: ¿cuándo me invitarás a subir?

—Cuando te lo hayas ganado.

—¿No me he portado suficientemente bien estos últimos dos días?

—Progresas adecuadamente, pero esto es evaluación continua.

—En ese caso, intentaré conseguir un sobresaliente lo antes posible. ¿Te parece que el viernes que viene realice mi próximo examen?

—Me pasaré toda la semana deseando que llegue ese día para descubrir cómo te has preparado el temario. Pero te lo advierto: el examen constará de teoría, aunque la máxima puntuación recaerá en la práctica.

—Mi especialidad, sin duda. Te aseguro que lo clavaré.

—Ja, ja, ja. Me gustaría seguir discutiendo contigo los parámetros de valoración, pero tengo que irme ya. Buenas noches, Josh. —Antes de abrir la puerta del coche, se inclinó hacia él para darle un breve beso de despedida en los labios.

—Buenas noches, preciosa. —Él la tomó de la nuca y convirtió aquella efímera despedida en toda una declaración de intenciones, tan importante que al salir del todoterreno Zoe ya le había adjudicado dos puntos extras.

Josh esperó a que ella entrara en el portal y desapareciera de su vista para encender el motor, pero no puso en marcha el vehículo de inmediato. Se quedó pensativo durante unos minutos, sopesando todo lo ocurrido durante el fin de semana. Zoe era una gran conversadora, muy inteligente e increíblemente fogosa en la cama. Y no solo se complementaban a la perfección en cuestiones de sexo sino que, además, se habían divertido juntos con las mismas actividades. Amante, compañera y amiga: tres cualidades que jamás habría pensado encontrar en una misma mujer. ¿Qué más podía pedir?

—¡Oh, qué fin de semana más romántico! —exclamó Anael entre suspiros.

—Pufff, no ha estado mal —comentó Zachriel con desidia—, pero tampoco es para lanzar las campanas al vuelo.

—¿Cómo que no ha estado mal? Esos dos se lo han pasado genial, y nosotros también. Venga, confíesalo: disfrutaste como un polluelo con el salto en paracaídas. Incluso te vi con ganas de lanzarte desde la nube para volar junto a ellos.

—¡Es que han estado muy cerca de nosotros! Si hubiera bajado un poquito, podría haberlos tocado.

—¿Y para qué querías hacer eso?

—No sé, pura curiosidad. Nunca he estado cerca de un humano.

—¡Anda, ni yo! Pero sabes que eso está terminantemente prohibido. Por cierto, hablando de contacto, ¿qué me dices de la escenita del puente?

—¡Anael, yo me tapé los ojos con las alas! ¡Qué bochorno, si parecía que el primo Luzbel hubiera pasado a nuestro lado del calor que sentí! ¿Tú miraste? —inquirió con horror.

—Sí, eché alguna miradita. ¿Pensabas que me iba a escandalizar? —agregó al ver su cara descompuesta—. Soy el ángel del amor, la pasión y la sexualidad, así que esas cosas me afectan más bien poco. Aunque no me refería a eso cuando te he preguntado por el puente. ¿Recuerdas la película de *¡Qué bello es vivir!*? Ains, cómo me gustó cuando la estrenaron hace... Mmm, ¿han pasado tantos años? Uf, pues parece que hubiera sido ayer. Lo dicho, me encantó, sobre todo la actuación de nuestro colega Clarence. ¡Qué bien lo hizo!

—Bueno, bueno, que te dispersas. Estos dos ya han terminado de conectar, tal y como queríamos, así que creo que ya es hora de dejarlos como estaban.

—¿No podemos darles algo más de tiempo? —Anael hizo un mohín—. Permitámosles disfrutar un poco más el uno del otro porque, cuando les devolvamos sus gustos originales, lo único que les quedará será el recuerdo de los momentos vividos.

—Está bien, esperaremos. ¡Pero deja de poner ojos de pato degollado! Me enervas cuando gesticulas así.

—¿La expresión no es «ojos de cordero degollado»? —puntualizó Anael con una sonrisa de satisfacción.

—Te aseguro que con tu forma de graznar y tus alas, te asemejas más a un pato que a un cordero. ¡Venga, basta ya de llevarme la contraria y permanece atenta, que esto se pone cada vez más interesante!

## Capítulo 15

Zoe ya había perdido la cuenta de los cafés que se había tomado. A pesar de todo, aún no había conseguido engañar al sueño que acarreaba después de otra noche en la que solo había podido dormir apenas tres horas. Menos mal que esa mañana se había convocado una reunión de socios y llevaban desde primera hora encerrados en la sala de juntas. La mayoría de los despachos estaban vacíos y por los pasillos no se había cruzado más que con algún becario, así que nadie pudo advertir sus continuas visitas a la pequeña cocina del bufete ni sus ahogados bostezos, que se repetían de forma constante.

«Josh va a acabar conmigo», pensó con una sonrisa maliciosa mientras se llevaba la humeante taza a los labios. Se sentó en una de las sillas de metal y, con la mirada perdida en un punto indefinido, hizo balance de las últimas tres semanas.

Habían sido unos días muy intensos. De hecho, durante ese tiempo tuvo más actividad que en el resto de su vida adulta. Actividad, aventuras, emociones, sexo... Josh era incansable, la persona más activa que había conocido, tanto dentro como fuera de la cama. El fin de semana anterior la había llevado a montar en moto, una preciosa Ducati 1198 en color rojo que guardaba, según decía él, para momentos especiales. Al principio creyó que solo darían una vuelta, pero acabaron a casi ciento cincuenta kilómetros de distancia, en New Haven, en el estado de Connecticut. Ni siquiera recordaba cómo la había convencido para pasar la noche allí, en un pequeño hotelito situado junto al canal de Long Island Sound, pero ya había descubierto que Josh podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía.

Aun así, en esas tres últimas semanas también habían hecho espacio para

actividades algo más tranquilas. Las salidas con él se habían producido casi a diario, siempre que sus respectivas ocupaciones lo permitían: visitas a exposiciones, algún que otro concierto de música, un espectáculo de Broadway y muchos, muchos paseos por diferentes puntos de la ciudad para despejarse después de un día de arduo trabajo. Aquellas largas caminatas cogidos de la mano propiciaron multitud de conversaciones que les ayudaron a conocerse mutuamente con mayor profundidad.

En cuanto a las noches..., eso sí que suponía un verdadero alarde de resistencia para su integridad física. Si no era en su apartamento, era en el *loft* de Josh, pero él siempre estaba dispuesto a rematar el día con una buena sesión de sexo. Como la de la noche pasada; tras volver de New Haven, pasaron por Williamsburg para dejar la moto y recoger algo de ropa en una maleta, dado que Josh tenía que viajar a Mississippi al día siguiente. Después fueron en el todoterreno hasta su piso en Greenwich Village y terminaron como siempre: enredados entre las sábanas. La había mantenido despierta hasta las cuatro de la madrugada, aunque debía reconocer que ella no puso objeciones e incluso lo provocó para alargar la velada un poco más. En esos instantes, casi agradecía que Josh se hubiera ausentado de la ciudad por motivos de trabajo. Casi. No habían transcurrido más de unas cuantas horas desde que se habían despedido en la puerta del edificio del bufete, donde la dejó antes de poner rumbo al aeropuerto, y ya lo echaba de menos. En realidad, esos dos días hasta que él volviera se le harían eternos.

Zoe notó movimiento a su alrededor y volvió a la realidad. A través de la puerta abierta vio a varios socios dirigirse a sus respectivos despachos; supuso que la reunión habría finalizado, así que cogió su taza de café y se levantó con la intención de regresar al suyo antes de que alguien descubriera que se había pasado gran parte de la mañana en la cocina. Las secretarias eran muy chismosas y no se les escapaba nada, aunque pareciera que estaban inmersas en su trabajo y no levantarán la vista del teclado.

A mitad de camino se cruzó con Luke, que también volvía de la reunión, y este le hizo un gesto para que lo siguiera hasta su despacho.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó ella cuando hubieron entrado.

—Sí. ¡Por fin! Se me estaba anquilosando el trasero de estar tanto tiempo sentado en esas sillas tan incómodas.

—Ya me gustaría a mí poder participar algún día en esas sesiones. —«Y ser socia del bufete como tú», agregó para sí misma.

—No tengas prisa, preciosa. Te aburrirías con tantas cifras, nuevas cuentas millonarias e informes de resultados, porque eso es de lo que trata la gran mayoría de la información que se maneja allí. Como siempre, a dos meses de terminar el año, nos exigen más beneficios que la anterior temporada fiscal.

—Dichos beneficios son los que nos dan de comer y los que hacen que puedas permitirte ese deportivo tan increíble que conduces —acotó Zoe con sarcasmo—. Porque lo conseguiste con los incentivos que se repartieron entre los socios las pasadas Navidades, ¿no es así? Incentivos que sé que existen solo porque te veo derrocharlos. —Luke tuvo el buen tino de no contradecirla y apartar la vista hacia su mesa, fingiendo que leía unos papeles—. Y bien, ¿no se ha hablado de nada interesante? ¿Algún caso especial?

—No, lo normal. Bueno, te aviso que quizá recibas en breve una llamada de Dylan Percy para convocarte a una reunión de urgencia. Al parecer, hay novedades con el caso Talbot. Algo se comentó al respecto cuando se estaban tratando los honorarios por las gestiones realizadas hasta la fecha en referencia a su proceso de divorcio. Espera, espera —añadió cuando vio que ella se proponía abandonar el despacho—. Cuando salí de la sala de juntas, Percy aún permanecía allí con la plana mayor y, según pude apreciar, la conversación que estaban manteniendo les iba a llevar un buen rato.

—Si me busca y no me encuentra en mi sitio...

—Pues no ocurrirá nada. Deja de preocuparte tanto, Zoe, esto no es una cárcel: puedes desplazarte por la oficina sin necesidad de justificar cada uno de tus movimientos. Y ahora que disponemos de un rato, cuéntame, que últimamente no tenemos muchas oportunidades de hablar. ¿Qué tal va tu relación con ese arquitecto?

—Josh, se llama Josh. Te lo he repetido infinidad de veces.

—Lo sé —rio él—, pero me gusta ver cómo frunces el ceño cuando simulo que no recuerdo su nombre. Ahora le dedicas la mayor parte de tu tiempo y a mí me has dejado tirado como una colilla —fingió ofenderse—. Esa es mi pequeña venganza por haber reemplazado con él el lugar que yo ocupaba en tu corazón.

—Sabes que tu opinión es muy importante para mí, así que te agradecería que no te burlaras.

—Perdona. —Luke levantó los brazos en señal de paz—. Solo espero que te esté tratando como te mereces. Al menos, veo que ha obrado un gran cambio en ti, ya no te quedas enclaustrada en casa viendo pasar la vida sin hacer nada. Eso es algo positivo. ¿Te hace feliz?

—Mucho.

—¿En todos los sentidos?

—En todos —afirmó ella, con una media sonrisa y ojos pícaros.

—Bien, así me gusta. Por lo poco que me has contado de él, parece un dechado de virtudes, pero debo saber si existe la posibilidad de que en algún momento tenga que ir a partirle las piernas.

—Si tanto te interesa mi bienestar, deberías comprobarlo por ti mismo. Luke, eres mi mejor amigo y me gustaría que lo conocieras, no solo de vista como ocurrió el día que nos presentaron, sino de una forma más personal.

—Y lo haré, de eso no te quepa duda. Te prometo que en la fiesta tendré una

larga charla con él.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

—La de Halloween, por supuesto. ¿No sabías nada?

—¿Qué debería saber?

—Bonnie y su hermano están preparando una fiesta de disfraces temática y, si no entendí mal, creo que se va a realizar en el piso de tu novio.

—¿Estás seguro? A mí no me ha comentado nada, y Halloween es este domingo.

—Quizás aún no se lo hayan dicho. La idea surgió este fin de semana. Andy vino a mi casa el sábado para ultimar algunos detalles de la decoración y les oí sugerir que el mejor sitio para hacer la fiesta sería allí.

—Ya te digo yo que aún no le han dado la noticia. No me he despegado de su lado desde el viernes y algo así le habría dado pie a hacer, como mínimo, algún tipo de comentario. Ya verás cuando se entere... —rio con ganas.

—¡Qué mala te estás volviendo! —exclamó sorprendido.

—No tanto como quisiera —soltó muy ufana—. Bueno, ya sabiéndolo, así tendré tiempo de sobra para elegir mi disfraz.

—Espera... Ahora que caigo, te estás tomando muy bien todo esto y, si mal no recuerdo, a ti nunca te ha gustado disfrazarte. Me viene a la mente una fiesta de hermandad en la sede de *Sigma Theta* durante mi último año de universidad. ¡Lo que tuve que insistir hasta que te convencí para que me acompañaras, y eso que la temática versaba sobre los años 60! Casi tuve que chantajearte para que lo hicieras.

—No es cierto. Me chantajeaste, sin el «casi». Odio llevar ropa con la que no me siento a gusto, y en esa ocasión pasé la mitad de la noche en el jardín para que nadie me viera con aquellas pintas tan estrafalarias. Pero lo hice solo para

evitar que dieras un mal informe sobre mí al profesor Johnson, tal y como me amenazaste que harías si no iba.

—Sabes que nunca lo habría hecho, no te escudes en esa excusa. Volviendo al tema: y ahora, ¿qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión? Porque te veo muy receptiva ante la idea.

—No sé, todos evolucionamos con el paso del tiempo. ¿No decías que debía ser más abierta? Aquí tienes una prueba.

—Vale, vale, no te pongas agresiva...

En ese momento, alguien dio unos toques en el cristal de la mampara y ambos se volvieron al unísono.

—¿Interrumpo algo importante? —preguntó Dylan Percy desde la puerta, evaluándolos con la mirada—. Zoe, te estaba buscando. Cuando termines lo que tengas entre manos con Goldsmith, acércate a mi despacho porque tenemos novedades en el caso Talbot. Voy a consultar unos artículos en la biblioteca pero estaré de vuelta en diez minutos.

Se marchó sin esperar contestación. Zoe se quedó mirando a Luke y al cabo dijo:

—Parecía muy serio. ¿Qué habrá ocurrido?

—Pues a mí solo me ha parecido que no te quitaba ojo de encima. Ándate con cuidado, Zoe —la previno.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, afirmo: a ese hombre le gustas.

—¡Menuda estupidez más grande! Jamás le he visto hacer o decir nada que dé a entender que tiene algún interés en mí más allá del ámbito profesional. Estás paranoico, Luke. Háztelo mirar.

—Sí, lo que tú digas, pero yo soy hombre y sé cuándo otro mira a una mujer

de una forma especial, cuándo está interesado en ella. Y Zoe, en él veo todas las señales.

—Tonterías —respondió ella, aunque aquello le dio en qué pensar.

—¿Puedo pasar?

—Sí, adelante.

Zoe entró con paso vacilante y se detuvo frente a la mesa atestada de papeles. Desde que comenzó el proceso de divorcio del señor Talbot, muchas habían sido las ocasiones en las que el hijo del jefe la había convocado allí pero, a pesar de todo, aún seguía poniéndose nerviosa en su presencia, y no ayudaban en absoluto las últimas palabras que Luke le había dicho hacía escasos minutos.

Dylan tecleaba con furia en el portátil sin apartar la vista del informe que había sobre su cartapacio de piel, a simple vista completamente enfrascado en su trabajo, pero, aunque pareciera increíble, Zoe intuyó que tenía todos los sentidos puestos en ella.

—Puedes sentarte. Enseguida termino.

Ella tomó asiento y cruzó las piernas mientras abría su cuaderno de notas por una hoja en blanco. Como no tenía nada que hacer, se dedicó a observar a Dylan de la forma más discreta que pudo. Nunca antes lo había visto con gafas, aunque también era la primera vez lo veía realizando labores administrativas en su presencia. La montura de pasta le confería un aire intelectual, más propio de un estudiante universitario que de un abogado de éxito, pero debía reconocer que en conjunto no le restaba nada de atractivo. Aquel pensamiento derivó al recuerdo de su conversación con Luke. ¡Iba a matarlo! A partir de ese momento, ya no podría mirar a Dylan Percy con los mismos ojos.

Él alzó el rostro y la pilló infraganti en su escrutinio. A pesar de todo, Zoe mantuvo el contacto visual, evitando así que él pensara que su comportamiento era como el de una niña pequeña que se avergonzaba de sus actos. Intentó apreciar los sutiles cambios de expresión al centrar su atención en ella y, a decir verdad, lo que vio la dejó muy confundida. Aunque su rictus era serio, sus ojos transmitían calidez, una mirada cargada de intensidad que le hizo apartar la cara hacia un lado.

—Bien, ya podemos ponernos con el motivo que te ha traído aquí. —Dylan apagó la pantalla del ordenador, se quitó las gafas y le entregó una carpeta marrón con las palabras «Señora Talbot» garabateadas con bolígrafo en una etiqueta adhesiva de color blanco—. Nuestro cliente aún lo desconoce, esto ha llegado a mis manos hoy y me gustaría que lo estudiaras con detenimiento antes de concertar una nueva reunión con él.

—¿De qué se trata?

—Es el resultado de las averiguaciones del detective que contratamos para investigar a la señora Talbot.

—¿Ha encontrado algo que nos pueda ayudar?

—Aún no estoy seguro, por esa razón quiero que lo revises a conciencia. He ojeado el informe por encima y parece bastante completo.

Zoe abrió la carpeta. El documento constaba de unas veinte páginas, además de un sobre adjunto que incluía fotos. Lo volvió a cerrar sin leerlo y torció el gesto, preguntándose qué tendría que buscar exactamente en esos papeles.

—Revisaré hasta el más mínimo detalle.

—Bien. Como recordarás, el señor Talbot no pretende ocasionarle mayores inconvenientes que los necesarios a su futura exesposa, así que es primordial que cualquier información comprometida que emane de este informe sea tratada con la mayor confidencialidad posible, además de comunicársela a nuestro cliente

con extremado tacto. Confío en tu criterio, Zoe, y también confío en que sabrás discernir qué es lo que se puede utilizar o no sin menoscabar en exceso a ninguno de los interesados. De cualquier modo, ten en cuenta que nuestro patrocinado es el señor Talbot, no su mujer, así que debemos velar por sus intereses, aun cuando esto implique perjudicar a la otra parte.

—Intentaré hacerlo lo mejor posible.

—Estoy convencido. Mañana, a primera hora, quiero sobre mi mesa un informe con las conclusiones más relevantes y el plan de actuación en caso de encontrar algo que nos pueda servir. Por la tarde, vuelve a mi despacho y lo discutiremos juntos punto por punto.

—De acuerdo. Me pondré con ello ahora mismo. —Zoe se levantó con la intención de regresar a su despacho, pero Dylan alzó la mano para indicarle que aún no había terminado.

—Ahora es cuando necesitamos que demuestres tu valía, no solo como abogada sino además como mujer. Debes encontrar el punto intermedio para poder utilizar cualquier tipo de información a nuestro favor, pero siempre haciendo uso de tu sensibilidad femenina, aquella por la que el señor Talbot te eligió. No lo olvides.

Josh consultó la hora en su reloj con suma discreción. Si aquella reunión se demoraba más tiempo perdería el último vuelo de regreso a Nueva York, y eso era lo último que deseaba. En un principio, tenía previsto quedarse hasta el día siguiente, pero las conversaciones con su cliente habían ido viento en popa y consiguió tratar todos los temas en tan solo unas horas. A decir verdad, estaba muy contento con los progresos realizados; después de viajar durante tres semanas seguidas a Mississippi y a San Francisco para la primera toma de

contacto con el terreno, el cliente había aceptado la mayoría de sus propuestas sin ponerle demasiadas trabas y ya solo les quedaba cerrar algún pequeño detalle que no revestía mucha importancia.

Levantó la vista y se fijó en aquella mujer de aspecto refinado que examinaba con detenimiento uno de los planos que él había llevado consigo. De edad indefinida, las tenues arrugas en los párpados y en la comisura de su boca, amén de la madurez que irradiaban sus ojos, indicaban que tendría bastantes años más que él, pero no sabría valorar cuántos porque se conservaba estupendamente.

Era una mujer con una elegancia innata y una gran educación, palpables tanto en su forma de vestir como en el trato hacia los demás. Discreta y de modales exquisitos, propios de una verdadera dama sureña, hacía gala de una calculada serenidad en todas sus acciones que se transmitía en la forma tan fluida en la que habían transcurrido las negociaciones.

Lo había recibido en su casa, una impresionante mansión a orillas del río Mississippi, y desde su llegada a última hora de la mañana se habían encerrado en el salón principal, donde se habilitó de forma provisional una enorme mesa para poder estudiar con facilidad toda la documentación aportada, en su mayoría planos. El almuerzo había tenido lugar allí mismo, por expresa petición del cliente, para evitar tiempos de espera innecesarios y así poder retomar de inmediato el asunto para el que se habían reunido.

—Me encanta la distribución de las habitaciones, está pensada con mucha lógica sin dejar a un lado la distinción y el buen gusto que se espera de un hotel de estas características. En cuanto a la fachada, me parece original y novedosa, aunque conserva parte del estilo clásico propio de la zona. Enhorabuena, señor Carter, estoy realmente complacida con su trabajo hasta la fecha.

—Le agradezco la confianza que ha depositado en mí. Considero que lo más importante es satisfacer al cliente y, por lo tanto, vuelco todos mis esfuerzos y

una gran dosis de pasión en conseguirlo.

—No me cabe la menor duda. Ahora bien, tengo algunos interrogantes en cuanto a los plazos de ejecución. Me gustaría que las obras comenzaran lo antes posible. ¿Podrían iniciarse ya?

—A excepción de las últimas modificaciones realizadas hoy, el proyecto está casi finalizado, listo para llevarlo a cabo. Sin embargo, existen otros condicionantes que pueden ralentizar el proceso.

—Si es cuestión de dinero, puede disponer de todo el que necesite.

—Ese no es el problema. Antes de iniciar los trabajos, primero hay que solicitar las correspondientes licencias, permisos municipales..., burocracia que nos pueden llevar un tiempo.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Entre uno y dos meses, contando con que no surjan inconvenientes. De hecho, estimo improbable que podamos disponer de toda la documentación en regla hasta principios de año.

—¿Tanto? —La mujer hizo un imperceptible gesto de disgusto con los labios. Hubiera pasado desapercibido para un observador poco avezado, pero Josh era experto en captar los diferentes matices en las expresiones de sus clientes cuando se les informaba de algún contratiempo imprevisto.

—Debe tener en cuenta que se avecinan unas fechas problemáticas. A partir de Acción de Gracias y hasta pasadas las Navidades todo se paraliza, incluidos los procedimientos administrativos.

—Usted solicite lo que tenga que solicitar. —Restó importancia al asunto con un estudiado movimiento de mano—. Yo, por mi parte, tiraré de los hilos que sean necesarios para agilizar los trámites pertinentes. Tengo muchos contactos y varias personas importantes me deben algún que otro favor.

Josh asintió con la cabeza. No estaba convencido de que pudiera lograrlo, pero tampoco conseguiría nada rebatiendo sus argumentos.

—De acuerdo. Mientras tanto y si me lo permite, podría recomendarle unas cuantas empresas constructoras susceptibles de hacerse cargo de la ejecución. Por mi experiencia con ellos a lo largo de los años, puedo dar fe de su buen trabajo y de su disposición para cumplir los plazos estipulados, porque ese es su mayor interés en este asunto: calidad y rapidez. ¿Me equivoco?

—Señor Carter, es usted muy perspicaz. Me satisface mucho contar con sus servicios. —La mujer se levantó y le ofreció una mano enyugada a modo de despedida—. Manténgame informada de todos los avances realizados y de cualquier incidencia que pudiera producirse.

—Así lo haré.

Por fin, Josh abandonó la mansión y se subió al coche de alquiler, aparcado junto a la rotonda de entrada. Todavía disponía de tiempo, pero en el último instante decidió hacer noche en Jackson, como había previsto en un principio. Si tomaba el último avión con destino a Nueva York, no llegaría hasta pasadas las doce y Zoe se asustaría al verlo aparecer por su casa a unas horas tan intempestivas. No le importaba realizar un viaje tan agotador, pero sí el hecho de que ella se preocupara. Además, si salía pronto al día siguiente, aún podría sorprenderla acercándose a buscarla al bufete para comer juntos.

A medida que pasaban los días, mayores eran las ganas que tenía de estar con ella lo máximo posible y no al contrario, tal y como le había sucedido en anteriores ocasiones. Lejos de que la relación se enfriara, con Zoe iba a más, cada vez quería más. Aunque esa situación lo tuviera descolocado, también lo hacía vibrar de emoción, un sentimiento hasta entonces ajeno a él en cuanto a asuntos de pareja se trataba.

Sí, no podía negarlo: ardía en deseos de verla.

Zoe sacó un sándwich y una botella de agua de la máquina de refrigerios y se encerró en su despacho. Si fuera necesario, se quedaría en el bufete hasta las tantas, pero no saldría de allí hasta terminar el informe. Además, como Josh no volvería a Nueva York hasta el día siguiente, podría concentrarse de lleno en el trabajo sin remordimientos por la hora de salida.

¿Desde cuándo tenía remordimientos de conciencia por esa razón? ¿Desde cuándo daba vueltas a sus asuntos personales en horario laboral? Desde que conoció a Josh. Desde que estaba con él, hacía cosas que un tiempo atrás habrían sido impensables para ella. ¿Tanto había cambiado al saberse enamorada?

Enamorada.

Se olvidó del informe y comenzó a analizar las connotaciones de esa palabra. Sí, estaba loca e irremediamente enamorada de Josh. Ese sentimiento se había ido afianzando poco a poco en ella, de una forma tan natural que no le sorprendió reconocerlo. Pero en vez de asustarse lo asumió con tranquilidad, como si no pudiera ser de otro modo.

Josh era todo lo que había estado buscando en un hombre: inteligente, divertido, responsable... y tenía ciertos gustos afines a los suyos. Aunque no coincidían en todo, ambos se respetaban mutuamente. Además, se compenetraban muy bien, tanto dentro como fuera de la cama. Quizá sería precipitado afirmar que había encontrado a su alma gemela, pero lo cierto era que se acercaba bastante al ideal marcado por ella.

Le entraron unas ganas locas de llamarlo. No iba a decirle lo que había descubierto, por supuesto, solo quería escuchar su voz, pero cuando se decidió y marcó su número, al otro lado de la línea saltó el buzón. Lógico, estaría trabajando, lo mismo que tendría que estar haciendo ella en esos momentos.

Clavó la vista en la carpeta y respiró hondo. «Vamos, Zoe, cuanto antes termines, antes te podrás ir a casa a descansar».

No llevaba ni tres páginas leídas cuando concluyó que aquello no le gustaba nada. Parecía una intrusa cotilleando el diario personal de alguien, rebuscando a hurtadillas cualquier detalle que pudiera ser utilizado en su contra, porque lo que estaba claro era que el detective había hecho una buena labor de investigación. Se sintió mal, y varias veces estuvo a punto de abandonar, pero se obligó a continuar porque los jefes habían confiado en ella para realizar ese trabajo.

El seguimiento había sido exhaustivo, durante casi un mes el investigador siguió todos los pasos de la señora Talbot, tanto dentro como fuera de su casa, y los había plasmado en ese dossier. Al parecer, había conseguido un informante dentro de la misma mansión que le comunicaba cualquier movimiento que realizaba, ya fuera su horario de comidas, las visitas y las llamadas que recibía... A todas luces, Harriet Talbot parecía una mujer casera que solo salía de su casa para quedar a comer con otras amigas de su misma edad, asistir a los oficios religiosos o a algún acto benéfico del que ella era organizadora, y poco más. En definitiva: una mujer respetable. Sin embargo, allí aparecía todo: nombres de personas, lugares a los que acudía, extractos bancarios...

De repente, Zoe dejó de tomar notas, soltó el bolígrafo y abrió mucho los ojos. No podía ser, debía de tratarse de algún error. Hizo una lectura rápida del resto del documento y, a medida que leía, su cabeza fue negando con más énfasis. Cuando llegó al final, cerró la carpeta de golpe y se quedó pensativa. Aún no había visto las fotos adjuntas, así que abrió el sobre con manos temblorosas y las fue pasando hasta que una en concreto le llamó la atención. Se trataba de una instantánea tomada desde lejos, a buen seguro con un teleobjetivo, en la que se apreciaba la entrada principal de la mansión. Justo en la puerta, Harriet Talbot aparecía dándole la mano a un hombre, cuyo rostro se distinguía con suma nitidez.

Era Josh.

## Capítulo 16

Zoe pasó gran parte de la noche en vela. Estaba realmente sorprendida por lo que acababa de descubrir. ¿Cuántos arquitectos podría haber en el país? Y justo tenía que ser él.

Jamás habría relacionado sus continuos viajes a Mississippi y San Francisco con el caso Talbot. Ella sabía, de boca de su cliente, que Harriet Talbot residía de forma permanente en Nueva Orleans, pero ¿quién se iba a imaginar esto?

Ahora se le planteaba una disyuntiva. ¿Qué hacía? ¿Callaba como si no supiera nada, o informaba al bufete de ese imprevisto? Porque lo que estaba claro era que aquello podría traer consecuencias no muy favorables para ella.

Después de darle muchas vueltas, tomó una decisión. Aún no había redactado el informe que debía entregar a primera hora de la mañana, y en ese momento era su máxima prioridad. Había estudiado con detenimiento el dossier del detective y, a excepción del pequeño detalle de la identidad del arquitecto, tenía una idea bastante clara de cómo enfocarlo. Según los datos aportados, la señora Talbot gozaba de una reputación intachable, no existía nada proclive a ser utilizado en su contra. La presencia de Josh estaba justificada porque la mujer tenía intención de construir un hotel en un terreno situado en la costa de California y había contratado sus servicios para elaborar el proyecto y llevar a cabo la ejecución. Por descontado, tendría que hacer mención de ese asunto dado que, aunque la propiedad pertenecía a la otra parte, el dinero destinado a las obras saldría de las cuentas comunes, tal y como podía comprobarse con los extractos bancarios aportados. El cliente, Arthur Talbot, tenía todo el derecho a conocer las intenciones de su aún esposa, pero estaba convencida de que llegarían a un acuerdo en el reparto de bienes porque el hombre parecía una

persona razonable. Poco más se podía arañar de la información obtenida por el investigador privado.

En cuanto a Josh, omitiría cualquier alusión a su relación con él; no consideraba que obviar ese dato restara credibilidad al informe si realizaba su trabajo de forma objetiva. Al fin y al cabo, se trataba de una simple casualidad, pero no quería que se enteraran en el bufete porque podrían retirarla del caso alegando que se daba un conflicto de intereses. Tampoco le diría nada a Josh, no porque no confiara en él, sino porque no deseaba preocuparlo ni que pensara que se estaba entrometiendo en el ejercicio de su profesión.

De cualquier modo, se sentía intranquila, intuía que algo no iba bien, aunque lo achacó a que era la primera vez en su carrera que no lo tenía todo atado y controlado. Tras entregar el informe en cuanto llegó a la oficina, dedicó el resto de la mañana a poner en orden sus archivos, porque desde que le adjudicaron el caso Talbot había dejado de lado todo lo demás.

A la hora de comer, decidió bajar a comprar algo al puesto ambulante de la esquina. No tenía mucho apetito, y además tampoco quería ausentarse demasiado por si Dylan Percy solicitaba su presencia, pero necesitaba respirar un poco de aire fresco para despejarse de tanto papeleo. Mientras esperaba su turno, vio los *pretzels* en el mostrador y se le antojó uno. Se lo tomaría mientras daba una vuelta a la manzana y después subiría de nuevo, de vuelta al trabajo. Estaba pagando al dependiente cuando sintió que unas manos conocidas le rodeaban la cintura.

—Hola, preciosa.

Zoe se dio la vuelta con una sonrisa de par en par.

—¡Josh! ¿Qué haces aquí? —Le echó los brazos al cuello y comenzó a darle besos por el rostro, presa de la emoción—. No te esperaba hasta esta noche.

—¡Qué recibimiento más efusivo! Si llego a saberlo, hubiera mandado todo

al infierno y habría vuelto ayer por la noche. ¿Cómo estás? —preguntó, tomándola de la mano que tenía libre para conducirla fuera de la cola.

—Ahora que te veo, mucho mejor.

—¿Y eso? —Josh se detuvo, preocupado por el matiz extraño que había detectado en su voz, y la miró a los ojos—. ¿Te ocurre algo?

—No es nada, solo cosas de trabajo. —Desvió la vista al pecho de Josh y le quitó una imaginaria pelusa de su chaqueta—. Pero cuéntame: ¿cómo es que has regresado antes de lo previsto?

—Ayer pude terminar todo para lo que había ido a Mississippi. No volví por la noche porque era ya muy tarde, pero esta mañana he venido directamente desde el aeropuerto a verte. No podía esperar más.

—Me alegra que lo hayas hecho. —Depositó un cálido beso en sus labios y reanudó la marcha—. Ven, vamos a dar un paseo. Tengo que contarte algo. —Dio un mordisco al *pretzel* y le propuso compartir la galleta, pero él rehusó su ofrecimiento—. Esta mañana he estado charlando con Luke.

—¿Luke? ¿El rollito de mi amiga Bonnie?

—Sí, ese. Y también mi mejor amigo —puntualizó, algo dolida—. Es una pena que no lo conozcas más. Parece mentira que en el tiempo que llevamos juntos no hayáis coincidido más que la noche que nos presentaron.

—Pues mira, ahora que lo dices, me gustaría cruzar unas cuantas palabras con ese tipo. Aún no he decidido si es una buena o mala influencia para mi chica.

—¿Tu chica? ¿A quién te refieres, a Bonnie o a mí? —Zoe entornó los ojos mientras esperaba su respuesta.

Le había pillado. Cómo se notaba que era abogada, sacándole punta hasta al más mínimo detalle.

—A ti, por supuesto. —Cruzó mentalmente los dedos para salir airoso del embrollo en el que acababa de meterse él solito—. Ella tiene muchas tablas con los hombres y sé que a la primera de cambio le pondría firme. No digo que tú no puedas hacerlo —se anticipó a la inminente réplica de Zoe—, solo que Bonnie es famosa por su fuerte carácter.

—Bueno —dijo ella, en apariencia convencida con su explicación—, pues vas a tener la oportunidad de hablar con él este fin de semana.

—¿Oportunidad? ¿A qué te refieres?

Zoe se mordió el labio inferior. Estaba a punto de ver su reacción al enterarse de lo que se proponía su amigo y no sabía si podría contener la risa.

—¿Has hablado últimamente con Andy?

—Desde hace varios días, no. ¿Por qué lo preguntas? —Josh intuyó que aquello no iba a gustarle. Siempre que se mencionaba a Andy en una conversación era por algo que había hecho o pensaba hacer, y no precisamente bueno.

—Está organizando para la noche de Halloween una fiesta temática de disfraces. En tu casa —añadió, mostrando los dientes en una sonrisa tan angelical como falsa.

Josh tardó varios segundos en reaccionar.

—¿Cómo? ¿En mi casa? No me lo puedo creer... ¿Tendrá cara el muy...?

—Vamos, tampoco es para tanto. —Zoe intentó quitarle hierro al asunto—. Se trata solo de una pequeña reunión de amigos, al menos eso es lo que me ha dicho Luke.

—¿Que no es para tanto? Zoe, tú no lo conoces. —Fue subiendo el volumen a medida que hablaba—. No es la primera vez que lo hace. Cada dos por tres organiza algo en mi casa sin pedirme permiso, disponiendo de ella como si fuera

suya. Hasta ahora se lo he permitido, pero ¡ya estoy cansado! Voy a llamarle ahora mismo...

Zoe colocó la mano sobre su móvil, impidiéndole marcar.

—Puede ser divertido, y a mí me hace ilusión. Venga, por esta vez déjalo correr. —Josh pareció dudar, y ella sonrió con coquetería. Solo faltaba un último incentivo para convencerlo—. Además, ya tengo pensado qué disfraces llevaremos, tanto tú como yo. Y te puedo asegurar que el mío te encantará —remató, guiñándole un ojo.

El gesto desabrido de Josh desapareció al instante.

—Que sepas que lo hago solo por ti —claudicó, guardándose el teléfono en la chaqueta—, pero Andy no se va a salvar de una buena bronca cuando lo pille.

—No te arrepentirás. —Zoe le regaló una pícaro mirada y devolvió su atención a la comida. Mordisqueó la galleta salada y se la volvió a ofrecer, pero él negó nuevamente con la cabeza.

—Ni siquiera me has dicho de qué va a tratar la fiesta —se quejó él.

—¿Ah, no? ¿De verdad? —Zoe simuló no haberse dado cuenta—. Es que no sé si quiero contártelo aún.

—¿Tan estrambótico es que no te atreves a decírmelo?

—Depende de cómo lo mires —le picó un poco más porque le encantaba ver la alarma en sus ojos. La cara de Josh era un poema, aunque tampoco quería tensar demasiado la cuerda, no fuera a ser que cambiara de opinión respecto a lo de celebrar la fiesta en su casa—. Pero no te preocupes, vas a ir muy sobrio y elegante —comentó entre risas.

—¿Quieres decírmelo de una maldita vez? —respondió, medio en broma medio en serio.

El sonido de su móvil la salvó de contestar. Sacó el teléfono del bolso y al

ver quién era, soltó a Josh de la mano y se apartó a un lado de la acera para contestar. La llamada fue breve, pero cuando colgó había desaparecido de su cara todo rastro de alegría.

—¿Algún problema? —preguntó él. Solo había escuchado retazos aislados de la conversación, aunque parecía que se trataba de un asunto de trabajo.

—Tengo que volver ahora mismo a la oficina —murmuró, apesadumbrada. No le apetecía nada irse en ese momento, pero Dylan Percy la había llamado para decirle que se pasara por su despacho. A pesar de que no le había metido prisa, no quería hacerle esperar—. Lo siento.

—No te preocupes, lo entiendo. Venga, vete —la animó.

—Gracias por ser tan comprensivo. —Zoe se puso de puntillas y, agarrándolo de la solapa, lo acercó a ella para besarlo como se merecía. Después, dio un último bocado al *pretzel* antes de tirar lo que quedaba en una papelera.

—Esta noche te paso a buscar y me pones al día con lo de la fiesta. Además, aún no has contestado a mi pregunta.

Zoe, que ya se estaba alejando, soltó una carcajada.

—Está bien, te lo diré para que te rompas la cabeza pensando qué se me ha podido ocurrir como disfraz. ¡Héroes y villanos!

El viernes por la tarde después del trabajo, Zoe quedó con Luke y Bonnie en el East Village para comprar sus respectivos disfraces. Josh no los acompañaba porque estaba en casa ayudando a Andy con la organización de la fiesta, o como le había dicho hacía solo un rato, «controlando que ese vivalavirgen que tengo como amigo no haga alguna de las suyas y me transforme el *loft* en un pasaje del terror».

Al igual que Josh con Luke, ella tampoco había vuelto a coincidir con Bonnie desde la noche en la galería de arte. La recordaba de trato agradable, algo alocada y bastante excéntrica, pero tenía miedo a sentirse fuera de lugar en compañía de ellos dos. Nada más lejos de la realidad: habían quedado en la puerta de New York Costumes, una tienda de disfraces recomendada por Andy, y en cuanto apareció la pareja Bonnie se enganchó a su brazo y empezó a hablar con ella como si la conociera de toda la vida. Parecía que le habían dado cuerda, ya que invariablemente llevaba la voz cantante. Incluso la presencia de Luke pasó a convertirse en un mero formalismo, ya que centró su atención en Zoe, dejándole a él en un conveniente segundo plano, a tenor de la expresión de alivio que mostraba mientras las veía charlar de una forma tan distendida.

Zoe examinó con detenimiento la gran variedad de disfraces que había colgados en las perchas hasta que encontró lo que buscaba. Comprobó que fuera de su talla y se lo enseñó a ambos con una sonrisa de satisfacción.

—¿Te vas a poner eso? —preguntó Luke, estupefacto.

—¿Por qué no? A mí me parece perfecto.

—Zoe, si no lo veo no lo creo. ¿Seguro que estás bien? De un tiempo a esta parte me da la impresión de que te han hecho un lavado de cerebro.

—Pues no sé por qué lo dices —repuso, ofendida.

—¿Ah, no? A las pruebas me remito. Hasta hace bien poco, eso —señaló el disfraz con un dedo— no habría entrado en tu armario ni estando borracha. Así que ni hablo de vértelo puesto. Ahora mismo lo estoy flipando.

—Deja en paz a la chica —terció Bonnie—. Zoe, eso irá genial con el que has elegido para Josh. ¡Estoy deseando veros con ellos!

Ella le agradeció su comentario y le hizo una mueca a Luke.

—Tú misma. Luego no me vengas con arrepentimientos —dijo él.

A pesar de que Luke y Bonnie ya habían encontrado sus trajes, esta última no se quedó satisfecha con su elección y fue a investigar en otras secciones. Zoe la vio ir de un lado para otro con una sonrisa que se ensanchaba por momentos, a medida que se iba echando diferentes disfraces al hombro: parecía una niña pequeña en una tienda repleta de golosinas.

—¿Qué tal con ella? Últimamente no me cuentas nada de tu vida, me tienes abandonada.

Antes de contestar, Luke buscó a su chica con la mirada y sonrió.

—Está completamente loca pero... ¡me encanta!

—¿Vas en serio con ella?

—No sabría decirte. Los dos somos muy independientes, pero la verdad es que hemos encajado bastante bien. Ya veremos.

Como la respuesta de Luke fue un tanto imprecisa y no parecía que quisiera continuar con el tema, Zoe aprovechó para hablar con él de asuntos laborales, algo que quedaba descartado hacer frente a Bonnie, ya que la muchacha no tenía mucha pinta de que le gustaran esos asuntos.

—¿Cómo vas con el caso Archer? —preguntó ella.

—Bastante liado y un poco asqueado, si quieres que te diga la verdad. El cliente no hace ni dice nada para desmentir las acusaciones que planean por su cabeza, y las pruebas apuntan a que ese tío es culpable de todas las atrocidades que le imputan. Saber esto no ayuda en nada a su defensa, pero el padre de la «criatura» está forrado y ha pagado una millonada al bufete para que le representemos. Tanto es así que me va a tocar pasar Acción de Gracias en Chicago, preparando al mocosito para el juicio, que está previsto para fin de mes. Vamos, un plan impresionante. Y tú, ¿qué tal?

—Ahora mismo estoy en *stand by* con el caso Talbot, y los demás no merecen ni mención de lo poco importantes que son. El martes entregué a Dylan

Percy el informe con los datos recabados de la investigación, por la tarde estuvimos estudiando las diferentes líneas a seguir y poco más. Supongo que habrá hecho llegar nuestras conclusiones al cliente, así que solo nos queda esperar una respuesta. De cualquier modo, todo apunta a que el litigio se resolverá muy pronto. Lo veo un caso fácil, aunque no se trate de mi especialidad.

—¿Y qué me dices de Percy?

Zoe lo fulminó con la mirada.

—Sé adónde quieres ir a parar y te aviso desde ya que no hay nada que contar.

—¿Seguro?

—Luke, estás paranoico. Ves cosas donde no las hay. A raíz de nuestra última conservación sobre él no he parado de darle vueltas al tema, observando hasta el más mínimo detalle, hasta el punto de llegar a obsesionarme pensando que tenías razón. Sin embargo, lo único que tienes son suposiciones. Su trato hacia mí ha sido hasta la fecha exclusivamente profesional.

—Sí, bueno. Ya veremos...

—Que no, Luke, que estás equivocado. Deja de llenarme la cabeza con tus conjeturas estúpidas.

—¡Chicos, ya estoy lista! ¿Vamos a pagar?

Bonnie se interpuso de un salto entre los dos, y ambos se quedaron con la boca abierta al verla cargada hasta los topes. Llevaba entre los brazos más de media docena de disfraces y complementos, a cada cual más... Zoe miró a otro lado, haciéndose la loca, porque no quería imaginarse para qué los querría, aunque se hacía una ligera idea. Se fijó en su amigo, que mostraba una expresión bastante explícita. Él sí sabía para qué y cuándo los utilizaría, y se le veía muy complacido.

—¿Tomamos algo? —propuso Zoe cuando salieron de la tienda—. Josh está muy ocupado intentando cortar las alas de la creatividad a Andy, así que tengo un rato libre hasta las ocho, que es la hora a la que hemos quedado.

—Esto... —Ambos cruzaron miradas pero fue él quien contestó—: Lo siento, tenemos cosas que hacer.

Zoe interceptó un gesto de Bonnie a Luke que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones. Al parecer, esa misma tarde iban a dar buen uso a uno de esos disfraces.

—No pasa nada. Me iré a casa y descansaré un rato hasta que llegue Josh.

—¿Quieres que te acerquemos? —se ofreció Luke, aunque a ella le dio la impresión de que lo decía con la boca pequeña, simplemente por compromiso. Se le notaba a la legua que estaba deseando largarse con Bonnie. Bueno, se les notaba a ambos, a decir verdad.

—No, gracias. No quiero interponerme en vuestros planes. —No pudo evitar tirarles una pequeña pulla antes de irse. Si no lo hacía, reventaba—. Eso sí, pareja, no os canséis mucho con eso... —señaló la bolsa de la compra de Bonnie — o sí.

—¿Por qué no te cambias aquí fuera?

—¡Porque quiero que sea una sorpresa! —gritó ella al otro lado de la puerta.

Josh se paseaba por el dormitorio mientras esperaba impaciente a que saliera del baño. Aunque la fiesta seguía sin hacerle mucha gracia, estaba ansioso por ver cómo era el disfraz de Zoe. Y el suyo también, porque la muy tunanta había entrado con los dos disfraces ocultos en el interior de un porta-trajes. Según le había dicho antes de cerrar con llave, no pensaba enseñárselo hasta que no

estuviera vestida.

Tras unos minutos que a Josh se le hicieron eternos, la puerta del baño se abrió. Él, que estaba contemplando a través del ventanal el espectáculo de luces nocturno que proyectaba el Empire State con motivo de Halloween, se giró bruscamente.

—Y bien, ¿qué te parece?

Zoe tenía una mano apoyada en el marco de la puerta y en la otra sujetaba un disfraz de Batman con falso pecho musculoso, mientras mostraba una sonrisa de par en par. Pero él no se fijó en el traje: sus ojos se clavaron en ella y en su atuendo. Iba vestida de Catwoman, embutida en un ajustado mono de licra negro con un cinturón ancho que resaltaba sus caderas, y unas botas altas de cuero que le llegaban a medio muslo. Aunque lo que dejó a Josh sin palabras fue el profundo escote que lucía tras haber bajado la cremallera delantera más allá del comienzo de los senos. Un antifaz cubría gran parte de su rostro, pero no podía ocultar la mirada de satisfacción que le dirigió al ver la reacción que le había causado.

—¿No vas a decir nada? —añadió ella.

Josh recorrió su silueta de arriba abajo varias veces antes de responder.

—La fiesta de disfraces acaba de cancelarse. A partir de ahora esto pasa a ser una fiesta privada. Solo tú y yo. —Se acercó a ella con la intención de agarrarla, pero Zoe lo esquivó hábilmente—. Ven aquí...

—¡Ah, no! Si quieres disfrutar de esta gata tendrás que esperar a que la velada termine. Además, los invitados están a punto de llegar.

—Me da igual. Que se vayan con viento fresco. Mi casa, mis reglas.

El timbre de la puerta sonó y Zoe se escabulló hasta la entrada del dormitorio.

—Aquí están los primeros. Ve cambiándote mientras yo ejerzo de perfecta anfitriona.

—¡Zoe!

Josh fue detrás de ella para intentar alcanzarla, pero no llegó a tiempo. Había bajado las escaleras a una velocidad sorprendente y ya casi estaba en la planta inferior. Vencido, regresó al dormitorio y reparó en el traje que Zoe había tirado encima de la cama antes de salir corriendo. Con desgana, cogió el disfraz y lo sacó de la bolsa transparente. Aún no había empezado la fiesta y ya estaba deseando que se acabara. Había pensado así desde el principio, pero ahora tenía un doble motivo para hacerlo.

—Maldita fiesta...

Bajó al cabo de unos minutos y se unió a Zoe para recibir a los invitados. Se sentía ridículo vestido de esa guisa, aunque después de ver «los estilismos» del personal se relajó un poco. Pero... ¿a cuánta gente había invitado Andy? Le prometió que no serían más de veinte personas pero, si sus cálculos no le fallaban, allí había más del doble. Y todavía seguían llegando. Hizo un gran esfuerzo para no soltar un impropio contra su amigo, quien, por cierto, no dejaba de revolotear entre los diferentes grupitos sintiéndose la reina del lugar. Se le veía como pez en el agua, al contrario que a él.

De cualquier modo, todo se le olvidaba cuando miraba a Zoe. Lo estaba volviendo loco con ese disfraz tan sexi, y lo peor es que ella parecía disfrutar al verlo así.

—No sabes cómo me estás poniendo... —le susurró al oído cuando fueron de nuevo hacia la puerta tras oír el timbre—. Di tan solo una palabra y pongo a todo el mundo de patitas en la calle.

—No seas insociable y disfruta. Además, así el postre te resultará más dulce —respondió melosa, devolviéndole una mirada de lo más significativa—. Y

ahora, sonrío. Parece que estás en un velatorio en vez de en una fiesta —añadió, justo antes de abrir—. ¡Luke, Bonnie, bienvenidos! Me encantan vuestros trajes de Bonnie&Clyde.

—Vosotros también estáis geniales. Chica, ese disfraz va a poner taquicárdico a más de uno. ¡Y no quiero mirar a nadie! —exclamó la aludida con un guiño de complicidad.

—Tenía mis dudas de que te lo pusieras, pero veo que al final te has atrevido. —Luke le cogió la mano y, levantándole el brazo, giró alrededor de ella para apreciar su disfraz desde todas las perspectivas. Complacido por lo que veía, la agarró de la cintura y le dio un caluroso beso en la mejilla—. ¡Estás espectacular!

Josh, contrariado, apretó los dientes. Odiaba reconocerlo, pero le fastidiaba hasta límites insospechados que ese tipo se tomara tantas familiaridades con ella, por mucho que fuera su mejor amigo. No podía apartar la vista de la mano de Luke sobre la cadera de Zoe, como si ella le perteneciera. Si ya la había saludado, ¿por qué no la soltaba?

—Y tú, hombretón, ¿has estado practicando? —Bonnie se acercó a Josh y lo golpeó cariñosamente en el pecho—. Tienes la mirada tan oscura como el personaje que representas. Anda, dame un beso y alegra esa cara.

Josh saludó a su amiga pero se mantuvo en el más absoluto mutismo, lanzando dardos envenenados por los ojos.

—Perdona, ¿te molesta que la agarre así? —Luke se había fijado que Josh le miraba como si le estuviera perdonando la vida y entendió la razón a la primera. No quería dejar pasar la ocasión de bromear un poco a su costa—. Bueno, bueno, Zoe, si resulta que tu novio tiene un puntito celoso... Pues que sepas, Josh, que yo la vi antes.

—Ya, pero perdiste tu oportunidad hace mucho tiempo, así que no te pases.

Bonnie soltó una risilla que intentó ocultar tapándose la boca, pero sin mucho éxito.

—¡Vaya dos! —Zoe puso los ojos en blanco y se armó de paciencia para no llamarles «neandertales sin seso»—. Luke, deja de picarlo. Y tú, Josh, no seas desagradable. Me encantaría que os conocierais mejor, tampoco creo que pida tanto. ¿Por qué no ponéis un poco de vuestra parte?

—¡Chicas, chicas, venid conmigo! —Andy apareció de la nada y se interpuso entre ambas parejas, haciéndoles señas para que lo siguieran—. He organizado un *photocall* y me gustaría estrenarlo con las dos mayores bellezas de la fiesta.

No dejó que se lo pensarán. Las tomó de la mano y tiró de ellas ante la incrédula mirada de Josh y Luke, que se quedaron solos el uno frente al otro sin saber qué decir.

—Supongo que deberíamos hablar, ¿no? —dijo Josh al fin—. Es lo menos que se merece Zoe.

—En eso estoy de acuerdo contigo.

—¿Te apetece algo de beber?

Andy llevó a las chicas a un lateral del salón, bajo una cadeneta de murciélagos entre dos repisas donde habían colocado unas calabazas huecas con unas velas en su interior. Zoe, desde allí, observaba a los que junto con su padre eran los hombres más importantes de su vida. No habían empezado bien, pero esperaba que encontraran algún punto en común. Al fin y al cabo, Luke estaba saliendo con la mejor amiga de Josh, y viceversa, así que ambos se encontraban en la misma situación. Se habían comportado como unos gallitos hacía un rato, no sabía si por hacer la gracia o porque se estaban tanteando el uno al otro, pero para ella era muy importante que hubiera un entendimiento entre ellos. Respiró tranquila cuando, después de unos minutos, los vio charlar animadamente

mientras se tomaban unas cervezas.

A partir de ese momento se relajó y pudo disfrutar de la fiesta. Andy le presentó a muchas personas, la mayoría amigos suyos que estaban tanto o más locos que él, pero con los que pasó un rato muy divertido. También tuvo oportunidad de conocer a algunos amigos del grupo de escalada de Josh, los cuales la animaron a probar la experiencia. Se lo vendieron tan bien que ella les prometió que iría a alguna de las salidas a la montaña que organizaban cada dos meses.

Aunque no creía que fuera posible, Josh se lo pasó mejor de lo que esperaba. Terminó por integrarse al variopinto grupo de personas que habían invadido su casa, e incluso pudo intercambiar impresiones con el mejor amigo de Zoe hasta el punto de descubrir que tenían más cosas en común de lo que pensó en un principio. No parecía un mal tipo, solo se preocupaba por el bienestar de su amiga, al igual que él con respecto a Bonnie.

Nadie tenía prisa por largarse, pero a las dos de la madrugada y para su satisfacción, Andy anunció a bombo y platillo que cerca de allí había un club de ambiente de un conocido suyo que invitaba a la primera copa a quien fuera disfrazado. Entonces se produjo una desbandada y al poco rato ya no quedaba casi ningún invitado. «La gente hace lo que sea cuando oye la palabra “gratis”», pensó Josh, aunque reconocía que había deseado que ocurriera algo así para quedarse a solas con Zoe. Por una vez y aunque fuera de forma inconsciente, su amigo había hecho algo bien. Tal vez se lo agradeciera más adelante.

Eran casi las tres cuando Josh despidió al último de los asistentes a la fiesta. Por fin. Se apoyó en la puerta de entrada y contempló a Zoe, que estaba recogiendo vasos y cuencos por el salón para llevarlos a la encimera de la cocina. Ahora sí que ya no tenía escapatoria. Caminó con paso decidido hacia ella y, sin darle tiempo a reaccionar, la cogió de las piernas y se la cargó al hombro.

—Pero ¿qué haces?

—Lo que tendría que haber hecho hace unas cuantas horas: ¡llevarte a la cama!

Zoe no pudo parar de reír durante todo el trayecto al piso superior. Mientras la subía con actitud decidida, Josh mostraba una expresión seria, pero sus ojos lo delataban: ardía de puro fuego. No se detuvo hasta llegar al dormitorio y soltarla encima de la cama, aunque él se quedó de pie observándola con lujuria mal disimulada. Ella, consciente del efecto que le estaba causando, se arqueó sobre las sábanas como una gata en celo.

—Ni te imaginas lo que me estás provocando...

—¡Miau! —Zoe lo invitó con una ardiente mirada, y él no pudo contenerse más.

—Tú lo has querido. Que sepas que no voy a parar hasta hacerte maullar de placer, pero de verdad. —Se lanzó sobre ella y la aprisionó entre sus muslos para impedirle que continuara moviéndose. Zoe se lamió los labios, incitándole a que siguiera avanzando—. Llevo toda la noche pensando en hacer esto... —Empezó a bajar la cremallera de su traje de Catwoman y apartó la licra. Como había supuesto, no llevaba sostén—. Este disfraz acaba de convertirse en mi prenda favorita de tu armario —dijo él, para acto seguido zambullirse en su escote con un intenso y erótico lametazo de bienvenida.

—¿De veras? Lo tendré en cuenta —consiguió balbucear ella.

Josh acogió los pechos de Zoe entre sus dedos y los tentó con destreza hasta arrancar en ella profundos gemidos. Sin apartar las manos, depositó sus labios en la suave piel que separaba los senos y fue descendiendo poco a poco, dejando un reguero de húmedas y abrasadoras caricias. Al llegar a la parte del traje que aún permanecía cerrada, tomó la cremallera entre los dientes y tiró de ella hacia abajo, con deliberada lentitud, hasta alcanzar el final. Entonces se detuvo,

sorprendido, y levantó la vista para mirar a Zoe a los ojos.

—No llevas... —murmuró con voz espesa.

—Miau... ¡sorpresa! —exclamó ella, regalándole una sonrisa traviesa.

—Definitivamente, adoro este traje. Y a su dueña —añadió, antes de sucumbir sin remedio a la lujuria.

No perdió el tiempo en falsos juegos. La ayudó a quitarse el mono de licra con manos diestras y después él hizo lo propio con su disfraz. Libres ya de la barrera que suponía la ropa, acoplaron de nuevo sus cuerpos sobre las sábanas de seda, piel con piel, intercambiándose osadas caricias que los enfebrecieron hasta el límite. Josh separó los muslos de Zoe y, agarrándola por la parte posterior de las rodillas, le alzó ambas piernas para facilitar el acceso al único sitio donde quería llegar en esos momentos. La punta de su glande tanteó impaciente la entrada a la vagina y, fijado el objetivo, se enterró en ella de una certera embestida.

Zoe se incorporó como un resorte para aferrarse a los hombros de Josh, acuciándolo sin palabras a que saciara la agitación sentida al recibirlo con nuevas y más profundas acometidas. Él se prestó gustoso a complacerla; inició un ritmo constante e intenso que la llevó a tocar el cielo con los dedos, anulando el poco control que le quedaba de su cuerpo para dejarse arrastrar por una corriente de puro deleite. En la frontera entre la cordura y el delirio, ella alcanzó a barbotar un «te amo» que nació de lo más hondo de su corazón. Durante unos instantes Josh se sintió descolocado por esa revelación, pero después retomó el camino con más energía, decidido a hacerle perder el sentido en una noche larga y memorable.

—Creo que es la hora —dijo Zachriel, frotándose las alas por la anticipación.

—¿Ya?

—Sí, ya. Estoy deseando ganar la apuesta y demostrarte que estabas equivocada.

—¿No podemos esperar un poquito más? —preguntó Anael con voz lastimera—. Se les ve tan felices y compenetrados...

—Esa es la cuestión, que no son ellos en realidad.

—Pero... es que todo va a cambiar a partir de ahora.

—Como debe ser. ¿Qué esperabas?

—¿Y lo vamos a hacer así, de repente y sin anestesia?

—No, lo haremos poquito a poco para que se acostumbren —comentó Zachriel con sarcasmo—. Creo que el azúcar de todas las nubes de algodón que te has metido en el buche mientras observábamos a los humanos se te ha subido a la cabeza. ¡Pues claro que lo haremos de repente! Lo mejor es un buen tirón, como en la depilación.

—Uf, eso duele mucho... Una vez intenté sanearme el nacimiento de las alas y casi me desmayo. —El otro ángel la miró como si se hubiera vuelto loca—. Lo pasé tan mal que durante varios días fui incapaz de planear en condiciones.

—¿De verdad? Yo pensaba que tu torpeza te venía de serie. Nunca has sido muy diestra en el arte de volar, pareces un pato mareado dando bandazos sin ton ni son.

Anael le devolvió una mirada cargada de inquina y saltó a otra nube algo más alejada de su compañero. Si le tenía a menos de un ala de distancia podría cometer una locura.

—Nos estamos desviando del tema.

—Tú has sido la que ha empezado a decir tonterías. Ahora en serio: debemos dejar a los humanos como estaban antes de conocerse, y lo debemos hacer ya.

—Venga, vale, pero hazlo tú que a mí me da mucha pena.

—Menuda palomita sensiblera...

## Capítulo 17

Zoe abrió los ojos y lo primero que vio fue el rostro dormido de Josh a escasos centímetros del suyo. De inmediato sintió un vuelco al corazón. Eso era lo que le hacía sentir cada vez que se encontraba cerca de ella, y con el paso de los días iba a más. Todavía no podía creerse la suerte que había tenido. Entró en su vida de casualidad, pero estaba convencida de que había llegado allí para quedarse. No podía ser más feliz.

Durante varios minutos no dejó de contemplarlo, sonriendo como una boba con el codo apoyado en la almohada y la mano en la barbilla. No quería moverse, no deseaba que el hechizo se rompiera, pero su cuerpo aprovechó que se había despertado para reclamarle la primera dosis de café del día. Indecisa, abandonó la cama, y entonces se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Sintió un estúpido pudor, habida cuenta de la noche tan fantástica que habían compartido y de otras muchas con anterioridad, en las que había estado más que expuesta sin importarle lo más mínimo ese detalle. De cualquier modo, fue hacia el armario para sacar una camisa con la que cubrirse. A medio camino sus pies se enredaron con algo, y al agachar la vista descubrió que era el disfraz de Catwoman. Lo tomó entre sus manos y notó un extraño cosquilleo en su interior, una sensación que hacía mucho tiempo que no experimentaba, quizás desde que conoció a Josh: vergüenza.

¿Cómo había sido capaz de llevar eso? ¿Qué habrían pensado los invitados al verla vestida de esa guisa? Recordaba que el traje le quedaba tan ceñido que no dejaba nada a la imaginación, y en cuanto al escote... Sus mejillas se encendieron al evocar la noche anterior, pero como no quería darle más vueltas hizo lo único que se le pasó por la cabeza. Escondió el objeto de su bochorno en

un sitio donde no pudiera verlo nadie, incluida ella: debajo de la cama.

Tras ponerse la camisa, bajó a la planta inferior. Aquello parecía una leonera. Además, el ambiente aún se notaba cargado, así que abrió uno de los ventanales para dejar entrar aire fresco. El día había amanecido gris y un viento desagradable se coló en el interior, haciendo que ella se apartara de la cristalera con los brazos cruzados en el pecho. Ahora se arrepentía de no haberse traído su pijama de franela. Con lo calentito que era... Recogería un poco todo aquel desorden mientras se ventilaba el salón, pero solo el tiempo justo que tardara en hacerse el café. Después ya seguiría con la limpieza.

Josh despertó y estiró el brazo de forma automática, pero se encontró el otro lado de la cama vacío. Su ceño fruncido se transformó en una sonrisa cuando un intenso aroma a café inundó sus fosas nasales. Zoe no cambiaría nunca, pensó, no podía vivir sin su droga particular. Retiró las sábanas y se levantó, desperezándose cuan largo era; después se atusó el pelo y, tras ponerse unos bóxers, abandonó la habitación.

Como iba descalzo, no hizo ruido al bajar las escaleras. Ella estaba junto a la barra americana de la cocina, de espaldas a él, y no se había percatado de su presencia porque parecía muy concentrada, inclinada sobre la encimera. Se quedó parado, a solo unos pasos de ella, contemplándola con una intensidad que rayaba lo obscuro. Sus ojos se detuvieron en las largas y torneadas piernas. Llevaba puesta una camisa suya que le quedaba enorme, pero el aspecto que ofrecía le parecía muy excitante. Podría quedarse así, mirándola sin que se diera cuenta, durante horas. Ella, ajena al escrutinio al que estaba siendo sometida, se agachó para recoger una naranja que había caído al suelo, y Josh tuvo la ocasión de admirar en primera línea el comienzo de la suave curva de sus glúteos. Aquella imagen lo sacó de su pasividad y caminó hacia ella con la intención de hacerle partícipe del estado en el que lo acababa de poner.

—Buenos días, nena —le susurró al oído mientras apresaba su cintura para

atraerla hacia él.

Ella saltó como un resorte por la sorpresa. Se dio la vuelta y de modo inconsciente interpuso sus manos entre los dos, dejando espacio de por medio.

—Me has asustado —fue lo único que dijo para justificar su inesperada reacción. Al darse cuenta de la frialdad de su recibimiento, le compensó con un breve beso en los labios y una sonrisa resplandeciente—. Lo siento, ¿te he despertado?

—No, lo hizo el olor a café recién hecho, aunque estoy un poco enfadado por no haberte encontrado a mi lado cuando he abierto los ojos. Por cierto, ¿qué ha ocurrido aquí? —preguntó, recorriendo el salón con la mirada—. ¿Me has abandonado para recoger lo de ayer? Muy mal, teníamos todo el día para hacerlo —la recriminó.

Zoe elevó los hombros a modo de respuesta, pero después dijo:

—No soportaba verlo todo sucio y desordenado. Ahora está mucho mejor. También te he hecho el desayuno —añadió, señalando la barra con el brazo.

—¿De veras? Ahora mismo yo tenía pensado otro tipo de desayuno que también se puede tomar en la encimera —contestó él, sin molestarse en mirar donde ella le indicaba. Tenía puestos los cinco sentidos en el primer botón de su camisa, ese que no le dejaba apreciar en toda su magnitud la sugerente curvatura de sus senos. Acercó una mano y lo desabrochó con dedos ágiles, dispuesto a solventar ese escollo, pero Zoe le dio un manotazo cariñoso para detenerlo, frustrando así sus intenciones.

—El desayuno... —le recordó—. Te está esperando ahí.

—Prefiero este de aquí.

—El desayuno... —repitió.

—Aguafiestas... —gruñó él por lo bajo, algo irritado por su rechazo.

Josh se sentó en uno de los taburetes de diseño moderno y ella le sirvió una humeante taza de café. Después, le puso delante un plato con frutas de temporada troceadas y una tostada de cereales que rebosaba colorido y originalidad en el emplatado, pero que a él no le llamó la atención en absoluto.

—¿Fruta? Preferiría unos huevos revueltos con un poco de beicon bien tostado. ¿No queda nada de eso en la nevera?

—Esto es más sano. Deberías pensar en tus arterias, no atiborrarlas de colesterol y grasas.

—Mis arterias están perfectamente. De hecho, tú no sabes cómo me circula la sangre ahora mismo al verte así. —Metió una mano bajo el faldón de la camisa y la subió con atrevimiento desde el muslo hasta las nalgas—. Necesito algo con más aporte calórico para compensar lo de ayer, que me dejaste exhausto, y poder continuar donde lo dejamos. ¿Por qué no me preparas otra cosa? —le sugirió con una sonrisa que podría derretir a cualquiera, mientras apartaba el plato a un lado.

Zoe se sintió ofendida por el desprecio que acababa de hacerle. Ella, que le había preparado el desayuno con todo el cariño...

—De acuerdo, no soy quién para decirte lo que es mejor para ti. Ya eres mayorcito —espetó, yendo hacia el frigorífico con la cabeza bien alta.

—Venga, no te enfades. Soy un desagradecido, lo sé. Mira, me comeré esto, que tiene muy buena pinta —cogió la insulsa tostada y colocó encima unos trozos de kiwi, mango y plátano—, y ya me resarciré con la comida. Ahora ven aquí y siéntate a mi lado, que me gusta tenerte accesible en todo momento.

Zoe, satisfecha, hizo lo que le pidió, no sin antes servirse una taza de café para ella, la tercera en lo que llevaba de mañana.

—Mmm..., está delicioso. —Josh compuso un gesto de placer, pero no pudo engañarla: ella sabía que era falso como una moneda de dos caras, aunque no

dijo nada porque reconoció su esfuerzo por agradarla—. Y bien, ¿qué hacemos hoy? Tenemos todo el día libre para nosotros. ¿Adónde te apetece ir?

—Si quieres que te sea sincera, me gustaría descansar un poco del fin de semana para comenzar mañana con buen pie la jornada laboral. ¿Te importaría que nos quedáramos aquí, viendo tranquilamente unas películas?

—¿Unas películas? Serás sosa... ¡Con todo lo que podríamos hacer tú y yo aquí solos! —se burló él de forma distendida para suavizar la atmósfera tan enrarecida que, no sabía cómo, se había creado entre ellos.

A lo lejos se oyó la melodía de un móvil y Zoe bajó del taburete de un salto.

—¡Es el mío! —exclamó, antes de alejarse escaleras arriba a la carrera.

Tardó varios minutos en volver a bajar, y cuando lo hizo parecía algo inquieta.

—¿Ocurre algo? —preguntó Josh.

—Me han llamado del trabajo. Tengo que irme.

—¿Ahora? Pero si tienes el día libre... Además, ¿tu bufete no cerraba hoy?

—Lo sé, pero no es allí donde debo ir. Uno de mis clientes ha solicitado una reunión urgente en el hotel donde se aloja. Ha volado desde Washington exclusivamente para esto y lo ha hecho sin avisar, pero no podemos decirle que no. Uf... La reunión está prevista para dentro de una hora y no sé si tengo aquí ropa apropiada para la ocasión. ¡Voy a llegar tarde y esto es muy importante!

Josh vio que estaba poniéndose muy nerviosa e intentó tranquilizarla como mejor pudo.

—Tienes invadida la mayor parte de mi armario con tu ropa. ¿En serio dices que no sabes qué ponerte? —Rio con ganas—. En cuanto a lo de la hora, pierde cuidado. Dime qué hotel es y yo te acerco.

—Te lo agradecería mucho.

—No te preocupes, que luego tendrás oportunidad de agradecermelo. Venga, vete a la ducha. Te sugeriría que nos la diéramos juntos, así te relajarías como es debido, pero dudo mucho que llegaras a tiempo a tu reunión.

Treinta minutos después, ya estaban de camino al hotel Carlyle, en el centro de Manhattan. Zoe no había dicho ni una palabra desde que se montaron en el todoterreno y Josh la notaba abstraída en sus pensamientos, así que puso algo de música con la intención de distraerla, seleccionando en el mp3 una canción que a él siempre le hacía olvidar los problemas cuando estaba un poco tenso.

Al oír los primeros acordes, Zoe dio un brinco en el asiento.

—¿Qué es esto?

—*Thunderstruck*, de AC/DC —contestó él, ufano—. ¿A que mola?

—¡Qué horror!

—¡Pero si esta canción es muy buena! ¿No te gusta?

—Me está taladrando los oídos. Parece que están despellejando vivo a un gato. —Zoe llevó la mano al salpicadero y pulsó el botón de apagado—. ¡Uf, qué tranquilidad! No sé cómo puedes escuchar esto.

Josh se quedó flasheado, al igual que el título de la canción, pero no dijo nada, aunque los golpecitos que dio en el volante y su cara de circunstancias eran muy significativos. Intentó justificarla pensando que tal vez se había levantado con el pie izquierdo y esa llamada había incrementado su nerviosismo. Un día malo lo tenía cualquiera, concluyó. Aun así, se mantuvo en silencio hasta que aparcó frente al hotel cinco minutos antes de la hora en la que estaba prevista la reunión.

—Gracias por acercarme. —Zoe tenía puesta la mano en la manivela de la puerta incluso antes de que el vehículo se hubiera detenido, pero se inclinó hacia él y le dio un beso en los labios.

—Llámame cuando termines y te paso a recoger —dijo Josh en tono neutro.

—No sé hasta qué hora durará esto.

—Da igual. Tú mantenme informado, ¿de acuerdo?

Zoe salió del coche y se dirigió a la entrada del hotel. Un portero uniformado la saludó con cortesía y le indicó las puertas giratorias, ayudándola a pasar. Ya dentro del sobrio vestíbulo, caminó con paso decidido hacia la recepción mientras el golpeteo de sus tacones resonaba en el pulido suelo de mármol negro.

—Buenos días. Tengo una reunión con el señor Arthur Talbot a las doce.

—¿Es usted la señorita Williams? —preguntó el recepcionista sin necesidad de consultar su agenda. Como ella contestó afirmativamente, el hombre alzó el brazo para llamar a un botones que estaba oculto tras una columna—. Leo, acompaña a la señorita a la galería.

Ella siguió al muchacho, que la condujo hasta una sala que bien podría pertenecer a un hotel de Reino Unido, ya que estaba decorada al más puro estilo inglés. Enseguida los vio: Arthur Talbot y Dylan Percy estaban sentados junto al ventanal y parecía que llevaban allí un buen rato, a tenor del servicio de té que había sobre la mesa. Ya no era necesario que el chico la acompañara, así que se volvió hacia él.

—Acabo de ver a las personas que me estaban esperando. Muchas gracias.

El muchacho asintió, retirándose con suma discreción. Zoe fue hacia la mesa y emitió una pequeña tos para hacer valer su presencia. Ambos hombres alzaron la cabeza al unísono.

—Señorita Williams, un placer volver a verla.

El anciano se echó hacia atrás con la intención de levantarse, pero Zoe le indicó con la mano que no era necesario. Sin embargo, Dylan fue más rápido y

cuando ella quiso darse cuenta, ya estaba apartando la silla que quedaba libre para invitarla a sentarse.

—Buenos días, Zoe. Gracias por haber aceptado acudir a esta improvisada reunión.

—No ha sido ninguna molestia —respondió ella. «¿Qué otra cosa podría haber hecho?», se preguntó a sí misma, aunque guardó sus pensamientos a buen recaudo.

—¿Le apetece tomar algo? —Arthur Talbot hizo una señal al camarero para llamar su atención—. ¿Un té, quizás? Aquí disponen de todas las variedades que pueda imaginarse. Además, le recomiendo las pastas y los bollos con crema de Devonshire. —Bajó el tono de voz y le dijo a modo de confidencia—: Esta crema es la auténtica, la traen cada dos días de Inglaterra y le puedo asegurar que está deliciosa.

—Un café solo estará bien, gracias —contestó ella, que vio por el rabillo del ojo que Dylan estaba bebiendo lo mismo.

—De cualquier modo, es casi la hora de comer, al menos para mí. Supongo que me acompañarán, ¿verdad?

Zoe no supo qué responder y miró a Dylan, que afirmó con un gesto.

—Perfecto.

Los tres conversaron durante unos minutos de forma distendida con la intención de allanar el camino hasta el asunto principal motivo de esa reunión. Arthur Talbot tenía una mente lúcida y un humor bastante agudo, haciendo así que fuera más fácil la transición a otros temas más peliagudos. Mantenía una perenne pero ligera sonrisa en todo momento, aunque esa sonrisa desapareció cuando surgió el tema de los respectivos lugares que habían visitado a lo largo de su vida. El rostro del anciano se ensombreció, y se volvió hacia Zoe para preguntarle:

—¿Es cierto que Harriet pretende construir un hotel cerca de Muir Beach?

—Sí, señor Talbot, así lo confirma el informe que nos ha hecho llegar el investigador.

—No, no, no... —El hombre negó repetidamente con la cabeza—. Eso es una monstruosidad. No puedo permitirlo.

Zoe se quedó perpleja por el énfasis que imprimió a sus palabras. Estaba convencida de que no pondría ninguna objeción a ese asunto.

—¿Puedo preguntarle por qué se opone a ese proyecto?

Arthur Talbot se quedó cavilando durante unos segundos, y su cara pasó por diferentes estados de ánimo. Parecía estar rememorando un recuerdo agradable que en un momento dado se tornó agrio.

—El terreno donde Harriet quiere hacer esa barbaridad fue mi regalo de bodas para ella. Digamos que tiene un gran valor sentimental para mí. —Ella intuyó que en esa historia había mucho más de lo que parecía a simple vista, aunque no se atrevió a sonsacarle más información de la que él estaba dando—. ¿Hay algo que pueda hacerse para impedir esas obras? Estoy dispuesto a concederle a mi mujer cualquier cosa que pida... excepto eso.

—Pero... eso no tiene nada que ver con un proceso de divorcio. —Dylan le devolvió una mirada de advertencia. Si el cliente pedía ayuda, la tendría, fuera del motivo que fuese—. Bueno... Habría que estudiarlo —dijo Zoe al fin—. El terreno le pertenece a ella, así que por ese lado poco se puede hacer. En cuanto al dinero, se podrían bloquear las cuentas comunes, aunque me consta que su mujer dispone de varias a su nombre con un capital bastante considerable. Además, yo no soy experta en urbanismo y edificación, pero si tienen todas las licencias y permisos en regla, estaríamos atados de pies y manos. A no ser que... —Se quedó pensativa, dudando si decir en voz alta lo que se le acababa de ocurrir.

—¿Zoe? —Dylan la invitó a que continuara hablando.

—Aparte de verificar la legalidad de los trámites administrativos, solo existe otro motivo válido para paralizar unas obras: demostrar que con ellas se produce impacto ambiental, un daño significativo al medioambiente. Yo no conozco la costa oeste. Tendría que investigar cuál es la flora y fauna del lugar y si está sujeta a algún tipo de protección. Señor Talbot, ¿existe por la zona algo que se ajuste a estas características?

—Sí —respondió rápidamente—. Esa propiedad linda con Muir Woods.

—¿Muir Woods? —Los ojos de Zoe se abrieron de par en par—. Eso cambia todo.

—Zoe, explícate —la acució Dylan.

—El Parque Nacional Muir Woods se caracteriza por tener uno de los bosques de secuoyas gigantes más grandes del mundo.

—Sí, creo recordar que en la parcela había alguna secuoya de dimensiones colosales. El emplazamiento a orillas del pacífico con ese magnífico bosque de fondo fue una de las razones por las que adquirí dicha propiedad.

Zoe sonrió con satisfacción al escuchar su respuesta.

—Señor Talbot, no puedo prometerle nada pero creo saber cómo impedir, al menos de momento, la construcción de ese hotel.

Arthur Talbot quedó muy complacido con el resultado de la reunión, y en concreto con Zoe. Eso es lo que le dijo Dylan a ella después de que se hubieran despedido del anciano en el vestíbulo del hotel. Aunque todo había quedado dicho antes de la comida, el hombre insistió en que debían acompañarle como compensación por haberles hecho perder su día libre. Al final, la sobremesa se alargó más de lo previsto, aunque a ella se le pasó en un suspiro. El viejecillo

aparentaba estar bien, pero ella detectó algo que pretendía disfrazar con su conversación interesante y sus modales exquisitos: tenía la mirada triste, se le notaba falta de compañía y por eso los había entretenido. No obstante, llegó un momento en el que no pudo ocultar más el cansancio y, tras disculparse, se retiró a su suite.

Zoe miró su reloj y vio que eran ya las ocho y media. Se les había ido todo el día con aquella reunión. Fue entonces cuando se acordó de Josh, así que sacó el móvil para llamarlo y pedirle que fuera a recogerla, pero Dylan la interrumpió antes de marcar.

—¿Te apetece una copa?

Ella dudó. Era bastante tarde, pero tampoco podía hacerle ese desplante al hijo del socio fundador del bufete.

—Yo...

—Venga, creo que te lo mereces después de tu aportación al caso. Hoy has hecho un excelente trabajo, así que permíteme que te felicite. Te invito a una copa y después podrás marcharte para descansar.

Fue incapaz de negarse. Además, tenía que admitir que le gustaría celebrar, al menos de algún modo, ese cambio en los acontecimientos. A partir de ahora sí que podría utilizar sus conocimientos para el desarrollo del caso, algo que ni siquiera había barajado con anterioridad por improbable.

—De acuerdo, pero solo una. Mañana hay que trabajar.

—Prometido —afirmó Dylan con solemnidad, aunque el brillo de sus ojos lo delató: estaba muy complacido de que ella hubiera aceptado la invitación.

Se dirigieron al café Carlyle por expresa petición de Dylan, quien argumentó que ya había estado allí más veces y prefería ese rincón en vez del bar del hotel, que era más impersonal. Tomaron asiento en la última mesa que quedaba libre y a Zoe le llamó la atención que el sitio estuviera tan lleno, aunque lo entendió

unos minutos después, cuando empezó a tocar una banda de jazz. Aquello fue una grata sorpresa que no esperaba, y al mirar de nuevo a Dylan para preguntarle si él sabía lo de la actuación, vio que estaba concentrado en la música.

—¿Te gusta el jazz? —dijo ella con voz de asombro.

—Mucho. Es uno de mis géneros musicales preferidos.

Zoe alabó su buen gusto e iniciaron una animada charla que versó sobre los diferentes estilos que escuchaba cada uno. La banda terminó su primer tema y se produjo una potente ovación, a la que ambos se unieron. Cuando ella se fijó en los integrantes del grupo, le cambió la cara al reconocer a la persona que tocaba el clarinete.

—¿Ese es Woody Allen?

—El mismo —le confirmó Dylan.

—Woody Allen está tocando aquí y ahora... —murmuró, más para sí misma que para Dylan, aunque él la escuchó perfectamente.

—De hecho, todos los lunes viene aquí con su banda. ¿No lo sabías?

—No. Este no es un lugar que suele frecuentar a menudo —admitió ella.

—Yo vengo de vez en cuando y te lo recomiendo.

—Lo tendré en cuenta —contestó Zoe, aunque vistos los precios de la carta, lo dijo única y exclusivamente por compromiso.

—Así que te apasiona el jazz tanto como a mí —comentó Dylan—. Después de esta revelación, puede que tengamos más cosas en común. Sé que eres una persona entregada a tu trabajo, pero desconozco otras facetas tuyas más personales. ¿Tienes pareja? —le soltó a bocajarro.

¿Estaba tonteando con ella o eran imaginaciones suyas?

«Va a ser que Luke tenía razón», pensó al fin, antes de responderle.

—Sí, desde hace unos dos meses.

Zoe notó un matiz de desilusión en su semblante que enseguida desapareció, transformándose en una estudiada sonrisa.

—Me alegro por ti. ¿Es del gremio?

—No, es arquitecto.

«¡Mierda!», exclamó para sí misma. Acababa de darse cuenta de un detalle que no había considerado. Si tal y como se imaginaba descubriría un resquicio por el que meterse, en relación al caso y en concreto a la construcción del hotel, paralizaría las obras y frustraría uno de los proyectos de Josh, quizás el más importante en el que estaba inmerso en esos momentos. Pero ¿qué podía hacer? Nunca antes se le había presentado una oportunidad semejante de destacar en el bufete y que reconocieran su trabajo. ¿Cómo podía desaprovecharla?

Se le volvió a plantear la misma disyuntiva que hacía unos días. Si se enteraban en el bufete de que Josh Carter, la pareja de uno de los abogados del caso, estaba indirectamente relacionado con una de las vías de actuación, la retirarían del proceso. Pero tampoco podía arriesgarse a que descubrieran que ella lo había estado ocultando. Su orden de prioridades cambió de un plumazo, así como su modo de pensar. Tenía que ser ella quien les informara de ese hecho antes de que se enteraran por otras fuentes y todo fuera a peor.

—Debo decirte algo referente al caso.

—Adelante. —Dylan se quedó preocupado por el cambio de conversación tan brusco. ¿Qué había pasado?

—Hay un detalle que omití en el informe que redacté porque creí que no sería relevante. —Él frunció el ceño pero la dejó continuar—. Sin embargo, y dado el giro que ha tomado todo este asunto, me veo en la obligación de decírtelo, aun a riesgo de que me apartes del caso.

—¿A qué te refieres? —preguntó muy serio.

Ya no había vuelta atrás. Que fuera lo que Dios quisiera.

—Cuando estaba revisando el informe del detective, descubrí que el arquitecto contratado por la señora Talbot para el proyecto y la ejecución del hotel es... —hizo una pausa, temerosa de las connotaciones de lo que estaba a punto de confesar— mi pareja.

Dylan no contestó al momento. Apartó la vista a un lado y se tomó su tiempo para asimilar esa información, sopesando lo que debía hacer a continuación. Antes de hablar, dio un trago a su copa.

—Entiendes que podría darse un conflicto de intereses, ¿verdad?

—Soy consciente de ello, aunque debo decir a mi favor que una de mis máximas es actuar siempre con objetividad, independientemente de los condicionantes que puedan aparecer.

—Mmm... —Él se frotó la barbilla y después clavó sus ojos en ella—. Tu novio... ¿el arquitecto sabe que llevas este caso?

—No.

—Pues tiene que seguir siendo así. Te mantendré en el caso, pero esto que me has contado no debe salir de aquí. Y bajo ningún concepto puedes decírselo a él.

Zoe afirmó con seguridad, aunque en el fondo tenía sentimientos encontrados. Por un lado, se había quedado más tranquila al saber que continuaría dentro del proceso, incluso se sentía feliz, pero también le entristecía hacerle eso a Josh. No obstante, el trabajo era su prioridad.

Ya no pudo disfrutar del resto de su copa, así que la apuró y se disculpó con Dylan.

—Se ha hecho muy tarde. Debo irme, pero gracias por la invitación... y por lo otro.

—¿Quieres que te acerque a algún lado? Tengo el coche en el aparcamiento del hotel.

—Muchas gracias por el ofrecimiento, pero vienen a buscarme. Además, aún no te has terminado tu *whisky*. —Señaló el vaso aún medio lleno—. Saboréalo con tranquilidad.

—Como quieras. Ya nos vemos mañana en la oficina. Buenas noches.

Como Zoe iba pendiente del móvil, no se percató de que Dylan la siguió con la mirada hasta que salió del café. Josh le dijo que tardaría unos minutos, así que ella decidió esperararlo en el interior del hotel, sentada en uno de los sofás color naranja del vestíbulo desde el que podría ver su coche cuando llegara. Hasta que apareció al cabo de media hora, ella no hizo más que darle vueltas una y otra vez al mismo asunto.

—¡Menuda reunión más larga! —exclamó Josh cuando ella subió al todoterreno.

—Lo siento mucho. Te he dejado solo todo el día.

—No te preocupes, he estado muy entretenido viendo el canal de deportes. Aun así, te aconsejo que pidas un aumento de sueldo por hacerte trabajar en tus días libres. Espero que al menos haya valido la pena.

—La verdad es que sí —dijo Zoe en tono neutro. «Si tú supieras...», pensó a su vez con actitud crítica.

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Vámonos a casa.

—¿A la tuya o a la mía?

—A la mía. Ahora mismo necesito un entorno tranquilo y conocido donde relajarme. —Como vio que Josh parecía un poco decepcionado, añadió con una sonrisa maliciosa—: Debo compensarte por haberte tenido abandonado.

Terminemos el día como es debido.

## Capítulo 18

A lo largo de la semana, ambos estuvieron muy ocupados con sus respectivos trabajos y no tuvieron oportunidad de verse. Josh viajó de nuevo a San Francisco, y ya le anticipó que esa iba a ser la tónica habitual durante los próximos meses. Según le dijo, nunca había visto nada igual: su cliente había conseguido todos los permisos a una velocidad sorprendente y las obras empezarán en breve, así que tendría que estar allí casi a diario. De hecho, estaba pensando alquilar un pequeño apartamento por la zona en el que se alojaría de lunes a viernes, porque los fines de semana eran sagrados para él y tenía intención de pasarlos en Nueva York. Con ella, recalcó, para que le quedara claro.

Por su parte, Zoe vivía casi de continuo en el bufete. Se pasaba las horas buscando jurisprudencia y todo lo que pudiera encontrar sobre la normativa medioambiental que se aplicaba en el estado de California, los tipos de protección, las restricciones a la hora de edificar e incluso las sanciones que podrían derivar de dichos incumplimientos. Necesitaba recopilar toda la información que pudiera y la necesitaba para ya, dado que Dylan le había puesto el viernes como fecha límite para presentar una vía de actuación sólida. A pesar de que ella no le había comentado nada de lo dicho por Josh, ya era de dominio público que la ejecución del hotel estaba próxima a comenzar. Así que llegaba a casa a las tantas, agotada y con la cabeza embotada, aunque todo se le olvidaba cuando oía su voz a través del teléfono. Esos eran los únicos momentos en los que podía relajarse de verdad. Sin embargo, después de hablar con él los remordimientos surgían de nuevo como un torrente; sentía que lo estaba traicionando, aun cuando era consciente de que se trataba única y

exclusivamente de trabajo.

Estaba deseando que llegara el sábado para desconectar. También para verlo y convencerse de que todo iba bien, de que estaba haciendo lo correcto. Además, tenían previsto un plan que a ella le hacía especial ilusión. Llevaban semanas preparando una salida campestre a Nueva Jersey, en concreto una ruta por el Sendero de los Apalaches. Atravesarían el Parque Estatal High Point, un lugar ideal para hacer senderismo en el que se podía apreciar el horizonte de Manhattan desde algunos puntos. Ella había estado allí una vez, pero de pasada, así que le apetecía volver y retomar el contacto con la naturaleza junto a Josh.

El viernes por la tarde, él la llamó desde el aeropuerto de San Francisco. Mientras esperaba para coger el vuelo de regreso a Nueva York, había estado consultando el parte meteorológico del día siguiente y vio que daba lluvias intensas en Nueva Jersey. No podrían hacer senderismo con un tiempo tan desfavorable, así que la salida quedaba anulada. Zoe fue incapaz de ocultar su decepción, pero Josh le dijo que ya tenía en mente un plan alternativo. No le dio más datos, solo que debía hacer unas llamadas antes de que fuera más tarde, y le prometió que irían a High Point más adelante.

La mañana amaneció lluviosa, tal y como predijeron las noticias. Josh pasó a recogerla en coche, y nada más montarse Zoe fue directa al grano.

—Y bien, ¿cuál es el plan B?

—¿Recuerdas la conversación que tuviste en la fiesta de Halloween con mis amigos del grupo de montañismo? —No sabía adónde quería llegar, así que afirmó con la cabeza sin estar convencida de lo que habló esa noche, esperando que él se lo aclarara—. Les dijiste que algún día te unirías a nosotros para probar la escalada, ¿no? Pues hoy es ese día.

—¿Cómo? ¿No podemos hacer senderismo por el mal tiempo y vamos a ir a la montaña? —Zoe no entendía nada.

—No, salir al aire libre queda descartado. Además, tú no tienes experiencia y podría resultar muy peligroso. Vamos a un rocódromo.

—¿Y eso qué es?

—La mejor opción para iniciarte en la escalada.

Durante el trayecto en coche, Zoe le hizo multitud de preguntas, la mayoría relacionadas con el grado de peligrosidad de esa actividad. Josh contestó todas y cada una de ellas pacientemente, asegurándole que disfrutaría de la experiencia y que cuando terminaran le rogaría repetir, al igual que sucedió con el salto en paracaídas. Ella, incrédula, le recomendó que no sacara conclusiones precipitadas antes de verla en acción.

El local estaba situado en Brooklyn, y era enorme. Zoe se quedó con la boca abierta cuando vio que todas las paredes y algún que otro techo estaban preparados para la escalada. Y para su sorpresa, había gente de todas las edades, incluso niños. Pero esa no era razón para pensar que aquello resultaría fácil, al contrario: le pareció complicadísimo y, lo peor de todo, peligroso. Tragó saliva y miró a Josh, que acababa de encontrarse con sus amigos y los estaba saludando. ¿Cómo decirle que no se veía capaz de hacerlo? Le entraron unas ganas locas de salir corriendo, pero él pareció oler su miedo porque le pasó un brazo por el hombro y la instó a que lo siguiera.

—Ven, vamos a alquilar las protecciones.

—¿Protecciones? ¿No dijiste que esto era seguro?

—Y lo es, pero nunca está de más ser precavido, sobre todo al principio.

Eso no era lo que quería oír y su miedo se acrecentó, aunque no tanto como cuando se hubo puesto el casco, las coderas y las rodilleras y Josh la llevó a la primera pared.

—¿Aquí? ¿No puedo ir a esa? —preguntó con voz trémula mientras señalaba la pared de enfrente.

Josh rio a carcajadas y le dio un toque en la nariz con el dedo.

—Creo que tú ya eres un poco mayorcita. Esa es la zona de iniciación para niños.

—¿Iniciación? ¡Pero si están trepando como cabras montesas!

—Y tú también lo harás.

—Te digo yo que no.

—Venga, que es muy fácil —intentó tranquilizarla—. Esas cosas de colorines y diferentes tamaños que hay en la pared se llaman «presas», y la primera regla a tener en cuenta es que *siempre* —recalcó— debes estar apoyada en tres de ellas. Tus manos y pies son los cuatro puntos que te proporcionan estabilidad, así que tienes que avanzar moviendo una sola extremidad mientras que las otras tres se quedan en los apoyos.

Imposible. ¿Avanzar? ¡Bastante haría si conseguía mantenerse sin caerse de culo!

—¿Y el arnés? Mucha gente lo lleva. —Eché un vistazo alrededor y señaló varias paredes.

—Sí, pero esos muros tienen un mayor grado de dificultad.

—¿Y este no? —Lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Zoe, este es el más sencillo. Mide poco más de tres metros.

Sí, efectivamente se había vuelto loco.

Dio dos pasos atrás con el propósito de escabullirse, pero él la detuvo.

—Vamos, inténtalo. Piensa dónde vas a colocarte y lo demás vendrá solo. Yo te ayudaré a empezar y después tú decidirás cómo continuar.

Josh la guio de nuevo hasta el muro y le indicó dónde debía apoyarse. Ella obedeció a regañadientes y porque notaba que la estaba sujetando desde atrás,

aunque se sentía ridícula en esa posición, como si la hubieran estampado contra la pared. Siguió sus órdenes a rajatabla, desplazando hacia arriba un pie o una mano a medida que él se lo decía. La animaba con cada pequeño avance y ella supuso que ya lo tenía todo controlado, hasta que dejó de sentir sus dedos en la espalda.

—¡Josh, no me sueltes!

—Si no lo hago, nunca aprenderás. Ahora lleva tu mano derecha a la presa amarilla que tienes al lado.

Zoe no vio ninguna presa amarilla. De hecho, lo veía todo negro, no distinguía entre uno u otro color. Se le olvidaron de un plumazo todos los consejos que Josh le había dado y supo, sin lugar a duda, que si no hacía algo se caería. Tenía que descender como fuera, pero en vez de bajar la mano a un apoyo inferior movió un pie para buscar otra presa. Por mucho que tanteaba a ciegas no la encontró, entró en pánico y, antes de poder afianzarse, soltó una mano.

La caída fue inevitable.

Todo sucedió tan rápido que Josh no tuvo tiempo de interceptarla. Zoe aterrizó de la mejor forma posible, de nalgas, aunque a causa del impacto apoyó el brazo en el suelo con tan mala suerte que su muñeca se dobló. Se llevó la mano a la axila contraria y compuso una mueca de dolor.

—Zoe, ¿estás bien? —Josh se arrodilló junto a ella e intentó evaluar los daños. No parecía grave, había caído de una altura no superior a dos metros y el suelo era de caucho blando, aunque tenía que comprobar que no se había lesionado—. Déjame ver.

—¡No! —Ella se hizo un ovillo, pero él insistió hasta que le mostró la mano.

Josh tanteó la muñeca en busca de alguna contusión, pero no encontró nada raro. Sin embargo, al levantar la vista descubrió dos gruesos lagrimones en sus mejillas y se preocupó.

—¿Qué es lo que te duele?

«¡El orgullo!», pensó ella. Era solo una pequeña torcedura y el dolor ya empezaba a remitir, aunque había sido sustituido por la irritación. ¿Cómo se había dejado convencer para hacer semejante estupidez?

—Ya estoy mejor —contestó, incorporándose del suelo. Se enjugó las lágrimas con la manga de su sudadera y empezó a quitarse las protecciones.

—¿Qué haces? —preguntó Josh.

—Esto no es para mí. Quiero irme.

—¡Pero si acabas de empezar! No te achantarás por una caída de nada, ¿verdad? Eso nos ha pasado a todos. Además, tienes que completar el curso de iniciación.

—Es que no pienso hacerlo. Llévame a casa.

—¿Ahora? Ni siquiera me ha dado tiempo a hacer un ascenso.

—Tú puedes quedarte si quieres, pero yo me voy ya —dijo Zoe mientras caminaba hacia las taquillas.

Josh se quedó perplejo. Aquella no era la Zoe que conocía. Sabía de su miedo e inseguridad ante lo desconocido, pero si le daban alas se abría y disfrutaba de las nuevas experiencias tanto o más que él. Pero hoy había sido diferente. Se había amedrentado ante un pequeño percance, negándose en redondo a continuar. No entendía nada.

Decepcionado, optó por seguirla. No iba a permitir que volviera sola a Manhattan desde Brooklyn, y más con la que estaba cayendo en el exterior, pero le dio coraje tener que marcharse del rocódromo así, tan deprisa. Sus amigos le habían comentado que acababan de abrir al público una nueva pared en diagonal que parecía algo más complicada que las demás, y le había picado el gusanillo de probarla.

—Joder... —farfulló mientras iba en pos de Zoe.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que atravesaron el puente de Manhattan. Zoe no podía dejar de pensar en el susto que se dio al caerse, aunque debía reconocer que se había pasado un poco con su reacción posterior. Quizás había sido demasiado radical, llevándolo a unos extremos que no correspondían con su carácter. De cualquier modo, estaba claro que eso de la escalada no era lo suyo. Ella prefería actividades más tranquilas y Josh tendría que entenderlo.

Lo miró de reojo y no le gustó lo que vio. Iba muy serio, pendiente de la conducción, y llevaba las dos manos aferradas con fuerza al volante, algo que él no solía hacer a menudo. Los remordimientos pudieron con ella.

—Yo... siento haber reaccionado como lo hice. De verdad, lo siento mucho.

—Ajá. —Josh movió la cabeza pero no desvió la vista de la carretera.

Estaba enfadado. Su seca contestación no dejaba lugar a dudas. Además, nunca lo había visto tan distante, y eso la preocupó.

—¿No vas a decir nada más? —preguntó Zoe con voz vacilante.

Había intentado contenerse y dejarlo pasar, pero ella parecía querer hablar del asunto. Pues muy bien, hablarían de ello y escupiría todo lo que le estaba carcomiendo por dentro.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que no entiendo tu actitud de hace un momento? Tampoco me había hecho falsas ilusiones de que te engancharas sin pensarlo a la escalada, no soy tonto, pero al menos podrías haber sido un poco más tolerante. A la primera de cambio, vas y te largas... ¿Cómo crees que me siento?

—Tienes razón, me he comportado como una cría.

—No es eso, Zoe, pero sabiendo lo que me gustan estas actividades, había esperado de ti que te quedaras acompañándome un rato mientras yo hacía algún

ascenso. Ni siquiera he podido despedirme de mis amigos porque hemos salido casi a la carrera.

—Lo siento mucho —repitió, consternada por las verdades que acababa de decirle—. Dime qué tengo que hacer para borrar de tu cara esa expresión tan hosca y lo haré. No me gusta verte así, como tampoco me gusta que nos estemos peleando. Esta es la primera vez que lo hacemos y espero que sea la última.

Josh calló por unos instantes, y después se volvió hacia ella.

—Creo que ambos lo hemos magnificado todo. Ni tú tendrías que haber actuado como lo hiciste ni yo tendría que haber reaccionado cabreándome así, pero lo hecho, hecho está. Lo importante es que lo hayamos hablado y reconozcamos nuestros errores.

—Por mi parte, puedes estar seguro de que estoy arrepentida por mi comportamiento.

—Entonces, todo solucionado, ¿no?

—Mientras no me pidas que vuelva al rocódromo... —bromeó ella para calmar los ánimos.

Josh rio, aparentemente satisfecho, pero el último comentario de Zoe le dio en qué pensar. Ella, por su parte, intuyó que no todo había quedado dicho en esa conversación, y el indicio de que algo no iba bien ensombreció el tiempo restante que pasaron juntos ese fin de semana.

Faltaban pocos días para Acción de Gracias, y a Zoe se le ocurrió una idea para pasar esa fecha en compañía de Josh. Cuanto más lo pensaba, más ilusión le hacía que él aceptara su propuesta. Esa noche habían quedado para tomar unas copas con los antiguos compañeros de universidad de Josh en *Peculier*, un pub

bastante conocido de Greenwich Village, aunque ella nunca había ido allí. Estaba muy cerca de su casa, así que decidieron ir caminando y ella aprovechó el paseo para comentarle su idea. Iban agarrados de la cintura, pero Zoe, zalamera, se pegó aún más a él antes de preguntar:

—Josh, ¿qué vas a hacer en Acción de Gracias?

—Aún no lo sé. ¿Por?

—Había pensado que podrías venir conmigo a Pensilvania. Me gustaría que conocieras a mis padres.

Zoe no se esperaba la reacción de Josh. Notó que se ponía tenso, y aunque seguía aferrándola por detrás, sus dedos rompieron el contacto con la parte baja de la espalda; además, tardaba en contestarla más de lo normal. Aquello no le dio buena espina.

—¿No crees que es un poco precipitado? —dijo él al fin.

—¿Precipitado? No te entiendo.

Puede que ella no lo entendiera, aunque para él estaba muy claro. ¿Conocer a sus padres? Eso solo significaba una cosa, dar un paso más en la relación, algo para lo que no estaba preparado. Admitía que tenían un vínculo que iba más allá del sexo, habían conectado a un nivel más profundo y personal, pero de ahí a formalizarlo...

—Tú y yo estamos bien como estamos. ¿Para qué meter a la familia de por medio?

—Yo considero que la familia es muy importante —respondió ella, algo molesta—, y que la mía te conozca y tú les conozcas a ellos significaría mucho para mí.

—Quizá más adelante, pero por ahora no es buena idea —argumentó Josh, dando por zanjado el tema.

Zoe no quiso discutir, aunque le dolió mucho su contestación y, sobre todo, que no tuviera intención siquiera de planteárselo. Decía que no era buena idea... ¿y cuándo lo sería? No había mejor ocasión que esa, pero él la había descartado sin más.

—No servirá de nada que insista, ¿verdad? —A pesar de todo, no pudo evitar quemar ese último cartucho.

—Podríamos pasar ese día tú y yo solos —propuso él, para suavizar un poco su negativa.

—No, Josh. Veo poco a mis padres y Acción de Gracias es un día especial para nosotros, casi sagrado. Siempre lo hemos celebrado juntos, ¿cómo les iba a dejar solos? Además, se sentirían muy desilusionados conmigo. —«Como yo lo estoy ahora mismo contigo», pensó para sus adentros.

A partir de ese momento el diálogo entre ellos fue casi inexistente, Zoe porque estaba disgustada y no le apetecía hablar y Josh porque iba sumido en sus pensamientos. Él estaba muy bien antes de conocerla, no tenía preocupaciones de esa índole y tampoco las buscaba. De hecho, huía de ellas como de la peste.

Si durante la última parte del trayecto hasta el pub hablaron poco, ya dentro del local su conversación fue incluso a menos. Josh la presentó a sus antiguos compañeros, pero después se puso a charlar con ellos, condenándola al ostracismo.

Zoe tomaba su bebida sin ganas y a pequeños sorbos, no solo porque allí solo se servía cerveza y a ella nunca le había gustado —eso sí, había multitud de variedades para elegir—, sino además porque veía que Josh estaba disfrutando de la velada y no se daba cuenta de que la había dejado de lado. Parecía que se hubiera olvidado de ella; casi no volvía la vista en su dirección, y cuando lo hacía se limitaba a levantar su jarra de cerveza como diciendo: «¿Qué tal? Pásatelo muy bien, que yo voy a lo mío».

Por si fuera poco, en el grupo había unas cuantas mujeres y Josh desplegaba sus encantos con ellas, sin cortarse lo más mínimo, como si ella no estuviera a escasos metros de él. Se sentía un cero a la izquierda. ¿Por qué se comportaba así?

La gota que colmó el vaso fue cuando una rubia despampanante que estaba en el otro extremo de la barra se acercó a él con una sonrisa felina. Al llegar a su lado, le puso una mano en el hombro y lo saludó como si lo conociera desde hacía tiempo; y de una forma bastante estrecha, a tenor de la reacción de Josh al reconocerla. Era evidente por su lenguaje corporal.

A pesar del ruido ambiental, Zoe oyó claramente la conversación entre ambos.

—¡Natasha, qué sorpresa verte aquí! ¿Cómo te va la vida?

—Bastante bien, y ahora que nos hemos vuelto a encontrar, mucho mejor. ¿Estás solo? —La mujer, expectante, miró alrededor.

—No, estoy con unos amigos. —Josh guardó silencio unos segundos que a Zoe se le antojaron eternos. Esperaba que él agregara algo más, algo como «además, he venido con mi novia», pero se le cayó el alma a los pies cuando simplemente dijo—: ¿Y tú?

—También estoy acompañada. Acabo de terminar de rodar un *spot* para televisión y el equipo al completo hemos venido aquí para celebrarlo. De cualquier modo, siempre puedo desaparecer sin llamar mucho la atención —añadió, lanzándole una mirada provocativa que no dejaba lugar a dudas de sus intenciones.

Al parecer, Josh por fin cayó en la cuenta de que ella estaba allí y no era un simple adorno del local, ya que la buscó con la mirada hasta que sus ojos se encontraron. Antes de apartar la vista, tuvo la decencia de agachar la cabeza. Intentó capear la situación lo mejor que pudo: bajó el tono de voz para que Zoe

no escuchara lo que le iba a decir a la rubia, pero no le sirvió de nada porque desde esa distancia ella pudo leer sus labios. Siempre tuvo facilidad para hacerlo y hasta ahora eso había constituido una ventaja.

—Lo siento, Natasha, he dejado abandonados a mis amigos. Debo volver con ellos.

—Es una pena, aunque creo que este encuentro ha sido cosa del destino. Tienes mi número, así que ya sabes... Estaré esperando tu llamada.

Natasha se alejó, aunque no rompió el contacto visual con Josh hasta que un nuevo grupo de gente bastante joven irrumpió en el pub y se interpuso en su trayectoria.

Zoe agarraba con fuerza su botellín de cerveza, que estaba casi sin probar, cuando él llegó a su lado y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Estás muy callada. ¿Qué te ocurre?

¿Cómo podía tener el descaro de preguntarle eso? Una vena mordaz se apoderó de ella.

—No estoy callada, es que no tengo a nadie con quien hablar.

Para su sorpresa, Josh respondió a la defensiva.

—Pensé que te integrarías en el grupo, no que te quedarías apartada como si mis amigos no te importaran.

—¿Me estás acusando de ser una antipática? Parece mentira que aún no me conozcas... Esa «supuesta» sequedad es en realidad timidez. Hasta que no hay confianza, me cuesta abrirme a los demás.

Josh compuso un gesto de incredulidad. ¿Tímida ella? ¿Desde cuándo? Aquella era la peor excusa que había escuchado desde hacía tiempo.

—¿No te sientes a gusto aquí?

—Pues la verdad es que no —respondió con sinceridad—. Creí que habíamos venido juntos. ¿Para qué me has traído si no pensabas hacerme caso? Es más —añadió—: odio pecar de celosa, pero en cinco minutos le has hecho más caso a esa rubia que a mí en toda la tarde. Josh, no quiero ser un estorbo —dijo con lágrimas en los ojos—. Si molesto, me voy. De hecho, creo que será lo mejor. Así no te sentirás obligado a prestarme atención cuando lo que realmente quieres es estar con tus amigos.

—¿De verdad no te importa que me quede?

Aquello era lo último que esperaba oír.

Se vio obligada a mentirle porque no quería echar más leña al fuego. Tendría que haberle montado un número por su falta de consideración, pero prefirió callar.

—De verdad. Disfruta del resto de la noche y ya nos veremos mañana cuando acabe el partido.

Le dio un breve beso en los labios y tomó rumbo hacia la salida. Confiaba en que recapacitara y fuera tras ella, pero no fue así. Hasta hacía unos días todo marchaba estupendamente entre ellos. ¿Qué les estaba sucediendo?

Cuando llegó a su edificio ni siquiera se dio cuenta de que se descorrían unas cortinas y unos ojos indiscretos la vigilaban. Las lágrimas le impedían verlo. Subió las escaleras con desidia, y al llegar al rellano del primer piso se abrió una puerta. Su casero se acercó a ella con semblante preocupado, pero antes de que dijera nada Zoe se le adelantó:

—Ahora no, señor Pattinson. Ahora no. —Y aceleró el paso para llegar cuanto antes al refugio de su apartamento, donde podría desahogarse a sus anchas en soledad.

Se levantó con la almohada aún mojada por las lágrimas que había derramado a lo largo de la noche y con unas ojeras que le ocupaban media cara. Pasó toda la mañana sin hacer nada, viendo películas lacrimógenas que la pusieron aún peor de lo que estaba. No quería llamarlo, tenía la esperanza de que él lo hiciera en cualquier momento, aunque no dejaba de consultar su móvil constantemente en busca de algún mensaje nuevo. Pero nada, no había nada. Josh tenía entradas para el partido entre los Giants y los Cowboys de Dallas que se celebraba en Nueva Jersey a partir de la una de la tarde, así que cuando llegó esa hora sin noticias suyas, entendió que no sabría nada de él hasta que acabara el encuentro.

Se quedó dormida en el sofá por el cansancio acumulado de una noche en vela, y cuando despertó ya había anochecido. Eran más de las seis y no solo no había aparecido por su casa, sino que además ni siquiera se había puesto en contacto con ella. Entonces pensó que quizá le había sucedido algo y decidió llamarlo.

Con la primera llamada no obtuvo respuesta y después de siete tonos saltó el buzón de voz. En vez de dejar un mensaje, volvió a intentarlo, y en esta ocasión sí que le cogió el teléfono, aunque lo primero que escuchó fue un gran ruido de fondo.

—Josh, ¿dónde estás?

—Ah, hola, Zoe.

—¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás? —repitió, ya con tono impaciente por la indecisión que detectó en su voz—. El partido terminó hace bastante tiempo.

Silencio. Parecía que Josh no sabía qué contestarle. O no quería.

—Esto... No, solo que después me fui a tomar unas cervezas con unos amigos. —«¿Unas cervezas?», pensó Zoe, pero antes de preguntarle al respecto él siguió hablando—. Los Giants han perdido y teníamos que ahogar nuestras

penas.

¡Aquello era demasiado! Ella estaba muy preocupada y él se había ido de bares sin tener la decencia de avisarla.

—Tampoco creo que sea para tanto. Unas veces se gana y otras se pierde. Ahí no se acaba el mundo.

—Zoe, no pretendo que lo entiendas, pero para algunos entre los que me incluyo yo esto es muy importante —dijo él en tono ácido—. Vale que no hayas querido acompañarme porque no te gusta el fútbol, pero de ahí a menospreciar cómo me siento...

—Discúlpame si no le he dado la importancia que se merece, pero llevo esperándote horas y en ningún momento has dado señales de vida.

—No te dije que llegaría a una hora en concreto. Y no me gusta que me controlen.

Aparte de ese comentario fuera de lugar, Zoe lo notó distante y confuso, como si hablar le supusiera un gran esfuerzo. De hecho, al hacerlo se le trababa alguna que otra palabra.

—Josh, ¿estás borracho?

—Mira, Zoe, he bebido unas cervezas de más y no estoy en condiciones de conducir.

—Entonces, ¿no vas a venir?

—No. Mañana te llamo desde San Francisco y hablamos, ¿de acuerdo?

Sin esperar respuesta, la colgó. Zoe creía que nada podía ir a peor, pero se había equivocado.

El lunes por la noche Zoe llegó a su casa más cansada de lo habitual. El fin de semana la había dejado psicológicamente exhausta, y ese agotamiento se había extendido al plano físico. Como estaban a la espera de nuevas noticias en el caso Talbot, dedicó toda la jornada a ponerse al día en los otros casos que llevaba. Le había resultado muy duro retomar licencias de apertura incompletas, denuncias por supuestos vertidos tóxicos en comunidades de vecinos y otras lindezas, y no porque fueran temas especialmente complicados sino porque tenía la cabeza en otra parte. La última conversación con Josh por teléfono le había dejado un sabor amargo y no podía dejar de pensar que su relación estaba viviendo momentos complicados. Lo peor era la impotencia, ya que no sabía cómo solucionar un distanciamiento cuyo motivo no entendía.

Ella lo amaba, de eso no tenía ninguna duda, pero empezaba a notar ciertos detalles en el comportamiento de Josh que no acababan de gustarle. Puede que hubiera llevado puesta una venda al inicio de su relación, pero no entendía cómo había estado tan ciega para no verlo. O quizás él había estado actuando y ahora que había conseguido lo que quería mostraba su verdadera cara.

Por mucho que esa idea la atormentara, no quería aceptarlo. Tal vez fuera un simple bache en su relación y hablándolo pudieran arreglarlo.

Lo primero que hizo cuando entró en su apartamento fue soltar el bolso y el maletín y tumbarse en el sofá. Necesitaba cerrar los ojos durante un rato y dejar la mente en blanco, porque sentía que su cabeza estaba a punto de explotar.

Empezaba a relajarse cuando sonó el timbre de la puerta. «Si es el señor Pattinson, lo echaré con cajas destempladas», pensó, mientras se levantaba con desgana para abrir.

Al atisbar por la mirilla se quedó petrificada. Sintió un vuelco al corazón por una mezcla de incertidumbre y alegría. Durante los segundos que tardó en abrir, por su mente pasaron infinidad de suposiciones, aunque la que tenía más peso y la que más ansiaba que fuera verdad era la de que había hecho un viaje

relámpago para verla y disculparse.

Respiró hondo y se preparó para recibirlo con la mejor de sus sonrisas, porque tenía claro que su actitud debía ser conciliadora.

—¡Josh, qué sorpresa más agradable! Te hacía en San Francisco. ¿Cómo es que estás aquí?

Zoe se echó a sus brazos, pero él la esquivó y entró en el apartamento con grandes zancadas y un talante hostil. Ella cerró la puerta y lo siguió, esperando a que dijera algo.

—¿Cómo has podido hacerlo? —preguntó él, escupiendo unas palabras que destilaban bilis.

—Hacer... ¿el qué?

—Ahora no finjas ignorancia. Sabes muy bien a qué me refiero.

—Pues no. Explícate, por favor, porque no entiendo qué he hecho para que estés así.

—¿No te dice nada un hotel en la costa de California? ¿Tampoco el nombre de Harriet Talbot? ¿Y una denuncia por impacto ambiental? —Zoe se quedó lívida—. Ya veo que sí te suena de algo... ¡Has conseguido que paralicen la obra!

—Josh, déjame que te explique —se apresuró a decir.

—No tienes por qué explicarme nada. He tenido todo el día para hacer averiguaciones y enterarme de quién estaba detrás de la orden de paralización. ¡Qué sorpresa cuando he revisado la denuncia y no solo he visto el nombre de tu bufete, sino también el tuyo! No entendía nada, pero después de hablar con mi cliente, todas las piezas han encajado. Lo que no entiendo es cómo has sido tan cobarde de no decirme nada en todo este tiempo. ¿Pensabas que no iba a enterarme?

—No te he dicho nada precisamente para evitar un conflicto entre nosotros. Josh, yo solo estaba haciendo mi trabajo, lo que han requerido de mí.

—Y gracias a eso yo no voy a poder realizar el mío, al menos por ahora.

—Yo no pretendía perjudicarte...

—No sé si es que eres muy inocente o muy hipócrita. ¡Claro que me has perjudicado! Esto ha sido una puñalada tramera por tu parte.

—¿No te das cuenta de que esto son solo temas de trabajo? No debemos dejar que nos afecten a nivel personal.

—Pues a mí sí me afectan. Con esto has conseguido que pierda la confianza en ti.

—¿Cómo puedes decirme eso? Yo...

Josh se tomó unos segundos para ordenar sus ideas y tranquilizarse. Estaba demasiado alterado y lo que le tenía que decir requería mucha delicadeza. Cuando al fin habló, lo hizo en un tono más moderado, pero igualmente directo.

—Los sucesos de estos últimos días han hecho que me replantee ciertas cosas. Lo de hoy ha sido solo la guinda del pastel, así que no pienses que lo que te voy a decir a continuación tiene que ver con un arrebató puntual. Zoe, esto no funciona.

—¿Qué es lo que no funciona? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Tú y yo. Nuestra relación. —Zoe se desplomó en el sofá y lo miró desconcertada—. No me digas que no te has dado cuenta.

—Hemos tenido un par de discrepancias, pero de ahí a pensar que esto no funciona...

—No es solo eso, y si lo analizas verás que tengo razón. Tú y yo vamos por diferentes caminos, tenemos distintos modos de pensar e incluso de vivir.

—Pero...

—Ya sé lo que vas a decir —la interrumpió—. Al principio, con la novedad, puede que no salieran a la luz ciertos aspectos de nuestros respectivos caracteres, pero el tiempo ha puesto todo en su lugar. Voy a serte sincero: no tengo ninguna intención de comprometerme, ni contigo ni con nadie, y últimamente me he sentido bastante agobiado por eso. Necesito espacio, poner tierra de por medio. Ahora mismo quiero disfrutar de la vida y de todo lo que me llena, y si tengo a alguien a mi lado es para que disfrute conmigo, no para que me coarte y me impida avanzar. Eres una persona maravillosa, he vivido momentos estupendos a tu lado, pero creo que es hora de ponerle fin a nuestra relación antes de que nos hagamos más daño por intentar salvar algo que ya está hundido.

Zoe sintió que se le rompía el corazón en mil pedazos. Con unas simples palabras acababa de destrozar todas sus ilusiones. Aunque debía reconocer que tenía razón: su relación ya hacía aguas, y si seguían estaría avocada al fracaso. Mejor dejarlo cuando todavía se profesaban cariño el uno por el otro, porque el amor... estaba claro que solo una de las partes lo sentía. No iba a ser tan ruin de apelar a ese sentimiento para mantenerlo a su lado, y mucho menos iba a suplicarle.

—Así que esto es un adiós —dijo con voz temblorosa, mordiéndose la parte interior de las mejillas para no romper a llorar delante de él.

—Espero que sea un «hasta pronto» —contestó Josh—. Sé que suena a tópico, pero me gustaría seguir manteniendo contacto contigo. Más adelante, cuando haya puesto mis ideas en orden y todo esto del trabajo se haya solucionado, podríamos considerar darnos otra oportunidad.

—No intentes endulzar la situación: un adiós es un adiós —respondió muy digna—. Y ahora, por favor, márchate.

Le señaló la puerta, esperando que se fuera cuanto antes y no le pusiera las cosas más difíciles. Él se sintió un miserable, aunque no hizo nada para mitigar

la despedida. Solo cuando ya estaba saliendo, se giró hacia ella y le dijo:

—Cuídate mucho. Y no olvides que eres muy especial para mí.

—¿Ves? Te lo advertí. Yo tenía razón. ¡He ganado! —exclamó Zachriel, eufórico.

—Cierra el pico de una vez. Me parece vergonzoso que te alegres de las desgracias ajenas. Eso es propio de un demonio, no de un ángel.

—¿Desgracias ajenas? Esto era la crónica de una ruptura anunciada. Lo que no entiendo es cómo no has podido verlo antes.

—Y sigo sin verlo. Hacían una pareja tan bonita... No concibo que hayan roto.

—¿Quieres que te lo explique? Es muy simple: disparidad de caracteres.

—Pero al principio no era así.

—¡Porque estaban viviendo una mentira! ¿Acaso no lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. De cualquier modo, te digo que estos dos guardan más en su interior de lo que aparentan.

—Tonterías. Él ha sido muy sincero y le ha dicho todo lo que pensaba. En cuanto a ella, a pesar de estar enamorada, al menos es consciente de que lo suyo no tenía futuro.

—No lo tengo yo tan claro... Podría afirmar que esto no es el final, solo un punto y aparte.

—¿Tanto te cuesta reconocer que he ganado?

—Bueno, puede que hayas ganado... por ahora —le concedió Anael—, pero aún queda mucho por decir. Acuérdate de lo que te digo.

—¡Bah, pamplinas! Aunque tú verás: si quieres engañarte a ti misma... Quédate aquí vigilando el tiempo que quieras, que no te va a servir de nada. Yo me voy a celebrar mi triunfo como corresponde, con un buen vulecito raso hasta la atmósfera para respirar aires de victoria.

—Eso, eso, tú vete hasta allí. Todo puede ser que lo único que respires sea el aire vicioso de la polución y te envenenes...

## Capítulo 19

Por primera vez en su vida, Acción de gracias sería una fecha para olvidar. Hacía solo tres días de su ruptura con Josh y, a pesar de que ver a su familia después de tanto tiempo supuso una alegría para ella, el recuerdo de lo ocurrido enturbió sus ánimos hasta el punto de abstraerse en sí misma. Desde el primer momento, Lorraine y Edward, sus padres, notaron que estaba atrapada en una profunda melancolía.

—Eddie, la niña no está bien —dijo Lorraine cuando Zoe subió a su antigua habitación para dejar la maleta.

—Lo sé, cariño —respondió él—. Me he dado cuenta desde que se ha bajado del taxi. Intentaba ocultarlo, pero la tristeza de sus ojos es imposible de disimular. Conozco muy bien a mi pequeña.

—¿Crees que debemos preguntarle qué le ocurre?

—Zoe siempre ha sido muy celosa de su intimidad, así que dudo que nos cuente nada.

—Al menos podemos intentarlo.

—Sí, pero si ella se cierra en banda, poco podemos hacer, aparte de esperar que tarde o temprano se abra a nosotros. Por lo pronto, vamos a intentar que pase un día de Acción de gracias agradable y que se olvide durante un rato de sus preocupaciones.

—Voy a sacar su antiguo delantal para que cocine conmigo, que siempre se ofrece a ayudarme pero nunca la dejo. Y después de la comida, tú podrías llevártela a dar un paseo por la orilla del lago. ¿Qué te parece?

Zoe, al otro lado de la puerta del salón, escuchaba la conversación de sus padres con el puño en la boca, mordiéndose los nudillos para evitar desplomarse por enésima vez en los últimos días. Le apenaba mucho que se hubieran percatado de su desdicha, pero no se sentía preparada para desahogarse con ellos. Al fin y al cabo, ya estaban muy mayores y vivían a cientos de kilómetros de distancia de ella, por lo que solo conseguiría preocuparlos aún más. Se propuso cambiar de actitud mientras estuviera allí para así dejarlos un poco más tranquilos, aunque no sabía cómo iba a conseguirlo.

Todo fue bien hasta después de la sobremesa. Zoe había estado muy entretenida ayudando a su madre con la preparación del pavo, e incluso se permitió unos instantes de hilaridad que le vinieron muy bien cuando se le cayó toda la salsa de arándanos encima del viejo Teddy, el mastín de sus padres, y hubo que improvisar otra. El perro disfrutó de lo lindo revolcándose en el suelo mientras intentaba lamerse el lomo, pero la cocina acabó pareciendo un campo de batalla.

Durante la comida, sus padres le preguntaron por el trabajo y por su vida personal, y ella se centró en explicarles su día a día en el bufete y su relación con Luke, a quien conocían desde hacía años. Por descontado, omitió de forma deliberada cualquier referencia a Josh.

Lorraine y Edward se volcaron con ella, y cambiaban de tema cuando surgía algo en la conversación que parecía incomodar a Zoe o ensombrecía su rostro sin motivo aparente. Respetaron sus silencios y ella, sin palabras, se lo agradeció de corazón, aunque se sintió un poco culpable porque sabía que ellos estaban deseando que les contara más.

Después de tomar el café, Edward y su hija salieron a pasear con el perro. Los padres de Zoe vivían en Lake City, un pueblecito situado a orillas del lago Erie, y fue gracias a ese enclave, escenario de toda su infancia y adolescencia, por lo que ella terminó decantándose por la rama medioambiental, para preservar

entornos como aquel. Antes de mudarse a Nueva York solía ir hasta el lago todas las tardes, ya fuera sola o acompañada, para desconectar de sus problemas, y en ese paseo se dio cuenta de cuánto había echado de menos aquellos momentos de tranquilidad; al igual que había echado de menos a sus padres. Ahora, más que nunca, necesitaba de su cariño y de su compañía. Solo ellos conseguían que se sintiera feliz.

Ya lejos de la casa, fuera de la vista de su guardiana esposa, Edward echó mano del bolsillo interior del abrigo y sacó un puro. Consciente de que Lorraine sabía de sus escauceos secretos con el tabaco, su lema en esos casos era siempre el mismo: «ojos que no ven, corazón que no siente». Después ya aguantaría la reprimenda, cuando fuera un hecho consumado. Zoe tampoco lo aprobaba, pero al menos respetaba su decisión porque entendía que lo hacía solo en ocasiones especiales.

Encendió su habano, inhaló una intensa calada que le supo a gloria y fue soltando poco a poco el humo para paladear y apreciar en profundidad los diferentes matices del cigarro. «Esto sí que es vida», pensó para sí, con la mirada fija en el horizonte mientras disfrutaba de una puesta de sol espectacular junto a una de las dos personas que más quería en el mundo.

El aroma del puro llegó hasta Zoe y su mente viajó sin previo aviso unos meses atrás: una velada estupenda escuchando jazz, una situación algo embarazosa para ella... y Josh. Cualquier pequeño detalle le hacía recordarlo, aunque en ese momento fue como si lo tuviera a su lado. Como aquella noche, al inicio de su relación, cuando aún era feliz. No pudo contener más las lágrimas y explotó.

Edward no supo qué había pasado, pero hizo lo único que un padre debe hacer en esos casos: acogerla entre sus brazos y ofrecerle un hombro donde llorar, demostrándole que él siempre estaría ahí para ella. Sin necesidad de palabras, sin explicaciones, solo un padre que presta apoyo a su hija

incondicionalmente.

Estuvo en Pensilvania hasta el domingo. Aquella visita le hizo mucho bien, pudo desconectar de sus preocupaciones durante unos días y sus padres, sin hacerle ninguna pregunta comprometida, la ayudaron más de lo que habría imaginado. Cuando llegó el momento de la despedida, los cogió a ambos de la mano y les abrió su corazón.

—Gracias. Vosotros sabéis por qué, y aunque no os he dicho nada de lo que me ha ocurrido, valoro profundamente el apoyo que me habéis brindado para superar una ruptura dolorosa. Ahora no estoy preparada para contaros más, pero sé que tarde o temprano lo estaré. Me marchó de aquí con vuestro cariño, vuestra comprensión y el orgullo de tener unos padres como vosotros. Esto es lo único que necesito para sobreponerme, así que no os preocupéis por mí. Os quiero.

—Hola, guapetón. ¡Feliz día de Acción de Gracias! ¿Preparado para la *fiestuqui*?

Andy y Bonnie iban cargados con bolsas, así que se acercaron a Josh y le dieron sendos besos en la mejilla que él recibió de buen grado antes de apartarse para dejarlos pasar.

—Feliz día de Acción de Gracias. ¿Habéis traído todo lo que os pedí?

—Todo, todito, todo —respondió Andy con voz cantarina mientras dejaba las bolsas sobre la encimera—. Y tú, ¿has metido ya el pavo en el horno?

—Estaba a punto de hacerlo. ¿Me echáis una mano?

—Como no sea al cuello... —contestó Bonnie—. Ya sabes que la cocina y yo no nos llevamos muy bien. —Tras quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero, se lanzó en plancha sobre el sofá con la intención de ponerse cómoda

—. Aunque puedo animarte desde aquí.

—Tendrás cara... —Josh cabeceó, resignado, y se volvió hacia su amigo—. ¿Tú también vas a poner la misma excusa?

—¿Qué quieres que te diga? —Andy elevó los hombros—. No podemos negar que somos hermanos, en algo teníamos que parecernos. —Antes de que Josh replicara, añadió—: Hablando de hermanos, ¿cómo están Katy y los niños?

—Muy bien, han viajado hasta Nevada para pasar Acción de Gracias con la familia de Mark. Los niños estaban emocionados porque iban a ver a todos sus primos. Ya sabes que la familia de mi cuñado es enorme y hacen piña cada vez que se reúnen; incluso acogen a los que no son de su círculo cercano como uno más, sin importarles los lazos de sangre. Al menos, yo siempre me he sentido aceptado por ellos. Sin embargo, este año he preferido celebrarlo de un modo más íntimo, con mis mejores amigos.

—¡Ains, acabas de tocar el corazoncito de esta vieja loca! —dijo Andy con la voz quebrada y los ojos acuosos. Conmovido, se lanzó sobre Josh y le dio un fuerte abrazo cargado de sentimiento—. Te prometo que vamos a hacer que hoy sea un día muy especial para ti. Por lo pronto, voy a dejarte una mesa espectacular, digna de la recepción más sofisticada, tal y como se merece esta ocasión.

—Viniendo de ti, miedo me da. —Terminado ya el momento emotivo, vio que su amigo empezaba a sacar varias cosas de una de las bolsas, así que centró la atención en Bonnie, que estaba embobada con el móvil—. Y tú, haz algo útil en vez de estar apalancada en el sofá. ¿Por qué no abres una botella de vino y tomamos una copa mientras preparamos todo?

—¡A eso sí que me apunto! —exclamó ella, levantándose como un resorte para ir rauda hacia la vinoteca que estaba en un lateral de la cocina—. ¿Te apetece alguna en especial? —preguntó, curioseando en el interior de la nevera.

—Elige la que quieras.

Después de pensárselo mucho, escogió una que tenía muy buena pinta y la dejó sobre la encimera mientras buscaba el sacacorchos en un cajón. Josh, que estaba terminando de rellenar el pavo, echó un vistazo para ver cuál había elegido. Su mano se quedó parada en el aire y su rostro, con la mirada fija en la botella, perdió toda expresión.

—¿No te gusta? —Al no obtener respuesta, Bonnie agitó la mano frente a él para sacarlo de su aturdimiento—. ¡Hola! ¿Estás ahí? ¿Te ha dado un aire o qué?

—¿Decías? —Josh volvió a la realidad, parpadeó varias veces y se concentró en su amiga, aunque no hacía más que mirar la botella con el rabillo del ojo.

—¿Qué le ocurre a este vino? Te has quedado alelado.

—No, nada, solo es que esa botella la compré en Ithaca, en el viaje que hicimos Zoe y yo a Seneca Falls.

—¡Ah, vale, ya entiendo! Quieres bebértela con ella, ¿verdad? —Bonnie le guiñó un ojo y después puso cara de boba—: ¡Ains, qué romántico! —Como Josh la observó de una forma muy rara, resolvió ponerse seria—. No te preocupes, ya la guardo y cojo otra.

—No, ábrela —dijo él rápidamente.

—¿Seguro que no quieres reservarla para una ocasión especial con Zoe?

—No creo que se dé el caso.

—¿Y eso? —ella frunció el ceño, extrañada.

Andy, que hasta entonces no había abierto la boca, concentrado como estaba vistiendo la mesa de comedor con un mantel de hilo blanco, se quedó parado y aguzó el oído.

—Zoe y yo ya no estamos juntos.

—¿Qué?! —gritó Andy con horror. Dejó lo que estaba haciendo y llegó a la barra americana antes de que su hermana hubiera reaccionado—. ¡No me lo puedo creer! Pero... ¿por qué? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Cuándo ha sucedido? —Las preguntas se agolpaban en su cerebro mientras componía una cara de pura incredulidad.

—Fue el lunes pasado —se limitó a contestar Josh. Obvió responder a lo demás porque no encontraba las palabras correctas para que lo entendieran. Ni él mismo entendía aún cómo había estado tan ciego para no ver lo que ocurría desde el principio.

—¿Y hasta hoy no nos has dicho nada? ¡Eso me duele en lo más profundo! —Andy se palmeó el pecho repetidas veces, pero en esta ocasión no estaba teatralizando nada: su aflicción era real. Se volvió hacia Bonnie y preguntó—: ¿Tú sabías algo de esto? ¿Ese guapetón que tienes por novio no te ha dicho nada? Es el mejor amigo de Zoe.

—Es la primera noticia que tengo. Y creo que Luke tampoco sabe nada porque lleva toda la semana fuera, en Chicago, de viaje de trabajo.

—Josh... —Andy colocó los brazos en jarras—. Voy a dejar de lado el disgusto que tengo contigo por no habernos confiado hasta ahora una noticia tan importante. Eso sí, ya estás tardando en largar por esa boquita.

—No hay mucho que contar. —Él pareció dudar. Andy y Bonnie eran sus mejores amigos, pero en el fondo le daba vergüenza confesarles el motivo de la ruptura—. Lo que sí os puedo decir es que ha sido la decisión correcta, porque lo nuestro estaba abocado al fracaso.

—No te entiendo. ¡Si parecía que os iba muy bien! A ver, desembucha: ¿qué es lo que ha pasado realmente? Porque algo ha tenido que pasar, nos conocemos desde críos y no puedes engañarme con esa expresión de indiferencia que pones siempre que quieres ocultar algo —apuntó Andy, señalándole con el dedo.

—Está bien... —Josh decidió sincerarse—. Me estaba agobiando y necesitaba espacio para respirar. ¿Te parece suficiente razón?

Andy se quedó pensativo unos segundos.

—¿No será que te ha entrado miedo de repente? —le soltó de sopetón.

—¿Miedo, de qué?

—De ir demasiado rápido, de que todo esto era nuevo para ti y no lo podías controlar.

—Eso es una tontería —contestó de forma impetuosa—. ¿A que sí, Bonnie?

Josh solicitó apoyo a su amiga. Bonnie, que había permanecido callada mientras escuchaba con interés el diálogo entre él y su hermano, hizo algo poco usual en ella: levantó las cejas y se llevó una mano al mentón, devolviéndole una mirada muy seria.

—¿Quieres saber mi opinión? Creo que eres imbécil.

—¿Cómo?

—Ya decía yo que no era ni medio normal que duraras tanto con una persona con la cabeza tan bien amueblada.

—¿Qué estás insinuando?

—No insinúo nada, solo expongo un hecho. Excepto Zoe, todas tus conquistas han sido unas niñas descerebradas con exceso de silicona. Ella ha supuesto un fallo en tu rutina y puede que lo veas así, como un error, pero te aseguro que la has cagado hasta el fondo dejando marchar a alguien que de verdad merecía la pena. Con todo el cariño, Josh, hasta lo de imbécil se te queda corto.

Andy abrió la boca exageradamente, sorprendido por el arranque de sensatez de su hermana pequeña. Aunque tenía toda la razón: por una vez, no podía estar más de acuerdo con ella, así que se volvió hacia su amigo afirmando con la

cabeza.

—Aunque su tacto haya sido tan delicado como un cardo de Escocia, Bonnie no ha dicho nada que no sea verdad. Josh, me parece fatal lo que has hecho.

—Te la vas a cargar... —murmuró ella, mientras tecleaba en el móvil a una velocidad sorprendente.

—¿Se puede saber qué haces?

—Nada, solo estoy cruzando unos mensajes con Luke. Al parecer, no tenía ni idea de las novedades sobre su mejor amiga. Y creo que no se lo ha tomado nada bien —añadió, mostrándole el teléfono cuando este comenzó a sonar. Después, se alejó hacia el ventanal para responder la llamada.

Josh no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. ¿Ambos se estaban aliando en su contra? ¿La inmadura irresponsable y el frívolo alocado? Aquello era nuevo para él.

—¿Qué os pasa a los dos? Se supone que sois mis mejores amigos. Tendríais que apoyar mi decisión, no criticarla.

—Te parecerá bonito... ¿Piensas que los amigos estamos solo para reír las gracias? —Josh hizo una mueca que lo dio a entender todo. ¿Acaso no era eso lo que habían hecho esos dos desde siempre?—. Sí, ya sé lo que estás pensando ahora mismo, y estás muy equivocado. Es muy fácil y muy cómodo dar la razón en todo, pero los verdaderos amigos deben ser sinceros, aunque duela. Si hay algo que no está bien, no está bien y punto, y lo que tú has hecho no está nada bien, por mucho que te joda escucharlo.

—Venga, tío, no te hagas ahora el puritano conmigo, que cuando rompí con Natasha te faltó poco para organizar una fiesta.

—Ese es un caso completamente diferente y lo sabes, al igual que el del resto de mujeres con las que has estado. Dudo mucho que a alguna de ellas le hayas causado un daño irreparable, pero la cosa cambia cuando los sentimientos se

meten de por medio. Por simple curiosidad: ¿cómo se tomó Zoe la ruptura?

—La verdad es que parecía hundida, pero no me quedé mucho para ver su reacción.

—Mmm... Lo que yo pensaba. Y desde ese día, ¿has vuelto a hablar con ella?

—No. He preferido dejar pasar algo de tiempo. Pero oye, que tampoco soy un cabrón insensible: cuando todo esto se haya enfriado un poco, la llamaré. Me gustaría quedar con ella como amigos. Además, tengo que hacerle llegar sus cosas, que aún están en el armario.

—¡Eso no te lo crees ni tú! —exclamó Bonnie, que acababa de colgar el teléfono—. Luke me ha corroborado que no sabía nada y lo ha flipado. Dice que va a intentar localizar a Zoe, aunque se imagina que si no le ha dicho nada es porque no tiene ánimos para hablar con nadie, ni siquiera con él. Eso sí, te confirmo que te la vas a cargar.

Josh ya estaba harto de tanta tontería.

—Mirad, es mi decisión y como tal no pretendo que la comprendáis, pero al menos espero que la respetéis.

—Yo la respeto, pero respeta tú mi opinión: eres imbécil —contestó Bonnie.

—¿Os importa que dejemos ya este tema? Hoy no es día para discutir.

—Aparte de imbécil, cobarde —farfulló Bonnie.

—Te he escuchado.

—Lo sé —afirmó ella, altanera—. Lo he hecho aposta para que me oyeras.

—Bueno, bueno... Tengamos la fiesta en paz —terció Andy—. Es el primer año que celebramos el día de Acción de Gracias juntos, así que vamos a centrarnos en preparar la comida y pasar un día agradable en familia, porque al fin y al cabo eso es lo que somos, ¿no? En toda reunión familiar que se precie

existen tiranteces, por supuesto, pero creo que ya hemos cubierto por hoy nuestro cupo de disputas; ahora toca diversión. Ya tendremos tiempo de retomar este asunto.

—Gracias, Andy —dijo Josh, respirando con alivio.

—No me las des, pipiolo. Esto es solo una tregua. Ten presente que tarde o temprano volveremos a la carga. Los McAllister somos así: asúmelo.

—¡Voy a romperle las piernas a ese capullo!

—Vamos, Luke, tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? Llevo preocupado por ti desde Acción de Gracias, cuando Bonnie me contó lo que pasaba. Desde entonces no he dejado de llamarte, pero tu móvil siempre estaba apagado. Creí que habrías hecho alguna tontería por ese gilipollas. ¡Me has tenido en un sinvivir! Menos mal que se me ocurrió llamar a tus padres y me dijeron que estabas con ellos, aunque era mejor que no te molestara. Pero no sabes las ganas que tuve de coger el primer vuelo a Pensilvania y presentarme allí, te molestara o no.

—Y yo te agradezco que no lo hicieras. Esos días desconectada de todo me han permitido ver las cosas desde otra perspectiva. Ya estoy mucho mejor.

—¿Estás de coña? Nena, solo hay que echarle un vistazo rápido para darse cuenta de que estás de todo menos bien. ¡Pareces un alma en pena! ¿Cuánto tiempo llevas sin dormir, llorando como una magdalena?

—No sé de qué hablas —respondió ella, apartando el rostro cuando Luke la tomó del mentón para evaluar la hinchazón de sus párpados.

—Zoe, soy tu mejor amigo y te conozco. Sé cuándo estás mal, aunque intentes ocultarlo con esa actitud indiferente que crees que da el pego de cara a

los demás. Pero a mí no me engañas, así que no te hagas la fuerte conmigo. Sabes que yo estaré siempre a tu lado para lo que necesites y, aunque no lo quieras reconocer, ahora necesitas desahogarte.

Ella agachó la cabeza, hundiendo los hombros en señal de derrota. Todo resquicio de altivez desapareció y se llevó las manos a la cara mientras rompía a llorar desconsoladamente.

Luke no perdió el tiempo. Cerró los estores para preservar la intimidad de su amiga de cara al resto del bufete y la obligó a sentarse, haciendo él lo propio en otra silla frente a ella. Le apartó las manos del rostro con delicadeza y se las apretó para infundirle ánimos, hasta que ella soltó todo lo que guardaba en su interior.

—Venga, pequeña, ahora estoy aquí y soy todo oídos. —Enjugó sus lágrimas con los pulgares y depositó un dulce beso en su nariz—. Dime qué ha pasado.

Entre hipidos y pausas para controlar su respiración, Zoe le contó todo, desde el cambio drástico de Josh hasta lo que ella creía que había sido el desencadenante de la ruptura: ocultarle su participación en la paralización de una de sus obras. Luke la escuchaba con detenimiento, sin mediar palabra; cuando mencionó el asunto del caso Talbot frunció el ceño, pero no la interrumpió hasta que llegó al final de su explicación.

—Luke, yo he sido quien lo ha estropeado todo. Si lo hubiéramos hablado con tranquilidad, podría incluso haberme adaptado a su forma de ser y a sus gustos, aunque no los comparta, pero lo de engañarlo ha sido un error imperdonable y sé que no me lo perdonará nunca.

—¡No digas sandeces! —Él la agarró de los hombros y la zarandeó con cariño—. Hiciste mal en callarte tu relación con el caso, pero hasta eso es justificable. Eso sí, que no te vuelva a oír decir jamás que cambiarías por nadie: tú eres perfecta tal cual, y quien no te quiera así es un completo estúpido. —Acercando su rostro al de ella, añadió—: Y ese imbécil ha demostrado con

creces que lo es.

—Quizá tenga razón y no estemos hechos el uno para el otro... Puede que al principio estuviera viviendo un sueño, pero ahora que me acabo de despertar veo que sí, que somos muy diferentes.

—Entonces, si piensas de ese modo, ¿por qué estás así? No debería afectarte más de lo que le afecta a uno no ser el que da el primer paso en una ruptura. Al final, borrón y cuenta nueva, ¿no crees?

—Estoy así porque... porque le quiero. Estoy enamorada hasta las trancas de él.

—¿Y se lo has dicho?

—Sí.

—¡Válgame el cielo! Esto es peor de lo que yo pensaba. ¿Qué te contestó?

—Nada. Le abrí mi corazón en un momento de pasión, y creo que ahí fue cuando comenzó a cambiar todo.

—Así que ha estado jugando contigo, y cuando tú te sinceras con él, va y recula. ¡Menudo cabrón! —exclamó, alterado. Los ojos de Zoe se anegaron en llanto otra vez, así que suavizó su tono y la abrazó—. Venga, cariño, no llores más. Ese tío no se merece ni una sola de tus lágrimas.

—Y ahora, ¿qué voy a hacer?

Luke la apartó un poco para mirarla a la cara.

—Resurgir como el ave fénix. No espero otra cosa de ti.

—Es muy fácil decirlo, pero ¿cómo hacerlo?

—Encontrando a alguien mejor que él. Al final, un clavo saca otro clavo.

Zoe se secó las mejillas con el dorso de la mano y negó con énfasis.

—No voy a volver a enamorarme jamás.

—Eso lo dices ahora, pero te aseguro que se te pasará. Recuerda que pensaste lo mismo cuando lo nuestro terminó, y lo superaste.

—Luke, yo te quiero mucho pero aquello ni se le parece. Contigo estaba cabreada, desilusionada..., pero esto es peor. Mucho peor. No tengo ganas de nada, solo de meterme bajo las sábanas y no salir de allí hasta que este dolor desaparezca —confesó, llevándose una mano al pecho—. Siento que me ahogo, que nada tiene sentido. No puedo soportarlo. Ahora mismo quiero morirme.

—Nena, eso es lo último que debes hacer. Nada de enclaustrarte en casa para lamer tus heridas. Lo que tú necesitas es un sustituto rápido para olvidar a ese cretino. Y con eso yo puedo ayudarte. Voy a concertarte una cita con un amigo que...

—Pero ¿qué estás diciendo? —le interrumpió—. Tú estás loco si piensas que después de esto voy a meterme de nuevo en una relación, y mucho menos cuando todo está tan reciente.

—Solo te digo que lo mejor para olvidar es mantenerse ocupado.

—Para eso ya tengo el trabajo.

—El trabajo no es suficiente y lo sabes. Hasta que empezaste a salir con ese majadero no tenías vida.

—De lo que me ha servido... La tuve y la perdí.

—Pues haz algo para recuperarla. Mira, Jesse Ferguson es un antiguo compañero del instituto, muy buen tipo y... ya verás. Voy a llamarle ahora mismo —dijo Luke mientras sacaba su móvil de la chaqueta y buscaba el contacto en la agenda.

—¡Te he dicho que no! —Zoe se levantó como un resorte y le quitó el teléfono de las manos, dejándolo sobre la mesa del despacho—. Será mejor que no te metas en lo que no te incumbe —le advirtió—. Como hagas algo así, dejo

de hablarte en lo que me resta de vida. —Cogió su abrigo y su bolso y caminó hacia la puerta con paso rápido—. Paso de escuchar más estupideces. Me voy a la calle a que me dé un poco el aire. ¡Y no me sigas! —gritó, ya con la puerta abierta. Varias cabezas se volvieron al unísono en su dirección, alertadas por el jaleo.

—Espera un momento...

Luke fue detrás de Zoe, pero ella salió como una tromba del despacho. Ni siquiera se percató del saludo que le dirigió Dylan Percy cuando se cruzó con él frente a la recepción. Entró a toda prisa en uno de los ascensores y pulsó repetidamente el botón de bajada, rezando para que el aparato se pusiera en funcionamiento antes de que su amigo llegara. Las puertas se cerraron justo a tiempo y Luke se quedó plantado delante de ellas con una expresión de exasperación en el rostro.

—¿Se puede saber qué ocurre?

Al girarse, se encontró cara a cara con Dylan Percy. Estaba muy serio y se notaba de lejos que esperaba una contestación inmediata a su pregunta.

—Problemas personales. Eso es todo. —No pensaba decirle nada más, pero de repente tuvo una idea y probó a ver si estaba en lo cierto. Quizá pudiera hacer algo más por Zoe, aunque ella no lo supiera—. Lo ha dejado con su pareja y está un poco alterada. —Aunque a simple vista no se inmutó, Luke apreció que Dylan levantaba sutilmente las cejas y su gesto adusto desaparecía poco a poco. Sonrió para sus adentros y continuó hablando—: Yo estaba intentando hacerle ver que lo que necesita es salir con otras personas para olvidar a su ex, pero no te preocupes que esto no repercutirá en su trabajo. Es más, creo que a partir de ahora solo se centrará en él, y si antes era eficiente, ahora lo será por partida doble.

Dylan afirmó con la cabeza y se alejó hacia su despacho sin mediar palabra, pero los engranajes de su cerebro comenzaron a funcionar a pleno rendimiento.

## Capítulo 20

Faltaba un día para Nochebuena y Josh ya estaba harto de todo lo concerniente a la Navidad. Los buenos deseos de la gente, la decoración de las calles, los anuncios televisivos, la algarabía que se respiraba por doquier... Nunca antes le había pasado algo así; desde siempre le habían gustado esas fiestas, las disfrutaba tanto o más que cuando era un crío, pero este año parecía distinto. Y no sabía por qué. La verdad, intuía que le faltaba algo, aunque aquello era absurdo porque lo tenía todo. Gozaba de buena salud, una holgada estabilidad económica y buenos amigos —a pesar de que en ciertas ocasiones le ponían de los nervios—; además, hacía lo que le daba la gana, un lujo que valoraba mucho y que había estado a punto de perder. Sin embargo, ahora que había recuperado su libertad se sentía incompleto.

Desde que rompió con Zoe había intentado retomar su vida anterior, sin mucho éxito. Aunque el parón en las obras del hotel le había supuesto un escollo imprevisto en su *planning* laboral, tenía otros muchos proyectos en marcha, así que tampoco le dio mucha importancia. No le preocupaba tanto el hecho de la paralización, que sabía que era transitoria, sino el tiempo perdido, pero su cliente le había asegurado que todo estaba en manos de sus abogados y a principios de año podrían reanudar los trabajos de construcción. En ese sentido estaba tranquilo.

Como los compromisos profesionales monopolizaban su día a día, aprovechó los fines de semana para alejarse de la ciudad y practicar aquellos deportes de riesgo que había dejado un poco abandonados mientras duró su relación con Zoe: rafting, parapente, alpinismo... Volvió de todas aquellas salidas con una sensación extraña, ya que a pesar de haber soltado adrenalina no pudo conseguir

su objetivo principal: desconectar y sentirse bien, renovado por dentro y por fuera, con el deseo imperioso de repetir la experiencia cuanto antes. De hecho, sus colegas ya estaban organizando una escapada a Windham para hacer *snowboard* y, aunque pareciera sorprendente, no le llamaba mucho la atención.

Por muchas vueltas que le daba, no entendía qué le estaba ocurriendo. Pensó que dejándola podría recuperar su rutina, sus costumbres y su vida sin complicaciones innecesarias, pero no había sido así. Algo había cambiado. Ni siquiera le apetecía compañía femenina, y eso sí que le inquietaba. Había llamado a Natasha dos semanas atrás para quedar con ella y la modelo estuvo muy receptiva a la hora de concretar un encuentro, pero en el último momento él se echó atrás y anuló la cita. No tenía ganas de sexo, ni con ella ni con otras. En verdad aquello era preocupante.

Se había tomado la tarde libre porque al día siguiente viajaría a California para pasar las fiestas con Katy, Mark y los niños, y necesitaba hacer unas compras de última hora. Se le había echado el tiempo encima y aún no había buscado nada para sus sobrinos, pero allí estaba, tumbado en el sofá con una cerveza en la mano y sin ganas de salir. Esperaba conseguir algo chulo en las tiendas del aeropuerto porque si no, Pam y Alex le retirarían el título de *Tío Guay del Siglo*.

Encendió la televisión y probó a ver si encontraba algo interesante, pero en todos los canales ponían lo mismo: especiales navideños y anuncios para vaciar el bolsillo de los ingenuos televidentes. Lo intentó en la TNT, con la esperanza de que al menos echaran una buena película.

Las imágenes en blanco y negro le advirtieron de que se trataba de un clásico. Reconoció cuál era casi al instante, y esa escena en concreto le causó un impacto inesperado. Sonrió al recordar lo sucedido en aquel puente, el prelude de una noche memorable con Zoe, y un pensamiento le llevó a otro. ¿Cómo estaría ella?

Había estado tentado de llamarla en numerosas ocasiones a lo largo de ese mes, pero no llegó a hacerlo porque pensaba que aún no era el momento. Aunque no tuvieron una pelea monumental, había sido muy brusco con ella al plantearle la separación, y se imaginaba que estaría dolida. De hecho, le había enviado sus cosas por mensajería para evitar un encontronazo con ella. Aun así, algo sí sabía por Bonnie, quien estaba al tanto de cómo le iba a Zoe a través de Luke Golsmith, y todo lo que le contó confirmaba sus suposiciones. Incluso le avisó que por precaución debería evitar encontrarse con su pareja durante un tiempo porque, según palabras textuales, «te tiene entre ceja y ceja y solo desea partirte la cara».

Si quería ser sincero consigo mismo, tenía que admitir que se sentía culpable. Quizá todo habría sido diferente si su amiga no estuviera saliendo con el mejor amigo de Zoe y no existiera ese nexo, o si cualquier pequeño detalle, como el antifaz que se encontró días atrás bajo su cama o aquella película que estaban emitiendo, no le recordara a ella. Jamás había tenido problemas para desentenderse de una relación a la que ya le había puesto fin, pero, en esta ocasión, en su fuero interno ansiaba recibir noticias suyas, aunque fuese por terceras personas, saber que estaba bien...

Entonces lo vio claro: no podía sacársela de la cabeza porque la echaba de menos.

Aquella situación era nueva para él. Y en contra de todo pronóstico, reconocerlo no le hizo sentir mejor. Tenía que hablar de eso con alguien para ver si era normal lo que le pasaba, porque a cada momento se sentía más hecho polvo. En realidad, solo había una persona que pudiera escucharle, que no comprenderle, así que cogió su móvil y buscó en favoritos.

—Hola, Andy. ¿Qué haces?

—Ahora mismo estaba con mi tratamiento de belleza casero «pre fiestas navideñas». Me pillas con las mascarillas puestas. Me han recomendado una

nueva de yogur, miel y aloe vera que es fantástica para revitalizar el cutis. Deberías probarla.

—Sí, bueno...

—¿Ocurre algo?

—Me preguntaba si te apetecería tomar una cerveza conmigo en *Peculier*. Pero si estás ocupado, lo dejamos para otro día.

Al otro lado de la línea, Andy hizo una pausa antes de contestar. Notaba a su amigo raro, apático, y eso era una novedad.

—Sabes que con la cerveza echo barriga, y tengo que entrar en el esmoquin de Fin de Año.

—Vale, pues uno de esos cócteles que tanto te gustan. Si no los ponen allí, elige tú el lugar.

—¿Que lo elija yo? Josh, ¿qué es lo que te pasa?

—¿Vas a poder venir o no?

—Dame una hora para quitarme estos potingues de la cara y del pelo y ponerme algo decente. Quedamos en la puerta de *Peculier*. Oye, ¿seguro que estás bien?

—Si quieres que te diga la verdad, no lo sé.

—Mmm... Olvida lo de una hora. En treinta minutos te veo allí.

Si por ella fuera, ahora estaría en su casa, tumbada frente al televisor, con el pijama puesto y una tarrina enorme de helado de chocolate. Pero no, allí estaba, apartada en un rincón junto a la fotocopidora mientras observaba a sus compañeros celebrar por todo lo alto la llegada de la Navidad. Luke, como

siempre, había sabido exactamente qué tecla tocar y la había convencido para quedarse un rato en la fiesta con la excusa de que debía dejarse ver y relacionarse, si de verdad quería prosperar en el bufete. El muy ladino se lo había sugerido como de pasada, aunque estaba convencida de que lo había hecho aposta porque sabía que ese era su objetivo prioritario en un futuro próximo. Y también una meta a largo plazo. Es más, se había convertido en el único propósito de su vida.

Terminó por acceder, pero le costaba horrores integrarse con gente con la que no tenía nada en común salvo el lugar de trabajo. Además, todos estaban medio borrachos y rezumaban una alegría que ella no compartía, así que de poco podría charlar con ellos sin parecer una amargada aguafiestas. Ella se había tomado una única copa de champán durante el tradicional brindis de los socios fundadores y no pensaba beber más. El alcohol templaba los ánimos, soltaba la lengua y desataba a las personas, convirtiéndolas en auténticas bombas de relojería, algo nada conveniente en cualquier circunstancia y mucho menos en el ámbito laboral.

Luke diría que era un muermo y que se relajara, pero no podía permitirse el lujo de poner en peligro su puesto de trabajo, no cuando ahora era el único motor que tiraba de ella. De hecho, empezaba a levantar cabeza gracias a él. Sorprendentemente, a raíz del caso Talbot su proyección profesional comenzaba a despuntar, y todo gracias a Dylan Percy. Le había propuesto ampliar sus miras y actuar junto a él como segundo letrado en los procesos que tenía abiertos, y por extensión en todos los que surgieran. No se trataba de algo puntual, dado que la cartera de clientes del abogado era enorme; se le presentaba por delante una gran oportunidad, un auténtico desafío, pero también suponía un cambio drástico para ella, aunque Dylan le dejó claro que seguiría con sus propios casos si estaba dispuesta a asumir una carga de trabajo tan importante.

Aceptó sin pensárselo, y desde entonces trabajaba codo con codo con él. Dylan resultó ser un maestro paciente y un superior de trato cercano, muy a tener

en cuenta. Estaba aprendiendo mucho de él, sin desmerecer el hecho de que la hacía sentir valorada en el terreno profesional, una de sus más altas aspiraciones desde que entró en el bufete. Ciertamente le exigía mucho, pero también celebraba sus progresos y la animaba a continuar en esa línea. En definitiva, se encontraba muy a gusto a su lado. No le importaba en absoluto quedarse hasta las tantas en el bufete, aquello era algo que nunca le había importado y ahora mucho menos. Dylan sabía crear un ambiente de trabajo distendido, a pesar de la fachada seria que mostraba de cara a los demás. Incluso la había acercado alguna que otra vez a su casa cuando se le hacía muy tarde para coger el metro. Por descontado, mantenía las distancias con ella, aunque Luke insistía en que había algo más. Veía cosas que no existían, pero no se lo reprochaba porque sabía que se preocupaba por ella. Al menos, había desistido de su idea de concertarle una cita a ciegas con alguno de sus amigos. ¡Menuda alcahueta estaba hecho!

Agradecía que el volumen de trabajo fuera más que considerable porque la mantenía constantemente ocupada, evitando que los recuerdos se apoderaran de ella. De no haber sido así, intuía que habría caído en una depresión. Claro que no había podido olvidar a Josh, y pasaría mucho tiempo hasta que lo superara, pero ya había asumido que la vida golpea donde más duele. Si todo había terminado era porque su relación no tenía futuro. No obstante, aún seguía amándolo.

Consultó su reloj y decidió que ya había cumplido con creces allí. Además, si se retiraba ahora nadie se daría cuenta, ni siquiera Luke, que estaba muy entregado a una conversación junto a varios socios.

—¿Ponche o champán?

Zoe dio un respingo y se giró hacia el autor de aquella pregunta, componiendo una sonrisa forzada. Dylan llevaba un vaso en cada mano y aguardaba a que ella tomara una decisión. ¡Menuda suerte la suya! Ahora ya no podría realizar una retirada sigilosa.

—No quiero nada, gracias.

—¿Ni un poco de ponche? Te aseguro que está muy bueno. He visto a Crawford merodeando alrededor de la ponchera y creo que le ha dado su toque personal con esa botella de ron añejo que guarda en la mesa de su escritorio, ya me entiendes —le explicó, con un guiño de complicidad.

—No, de verdad. Además, estaba a punto de irme.

—¿Tan pronto?

—Ya son más de las siete.

—¿Y te vas a perder el espectáculo de los de contabilidad? Nunca lo he visto porque es la primera vez en varios años que estas fechas no me pillan en Londres, pero las malas lenguas me han contado que su famoso baile es digno de presenciar.

Zoe sonrió abiertamente al acordarse de otras fiestas anteriores. Y en esta ocasión su risa fue sincera. No sabía cómo, pero Dylan la animaba en los momentos más inesperados, a pesar de que ella intentara ocultar constantemente su verdadero estado de ánimo frente a todos. Poco a poco había ido descubriendo esa faceta suya, tan distinta a la que daba a entender cuando trataban asuntos meramente laborales.

—Tus fuentes no te engañan. Es vergonzosamente divertido; vergonzoso para ellos cuando vuelven al trabajo el día después de Navidad y se dan cuenta del ridículo que han hecho, y divertido para nosotros porque se lo estamos recordando durante los siguientes tres meses.

—Entonces merece la pena quedarse para verlo una vez más, ¿no crees?

—Yo ya los tengo muy vistos, así que prefiero irme.

—Entonces, te acompaño. Hoy no es día para que vuelvas sola a casa.

—No es necesario, pero gracias. Además, te perderías lo mejor.

—Prefiero irme ahora y conservar el respeto que aún les tengo. No hay más que discutir: te llevo a casa.

Zoe terminó por acceder.

—Está bien. Aguarda un minuto que recojo mis cosas y nos vamos, ¿te parece bien?

—Aquí te espero.

Andy lo escuchaba con atención, y la verdad es que estaba bastante sorprendido. Desde Acción de Gracias, había intentado por activa y por pasiva sonsacarle algo más aparte de lo que les había contado a Bonnie y a él casi por obligación, pero siempre se cerraba en banda. Cuando sacaba el asunto a colación, Josh eludía el tema de forma magistral y respondía de forma imprecisa, dando a entender que no había mucho más que decir. Aunque sí lo había, estaba totalmente convencido de eso, y ahora tenía la prueba definitiva. Era la primera vez que su amigo le hablaba de Zoe sin reservas, con el corazón en la mano. Y no solo le habló de su relación y de las causas de la ruptura, también puso voz a las dudas que lo atormentaban desde entonces y le reveló la confusión que experimentaba respecto a sus sentimientos.

Cuando terminó, Josh dio un trago largo a su cerveza y miró a su amigo, preguntándole con los ojos qué opinaba él de todo lo que acababa de confesarle. Andy se llevó las palmas a ambos lados de la cara y abrió la boca hasta tal punto que la mandíbula estuvo a punto de desencajarsele.

—¡Ay, Dios! ¡Esto sí que es grave!

—¿Grave? ¿Por qué dices eso?

—¿De verdad no sabes lo que te ocurre? Claro, como nunca te había

sucedido antes... —Andy le agarró de los antebrazos y apretó con afecto, compadeciéndole y alegrándose a partes iguales por él—. ¡Estás enamorado!

Josh fue a replicar, pero en el último momento se echó atrás. Giró la cabeza a un lado con la mirada perdida y una expresión mezcla de impotencia y desconcierto.

—¿Así se siente uno cuando está enamorado? —Andy hizo un gesto de afirmación—. ¡Pues es una mierda!

—No, amigo. Estar enamorado es algo maravilloso. Lo que te pasa es que acabas de descubrir que la has cagado pero bien, que por tu culpa todo se ha ido al traste y no sabes cómo solucionarlo. Eso sí es una mierda.

—Gracias por tus palabras de ánimo, «amigo» —respondió Josh ácidamente.

—¿Qué pretendes, que te dé palmaditas en la espalda y te diga «lo has hecho de puta madre, machote»? Te estaría engañando y tú te engañarías a ti mismo si lo creyeras.

—Tienes razón. —Josh se vino abajo—. No he podido hacerlo peor, pero es que todo esto me ha superado. Me sentía tan agobiado que no supe ver más allá de lo que mi relación con Zoe me estaba cambiando la vida.

—El amor nos cambia, aunque no queramos reconocerlo. Solo hay que saber adaptarse.

—Ya, pero me asusté porque veía que estaba perdiendo mi libertad. Ahora me doy cuenta de que he perdido algo más importante. —Afligido, movió la cabeza a ambos lados—. Me he comportado como un auténtico majadero. Bonnie estaba en lo cierto: soy imbécil.

—Ains, corazón, tú no tienes la exclusividad en ese sentido. Esto nos ha pasado a todos en algún momento de nuestras vidas. Pero ¿sabes una cosa? Tener a alguien a tu lado que te preste su hombro y te apoye incondicionalmente hace que el trago sea menos amargo. Te lo digo por experiencia.

Josh lo miró sin comprender.

—¿A qué te refieres?

—¡Venga ya, que precisamente tú me digas eso...! Está bien, te refrescaré la memoria. Hace muchos años un muchacho que tú y yo conocemos estaba confundido y agobiado por todo lo que sentía en su interior. Se creía diferente, un bicho raro, pero gracias a un tío cojonudo que en vez de rechazarlo o cuestionar su forma de ser lo acogió bajo su ala sin restricciones, ese chico tiró adelante y se convirtió en una persona segura de sí misma. Así es la amistad, algo también maravilloso como el amor e igual depreciado. —La voz de Andy se quebró cuando terminó de hablar.

—Joder, no te pongas sensiblero que soy yo el que necesito ayuda.

—Por eso mismo te lo he contado. Ahora me toca a mí devolverte el favor.

—¿Ah, sí? Pues como no me digas qué puedo hacer..., porque veo que esto no tiene solución.

—Todo tiene solución. Simplemente escucha a tu corazón y él te dirá cómo debes actuar. ¿Qué es lo que te pide el cuerpo?

Josh lo tenía muy claro.

—Ir a buscarla, decirle que me he comportado como un gilipollas y pedirle perdón.

—¿Ves? Tampoco es tan difícil. No lo pienses más: hazlo.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? Cuanto antes mejor.

—¿Pagas tú las consumiciones? —preguntó ansioso, levantándose con rapidez del asiento—. Zoe vive muy cerca de aquí y en cinco minutos podría estar en su casa.

—Vete ya...

No se lo pensó dos veces. Cogió la chaqueta del respaldo de la silla y se despidió de él. Andy lo siguió con la mirada, sonriendo de par en par, orgulloso como nunca de su amigo. Alzó el botellín de Delirium Tremens y formuló un brindis en su honor.

—Ese es mi chico.

—Gracias por traerme.

—No hay por qué darlas.

—¿Vas a volver a la fiesta? —preguntó Zoe mientras buscaba las llaves en su bolso.

—No, prefiero irme a casa y olvidarme de todo lo relacionado con el bufete hasta después de Navidad. O hasta mañana por la noche —rectificó—. Mi padre no desconecta del trabajo nunca.

Zoe no podía imaginarse cómo sería una reunión familiar con Adam Percy. Lo veía tan lejano, con esa superioridad innata de la que hacía gala cuando se paseaba por la oficina... Pero al fin y al cabo también era padre y, mejor o peor, la mayoría se comportaban de forma similar en el ámbito privado.

—¿Cenarás con tus padres?

—¡Qué remedio! Con ellos y con mi hermana Alexia, la oveja negra de la familia. —Como ella alzó una ceja a modo interrogante, Dylan procedió a explicarse—. Son mis padres los que opinan así porque estudió leyes pero lo abandonó todo para trabajar en una ONG. Yo la admiro por eso. Y tú, ¿también pasarás la Nochebuena en familia?

—Sí. —Zoe se llevó una mano a la frente—. Y esto me recuerda que aún

tengo que hacer la maleta.

—¿La maleta? ¿Te vas fuera de la ciudad?

—Mis padres viven en Pensilvania y el vuelo sale mañana a primera hora. Estaré allí hasta Año Nuevo. —Se inclinó hacia delante y al mirar a través del parabrisas contempló el cielo encapotado—. Creo que debo irme ya. Está empezando a nevar.

—Espera...

Zoe se quedó extrañada cuando Dylan se bajó del Maserati y fue hacia el maletero. Tras sacar un paraguas, volvió por el otro lado y le abrió la puerta.

—Tampoco está cayendo una tormenta de nieve... —dijo ella en tono socarrón, al tiempo que se apeaba del vehículo.

—Da igual. Mi madre me enseñó educación desde muy pequeño y yo siempre he seguido sus consejos.

—Pues hizo un buen trabajo. Felicítala de mi parte.

—Lo haré.

Ambos caminaron hasta el portal bajo la protección del paraguas. Zoe levantó la vista antes de salvar el último peldaño de la escalera y observó movimiento en una de las ventanas del primer piso. Como siempre, el señor Pattinson estaba tras las cortinas, espionando. Ya le había dado por imposible; por mucho que le dijera, a esas alturas de su vida no iba a cambiar, aunque en el fondo agradecía que alguien estuviera pendiente de ella cuando volvía a casa. Sabía que cuando llegara a su rellano, él saldría e intentaría sonsacarle de nuevo algo de ese hombre que de vez en cuando la acompañaba hasta la puerta del edificio. También volvería a preguntarle qué había pasado con el otro, «ese muchacho que le caía tan bien», según sus propias palabras, y ella tendría que recordarle que Josh era agua pasada. En fin...

Cuando se detuvieron bajo la marquesina, se giró hacia Dylan para despedirse de él.

—Buenas noches. Y feliz Navidad por anticipado.

Como no la contestó, se quedó mirándolo con detenimiento para ver si le ocurría algo. Dylan tenía los ojos clavados en ella, y parecía que estuviera debatiéndose entre dos opciones opuestas. Zoe no era tonta y reconoció lo que pasaba: estaba a punto de besarla.

Su primer impulso fue el de abrir la puerta rápidamente y perderse en el interior del portal antes de que Dylan llevara a cabo sus intenciones, pero un pensamiento peregrino le hizo quedarse donde estaba mientras planteaba la posibilidad de dejarse llevar y ver qué pasaba. «Un clavo saca otro clavo», recordó las palabras de Luke. Quizá su amigo estuviera en lo cierto. No lo sabría si no lo intentaba. Además, Dylan no la desagradaba en absoluto, al contrario. Así que se mantuvo expectante, aguardando su siguiente movimiento.

—Feliz Navidad —respondió él al fin, con voz profunda, antes de acercar una mano a su rostro y alzarle el mentón. Al ver que ella no lo rechazaba, comenzó a bajar lentamente la cabeza hasta que sus labios se unieron.

Dylan fue con mucho tacto esperando provocar una reacción en ella, que la hubo, pero no la que les hubiera gustado a ambos. Zoe participó en el beso y, para su pesar, no notó sentimiento alguno. Ni un deseo irracional ni mariposas en el estómago. Nada.

Cuando sus bocas se separaron, ella se disculpó con la mirada antes de hablar.

—Yo... lo siento. Creo que esto ha sido un error.

—A mí no me ha parecido ningún error.

Zoe decidió sincerarse.

—No sé lo que esperas de mí, pero ahora mismo no estoy preparada para una nueva relación sentimental, sea del tipo que sea.

Dylan estaba al tanto de su ruptura con Josh desde hacía unas semanas. Se lo contó un día, así a grandes rasgos, mientras trataban unos asuntos del caso Talbot, pero con la única intención de hacerle ver que ya no tendría por qué preocuparse en relación con el conflicto de intereses que podría haberse dado. Y en realidad se dio, pero solo a nivel personal.

—Tenía que intentarlo —dijo él, mostrando una sonrisa sesgada—. Solo quiero saber una cosa, si existe alguna posibilidad entre nosotros dos, aunque no sea a corto plazo.

—No lo sé —contestó con franqueza.

—No ha sido un «no» rotundo, así que con eso me basta. Buenas noches y feliz Navidad —repitió, dándole un beso en la mejilla antes de alejarse hacia su coche.

Zoe entró en el portal y suspiró. ¡Qué fácil habría sido todo si no siguiera sintiendo algo por Josh! Pero no era el caso, y hasta que no tuviera las ideas claras y sus sentimientos por él dejaran de ser una montaña rusa no podría seguir adelante.

No se sorprendió cuando llegó a la primera planta y se encontró a su casero esperándola en el descansillo. Estaba convencida de que había visto el beso con Dylan a través de su ventana y algo tendría que decir al respecto.

—Ya sé lo que va a decirme y no es necesario que se moleste —se adelantó ella—. Aunque me haya besado, no hay nada con ese hombre ni creo que lo haya en mucho tiempo. ¿Contento?

—Pero eso no era lo que yo... —el viejecillo intentó decirle algo, pero Zoe dio por concluido el tema.

—Buenas noches, señor Pattinson, y feliz Navidad.

—Esta juventud... —murmuró el hombre, meneando la cabeza con desaprobación, antes de entrar en su vivienda y cerrar la puerta con doble vuelta de cerradura.

Le bastaron solo unos cuantos segundos para entender que ya no había solución.

Al otro lado de la calle, Josh era testigo del beso entre Zoe y aquel tipo trajeado. Observaba la escena con los puños apretados en los costados y el rostro crispado. Ella había sido muy rápida en buscarle un sustituto. Aunque no podía reprochárselo...

Cuando llegó al edificio, decidió que lo mejor sería llamar directamente al telefonillo de su casa. Mientras esperaba a que ella contestara, el casero de la finca salió a recibirle. Si no lo conociera de otras ocasiones, de lo que le había contado Zoe y de lo que había visto él mismo, ese encuentro lo habría atribuido a una simple casualidad. El anciano lo saludó con mucha efusividad y le indicó que Zoe aún no había llegado, aunque dadas las horas que eran no tardaría mucho. Le ofreció subir a su piso mientras tanto, pero él denegó el ofrecimiento con una palmada de agradecimiento en el hombro. Prefería esperarla fuera, aunque hiciera frío. Además, así evitaría su interrogatorio.

Al verla bajar de aquel deportivo rojo con ese hombre, algo en su interior dio la voz de alarma. Poco después comprobó que no estaba equivocado. Había cometido un tremendo error al presentarse allí sin avisar, porque sin necesidad de hablar con ella sus esperanzas se habían esfumado de un plumazo. Ya era demasiado tarde, y todo por su culpa.

Ahora mismo se sentía perdido.

Mientras volvía a su coche, decidió llamar a Andy. Solo él podría

comprenderle en ese momento.

—¡Hola, machote! Hazme feliz y dime que los tortolitos han vuelto a juntar sus alas y sus piquitos.

—¿Estás en casa? ¿Puedo acercarme ahora?

—Sí, claro. ¿Qué ha pasado?

—Tío, lo he estropeado todo.

Ya en el todoterreno, que había dejado aparcado junto al pub donde quedó con Andy unas horas antes, puso el manos libres y le explicó a su amigo lo que acababa de presenciar. Hablaron por teléfono casi todo el trayecto, y cuando llegó a su apartamento Andy lo recibió con un fuerte abrazo. Después, le agarró de los hombros y lo miró a la cara. Al ver su estado de abatimiento, corrió raudo hacia el mueble bar.

—¿Qué haces? —preguntó Josh, extrañado por la reacción de su amigo.

—¿Qué se hace en estos casos? Emborracharnos hasta perder el sentido —contestó él, mostrándole una botella y dos vasos.

—Andy, eso es *whisky* y a ti no te gusta —acotó al verlo servir tres dedos del líquido ambarino en cada vaso.

—A ver, corazón, voy a explicártelo para que lo entiendas, que hoy estás muy espesito. Aunque es perfectamente comprensible, dadas las circunstancias. Por primera vez en su vida, mi mejor amigo está sufriendo mal de amores. Yo no podría volver a mirarme en el espejo si no me comportara como lo haría un verdadero colega. ¿Qué mierda de amigo sería si no estuviera a la altura de lo que se espera? Y en esto incluyo la bebida. Si hay que beber como un hombre... ¡se bebe y punto!

—Gracias, tío.

—No, gracias a ti por estar siempre ahí cuando esta loca te ha necesitado. Te

lo dije antes y lo repito: ya es hora de que te devuelva parte de todo lo que has hecho por mí. Eso sí —agregó, señalando el *whisky*—: si luego estoy muy perjudicado, no te aproveches de mí. Eso es algo de lo que me gustaría acordarme.

—Serás bobo... —dijo Josh, bebiéndose de un solo trago su bebida y pidiéndole más.

## Capítulo 21

Pasadas las fiestas navideñas, Zoe volvió al trabajo con energías renovadas y las ideas claras. Había disfrutado de la compañía de sus padres, que siempre le transmitían paz y seguridad, pero también había tenido tiempo para pensar largo y tendido en lo sucedido con Dylan antes de irse. Solo fue un beso, pero no respondió como él habría esperado, así que tenía miedo de haberlo molestado con su actitud poco receptiva y que eso influyera en el trabajo, derivando en una situación incómoda para ambos. Por ese motivo, lo primero que hizo cuando llegó al bufete fue ir en su busca para hablar con él. Quería que todo quedara bien claro entre ellos, sin asperezas ni malentendidos de por medio.

La recepcionista le informó que Dylan había llegado hacía más de una hora, así que fue directa a su despacho. Golpeó con los nudillos la puerta entreabierta y aguardó a que él le diera permiso para entrar.

—Adelante.

—Feliz Año Nuevo —dijo ella, acercándose a la mesa.

—Feliz Año Nuevo —repitió él, invitándola con un gesto a sentarse—. ¿Qué tal las vacaciones?

—Tranquilas, aunque los últimos días ya con ganas de retomar el trabajo.

—Eso está bien. De hecho...

—Perdona que te interrumpa, pero antes de nada me gustaría tratar contigo un asunto al que le he estado dando vueltas sin cesar desde que me marché a Pensilvania. Creo que es importante.

—Tú me dirás. —Dylan cerró el portátil y apoyó los antebrazos en el

escritorio, prestándole toda su atención.

—Es referente a lo que ocurrió en la puerta de mi edificio el día de la fiesta del bufete. —Se notaba que estaba nerviosa porque empezó a frotarse las manos de forma inconsciente—. Espero que aquello no afecte al trabajo que realizamos juntos y... —No sabía cómo continuar, se había quedado en blanco.

—¿Por quién me has tomado? —contestó él, con la sorpresa pintada en su rostro—. Lo profesional no tiene nada que ver con lo personal, al menos yo lo veo así. Me parece increíble incluso que lo pienses. —Apreció que tratar ese tema la incomodaba, así que decidió darlo por concluido—. ¿Eso es todo lo que me tenías que decir?

—Sí.

—Entonces, centrémonos en el trabajo. Tenemos novedades en el caso Talbot. Como sabrás, los abogados de la parte contraria han estado removiendo cielo y tierra para legalizar la situación de las obras tras la denuncia. Al parecer, se han realizado modificaciones en el proyecto en un tiempo récord y han pagado la multa correspondiente, por lo que la administración competente ha procedido a levantar la paralización hace unos días. De hecho, los trabajos de construcción ya se han reanudado. Todos sabíamos que era algo temporal, así que no nos pilla por sorpresa.

—Podríamos presentar más alegaciones —repuso ella.

—Lo sé, pero no vamos a hacer nada por ahora. Arthur Talbot me ha llamado hace un rato para decirme que está pensando abandonar el litigio contra su esposa.

—¿Cómo?

—Sí, a mí también me ha extrañado, pero no he querido entrar en detalles.

—¿No te ha dado ninguna razón?

—Por ahora no, aunque sí me ha dicho que antes de tomar una decisión definitiva quiere hablar con su mujer para negociar definitivamente los términos del divorcio. Le he aconsejado realizar esa reunión en presencia de sus abogados y al final ha accedido, pero con la condición de que todo se resuelva cuanto antes. Ella está ahora mismo en San Francisco para controlar la ejecución de las obras del hotel, así que mañana viajamos allí.

—¿Viajamos? ¿Yo también?

—Tú también.

—Pero ¿qué pinto yo allí?

—Me ha pedido expresamente que fueras. ¿Te supone eso algún problema?

—preguntó Dylan con intención.

—No, ninguno. —Zoe intentó transmitir seguridad a sus palabras para que sonara convincente.

Aunque todo era pura fachada.

Si era cierto que las obras se habían reanudado, Josh estaría allí. E ignoraba cuál sería su reacción si se lo encontraba cara a cara. No había sabido de él desde el día que lo dejaron, incluso le había hecho llegar sus cosas a través de un mensajero sin dar la cara, y con esa actitud había demostrado el poco aprecio que pudiera haberle tenido alguna vez. Estaba muy dolida y decepcionada, si de ella dependiera no haría ese viaje para evitar cruzarse con él. Pero eso no podía decírselo a Dylan, así que aparentó una indiferencia que realmente no sentía.

—Perfecto. Mi secretaria ya ha sacado los billetes y ha reservado habitaciones en el mismo hotel donde tendrá lugar la reunión. Habla con ella para que te facilite toda la documentación, y después pásate de nuevo por aquí. Tenemos un largo día por delante para preparar las posibles opciones de nuestro cliente y redactar diferentes acuerdos.

Zoe abandonó el despacho desconcertada. ¿Y quién la prepararía a ella para

afrontar un posible encuentro con Josh? No, para eso aún no estaba preparada.

Se quedaron hasta muy tarde ultimando la documentación que podrían necesitar al día siguiente, así que Zoe llegó a casa de madrugada. Solo unas horas después, tomaron el primer vuelo a San Francisco y ella, agotada por la falta de sueño, estuvo durmiendo la mayor parte del trayecto. Despertó poco antes de que el avión aterrizara; al darse cuenta de que era casi mediodía, se disculpó con Dylan por haber sucumbido al cansancio, pero él le confesó que, al igual que ella, también había caído en brazos de Morfeo.

A la salida del aeropuerto les esperaba un coche con conductor que los llevaría hasta el hotel de Sausalito donde se hospedarían. Zoe nunca había estado en la costa oeste, así que a través de la ventanilla fue observando con atención todo lo que encontraba a su paso. Cuando estaban llegando a la bahía de San Francisco, se quedó extasiada al divisar el Golden Gate, una gran obra de la ingeniería que unía la península con el sur de Marín. Era más impresionante de lo que parecía en fotos o en la televisión. Mientras lo atravesaban, distinguió a su derecha la isla de Alcatraz, y ya no pudo apartar la vista de esa imagen hasta que se internaron en tierra firme.

—Nunca has estado aquí, ¿verdad? —preguntó Dylan, que se había percatado del interés que suscitaba el paisaje en ella.

—No, nunca.

—Se nota. A mí me pasó lo mismo la primera vez que vine. Desde que dejamos el aeropuerto has estado completamente abstraída en tu mundo.

—Yo... lo siento si no te he dado mucha conversación —dijo ella, avergonzada.

—No pasa nada. Prefiero que disfrutes ahora y te relajes porque nos espera

un día movidito. Los abogados de Harriet Talbot también estarán en la reunión, así que puede ocurrir cualquier cosa.

Unos minutos después llegaron a The Inn Above Tide. Solo con echar un leve vistazo a la entrada, Zoe intuyó que aquel hotel sería muy costoso. El lujo se apreciaba en cada pequeño detalle, y ella agradeció que todos los gastos del viaje corrieran a cargo del bufete. De no haber sido así, jamás podría haberse permitido un alojamiento de esas características.

Mientras esperaban en recepción para registrarse, Zoe vio aparecer a su cliente, que en ese momento salía del comedor. Hizo una breve señal a Dylan para advertirle y ambos fueron al encuentro del anciano con la intención de saludarlo. Él los recibió con una sonrisa franca y un caluroso apretón de manos.

—Buenos días, muchachos. Espero que hayáis tenido un vuelo agradable. Ahora me disponía a dar un paseo en coche por los alrededores hasta la hora de la reunión. Estaría encantado si me acompañarais.

—Lo haría con mucho gusto, Arthur, pero aún debo ultimar algunos detalles y realizar unas cuantas llamadas. De cualquier modo —agregó, volviéndose hacia Zoe—, no es necesario que te quedes tú, puedo apañarme solo. ¿Te importaría? Yo me encargo del registro de las habitaciones.

—Será un placer —respondió ella, dirigiéndose al cliente.

—Entonces, no perdamos más tiempo.

Arthur Talbot le ofreció su brazo y Zoe aceptó encantada. Adecuó su ritmo al de él, que caminaba apoyado en su sempiterno paraguas, y lo notó tembloroso e inseguro. Le costaba andar, pero ella intuyó que había algo más. Cuando la limusina se puso en marcha, el hombre cerró los ojos y suspiró. Fue entonces cuando Zoe se fijó mejor en él: estaba más avejentado que la última vez que lo vio y parecía bastante alicaído.

—¿Se encuentra bien? ¿No sería mejor que dejáramos el paseo para otro

momento?

—No, querida. Lo que tengo que hacer no admite demora.

El conductor había recibido órdenes con antelación porque no preguntó cuál sería el destino y condujo de forma desenvuelta hasta que salieron de Sausalito. Tomó una carretera comarcal que a cada kilómetro recorrido se hacía más serpenteante y poco a poco se vieron rodeados por la espesura de un bosque formidable de secuoyas. La luz se filtraba tenuemente entre las ramas de aquellos árboles gigantes, y no pudieron apreciar de nuevo el cielo azul de esa despejada mañana invernal hasta que no llegaron a Muir Beach. Atravesaron el pequeño pueblo costero y siguieron por una pequeña carretera que bordeaba el pacífico. Zoe constató que sus temores no eran infundados cuando, al final del trayecto, abandonaron la calzada por un desvío provisional sin asfaltar que terminaba en un claro, donde se apreciaba mucho movimiento. Desde que entraron en Muir Beach ya había imaginado dónde irían, pero no protestó por deferencia al señor Talbot, que desconocía la historia que se ocultaba tras su propia historia. Sin embargo, la molesta sensación de lo que pudiera encontrarse en los próximos minutos no le permitió disfrutar de las espectaculares vistas del océano.

Cuando la limusina se detuvo frente a la entrada de la obra, el anciano bajó el cristal de la ventanilla y se asomó. Tenía la mirada perdida; parecía que no quería apearse del coche, solo permanecer un rato allí, sumido en sus propios pensamientos. Esa era la esperanza que tenía Zoe hasta que Arthur Talbot salió de su ensimismamiento y se volvió hacia ella.

—¿Damos un paseo?

El chófer les abrió la puerta, primero a ella y después a él. Ambos se quedaron de pie junto a la limusina, Zoe a la espera de las intenciones del cliente y este observando con intensidad a su alrededor. El perímetro de la obra estaba vallado, así que no se podía ver nada del interior, pero ella estaba convencida de

que Josh no andaría lejos. Ese pensamiento le encogió el estómago, intensificando su desazón.

Arthur Talbot tomó la iniciativa y le propuso caminar hasta el borde del acantilado. Las olas rompían con fiereza en la base del risco, a más de veinte metros bajo sus pies, disgregándose en pequeñas partículas que salpicaban sus rostros gracias a la acción del viento de poniente. Aquel paisaje, con el comienzo del parque nacional Muir Woods a sus espaldas, constituía una maravilla a ojos de cualquiera, pero Zoe no dejaba de mirar a izquierda y derecha, esperando y temiendo a partes iguales que Josh apareciera.

—Aquí le pedí matrimonio a mi Harriet —oyó decir al anciano con voz rota. Centró su atención en él, ya que intuía que estaba a punto de sincerarse con ella. Tras una pausa larga, Arthur Talbot continuó hablando—. Aquel fue el mejor verano de mi vida. La conocí en una pequeña fiesta que organizaban unos amigos de sus padres y a la que yo fui invitado a través del hijo de los anfitriones, que había estudiado conmigo en Oxford. Por aquella época éramos muy jóvenes; ella acababa de cumplir los dieciocho y estaba pasando sus vacaciones estivales en Sausalito, yo estaba de viaje de placer después de haber concluido mis estudios universitarios, pero la chispa surgió en cuanto cruzamos nuestras miradas. Desde ese instante ya no pude separarme de Harriet. Decidí ampliar mi estancia en California hasta que tuviera que regresar a Inglaterra para hacerme cargo de los negocios de mi padre, y durante ese tiempo recorrimos la costa infinidad de veces, buscando rincones íntimos donde dar rienda suelta a nuestro amor. —A pesar de su edad, el hombre no parecía azorado al hablar de esos temas, pero la emoción impregnaba su voz—. Descubrimos este lugar poco antes de mi marcha y, al igual que nos enamoramos mutuamente, también nos enamoramos de este pequeño trozo de paraíso nada más verlo. Cuando eres joven sientes que puedes comerte el mundo, estás lleno de aspiraciones e ideales y, como no podía ser de otro modo, a lo largo de aquel verano forjamos muchos proyectos de un futuro en común. El último día antes de volver a Europa, justo

después de que aceptara ser mi esposa, le prometí que convertiríamos este trozo de tierra en nuestro hogar hasta el ocaso de nuestras vidas.

—¿Y qué ocurrió? —se atrevió a preguntar Zoe, al apreciar que él se quedaba en silencio.

—Unos meses después regresé a Estados Unidos y nos casamos, pero nunca pude convertir aquel sueño en realidad. El trabajo me tenía absorbido; lo fuimos dejando —o, mejor dicho, lo fui dejando— para otro momento en el que tuviera más tiempo y al final no llegué a materializar mi promesa. Hice infeliz a Harriet, y es ahora cuando mis actos me están pasando factura.

—¿A qué se refiere? —Ella desconocía esa parte de la historia.

—Durante los cincuenta años que ha durado nuestro matrimonio hemos vivido a caballo entre Londres, Washington y Mississippi. Harriet odia el clima y las costumbres inglesas y nunca le gustó el bullicio de la capital, así que estos últimos años ha pasado largas temporadas en Mississippi, su tierra natal, porque es el único sitio donde siempre se ha sentido a gusto. No lo supe ver, pero poco a poco fue alejándose de mí. Me centré en el trabajo para ofrecerle todo lo que se merecía y al final no le ofrecí lo fundamental: cariño y atención. Mi reloj vital se está agotando, y es ahora cuando me doy cuenta de que lo más importante en mi vida es ella. Ojalá pudiera dar marcha atrás y rectificar, pero ya es demasiado tarde.

—No se puede dar marcha atrás, pero sí rectificar —afirmó Zoe con convencimiento—. ¿Y ella sabe lo que siente?

—No. Cuando Harriet me planteó el divorcio, me quedé en *shock*. No me lo esperaba. Le pregunté el motivo de su decisión, si había hecho algo que la había incomodado, y ella me dijo que lo nuestro llevaba muerto mucho tiempo. Me confesó que se sentía como una amante y no como una esposa, escatimando migajas de mi tiempo, porque en realidad yo estaba casado con el trabajo. Y tenía razón.

—Arthur, si me permite un consejo —Zoe lo tomó de las manos y le habló con el corazón, no como abogada sino como mujer—, yo creo que su esposa y usted tienen una conversación pendiente, y no precisamente sobre el reparto de bienes. Hable con ella, dígale todo lo que me acaba de contar a mí, pídale perdón y pase todo el tiempo que pueda con ella. Si es como me imagino, le dará otra oportunidad. Una historia como la suya, que ha durado más de cincuenta años, no puede acabar así. Al menos, inténtelo.

—En realidad, he organizado este encuentro con ella para darle todo lo que quiere. Me he cansado de luchar en algo que no comparto. ¿Cree que ella me escucharía?

—¿Por qué no? ¿Acaso no ha aceptado reunirse con usted? Tanto los abogados de su esposa como nosotros estamos aquí de más, no deberíamos interferir en lo que ambos tengan que decirse. —Si Dylan la oyera ahora mismo se llevaría las manos a la cabeza, pero ella estaba convencida de que era lo mejor que podía hacer su cliente—. Si no llegan a un entendimiento, ya habrá tiempo de que actuemos nosotros, pero no creo que lleguemos a ese extremo. Estoy segura de que su mujer ha decidido construir ese hotel para darle un último toque de atención y hacerle reaccionar. Y, por lo que veo, lo ha conseguido. Tómese esto como intuición femenina. Hágame caso y hable con ella —le repitió, animándolo a arriesgarse.

Zoe supo el momento exacto en el que Arthur Talbot se decidió porque se irguió apoyándose en el paraguas, logrando que su cuerpo pareciera menos encorvado, y sus ojos cobraron vida.

—Vamos, querida, regresemos al hotel.

—Así me gusta, Arthur —respondió ella, agarrándolo del codo.

El anciano parecía haberse revitalizado con esa conversación porque sus pasos eran más firmes y caminaba con una premura que Zoe jamás había visto

en él. Cuando volvían al coche advirtieron que el conductor estaba discutiendo acaloradamente con dos personas provistas de casco y chaleco reflectante, pero al estar de espaldas no les vieron llegar.

—No se puede estacionar aquí. La limusina está interfiriendo en la entrada y salida de maquinaria. Además, esto es propiedad privada —dijo uno de ellos, el más bajo y rechoncho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arthur Talbot—. ¿Hay algún problema?

—Al menos, retiren el coche y... —agregó el otro hombre en un tono más calmado. Se dio la vuelta al escuchar al anciano, pero la última frase que iba a decir murió en su garganta antes de ser pronunciada. En cambio, solo pudo articular—: ¡Zoe!

—Josh...

Ella se quedó de piedra. Lo había reconocido sin necesidad de verlo, su voz era inconfundible, pero a pesar de haberse preparado para ello, la impresión de encontrarse de nuevo cara a cara con él le causó un aturdimiento momentáneo. Se miraron fijamente durante largos segundos sin decir nada, parecía que el tiempo se había detenido a su alrededor, hasta que un tercero rompió con sus palabras la conexión no verbal que habían creado entre ellos.

—Perdonen las molestias que les hayamos podido ocasionar. Ahora mismo nos ponemos en marcha. —Volviéndose hacia Zoe, añadió—: ¿Nos vamos, señorita Williams?

—Sí, por supuesto —reaccionó, yendo hacia la parte trasera de la limusina, donde el conductor aguardaba con la puerta abierta. El chófer había ocupado su puesto en cuanto ella y Arthur Talbot hicieron acto de presencia.

—Espera, Zoe...

—Ahora no puedo, Josh. Lo siento —contestó ella, con medio cuerpo ya dentro del vehículo—. Adiós.

Aunque Arthur Talbot iba pendiente de la hora, como buen inglés, no se le pasó por alto la reacción de Zoe antes de montarse en el coche y el mutismo que se apoderó de ella después, mientras volvían al hotel. El rictus tenso que mostraba indicaba que en su interior se estaba librando una batalla de pensamientos contradictorios, y él no era tan estúpido como para no haberse dado cuenta del origen de su estado meditabundo.

—Querida, ¿se encuentra bien?

Zoe parpadeó varias veces, recuperando la noción de la realidad.

—Lo siento, señor Talbot, no le he escuchado. ¿Qué me decía?

—De acuerdo —profirió el anciano, acomodándose en el asiento para quedar frente a ella—. Es indudable que algo le sucede, y vista su conducta me inclino a afirmar que está relacionado con ese hombre de la obra, al que ya conocía de antes porque le ha llamado por su nombre. No pretendo ser entrometido, pero quiero que sepa que puede hablar conmigo de lo que sea con total confianza. Si me lo permite, me gustaría devolverle el favor que usted me ha hecho a mí hace unos minutos, escuchándome y aconsejándome como una amiga. Considéreme su amigo. Tu amigo —repitió, tuteándola para infundirle confianza.

En realidad, no le apetecía lo más mínimo contarle su historia con Josh y volver a revivirlo todo; además, que el cliente supiera de su relación con un empleado de su esposa, aunque ya hubiera terminado, podría perjudicarla. Dylan se lo había advertido, pero no pudo evitar darle una explicación.

—Evidentemente soy más transparente de lo que me gustaría aparentar —reflexionó en voz alta—. Antes de empezar, quiero dejar claro algo muy importante: aunque resulte difícil de creer, esta coincidencia no ha sido intencionada por ninguna de las partes, solo producto de la casualidad. Una

lamentable casualidad.

—No te entiendo...

—El hombre que menciona es el arquitecto que ha contratado su mujer para construir el hotel y... fue mi pareja hasta hace poco. Para mí supuso una gran conmoción enterarme poco antes de nuestra ruptura del nexo que nos unía con su caso.

Al contrario de lo que esperaba, Arthur Talbot no se escandalizó. Es más, hizo un comentario que la desconcertó, la misma pregunta que ella se había hecho muchas veces en ese último mes, aunque aún no conocía la respuesta.

—Es increíble lo que a veces nos deparan los hados —meneó la cabeza con resignación—. Pero muchacha, no me digas que esa fue la causa de que rompierais.

—Sí y no. —Como vio que la miraba extrañado, se explicó mejor—. En realidad, nuestra relación arrastraba otros problemas de base, aunque ese fue el detonante.

—Vaya si lo siento... —dijo con sinceridad.

—No tiene por qué sentir nada. Eso ya es agua pasada.

—¿En serio? —El anciano levantó una ceja, incrédulo—. Por lo poco que he visto, a mí no me parece que ninguno de los dos hayáis pasado página. Vuestras miradas lo decían todo.

Arthur Talbot tenía parte de razón. Cierto es que ella aún no lo había olvidado y verlo, aunque no hubiera sido más que un instante, había avivado ese sentimiento que estaba intentando enterrar en lo más profundo de su corazón. Pero en lo que se refería a Josh... estaba convencida de que la expresión de su cara había sido solo fruto de la sorpresa de encontrársela allí. Nada más.

Zoe aprovechó que habían llegado a Sausalito para cambiar de tema. No

quería seguir dándole vueltas a algo que ya era parte del pasado, ni tampoco quería crearse falsas esperanzas. Con eso solo conseguiría hacerse más daño, y ya estaba sufriendo bastante.

—Será mejor que nos centremos en usted, eso es lo primordial. ¿Preparado? —preguntó ella cuando la limusina se detuvo frente al hotel.

—Te mentiría si dijera que lo estoy, pero al menos voy decidido a intentarlo. Ahora todo depende de Harriet. —Antes de apearse del vehículo, tomó a Zoe de la mano y le indicó que esperara—. Muchacha, si este pobre viejo puede hacer algo por ti...

—Se lo agradezco, aunque en este caso no hay nada que hacer. ¿Bajamos?

Cuando Zoe y Arthur Talbot entraron en el salón reservado para la reunión, Dylan y los dos abogados de la parte contraria ya estaban acomodados en sus asientos con una gran cantidad de documentación apilada sobre la mesa, el primero en un extremo y los otros en la parte más alejada, guardando las distancias. Harriet Talbot no había hecho acto de presencia, pero todavía restaban unos minutos para la hora acordada de comienzo.

Tras las consabidas presentaciones de rigor, Arthur Talbot llamó a un aparte a Dylan para contarle el cambio de planes. Este no se quedó convencido con la estrategia, no le parecía bien que los clientes se reunieran en privado sin la presencia de sus respectivos abogados, pero acató los deseos del anciano. Al fin y al cabo, él era quien pagaba las facturas.

La señora Talbot apareció puntual a las tres de la tarde. Zoe solo la había visto en fotos y en ellas ya se vislumbraba su porte y elegancia, pero aun así le causó una gran impresión. A pesar de su avanzada edad se conservaba muy bien, y nadie habría podido poner en duda sus raíces sureñas de modales impecables.

Saludó a todos con exquisita educación y palabras corteses, mostrando permanentemente una expresión serena adornada por una leve sonrisa. Cuando llegó el turno de saludar a su esposo pareció vacilar, aunque enseguida volvió a adoptar su talante anterior.

—Arthur, me alegro de verte —dijo ella, con una inclinación de cabeza.

El aludido tardó varios segundos en reaccionar. Se notaba que aún seguía enamorado porque la expresión de su rostro ajado se dulcificó y sus ojos, que hasta ese momento se veían tristes y apagados, se iluminaron al contemplarla mientras le tomaba la mano para llevársela a los labios.

—Querida, yo sí que me alegro de verte.

—¿Empezamos? —Los abogados de la parte contraria parecían impacientes, como si quisieran que la reunión acabara cuanto antes para largarse y cobrar la minuta, pero Arthur Talbot cortó de raíz sus intenciones.

—Caballeros, señorita Williams, les agradezco profundamente que se hayan desplazado hasta aquí, pero si mi aún esposa no se opone, antes de tomar ninguna decisión me gustaría conversar con ella en privado.

—Pero... —protestó uno de los abogados de la señora Talbot.

—Estoy de acuerdo con mi marido —le cortó su clienta con firmeza, aunque sin elevar el tono de voz.

—Entonces no hay más que hablar. Si nos disculpan... —agregó terminante Arthur Talbot, indicándoles así que la decisión de ambos era irrevocable.

Todos los presentes excepto el matrimonio abandonaron la estancia y la puerta se cerró a sus espaldas. Los abogados de Harriet Talbot se pusieron a cuchichear entre ellos, apartándose a un rincón lejos de oídos ajenos, nerviosos por lo que podría suceder en esa sala en los próximos minutos. Mientras tanto, Dylan se volvió hacia Zoe con el ceño fruncido.

—¿Me puedes contar qué ha ocurrido cuando estabais fuera para que nuestro cliente haya cambiado de parecer?

Zoe se lo explicó a grandes rasgos, pero no omitió el «pequeño» detalle de que ella había tenido parte de culpa al darle el último empujoncito para que se decidiera. Resolvió que iría con la verdad por delante aunque fuera en su propio detrimento, porque estaba segura de que se llevaría una fuerte reprimenda. Aun así, se sentía orgullosa de sí misma por haber hecho lo que hizo.

No se equivocaba. Dylan no quedó muy contento con su forma de actuar y así se lo hizo saber, pero tampoco echó más leña al fuego hasta ver el resultado de aquella reunión.

Como Zoe salió con Arthur Talbot nada más llegar al hotel y estuvieron fuera varias horas no había tenido tiempo para comer, y su estómago eligió ese preciso momento para protestar. No podía ausentarse mientras no se hubiera solucionado todo, así que intentó olvidarse del hambre, pensar en otra cosa con el fin de engañar a su cerebro para que dejara de enviar señales sonoras. Aunque no sirvió de nada.

—No has probado bocado desde esta mañana, ¿verdad? —preguntó Dylan cuando el ruido comenzó a ser demasiado evidente.

—No —respondió ella, avergonzada por el recital que estaba dando.

—Anda, vete a comer algo antes de que te dé un bajón o, peor aún, antes de que esos dos te oigan.

—No, no... No pienso moverme de aquí hasta que sepamos qué ha ocurrido ahí dentro.

—Pero tampoco puedes estar con el estómago vacío. Mira, ya habrán cerrado el comedor, pero podemos pedir que preparen un sándwich para ti y un café para mí. Y es una orden —añadió, al ver que ella iba a discutir su propuesta—. No es muy profesional que demos una imagen así frente a nuestros clientes.

Mientras aguardaban sentados en la antesala de la habitación donde tenía lugar la reunión, Zoe se tomó el emparedado que le trajeron. Tras aplacar su apetito, se unió a Dylan en los cafés. Los otros abogados también seguían allí, pero no se relacionaron con ellos más de lo imprescindible y continuaron con sus cuchicheos.

La espera se les estaba haciendo eterna; el matrimonio llevaba un buen rato encerrado y cada uno de los abogados hacía sus propias cábalas de lo que pudiera estar sucediendo entre esas cuatro paredes. Al fin, después de más de hora y media, la puerta se abrió. Todos se pusieron de pie, mostrando una genuina cara de sorpresa cuando vieron salir a Arthur y Harriet Talbot cogidos de la mano. Todos, excepto Zoe. Ella, simplemente, sonrió con aprobación.

—Señores, su presencia aquí ya no es necesaria —apuntó la mujer a sus abogados—. Mi esposo y yo hemos llegado a un entendimiento y no vamos a divorciarnos. Se lo explicaré todo enseguida. —Antes de que alguno de ellos dijera nada, levantó una mano y se volvió hacia su marido—. Arthur, ¿me disculpas un momento? No tardaré.

—No te preocupes, mi amor. Haz lo que tengas que hacer. Yo también debo hablar con mis abogados. Eso sí —añadió, acercándose a su oído para que solo ella le escuchara—, deshazte de ellos cuanto antes.

—Arthur —preguntó Dylan cuando el anciano se acercó a ellos—, ¿está seguro de que todo se ha solucionado?

—Sí, muchacho. Tal y como alguien me aconsejó muy acertadamente —afirmó, mirando a Zoe con afecto—, no hay nada como ser sincero y hablar con el corazón. Dylan, me halaga que os hayáis desplazado tan lejos para representarme, aunque no puedo decir que lamente que no hayáis tenido oportunidad de cerrar el caso por vuestra cuenta. De cualquier modo, estoy muy satisfecho con vuestro trabajo y he decidido incluir en el cheque de vuestros honorarios un plus muy jugoso por los servicios prestados. Siempre supe que

poner mi confianza en el bufete Percy&Bones sería un acierto. Me habéis tratado como a una persona, no como a una máquina de hacer dinero, acatando mis deseos aunque fueran en contra de vuestra forma de proceder habitual, y por eso os estaré eternamente agradecido, en especial a esta encantadora mujer.

Arthur Talbot se despidió de Dylan con un firme y prolongado apretón de manos. En cuanto a Zoe, hizo algo que la dejó descolocada, algo que jamás habría esperado de él: la agarró de los codos y, acercándola a su cuerpo, le estampó un dulce beso en la mejilla. Acto seguido le susurró al oído:

—Muchacha, aprovecha las oportunidades que te da la vida. Ya sabes a qué me refiero.

Zoe se quedó pensativa, analizando las palabras del anciano, y no fue hasta al cabo de un rato cuando se dio cuenta de que Dylan y ella se habían quedado solos. Él estaba hablando por teléfono, así que esperó a que terminara, impaciente por saber cómo se había tomado aquel giro tan inesperado. En cuanto colgó la llamada, se volvió hacia ella.

—No sé con exactitud lo que has hecho, pero no puedo dejar de felicitarte. Un cliente satisfecho siempre es un triunfo. Ten presente que esto se conocerá en el bufete, yo me encargaré personalmente de ello. Por lo pronto, ya he avisado a las altas esferas de que el caso Talbot está cerrado.

—Gracias, pero solo he intentado aconsejar al cliente lo mejor posible.

—Bueno, nuestro trabajo aquí ya ha terminado —comentó él mientras caminaban hacia el vestíbulo del hotel—. Yo tengo que regresar hoy mismo a Nueva York, me acaban de decir que mañana a primera hora han convocado una reunión para que les informe de los pormenores de este caso. No es necesario que vuelvas conmigo, puedes aprovechar que la estancia de esta noche ya está pagada y salir a celebrarlo. Tú decides. ¿Qué prefieres?

Zoe lo pensó unos segundos. Cuando estaba a punto de tomar una decisión,

notó que una mano se posaba sobre su hombro y se dio la vuelta, pensando que sería algún empleado del hotel.

—Disculpad que os interrumpa —Josh se dirigió a Dylan en tono neutro, para después centrar su atención en ella—. Zoe, me gustaría hablar contigo un momento, si ahora ya dispones de tiempo.

## Capítulo 22

Zoe no se esperaba verlo allí. ¿De qué querría hablar con ella cuando había tenido más de un mes para hacerlo? Debía reconocer que sentía curiosidad, aunque también algo de miedo. Aún no controlaba sus impulsos en lo concerniente a su antigua relación y temía derrumbarse frente a él. Precisamente frente a él, porque a pesar de todo seguía amándolo.

Lo observó fijamente, olvidando que él estaba esperando una respuesta. Llevaba el pelo más largo que de costumbre, y una barba de varios días endurecía su rostro, aunque también hacía más intenso el azul de su mirada. Le notaba desmejorado y su expresión era taciturna, carente del entusiasmo que irradiaba siempre, en cualquier situación. Parecía rendido, aunque no entendía la razón, y sus ojos le suplicaban en silencio que aceptara hablar con él. En realidad, no tenía nada que perder, ya estaba todo perdido, así que decidió darle el gusto. Solo debía controlarse y ser fuerte para no terminar desmoronándose después.

—Dylan, ¿te importa? ¿Nos das un minuto? —Tenía que preguntárselo. Al fin y al cabo se trataba de su compañero, estaban allí por cuestiones de trabajo y aquello era algo personal—. No creo que tardemos mucho.

—Tómate tu tiempo —contestó él—. Hay un vuelo a Nueva York a las ocho. Si decides volver hoy, yo estaré en el aeropuerto hasta esa hora.

Sin que los hubieran presentado, Dylan ya sabía quién era ese hombre. Lo había identificado por las fotos del informe del detective contratado para el caso. Era el arquitecto de la señora Talbot, el antiguo novio de Zoe. Sabía reconocer cuándo debía hacerse a un lado, y por la reacción de ella al verlo entendió que

cualquier posibilidad que pudiera haber tenido se alejaba a pasos agigantados. Zoe aún sentía algo por él.

Josh los observaba a ambos, expectante. Estaba deseando que ese tío se largara para quedarse a solas con Zoe. Desde que se la encontró en la obra no había podido concentrarse en nada, y al final tomó la decisión de aprovechar que ella estaba por la zona para buscarla. Solo tuvo que hacer una llamada a su clienta para enterarse de dónde podría localizarla, y después se desplazó hasta el hotel. Aquella era una oportunidad única para pedirle perdón. Ya no había vuelta atrás, máxime al verla junto a ese hombre, al que reconoció como el tipo que la besó en la entrada de su edificio varias semanas atrás, pero al menos le debía eso. Después de que hablaran, ella se marcharía a Nueva York y él intentaría seguir adelante.

Tras unos minutos que a Josh se le hicieron eternos, en los que Zoe y Dylan intercambiaron unas palabras referentes al trabajo, al fin se quedaron solos. Ella fue directa al grano.

—Y bien, ¿de qué querías hablarme?

—Preferiría un sitio menos concurrido —Josh miró a un lado y al otro del vestíbulo, haciendo alusión al constante ir y venir de huéspedes—. ¿Vamos fuera?

—Como quieras.

Zoe caminó hacia la salida en compañía de Josh. Cuando llegaron fuera, se cruzó de brazos y dio dos pasos atrás. A pesar de que el clima en la costa era suave incluso en invierno, la temperatura había bajado mucho desde esa mañana, por lo que tuvo que echar mano al abrigo. Con todo lo ocurrido, no había tenido ocasión de subir a su habitación, así que todavía lo llevaba encima. Se lo abotonó hasta la mitad y empezó a andar, pero Josh se colocó frente a ella, impidiéndole continuar. Zoe notó un cosquilleo recorrerle la espina dorsal al tenerlo tan próximo a su cuerpo; sintió el impulso de alejarse cuando las manos

de Josh se posaron en su abrigo, hasta que se percató de que solo le estaba cerrando los últimos botones del cuello.

—La brisa marina es engañosa —fue la justificación que le dio, antes de apartarse otra vez a un lado.

Estuvo solo un instante a escasos centímetros de ella, pero fue suficiente para que le llegara el inconfundible aroma de su perfume, haciéndole recordar los incontables momentos que había podido disfrutar, pegado a ella, del olor de su piel mezclado con aquella suave fragancia. Estaba preciosa; siempre lo había sido, pero ahora era más consciente que nunca de la delicadeza de sus facciones, la belleza azul de sus ojos almendrados... y ese aire de dulzura que lo había encandilado. Aunque sabía que el rasgo más destacado de Zoe estaba en su interior, en su fortaleza y en los ideales que guiaban su vida. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora de lo que había dejado escapar?

«Si empiezo a comportarme así, malo», pensó ella cuando consiguió controlar aquella estúpida agitación que había sentido al tenerlo tan cerca mientras le abrochaba el abrigo. Estaba claro que no había sido muy buena idea aceptar su proposición para hablar. Si con ese pequeño detalle que no significaba nada ya se había alterado tanto... La fuerza de voluntad que pretendía autoimponerse brillaba por su ausencia. Definitivamente, no tenía confianza alguna en sí misma.

El hotel estaba situado sobre unas rocas, al pie del océano. Comenzaron a andar por el paseo marítimo sin rumbo fijo, en silencio, hasta que Josh rompió el hielo.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? —Aquella pregunta era estúpida. ¿Qué debía contestarle, que seguía hecha una piltrafa emocional y que verlo no ayudaba en nada?

—Voy tirando.

Para querer hablar, tampoco le estaba poniendo mucho empeño. ¿Esperaba que fuera ella la que diese el primer paso? De acuerdo, lo haría.

—No sé si estarás al tanto de que tu cliente y el mío han arreglado sus diferencias, así que desconozco cuál será el futuro del hotel que estáis construyendo.

—Ahora mismo me importa un cuerno lo que pase con el hotel. —«Solo me importas tú», le faltó por decir.

—¿En serio? —Zoe se detuvo en medio del paseo y lo miró, extrañada—. Creí que estabas muy ilusionado con ese proyecto.

Claro que lo estaba. De hecho, era el proyecto más importante a nivel personal de su carrera, había puesto el alma en él, pero todo se trastocó a raíz de cortar con ella. Desde entonces había perdido el interés, y ahora sabía el porqué. Había diseñado el hotel basándose en los principios de Zoe, estudiando soluciones alternativas para crear el mínimo impacto en el ecosistema, convirtiéndolo en un edificio sostenible y ecoeficiente. A su cliente le había encantado la idea, a pesar de que los costes iniciales fueran más elevados, pero en realidad él solo buscaba la aprobación de Zoe, contemplar su cara de satisfacción cuando descubriera que también se puede mirar por el medioambiente desde la base, sin necesidad de reformar leyes o litigar para corregir malas prácticas. Y ella había tenido mucho que ver en esa decisión. Quería que estuviera orgullosa de él, que supiera que tomaba en cuenta todo lo relacionado con ella y que lo había hecho no solo en su propio beneficio y en el de la naturaleza, sino también por ella, para agradarla. Ahora ya no sería posible.

—Las cosas han cambiado —murmuró con pesar.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

—Yo. Ya no soy el mismo.

Silencio. Ninguno de los dos dijo nada, Josh porque no sabía cómo enfocar

el tema y Zoe por precaución, porque su imaginación estaba tomando un rumbo muy peligroso y no quería estrellarse contra otra desilusión.

El cielo estaba oscureciéndose y se empezó a levantar un viento molesto que, junto al frío ambiente húmedo, calaba hasta los huesos. La gente que había en la calle comenzó a desaparecer en busca de cobijo, hasta que solo los más atrevidos resistieron sentados en algún que otro banco mientras contemplaban la puesta de sol con el océano a su espalda. En ese momento Zoe fue consciente de que pasaban los minutos y no llegaban a ninguna parte.

—Bueno, ¿eso es todo? Se está haciendo tarde y me gustaría llegar a tiempo para coger el vuelo de vuelta.

—Yo... —Josh la tomó de la mano y le hizo mirarlo de frente—, me gustaría pedirte disculpas por cómo te traté, por la forma en que gestioné nuestra ruptura. Lo hice fatal, la justificación que te di no estaba basada más que en mis propios temores, sin importar lo que tú pudieras sentir. Entiendo que te haya hecho daño, y solo espero que puedas perdonarme algún día.

Zoe mantuvo la vista perdida en un punto indefinido del horizonte. Desde aquella tarde había esperado una llamada suya, un mensaje, algo que le hiciera comprender su comportamiento. Pero nada de eso llegó, y ella ya había asumido que al alejarse así, sin explicaciones, estaba dejando clara su posición.

—Eso ya pertenece al pasado. Además, después de analizarlo con perspectiva me he dado cuenta de que estabas en lo cierto: lo nuestro no tenía futuro. No tienes por qué pedirme perdón.

—Te equivocas, al igual que yo me equivoqué en su momento. Pero ya es demasiado tarde. Has encontrado a otra persona y...

—¿A otra persona? —le interrumpió.

—Sí, ese hombre con el que estabas en el hotel. Espero no crearte problemas con él por haberle dejado para charlar conmigo.

—¿Qué te hace creer que Dylan y yo estamos juntos? —Había algo que no le cuadraba.

Dudaba entre contárselo o no, pero ella le estaba interrogando con la mirada y no iba a parar hasta sonsacarle una explicación. Desde que la conocía había sido así: siempre queriéndolo saber todo.

—Hace unos días fui a tu edificio a buscarte. ¿Tu casero no te lo ha contado? Estuve hablando un rato con él.

—Pues no me ha dicho nada, y para lo cotilla que es me parece muy raro. ¿Cuándo fuiste?

—Dos días antes de Navidad. —«¡Ay, Dios!», pensó Zoe. ¿No habría visto...?—. Te vi llegar en el coche de ese hombre, y después vuestro beso de despedida. No quise molestar, así que me largué.

Sí, definitivamente los vio y había sacado sus propias conclusiones. ¿Y si le dijera que sí, que estaba con Dylan? Sería una pequeña victoria para ella, pero ¿de qué le serviría? Solo la había buscado para pedirle perdón, nada más. Resolvió que sería mejor dejar las cosas claras para que no hubiera confusiones.

—Recuerdo esa noche, sí..., pero estás equivocado. No tengo ninguna relación con Dylan fuera del ámbito laboral. Es cierto que nos besamos, y habría sido genial que hubiera surgido algo más. Sin embargo, a día de hoy no estoy preparada para una nueva relación, y así se lo hice saber.

A Josh le cambió la cara. Eso sí que no se lo esperaba. De repente, se abrieron un poco las nubes negras que lo cubrían y atisbó entre ellas un pequeño rayo de esperanza. Quizá, solo quizá, pudiera tener aún una oportunidad. Cuando fue hasta allí no tenía intención de decirle lo que sentía, habría sido demasiado doloroso para ambos, pero ahora...

—Zoe, tengo que confesarte que no he sido completamente sincero contigo.

—¿De qué hablas?

—Esa noche fui hasta tu casa para pedirte perdón, pero también fui a decirte algo más.

—¿Algo más? ¿El qué?

Josh vaciló. Tal y como le había dicho a Andy, aquello era nuevo para él. Jamás se había enamorado con anterioridad, así que no sabía cómo expresar sus sentimientos en voz alta. Tenía miedo de que, al revelarle lo que sentía, Zoe lo rechazara. Aunque estaría en su derecho, después de la forma en que se había comportado con ella.

—No he sido el mismo desde que lo dejamos. Me notaba raro, diferente, había perdido el interés por todo, pero no supe ver lo que me ocurría hasta un tiempo después, cuando descubrí lo que realmente echaba en falta. A quién echaba en falta.

—Josh, no creo que...

—Déjame continuar. Necesito contártelo. Cometí un error al apartarme de ti, un error imperdonable. Una vez dijiste algo que se me quedó grabado, y por aquel entonces no te respondí porque estaba confuso. Ahora no dejo de pensar en esas palabras, en su significado, y deseo con toda el alma que sigan teniendo validez para ti porque he descubierto que a mí me pasa lo mismo. —Pensaba que sería más difícil, pero las palabras surgieron con total fluidez—. Zoe, te amo.

La cabeza comenzó a darle vueltas. Necesitaba espacio para pensar, así que se apartó de él y bajó los tres escalones que separaban el paseo marítimo de las rocas que delimitaban con el mar. Se sentó en una sin importarle acabar empapada y cerró los ojos, intentando poner en orden sus ideas. ¿Por qué le contaba eso ahora? Había tenido mucho tiempo para hacerlo y lo había desperdiciado. Si se lo hubiera dicho poco después de romper todo habría sido distinto, habría luchado por recuperar la relación, pero en ese *impasse* ya había asumido que no había nada que hacer. Terminó por entender que él estaba en lo

cierto, que sus razonamientos no estaban exentos de lógica. Eran demasiado diferentes para que su relación prosperara.

Advirtió que se sentaba a su lado y le tocaba el hombro para llamar su atención, así que lo encaró con el mayor aplomo que pudo reunir.

—¿De qué sirve que me cuentes esto ahora? Lo nuestro ya terminó.

—¿Y quién dice que no podemos darnos una segunda oportunidad?

—Tú mismo afirmaste que somos muy diferentes.

—Sí, dije demasiadas gilipolleces sin sentido.

—No, en ese aspecto tenías razón, así que es mejor dejarlo todo como está.

—Zoe, en realidad somos más parecidos de lo que tú piensas. Claro que nuestra forma de ver la vida es diferente, hay muchas cosas que nos separan, pero en lo esencial coincidimos.

—¿En lo esencial? —preguntó, escéptica—. No creo que haya nada que podamos compartir, aparte de la ciudad donde vivimos.

—Claro que lo hay. No solo nos unen los mismos valores, sino que además ambos tenemos miedo. Tú, miedo a sentir demasiado, y yo, miedo a perderte para siempre y no volver a sentir nada; tú, miedo a sufrir más daño, y yo, miedo a volver a hacértelo. Pero hay algo más importante: tú me quieres y yo te quiero. ¿No es así?

—Eso no es suficiente.

—¿Por qué no? No lo sabremos si no lo intentamos. —Josh la tomó del mentón y le hizo mirarlo a la cara—. Solo quiero saber una cosa, para mí es lo único importante: ¿aún sientes algo por mí?

A Zoe se le atascaron las palabras. No quería contestar. Si le decía que sí, entraría de lleno en el bucle del que tanto le estaba costando salir. No quería seguir sufriendo, no cuando temía que aquello solo fuera un capricho pasajero, la

novedad de saberse enamorado. Si no cortaba aquello de raíz, la caída sería mucho más dura. Pero ella era incapaz de decir una mentira, incapaz de mirarlo a los ojos y afirmar lo contrario de lo que sentía. Debía huir de allí cuanto antes: estaba llegando al límite, así que un paso más y caería al abismo. Lo mejor sería poner tierra de por medio.

—Yo... tengo que irme. Voy a perder el avión. —Se levantó de la roca y comenzó a subir los escalones sin despedirse.

Josh salió detrás de ella y la detuvo cuando ya estaba en el paseo, rumbo al hotel. Ahora no iba a permitir que se marchara, así sin más. Zoe podría aparentar lo que quisiera, pero era como un libro abierto a la hora de mostrar sus sentimientos. Lo había visto en su rostro: tenía miedo de dar el siguiente paso, de volverse a equivocar, pero eso era algo impredecible y de los dos dependía que no llegara a ocurrir.

—Espera, Zoe. No hemos terminado.

—Aléjate de mí. No puedo pensar si me tocas —dijo ella cuando él la sujetó de los hombros para evitar que continuara andando.

—Al menos tú puedes hacerlo. Yo hace tiempo que dejé de pensar con claridad, y ahora que te tengo a mi lado, mucho menos.

—Josh, ¿por qué me haces esto? No sabes el desgaste que esto supone para mí. —Tragó saliva y respiró hondo—. Por favor, deja las cosas como están. Es lo mejor para los dos.

—Sé que estás luchando contra ti misma, pero no puedo dejarte ir. No hasta que me des una razón convincente.

—Ya te lo he dicho: somos incompatibles.

—Eso es una tontería y no me vale.

—¿Una tontería? Ya viste cómo nos fue antes de que rompiéramos. Ponte en

mi piel: yo no podría vivir siempre con la incertidumbre de que en cualquier momento los actos de uno molestaran al otro. Tú eres una persona activa a la que le gusta vivir al límite y yo, por el contrario, prefiero el equilibrio en todos los aspectos. Si alargamos esto acabaríamos haciéndonos mucho daño. Hay que ser conscientes de ello y pensar con frialdad para evitar equivocarnos.

—Estás hablando con la cabeza de un tema que debe ser tratado con el corazón. El amor no es algo que sale de aquí —Josh se llevó el índice a la sien, para después bajar el brazo y colocar la mano sobre su pecho—, sino de aquí. Eso lo he aprendido a la fuerza, y no voy a consentir que ahora tú pienses de otro modo. La Zoe que yo conozco lucharía a muerte frente a cualquier adversidad, no se escudaría en suposiciones absurdas.

—Pero ¿qué ocurrirá cuando...?

Josh ya estaba harto de tanta palabrería.

—Shhh... —Posó un dedo sobre su boca y la hizo callar—. ¿Puedes desconectar tu ecuánime cerebro durante un momento? Necesito probar algo.

—¿Qué...?

Zoe se quedó bloqueada cuando Josh le tomó la cara con ambas manos y descendió la cabeza hacia ella. Sintió el cosquilleo de la barba en su piel, y la suave caricia de sus labios cubriéndola en un beso cargado de ternura. Intentó ser fuerte y ocultar sus sentimientos, pero el estremecimiento de su cuerpo la delató.

Josh alejó su rostro lentamente sin dejar de mirarla a los ojos.

—Acabas de besarme —dijo Zoe con voz trémula.

—Sí, y voy a hacerlo de nuevo.

Sin esperar su aprobación, volvió a inclinarse sobre ella. Aquel primer beso le había sabido a poco, y la reacción involuntaria de Zoe le había incentivado a querer más. Sabía que podría derrumbar sus defensas, acababa de atisbar una

pequeña grieta en su coraza y solo tenía que ayudarla un poco para que diera el siguiente paso.

Y lo dio más pronto de lo que esperaba.

Zoe fue a su encuentro, buscándolo con la boca mientras se aferraba a su cuello con ímpetu. Definitivamente, la había vencido, así que se dejó llevar por todo el fuego que había estado intentando contener. Él la correspondió con un beso que la abrasó por dentro, y ambos emprendieron un viaje al pasado, sedientos por recuperar el tiempo perdido. Se olvidaron de todo lo que había a su alrededor: del frío, de la poca gente que aún quedaba en el paseo... Solo eran conscientes el uno del otro, de lo que sentían cuando estaban juntos. Aquel beso encerraba muchos significados, pero el más importante era que se les estaba ofreciendo otra oportunidad, y ellos se agarraron a esa esperanza con todas sus ganas.

Cuando separaron sus labios, Josh la abrazó con fuerza y depositó un dulce beso en su nuca. Zoe escondió el rostro en el hueco de su cuello y le susurró:

—Sabes que vamos a discutir mucho, ¿verdad?

Él lo tenía muy claro.

—Prefiero mil veces discutir contigo que hacer el amor con otra.

—Ya veremos qué opinas dentro de un tiempo —rio ella, dándole un manotazo cariñoso en el pecho.

Parecía imposible, pero Zoe se sentía exultante de dicha. Ese último mes lo había pasado fatal, incluso llegó a pensar que nunca volvería a ser feliz, no como lo había sido con él. Pero había recuperado la ilusión, y eso era algo muypreciado. Por descontado, tenía miedo de lo que les deparara el destino, aunque pensaba aprovechar cada momento a su lado como si fuera el último.

Josh, por fin, se había reconciliado consigo mismo. Ahora sabía que todo estaba como debía estar: había encontrado su camino, que estaba junto a ella, y

no tenía intención de desviarse. El amor era algo nuevo para él, pero había descubierto que, lejos de ser una carga en su vida, la completaba.

—Te quiero —dijo él, mientras acariciaba su rostro con devoción.

—Te quiero —respondió Zoe, recreándose en el dulce roce de la mano de Josh sobre su piel.

—Ahora que ya lo he dicho, podría seguir repitiéndolo durante horas. ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Perdieron la noción del tiempo regalándose numerosas caricias, hasta que un ligero temblor de sus cuerpos los hizo salir de la burbuja en la que estaban metidos.

—¡Dios, estamos empapados! —exclamó Zoe, apartándose de él mientras hacía un repaso a sus ropas. Con la tensión del momento, no se habían percatado de que las rocas donde se habían sentado estaban mojadas por las salpicaduras de las olas al romper contra los escollos.

—Sí —contestó Josh, mirándola de arriba abajo con una incipiente sonrisa —. Esto me recuerda a cierta noche...

Zoe no pudo ocultar su hilaridad al recordar aquella ocasión.

—Deberíamos volver al hotel. Vamos a pillar una pulmonía. Al menos yo necesito cambiarme.

—¿Sigues pensando en irte? —Josh adoptó una expresión seria.

—¿Tú qué crees? —Ella le devolvió una mirada cargada de intenciones.

—Entonces, supongo que habrá que aprovechar que la habitación ya está pagada, ¿no?

—Supongo que sí. Solo depende de ti.

—Te lo dije, te lo dije, te lo dije... ¡El amor lo puede todo! —Anael revoloteaba alrededor del otro ángel, feliz al comprobar que la historia de esos dos humanos había tenido el final que se merecían. Sus alas lo rozaban cada vez que planeaba a ras de nube, levantando una estela de fina bruma blanca. Por una vez, Zachriel no se quejó; no podía hacerlo porque aún permanecía con la boca abierta por la sorpresa—. Venga, sé humilde y reconoce que yo tenía razón —dijo con voz melosa.

—Tengo que confesar que he aprendido una lección muy importante. Los humanos se adaptan a los cambios y aprenden a amar no solo por las virtudes del otro, sino también a pesar de sus defectos. Pero tú ya sabías eso, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Por eso soy el ángel del amor —declaró muy ufana, dándose pequeños golpecitos en el pecho con las puntas de sus alas—. Aunque estos dos me han tenido en vilo unas cuantas veces. Hubo un momento en el que creí que ya no había solución para lo suyo, pero al final me han dado una alegría. Así es como debía acabar todo.

—Anael, estos humanos no eran incompatibles entre sí sino complementarios. Tendríamos que haberlos elegido mejor —refunfuñó Zachriel.

—Esa no es la cuestión. Se puede hablar de almas gemelas, personas complementarias, que compartan caracteres similares o fines comunes..., pero lo que importa de verdad es que cada uno sepa adaptarse al otro, que aprendan a comprenderse mutuamente. En eso consiste el amor, en dar y recibir, en confiar en tu pareja y tener la fortaleza suficiente para no acobardarse al más mínimo imprevisto, luchando con uñas y dientes por superar cada bache en el camino.

—Lo que tú digas...

—Bueno. —Anael se posó junto a Zachriel y su rostro de querubín se ensombreció—. Todo lo bueno acaba pronto y esto ya se ha terminado. Y ahora, ¿qué hacemos? No me apetece nada volver otra vez a la misma monotonía de siempre. Con lo bien que nos lo hemos pasado...

Zachriel se quedó mirándola, pensativo.

—Estás esperando a que lo suelte yo, ¿a que sí? De acuerdo, lo iba a hacer de todos modos... ¿Qué te parece si repetimos? Además, quiero la revancha.

—Pues no te diría yo que no...

Sin previo aviso, un fuerte destello surgió de la nada y el cielo se tiñó de una luz más brillante que el sol. Las nubes se agitaron violentamente, uniéndose entre sí hasta formar un cerco impenetrable a su alrededor, aprisionándolos con más fuerza que unas cadenas, dejándolos sin posibilidad de huir. Aunque hacía eones que no presenciaban algo similar, Anael y Zachriel sabían perfectamente lo que ocurría: *El Gran Jefe* estaba haciendo acto de presencia.

Se cubrieron con sus alas para protegerse de la energía que aquella fuerza sobrenatural irradiaba. A pesar de que no podían verlo ni oírlo, su poder era tan inmenso como para comunicarse entre sí con un simple pensamiento. Y solo uno bastó para hacerlos temblar al unísono. No solo los había pillado, sino que

además estaba muy enfadado.

—Nos va a desplumar como a una gallina —murmuró Zachriel, levantando unos centímetros el ala para dirigirse a su compañera.

—¡Cierra el pico, insensato! ¿Cómo se te ocurre hablar cuando *El Gran Jefe* nos está amonestando? ¿Es que quieres estirar la pata antes de tiempo?

Tuvieron que aguantar un sermón eterno, pero no fue nada en comparación con la sentencia posterior, cuando llegó el turno de los castigos. Toda acción tenía su consecuencia, y ellos no iban a irse de rositas. Nada los podría librar de lo que les esperaba y... fue mucho peor de lo que se temían.

# Epílogo

*Año y medio después*

—Este hotel es increíble. ¡Me encanta! Josh, has hecho un gran trabajo.

Zoe no había escatimado en elogios desde que entró en el Tesla recién estrenado con conductor que el hotel había puesto a su disposición para recogerlos en el aeropuerto. Acorde con la idea de crear un entorno sostenible, respetuoso con el medioambiente, se había prohibido el paso a la propiedad de vehículos contaminantes, así que el hotel contaba con una flota de coches eléctricos para uso y disfrute de su clientela durante el tiempo que estuvieran alojados. Ese era el primer rasgo que lo distinguía de los demás, pero no el único: se trataba de un edificio pensado para preservar el medioambiente desde su construcción, basado en la arquitectura bioclimática, hasta el último de los detalles. Sistemas activos de captación de energía, iluminación con lámparas de bajo consumo, suelo radiante, muebles de madera de bambú..., incluso la ropa de hogar estaba toda confeccionada con algodón orgánico.

Jamás le pasó por la cabeza que hubiera podido influir tanto en Josh como para que él proyectara algo así, y además con un diseño propio pero adaptándose al estilo arquitectónico de la zona. Decir que se sentía halagada sería poco. No creía que su felicidad pudiera alcanzar esos niveles, aunque ella ya vivía en una nube desde el día que se reconciliaron. Por descontado, en ese tiempo habían tenido sus discusiones, como cualquier pareja, pero paso a paso habían ido solucionando las discrepancias que surgían, consolidando más y más su relación hasta forjar un futuro juntos.

—Me alegra que te guste, preciosa —contestó Josh, agarrándola de la cintura.

No podía dejar de mirarla con adoración, sumamente complacido al comprobar su reacción. Le causaba un gran placer hacerla feliz, y en esos últimos meses había logrado su cometido en numerosas ocasiones. Reconocer que la amaba y volver con ella, luchando por mantener su relación a flote... Aquella había sido la mejor decisión de su vida. Lejos de verse abrumado por los cambios, cada día que pasaba junto a Zoe se sentía mucho más libre. Ciertamente es que estaba atado a ella, pero sobrellevaba esas cadenas con mucho gusto.

—Podría vivir aquí siempre... ¡Ahora comprendo por qué Arthur y Harriet se enamoraron de este sitio! —exclamó ella, con la vista perdida en el océano.

Acababan de estar con el matrimonio Talbot, disfrutando junto a ellos de un agradable almuerzo en los jardines. La pareja de ancianos se había retirado al poco de terminar la comida, dejándolos a ellos disfrutar con tranquilidad de la sobremesa. Arthur y Harriet Talbot vivían en un edificio anexo al hotel, situado en la misma parcela pero lo suficientemente alejado de las zonas públicas como para disponer de la intimidad que necesitaban. Zoe también estaba muy feliz por ellos, porque al fin habían cumplido su sueño de juventud.

—¿Entramos ya? —preguntó Josh, tirando de ella con delicadeza.

—Lo siento, es que no me canso de contemplar el paisaje. Además, se respira una tranquilidad... Nada que ver con el bullicio y la actividad de Nueva York. Por cierto, hablando de actividad... he tenido una idea.

—¿Qué se te ha ocurrido esta vez? —Josh simuló echarse a temblar.

—He estado informándome y, ya que estamos aquí, podríamos realizar una escapadita a la bahía de Monterrey. Me han contado que es un sitio estupendo para los deportes acuáticos, y mientras yo me tumbo al sol en una hamaca, tú podrías bucear o...

—Para, para —la detuvo, y soltó una carcajada—. ¡Qué ganas de planificarlo todo!

—¿No me dijiste que querías hacer *kitesurf*?

—Sí, claro, pero no hemos venido hasta aquí para estar de un lado a otro, ¿lo recuerdas? —Josh le lanzó una mirada traviesa—. No hemos tenido tiempo de quedarnos un rato a solas hasta hace poco. ¿Cuándo vamos a disfrutar de nuestra habitación? Ni siquiera la hemos visto todavía.

—Mmm... Tienes razón. ¿Subimos ya?

—Estaba deseando que lo dijeras.

Ya en el ascensor, Josh se volvió hacia Zoe y le dio dos toques en la nariz.

—Ahora sé buena y cierra los ojos. Te tengo preparada una sorpresa.

—¡Sabes que no me gustan las sorpresas!

—Esta te gustará, confía en mí.

Nada más abrirse las puertas en la segunda planta, la agarró de la mano para evitar que saliera corriendo sin cumplir su petición. Ella, a regañadientes, cerró los ojos y se dejó guiar por el largo pasillo hasta que Josh le avisó que podía pararse.

—Ya puedes abrirlos.

Zoe observó la puerta que tenía delante sin mostrar expresión alguna, y después miró las otras que había a ambos lados. Poco a poco, sus labios se curvaron hasta mostrar una exultante sonrisa. Se giró hacia él y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Es igual que en el hotel de Seneca Falls donde estuvimos alojados!

—Bueno, más o menos, aunque de ahí cogí la idea. ¿Qué te parece?

—No tengo palabras —dijo, con lágrimas en los ojos—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Tomándola por sorpresa, flexionó las piernas y la alzó en volandas—. ¿Me permite, señora Carter?

—Por supuesto, señor Carter.

Entraron en la habitación, fundidos en un cálido beso que prometía deliciosos paseos por las nubes. Cuando la puerta de la suite nupcial se cerró a sus espaldas, las campanillas que adornaban el cartel colgado en el exterior tintinearón alegremente, haciendo honor a la frase que aparecía escrita en la placa: «¡Qué bello es vivir!».

Mientras que en San Francisco hacía un sol abrasador, la isla de Manhattan estaba siendo azotada por una tormenta de verano colosal. En el interior de un edificio en el Upper East Side todos los ocupantes de las colchonetas estaban durmiendo, todos excepto dos.

—¡Mío!

—¡No, mío!

—¡Mío, mío, miiiiiiiio!

Dos bebés de dieciocho meses se habían enzarzado en un tira y afloja por un peluche con forma de corazón. La cuidadora, aprovechando la hora de la siesta de los niños, estaba leyendo un libro muy interesante, pero tuvo que dejarlo para mediar entre ellos antes de que llegaran a las manos.

—¡Zack, Annie, basta ya! Pequeños demonios... ¿No puede pasar un día sin que os peleéis? Vuestros padres van a ganarse el cielo con vosotros...

Los mellizos hicieron un alto en su disputa y se miraron el uno a la otra, evaluándose con el ceño fruncido. Sin embargo, asustados y al borde del llanto, acabaron firmando las paces en un abrazo fraternal cuando, de repente, el sonido de un fortísimo trueno retumbó en las paredes de la guardería. O quizá no fuera un trueno, sino la sonora carcajada de *El Gran Jefe*...

# Agradecimientos

Todos sois importantes, a todos os debo un enorme agradecimiento por vuestra ayuda, por vuestras aportaciones, por vuestro apoyo... Desde mi esposo y mi hija a mi familia, mis amigos, mis compañeros de letras, mis lectores... Vosotros sabéis quiénes sois, pero la lista sería muy extensa para repetirla, aunque estáis ahí, en mi corazón y en mis pensamientos, formando parte imperecedera de la historia que se esconde entre estas páginas. Esta novela ya es vuestra, disfrutadla. Y, de nuevo, millones de gracias.

## Biografía

**Chus Nevado** nació el 29 de septiembre de 1976 en Madrid, donde reside actualmente. Es diplomada en Arquitectura Técnica pero, aunque resulte extraño habiéndose decantado por una profesión de ciencias, su mundo gira en torno a las letras. Ella misma se describe a sí misma como una persona ecléctica.

Desde que tiene uso de razón, su mente ha sido un hervidero de ideas que necesitaban salir al exterior. Inevitablemente, la mejor forma de conseguirlo ha sido a través de la escritura.

*El eslabón del tiempo* es su primera novela publicada, la cual vio la luz en 2013 en formato digital bajo el sello Zafiro de la editorial Planeta. En 2017, la autora decidió atreverse con la autopublicación con esta misma obra en edición papel. Le gustó tanto la experiencia de participar activamente en todo el proceso de edición que su segunda novela, *Los diamantes no brillan como tú*, también ha sido publicada mediante este proceso. Asimismo, Chus Nevado ha participado en diferentes antologías de relatos, entre ellas *150 rosas* (con el título «El valor de una sonrisa»), *La mujer suave y otros relatos románticos* (con el título «Sueños robados») o *CorazonHadas* (con el título «Semillas de esperanza»), siendo esta última un proyecto de carácter solidario en apoyo a la lucha contra el cáncer.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: [www.chusnevado.es](http://www.chusnevado.es)





---

[1] Ángel que rige los recuerdos.

[2] Ángel que influye en el amor, la pasión y la sexualidad.

[3] Caballo del arcángel Gabriel.

[4] Lucifer.

[5] Trabajo jurídico realizado voluntariamente y sin retribución monetaria.

[6] American Bar Association. Asociación voluntaria de abogados y estudiantes de derecho, no vinculada a una jurisdicción específica en EEUU. Las actividades más importantes de la ABA son establecer estándares académicos para las escuelas de Derecho y la formulación de códigos de conducta ética relacionados con la profesión legal.

[7] Grito de batalla de los Giants de Nueva York.

[8] Canción del grupo de rock AC/DC. Traducido al español, significa *autopista al infierno*.

[9] Canción del grupo de heavy metal Black Sabbath. Traducida al español, significa *Cielo e Infierno*.

[10] Cadena de grandes almacenes de lujo en EEUU.

[11] Lucky: en inglés, significa «afortunado».

[12] *Bones*, en inglés, significa «huesos».

[13] Abolicionista afroamericana nacida en la esclavitud. 1797-1883.